

«Matthew Restall es uno ... nuevo enfoque de la histo... América, que reintegra la... y analiza sus fuentes. La c... enigmática hasta para qui... y ha dado lugar a leyendas que siguen cautivando a los histor... una exhaustiva ... amente crítica, una ... manejo excepcional de las fuentes. A través de la desarticulación de los mitos, Restall permite emprender, por primera vez, una reconstrucción creíble de lo que realmente ocurrió.»
FELIPE FERNÁNDEZ-ARMESTO, AUTOR DE *CIVILIZACIONES*



«La prosa de Restall aborda y desarticula antiguos mitos sobre algunos de los aspectos más complejos y controvertidos de la conquista de Latinoamérica. A partir de un profundo conocimiento de las fuentes españolas e indígenas, muestra claramente cómo se originaron los mitos de la proeza española y la ineptitud indígena, y cómo y por qué se han perpetuado. Es un magnífico exponente del modelo revisionista.»
STUART B. SCHWARTZ, YALE UNIVERSITY

«Es una obra de suma relevancia para comprender no ya la conquista en sí, sino los medios a través de los cuales la hemos mitificado. Restall revela con ingenio y erudición el origen y persistencia de algunas imágenes esenciales de los conquistadores. Éste es un texto erudito, pero accesible a todos los públicos; una lectura imprescindible para cualquiera que se interese por la conquista colonial y la cultura del continente americano.»
NEIL L. WHITEHEAD, UNIVERSITY OF WISCONSIN-MADISON

www.paidos.com

ISBN 84-493-1638-3



71046
9 788449 316388

46

Restall — Los siete mitos de la conquista española

ORIGENES

Matthew Restall

Los siete mitos de la conquista española

LOS SIETE MITOS DE
LA CONQUISTA ESPAÑOLA



PAIDÓS ORÍGENES

Últimos títulos publicados:

9. J. Le Goff, *La civilización del Occidente medieval*
10. M. Friedman y G. W. Friedland, *Los diez mayores descubrimientos de la medicina*
11. P. Grimal, *El amor en la Roma antigua*
12. J. W. Rogerson, *Una introducción a la Biblia*
13. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, I*
14. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, II*
15. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, III*
16. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, IV*
17. S. Whitfield, *La vida en la ruta de la seda*
18. J. Freely, *En el serrallo*
19. J. Larner, *Marco Polo y el descubrimiento del mundo*
20. B. D. Ehrman, *Jesús, el profeta judío apocalíptico*
21. J. Flori, *Caballeros y caballería en la Edad Media*
22. L.-J. Calvet, *Historia de la escritura*
23. W. Treadgold, *Breve historia de Bizancio*
24. K. Armstrong, *Una historia de Dios*
25. E. Bresciani, *A orillas del Nilo*
26. G. Chaliand y J.-P. Rageau, *Atlas de los imperios*
27. J.-P. Vernant, *El individuo, la muerte y el amor en la antigua Grecia*
28. G. S. Kirk, *La naturaleza de los mitos griegos*
29. J.-P. Vernant y P. Vidal-Naquet, *Mito y tragedia en la Grecia antigua, vol. I*
30. J.-P. Vernant y P. Vidal-Naquet, *Mito y tragedia en la Grecia antigua, vol. II*
31. I. Mereu, *Historia de la intolerancia en Europa*
32. P. Burke, *Historia social del conocimiento*
33. G. Leick, *Mesopotamia*
34. J. Sellier, *Atlas de los pueblos del Asia meridional y oriental*
35. D. C. Lindberg, *Los inicios de la ciencia occidental*
36. D. I. Kertzer y M. Barbagli (comps.), *Historia de la familia europea, I*
37. D. I. Kertzer y M. Barbagli (comps.), *Historia de la familia europea, II*
38. D. I. Kertzer y M. Barbagli (comps.), *Historia de la familia europea, III*
39. J. M. Bloom y Sh. S. Blair, *Islam*
40. J. Dugast, *La vida cultural en Europa entre los siglos XIX y XX*
41. J. Brotton, *El bazar del Renacimiento*
42. J. Le Goff, *En busca de la Edad Media*
43. Th. Dutour, *La ciudad medieval*
44. D. Buisseret, *La revolución cartográfica en Europa, 1400-1800*
45. F. Seibt, *La fundación de Europa*
46. M. Restall, *Los siete mitos de la conquista española*

MATTHEW RESTALL

LOS SIETE MITOS DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA



PAIDÓS
Barcelona
Buenos Aires
México

Título original: *Seven Myths of the Spanish Conquest*
Originalmente publicado en inglés, en 2003, por Oxford University Press, Nueva York.
Traducción publicada con permiso de Oxford University Press, Inc.
This translation, originally published in English in 2003, is published by arrangement with Oxford University Press Inc.

Traducción de Marta Pino Moreno

Cubierta de Joan Batallé

ISBN: 84-493-1638-3
Depósito legal: B. 37.344-2004

Impreso en Gràfiques 92, S.A.
Av. Can Sucarrats, 91 - 08191 Rubí (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain



A todos los que han sido alumnos míos;
a Jim y Felipe, de quienes siempre seré alumno;
y a Lucy, futura alumna.

Sumario

Agradecimientos 11
Introducción: Las palabras perdidas de Bernal Díaz 17

1. Un puñado de aventureros. El mito de los hombres excepcionales 25
2. Ni sueldo ni obligación. El mito del ejército del rey 59
3. Guerreros invisibles. El mito del conquistador blanco 81
4. Bajo el dominio de Su Majestad el Rey. El mito de la completitud 107
5. Las palabras perdidas de La Malinche. El mito de la comunicación y el fallo comunicativo 123
6. El exterminio de los indios. El mito de la devastación indígena 151
7. Monos y hombres. El mito de la superioridad 189

Epílogo: La traición de Cuauhtémoc 207
Créditos 221
Notas 223
Bibliografía 269
Índice analítico y de nombres 295

Agradecimientos

Los nombres de estas Siete Ciudades, que no han sido descubiertas, siguen siendo desconocidos, y su búsqueda prosigue en la actualidad.*

PEDRO DE CASTAÑEDA NÁJERA (c. 1560)

El número siete tiene cualidades casi místicas.

New York Times (2002)

«Parece que en esta clase hay un montón de mitos», dijo el alumno, no sin cierto matiz de suspicacia. Ésta fue la semilla de este libro, sembrada una tarde de primavera en un aula de Pensilvania.

Lo que comenzó como un intento de responder al comentario del alumno y adaptar, en consonancia, mis clases de licenciatura muy pronto derivó en un proyecto de libro, de modo que las falacias y ficciones interesadas de la historia de la conquista gradualmente se definieron como siete «mitos» plasmados en siete capítulos, que constituyen una argumentación en siete partes contra muchos lugares comunes de la conquista española de América.

La división de la estructura en siete partes parecía justificada por el hecho de que el número siete tiene un profundo arraigo y significación simbólica en la historia de América, tanto la indígena como la hispáni-

* La búsqueda de las citas de autores españoles habría sido ardua sin la colaboración de Matthew Restall, que tuvo la gentileza de recuperar las fuentes originarias para poder incluirlas en esta edición. (*N. de la t.*)

ca. El mito originario de los mexicas aludía, entre otras cosas, a la descendencia de los siete linajes, surgidos de siete cuevas emplazadas en un lugar mítico del norte de México.[1] El código legislativo medieval en que se basaba el derecho español durante la conquista se denominaba *Las siete partidas*. Se rumoreaba que eran siete las ciudades del oro de Cíbola, nombre que designaba a veces la zona septentrional de Sudamérica antes de su invasión, región también conocida como Nueva Granada, y otras veces a la totalidad o parte de lo que hoy es el sur o suroeste de Estados Unidos, donde Coronado buscó en vano las Siete Ciudades en 1540-1542.[2]

Mi búsqueda de los «siete mitos» no fue en vano, y se benefició en gran medida de la experiencia docente desarrollada durante la primavera siguiente (2001) en un seminario de posgrado del Departamento de Historia de la Pennsylvania State University, titulado «Los siete mitos de la conquista española». La idea era escribir y enseñar sobre temas idénticos, favoreciendo así el estímulo y enriquecimiento recíprocos entre todos ellos. Todo salió aún mejor de lo que esperaba. Sin las aportaciones de los asistentes al seminario, tanto en la clase como por escrito (sus trabajos constan en un apartado especial de la bibliografía), habría tardado el doble de tiempo en escribir este libro, y el producto final habría sido de inferior calidad. Estoy muy agradecido a todos los participantes: Bobbie Arndt, Valentina Cesco, Iris Cowher, Jason Frederick, Gerardo Gutiérrez, María Inclán, Amy Kovak, Blanca Maldonado, Zachary Nelson, Christine Reese, Michael Smith y Leah Vincent. También debo mucho a Gregg Roeber, que organizó el semestre de los «Siete mitos» y me animó a impartirlo.

Gracias a una ayuda del National Endowment for the Humanities, tuve ocasión de dedicar la siguiente primavera (2002) a la redacción final del libro, en la John Carter Brown Library de la Brown University. Deseo expresar mi agradecimiento al director de la biblioteca, Norman Fiering, a los bibliotecarios y a mis queridos compañeros por su generosidad y aportaciones. Numerosos amigos y colegas han influido profundamente en mi pensamiento sobre este tema o me han ofrecido útiles comentarios sobre determinadas partes del libro. Entre ellos se encuentran Patrick Carroll, Jack Crowley, Garrett Fagan, Michael Francis, Philip Jenkins, Grant Jones, Jane Landers, Juliette Levy, James Lockhart, James Muldoon, William Pencak, Carol Reardon, Helen Restall, Robin Restall, Tim Richardson, Guido Ruggiero, Susan Schroeder, Andrew Sluyter y Dean Snow, y sobre todo Felipe Fernández-Armesto,

Susan Kellogg, Kris Lane y Neil Whitehead, que me aportaron extensos comentarios escritos sobre la versión inicial del libro. Susan Ferber, de Oxford University Press, me hizo sugerencias exhaustivas, meticulosas y muy perspicaces. Es una verdadera maestra de la tinta roja y le agradezco profundamente las mejoras que logró en todas las páginas de este texto.

Por último, quisiera agradecer a Helen, Sophie e Isabel su inmensa comprensión durante la redacción de este libro, cuando necesitaba acabar «sólo una frase más».

M. B. R.
State College, Pensilvania
Septiembre de 2002

Veo algunos haber en cosas destas Indias escrito, ya que no las que vieron, sino las que no bien oyeron (aunque no se jactan ellos así dello), y que con harto prejuicio de la verdad escriben, ocupados en la sequedad estéril e infructuosa de la superficie, sin penetrar lo que a la razón del hombre, a la cual todo se ha de ordenar, nutriría y edificaría.

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS (1559)

Señor Escritor, ¿por qué no lo cuenta exactamente como es?

STEREOPHONICS (2001)

Distinguir entre lo curvo y lo recto.

HORACIO (c. 30 a.C.)

Esto es lo que yo he podido saber y entender acerca de las costumbres y los ritos de los indios de la Española, por la diligencia que en ello he puesto. En lo cual no pretendo ninguna utilidad espiritual ni temporal.

FRAY RAMÓN PANÉ (1498)

Hablando con gran majestad, sentado en el trono, el inca arrojó el libro.

DON FELIPE HUAMAN POMA DE AYALA (1615)

Introducción

Las palabras perdidas de Bernal Díaz

> Para nosotros ha sido una conmoción comprender que no percibimos el mundo tal como es, y que nuestro conocimiento del mundo está ineludiblemente definido por los conceptos y la lengua de nuestra cultura.
>
> BEHAN MCCULLAGH (1998)

> Los historiadores actuales son sacerdotes de un culto a la verdad, llamados al servicio de un dios cuya existencia están abocados a cuestionar.
>
> FELIPE FERNÁNDEZ-ARMESTO (1999)

> Y porque haya fama memorable de nuestras conquistas, pues hay historias de hechos hazañosos que ha habido en el mundo, justa cosa es que estas nuestras tan ilustres se pongan entre las muy nombradas que han acaecido. [...] Y, demás de esto, ponderen y piénsenlo bien los curiosos lectores [...].
>
> BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO (1570)

Cuando Bernal Díaz vio por primera vez la capital azteca, se quedó sin palabras. Años después, afloraron las palabras y Bernal escribió una detallada descripción de sus experiencias como miembro de la expedición española liderada por Hernán Cortés contra el imperio azteca. Pero aquella tarde de noviembre de 1519, cuando Díaz y sus hombres llegaron al puerto de montaña y contemplaron a sus pies el valle de México por primera vez, no sabían qué decir, ni si lo que aparecía ante sus ojos era real.[1]

1 The Great Square. 2 The Temple. 3 Village of Iztapalapa. 4 Defence of the Royal Palace.
5.6 The Pleasure House & Garden. 7 A Rivulet to supply y City. 8 Village of Tisqua or Tescuco. 9 The Great Lake.

FIGURA 1. Tenochtitlán, o «Antigua México», representada como una urbe más semejante a las ciudades europeas que a las mesoamericanas, con torres

La lucha de Díaz por describir lo que veía —la metrópolis de Tenochtitlán, tachonada de pirámides, surcada de canales, que semejaba suspendida en un lago por donde los indígenas navegaban en canoas, y rodeada por otras ciudades grandes— derivaba de su sorpresa al comprender que el mundo no era como lo había percibido hasta entonces. Al igual que los artistas dibujarían durante siglos el Tenochtitlán anterior a la conquista con rasgos marcadamente europeos (véase la figura 1), también Díaz intentó comparar el valle con las ciudades europeas de su experiencia, pero no pudo. Al final, recurrió a una referencia a la ficción medieval, y comparó las ciudades aztecas con una visión encantada de la historia de Amadís.[2] Cortés también se obsesionó con el reto de encontrar una ciudad semejante en el «viejo» mundo, y comparó Tenochtitlán con Córdoba, Sevilla y Salamanca en sólo unas páginas.[3] Pero si la capital azteca estaba destinada a compararse con Venecia, Sevilla o los espacios imaginarios de Amadís, las descripciones de Díaz, Cortés y otros españoles sobre lo que vieron e hicieron en América estaban ineludiblemente definidas por los conceptos y la lengua de su propia cultura.

En consecuencia, un conjunto de perspectivas interrelacionadas muy pronto dio lugar a una visión e interpretación coherente de la conquista, el compendio de la actividad desarrollada por los conquistadores españoles en América desde 1492 hasta 1700. Aunque muchos aspectos de la conquista y su interpretación han sido objeto de prolongados debates —desde las discusiones eclesiásticas del siglo XVI en España hasta las controversias actuales de los historiadores profesionales—, todavía perduran las características fundamentales de aquel planteamiento, junto con un número sorprendente de detalles.

Si Cortés levantara la cabeza, le entusiasmaría saber que muchos sitios web y libros de texto le atribuyen el mérito de la caída del imperio azteca. Los siete mitos de la conquista aparecen en la leyenda de Cortés, según la cual el talento militar, la utilización de la tecnología española más avanzada, la manipulación de los crédulos «indios» y un emperador azteca supersticioso fueron los elementos que le permitieron liderar un ejército de varios centenares de españoles en la osada conquista de un imperio de millones de personas, y sentar así un precedente que servirá de referencia para las restantes conquistas españolas en América. En el siglo XVI Cortés se convirtió en el conquistador arquetípico, una idea que perdura hasta nuestros días.

Al mismo tiempo, nuestra comprensión de la conquista se ha vuelto mucho más compleja y sofisticada, debido, entre otros factores, a la

mayor accesibilidad de las fuentes de autoría española e indígena americana correspondientes al período colonial (que abarca desde el siglo XVI hasta comienzos del XIX). Es cierto que en los últimos años los historiadores se han implicado cada vez más en el problema de la subjetividad y nuestra incapacidad para eludirla. La verdad en sí ha quedado desacreditada como concepto relevante para la investigación histórica.[4] Pero la imposibilidad de alcanzar una objetividad absoluta no tiene por qué resultar tan desalentadora. El dominio de la subjetividad tiene también algunos aspectos interesantes. Los conceptos de una cultura concreta, el modo en que se expresan, así como la relación entre esas palabras y la realidad, pueden ayudar a comprender un fenómeno histórico como la conquista española, además de explicar mejor el modo en que se ha interpretado tal fenómeno durante siglos.

Por ejemplo, Cortés se vuelve más interesante y creíble si se indaga y desarticula su mito. El descubrimiento de que los conquistadores que precedieron y siguieron a Cortés se comportaron como él conduce a otras historias, no menos fascinantes. El conocimiento del papel decisivo que desempeñaron los africanos occidentales y aliados indígenas de los españoles enriquece la historia de la conquista y contribuye a explicar su desenlace. La revelación de que muchos conquistadores no eran soldados y de que los indígenas americanos no creían que los invasores españoles fueran dioses orienta la investigación hacia una maraña de fuentes que produjeron tales tergiversaciones y propiciaron el desarrollo de tesis alternativas.

Este libro trata de las imágenes dibujadas por hombres como Díaz sobre las conquistas españolas en América, así como de las imágenes elaboradas por historiadores y otros individuos que durante los últimos cinco siglos siguieron a Díaz en la travesía del Atlántico, en Tenochtitlán y otros lugares maravillosos del «nuevo» mundo. Las fuentes del libro son muy diversas, pues abarcan desde documentos escritos por españoles, americanos indígenas y africanos occidentales que conocieron la experiencia de la conquista y sus consecuencias, o los gruesos volúmenes académicos elaborados en los períodos colonial y moderno, hasta las películas de Hollywood.

Cada uno de los siete capítulos analiza un mito de la conquista, lo disecciona y lo sitúa en el contexto de otras fuentes alternativas. En su nivel más básico, el libro yuxtapone descripciones falsas y más exactas de la conquista.[5] Pero aporta también algo más. Al presentar interpretaciones históricas de la conquista como mitos basados en las concepciones culturales, las tergiversaciones y los intereses políticos de la épo-

ca, soy consciente de que yo también me veo ineludiblemente influido por los conceptos y el lenguaje de mi propia cultura. En lugar de limitarse a contrastar mito y realidad, mi análisis reconoce que los mitos pueden ser reales para sus progenitores y que una supuesta realidad construida a través de la investigación de fuentes de archivo puede generar, a su vez, sus propios mitos. Por lo tanto, éste no es sólo un libro sobre lo que pasó, sino un texto que compara dos formas de relatar lo que ocurrió. Una forma es fruto de la época y el momento histórico contemporáneo a los hechos. La otra germina en los archivos y bibliotecas, cuando los historiadores escriben sus propias descripciones históricas con afán de objetividad (a pesar de que ésta siempre queda fuera del alcance del investigador).[6]

El término «mito» se emplea aquí no en el sentido de folclore, esto es, narraciones y creencias populares que presentan sistemas religiosos y personajes sobrenaturales, sino en la acepción que designa algo ficticio que suele aceptarse como cierto, ya sea parcial o completamente.[7] Estos dos significados de «mito» guardan una relación ambigua con la «historia». Desde Platón, que inició la refutación de los mitos, hasta nuestros días, el pensamiento occidental ha entendido la historia y el mito como conceptos contrapuestos; uno es verdadero, pues reconstruye los acontecimientos reales y los pueblos que realmente los vivieron, y el otro es una ficción que reconstruye acontecimientos inventados de pueblos imaginarios. Sin embargo, esta polaridad no siempre está tan clara. Platón aspiraba a sustituir las «mentiras» de los viejos mitos por «verdades» históricas, aderezadas con nuevos mitos inventados por él.[8] El historiador Paul Veyne sostiene que los antiguos mitos griegos no eran «ni verdaderos ni ficticios, debido a su carácter externo al mundo real, y a la vez más noble que éste». Los investigadores de Mesoamérica, un área de civilización que abarca gran parte de México y Centroamérica, señalan que los pueblos indígenas no conocían tal distinción entre mito e historia, sino que concebían el pasado de un modo que podría caracterizarse como una combinación de elementos míticos e históricos. El gran texto conservado de los mayas quiché, el *Popol Vuh*, entrelaza el mito y la historia en una narración épica, denominada «mithistoria» por el antropólogo Dennis Tedlock.[9]

¿Puede afirmarse que esta relación ambigua entre mito e historia, o su fusión en la mithistoria, ha menoscabado la búsqueda de verdades acerca del pasado? ¿Corremos el riesgo de seguir, en esa búsqueda, los pasos de Platón y sustituir los mitos antiguos por verdades inventadas

o nuevos mitos? ¿Acaso nuestras verdades no son sino ficciones oportunas?[10] Puede que sí, pero siempre es aceptable examinar el contexto y finalidad de tales ficciones. Podemos comparar las verdades de los conquistadores con las que albergamos sobre ellos y alcanzar, en consecuencia, una mejor comprensión de la conquista, aunque tal comprensión no pretenda ser *la verdad* en sentido absoluto. Las conclusiones históricas no son infalibles, pero cuando se basan en abundante documentación y están bien argumentadas, merecen la consideración de relatos que nos dicen alguna verdad sobre el mundo. Podemos cuestionar la veracidad de una narración histórica sin necesidad de relegarla a la categoría de ficción.[11] Siempre hay múltiples narraciones de un momento histórico, pero eso no significa que, en calidad de interpretaciones, no nos cuenten alguna verdad.

El célebre aforismo de Valle-Inclán, «Las cosas no son como las vemos, sino como las recordamos», nos insta a interpretar con escepticismo las descripciones de los testigos presenciales, como Díaz.[12] Pero nos recuerda algo tal vez más importante, a saber, que en las páginas de tales memorias persiste la historia, se engendra el mito y las verdades de algún tipo aguardan nuestro descubrimiento.

El punto en que Bernal Díaz relata cómo él y sus camaradas se quedaron sin habla al contemplar por primera vez Tenochtitlán es un momento de amplias posibilidades interpretativas. Puede que aquel instante fuera fruto de la imaginación de Díaz en un momento posterior, ya en su vejez. Tal vez fue una exageración consciente de una sensación real de incredulidad, pero experimentada *a posteriori*, cuando estaba menos cansado o su visión del valle era ya más clara. O quizá la sensación de contemplar algo tan nuevo que parecía irreal forzó a Díaz, en aquel momento de silencio atónito, a abrir su mente a una visión más amplia del mundo. O puede que sólo estuviera aterrorizado, como insinúa más adelante en su historia, ante la perspectiva de ser uno de los pocos extranjeros en una vasta ciudad, potencialmente hostil.

Aunque la conmoción silente de Díaz no se prolonga mucho tiempo, el autor no llena nunca aquel vacío, ni cabe esperar que lo haga. Los silencios de la narración de Díaz no sólo se extienden a sus propios pensamientos de entonces y de varias décadas después, sino también a los de sus compañeros españoles, los africanos que los acompañaron, y los indígenas mexicanos impelidos por los españoles a tomar partido en una guerra civil sanguinaria. Y luego están las reacciones de los lectores de Díaz, desde aquella época hasta la actualidad, reacciones que llenan

los silencios de todas la narraciones como la suya, y de ese modo se incorporan al proceso de producción histórica.

La posibilidad de insertar tantas frases diferentes en los instantes silenciosos de Díaz no convierte el ejercicio de exploración y reconstrucción en una nebulosa inviable. En la incertidumbre y multiplicidad de narraciones, en un instante como aquél y en sus diversas interpretaciones, podemos descubrir alguna verdad acerca del mundo.

Este libro emprende dicho reto con una crítica de la idea de que la conquista sólo fue posible gracias a la audacia y los logros de «grandes hombres», los únicos que demostraron la audacia necesaria, por parafrasear a Bernal Díaz. En el capítulo 1 sostengo que podemos contemplar más claramente la conquista a través de las pautas definidas por las biografías de muchos españoles, en lugar de las vidas de esos seres supuestamente excepcionales. Los españoles que invadieron América siguieron procedimientos desarrollados y estandarizados por generaciones de colonos, cuyo destino no estaba determinado por el talante audaz de un puñado de aventureros (parafraseando al historiador decimonónico William Prescott).[13] El capítulo 2 se centra en el mito de que los conquistadores eran soldados enviados a América por el rey de España. En realidad, los conquistadores eran mucho más heterogéneos —y, sin duda, mucho más interesantes— en lo que respecta a sus identidades, ocupaciones y motivaciones.

Los mitos de los capítulos 3 y 4 tienen su origen en las versiones de la conquista aportadas por los propios conquistadores. A pesar de que fueron fruto de circunstancias políticas y contextos culturales específicos, han mostrado una curiosa longevidad, como sucede con todos los mitos de la conquista. Se trata de conceptos definidos por la conquista y rápidamente impuestos por el colonialismo, primero con la derrota de los ejércitos indígenas y la fundación de las ciudades españolas, y posteriormente con la actuación aislada de grupos muy reducidos de españoles. Tales versiones ocultan la naturaleza prolongada e incompleta de la conquista, así como los papeles cruciales desempeñados por los «aliados» indígenas americanos y africanos occidentales, libres o esclavos.

El capítulo 5 guía al lector por las aguas procelosas de lo que he denominado el «mito de la (mala) comunicación». En él sostengo que al igual que los españoles inventaron el mito de que podían comunicarse sin dificultad con los líderes indígenas, también los historiadores modernos han oscilado el péndulo hacia el polo opuesto al generar el antimito que enfatiza la falta de comunicación entre españoles e indígenas.

Un punto medio entre los dos extremos permite entender mejor el modo en que españoles e indígenas intuían las intenciones del contrario. El tema del papel de los indígenas nos lleva al de las reacciones de los pueblos autóctonos. En el capítulo 6 abordo el tema de la creencia, ampliamente extendida, de que la conquista redujo el mundo indígena americano a un vacío.[14] Las culturas indígenas mostraron, de modos diversos y profundos, gran capacidad de resistencia, adaptabilidad, continua vitalidad, una heterogeneidad de respuestas ante las interferencias exteriores, e incluso una notable aptitud para invertir el impacto de la conquista y convertir la calamidad en oportunidad.

El capítulo final aborda el último mito, el concepto fundamental que durante cinco siglos ha servido para sustentar la explicación más simple —y más superficial— de la conquista. Se trata del mito de la superioridad española, que forma parte del mito más amplio de la superioridad europea y constituye el nexo de las ideologías racistas que respaldaron la expansión colonial desde finales del siglo XV hasta comienzos del XX.

El epílogo gira en torno al encuentro entre Cortés, Cuauhtémoc —el último emperador azteca— y Paxbolonacha —cacique de un pequeño reino maya— en el año 1525. Este episodio, que ha recibido escasa atención de los historiadores, se presenta aquí como ilustración de todos los temas de la conquista analizados en el libro, tanto desde la perspectiva de los siete mitos como de sus contrapuntos. Los mitos que rodean la muerte de Cuauhtémoc, que es el clímax del episodio, funcionan como metáforas de los grandes mitos de la conquista española.

Capítulo 1

Un puñado de aventureros
El mito de los hombres excepcionales

Mr. Christopher Columbus,
sailed the seas without a compass.
Well, when his men began a rumpus,
up spoke Christopher Columbus.
He said, «There is land somewhere,
so until we get there,
we will not go wrong,
if we sing a swing song.
Since the world is round,
we'll be safe and sound.
Till our goal is found,
we'll just keep a-rhythm bound».
Soon the crew was makin' merry.
Then came a yell,
«Let's drink to Isabel-la!
Bring on the rum!».
That music ended all the rumpus.
Wise old Christopher Columbus.*

ANDY RAZAF (1936)

* El señor Cristóbal Colón, / sin brújula zarpó. Pero / cuando la tripulación jaleo armó, / su voz alzó Cristóbal Colón. / Y dijo: «Hay tierra en algún lugar, / y hasta que allí arribemos, / yerro no cometeremos, / siempre que cantemos una alegre canción. / Como el mundo es redondo, / sanos y salvos seguiremos. / Hasta arribar al objetivo, /mantendremos el ritmo». / Los marineros armaron gran juerga. / Y alguien gritó: / «¡Brindemos por Isabel! / ¡Trae aquí el ron!». / Y así la música aplacó la rebelión, / gracias al sabio Cristóbal Colón. (*N. de la t.*)

¿Cuándo se vieron en los antiguos ni modernos tan grandes empresas de tan poca gente contra tanta, y por tantos climas de cielo y golfos de mar y distancia de tierra ir a conquistar lo no visto ni sabido? Y ¿quién se igualará con los de España? No por cierto los Judíos, Griegos ni Romanos, de quien más que de todos se escribe.

FRANCISCO DE XEREZ (1534)

Hasta esos extremos de ciega parcialidad puede llegar el hombre, que no se interesa tanto por la verdad de la historia cuanto por la fama de sus criaturas.

AARON GOODRICH (1874)

Uno de los grandes temas de la historiografía de los últimos cinco siglos es la consideración del descubrimiento europeo de América como uno de los dos acontecimientos más importantes de la historia humana. El primer testimonio impreso que refleja tal opinión es probablemente el del filósofo de Padua Lazzaro Buonamico, que en 1539 afirmó que nada había honrado tanto a la humanidad «como la invención de la imprenta y el descubrimiento del nuevo mundo; dos cosas que siempre he juzgado comparables, no sólo a la Antigüedad, sino también a la inmortalidad». Una opinión similar, más célebre, es la que expresó en 1552 Francisco López de Gómara, secretario privado y biógrafo oficial de Hernán Cortés: «La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y la muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias».[1]

En el siglo XVIII el «descubrimiento» pasó a compartir la posición número uno con otro logro europeo relacionado con él.[2] «Ningún acontecimiento —escribió el filósofo francés Abbé Raynal en 1770— ha sido tan interesante para la humanidad en general [...] como el descubrimiento del nuevo mundo y el paso hacia la India por el Cabo de Buena Esperanza.» Seis años después, el economista Adam Smith formulaba de modo aún más radical la misma opinión, al declarar que «el descubrimiento de América y el paso hacia las Indias Orientales por el Cabo de Buena Esperanza son los acontecimientos más importantes de la historia humana».[3]

En la versión más reciente del tema, el descubrimiento ha adquirido un compañero propio de los tiempos modernos. En los albores de la era del espacio, en 1959, el intelectual e historiador Lewis Hanke centró sus estudios no en el descubrimiento en sí, sino en el consecuente debate sobre los indígenas americanos. «Por muy lejos que lleguen nuestros cohetes en el espacio exterior —señaló—, ¿podrán descubrirse, acaso, problemas más significativos que los que intranquilizaron a muchos españoles durante la conquista de América?» Con un talante similar, más de una década después de que el hombre pisase la luna, el semiótico Tzvetan Todorov afirmó que los viajes de los astronautas tenían una significación secundaria, porque no conllevaban «ningún tipo de encuentro». En cambio, «el descubrimiento de América, o de los americanos, es sin duda el encuentro más sorprendente de nuestra historia».[4]

La conexión entre navegación marítima y espacial se refleja de modo particularmente explícito en el Smithsonian's National Air and Space Museum. En una exposición titulada «Where next, Columbus?», se muestran las principales exploraciones realizadas por el hombre en un itinerario que se inicia con los viajes trasatlánticos de Colón, continúa con la colonización europea de la zona occidental de Norteamérica, y alcanza su clímax en el viaje espacial. Un gráfico de la exposición muestra incluso a Colón y la luna en la misma constelación.[5]

Esa imagen ilustra un segundo tema que desde tiempos de Colón corre parejo con el del «mayor acontecimiento». Se trata de la caracterización del descubrimiento europeo y la conquista de América como un logro de unos cuantos hombres eminentes. Este tema puede sintetizarse también en una frase reproducida hasta la saciedad: «Un puñado de aventureros». Esta interpretación tiene su origen en el período de la conquista, y las primeras versiones de la frase se remontan al siglo XVIII. Denis Diderot, por ejemplo, describió a los conquistadores como un mero «puñado de hombres».[6] La versión que he elegido como emblemática para este tema fue acuñada, al parecer, por el gran historiador decimonónico William Prescott, en 1843. La conquista de México, según Prescott, era «la subversión de un gran imperio por un puñado de aventureros».[7] Desde entonces aquella frase y sus variaciones han sido constantes en la bibliografía histórica. La conquista es el relato de «la adquisición de dos imperios por obra de un puñado de españoles»; Cortés y Francisco Pizarro, «al frente de pequeños grupos de aventureros» con «menos de un puñado de hombres», derrotaron poderosos imperios; la conquista de Perú la realizó un grupo de «aventureros iletrados» o «un mero puñado de hombres», y la de México fue obra de «un pequeño contingente de aventureros españoles» o «un grupito variopinto de aventureros españoles».[8]

Estos dos temas conducen inevitablemente a un tercero. Si el mayor acontecimiento de la historia —el descubrimiento y conquista de América por parte de Europa— fue obra de un «puñado de aventureros», ¿cómo lo lograron? En palabras de Francisco de Jerez, conquistador de Perú que en 1534 publicó una historia de la invasión inicial española del imperio inca, «¿cuándo se vieron en los antiguos ni en los modernos tan grandes empresas de tan poca gente contra tanta?».[9] Los historiadores actuales continúan repitiendo la pregunta de Francisco de Jerez. «¿Qué [...] hizo posible una victoria tan poco plausible?» «¿Cómo lograron vencer pequeños grupos de conquistadores a gobiernos poderosos y multitudinarios?» «¿Cómo es posible que imperios tan poderosos como el azteca o el inca fueran derrotados tan rápidamente por unos centenares de españoles?»[10]

La cuestión representa «uno de los problemas más enigmáticos que han desconcertado a los historiadores».[11] Constituye, de hecho, el núcleo de este libro, no sólo porque las anteriores respuestas aportadas a dicha cuestión contienen, a menudo, elementos de los siete mitos analizados aquí, sino también porque el mero enunciado de la pregunta es en sí profundamente equívoco, es la tapa de la caja de Pandora que encierra los mitos de la conquista. Si se aborda en el marco de los límites circulares de estos tres temas, la cuestión del «cómo» se responde por sí sola. ¿Cómo pudieron tan pocos hombres lograr algo tan grande? Porque eran hombres excepcionales. Éste es el mito que se examina en este primer capítulo.

En 1856 el artista mexicano José María Obregón terminó un cuadro titulado *Inspiración de Colón* (véase la figura 2, pág. 30).[12] Esta obra reproduce los dos elementos principales del mito de Colón: la brillante utilización de la tecnología de la época y, sobre todo, la genialidad de su visión. El origen de tal inspiración es el océano en sí y la intuición de lo que se oculta al otro lado. Colón contempla el horizonte atlántico no como un límite lineal, sino como una puerta curva hacia un nuevo mundo.

En realidad, este cuadro dice mucho más sobre el siglo XIX y la idea de Colón que prevalecía en tiempos de Obregón que sobre el propio Colón en sí. Lo más excepcional de la visión geográfica de Colón era, precisamente, su carácter erróneo. Sus logros fueron consecuencia de la casualidad histórica y de su papel en un proceso histórico mucho más amplio. De modo similar, los españoles que atravesaron posteriormente el Atlántico formaban parte de un proceso donde participaron muchos conquistadores potenciales. Ellos y todos los pueblos con que se toparon —y no un simple puñado de grandes hombres supuestamente excelsos— fueron los responsables de los acontecimientos que siguieron.

Cortés y Pizarro son los personajes más famosos de aquel puñado de españoles. El mito de los hombres excepcionales se centra en tres figuras eminentes que todavía disfrutan de extraordinario reconocimiento en la actualidad, casi medio milenio después de su muerte. En cierto sentido, la celebridad de Colón, Cortés y Pizarro es justificada. Uno descubrió América para los europeos de comienzos de la Edad Moderna, mientras que los otros dos lideraron las primeras expediciones que descubrieron, y en parte destruyeron, los dos principales imperios que había en América a comienzos del siglo XVI (el mexica —o azteca— y el inca). Como señala Colón en la película *1492: La conquista del paraíso*, de sir Ridley Scott, al recapitular los logros de su vida: «El mérito es mío, no vuestro».[13] El imperio español en América fue posible gracias a las proezas de estos tres hombres sólo en el aspecto más superficial. Fue preciso explorar América y sus principales centros de población para construir aquel imperio.

Aunque parece un recurso fácil la utilización de Colón, Cortés y Pizarro como personajes inconmensurables que explican en cierto modo toda la conquista, la simplicidad del modelo explica también su reincidencia. Parece ser que es un impulso humano la tendencia a personalizar el pasado, a complicar innecesariamente procesos inteligibles y accesibles, reduciéndolos a un conjunto de personajes emblemáticos y a una determinada versión de sus hazañas. El atractivo adicional de esta reducción es que brinda la oportunidad de modelar la historia y sus protagonistas. Enseguida veremos cómo se desarrolló este proceso en el caso de Colón y Cortés.

Mi objetivo no es desacreditar esta técnica de narración histórica; al fin y al cabo, yo también la utilizo en este libro. Tampoco pretendo construir un relato en el que la acción individual se subordine por completo a las fuerzas estructurales y las causas generales de cambio social. Pero llevado hasta sus últimas consecuencias, el enfoque de los «grandes hombres» ignora la influencia de otros procesos, más generales, de cambio social. No reconoce la relevancia del contexto ni las circunstancias ante las cuales los grandes hombres —lejos de modelarlas a su



FIGURA 2. José María Obregón, *Inspiración de Colón*, 1856.

antojo— se vieron obligados a reaccionar: acontecimientos, fuerzas militares y muchos otros seres humanos. La atención prestada a unos pocos hombres eminentes relega a un segundo plano a muchos otros individuos de trayectorias similares, salvando las circunstancias históricas —a menudo descritas como accidentes históricos— que los situaron en un tiempo y lugar diferentes. Asimismo oculta casi por completo a los indígenas americanos y africanos que desempeñaron funciones cruciales en aquellos acontecimientos, un factor clave que complica y a la vez ayuda a explicar mejor la historia de la conquista.

La explicación del mito de los hombres excepcionales se desarrollará a lo largo de los siete capítulos, que culminarán en otro mito con el que aquél guarda estrecha relación: el mito de la superioridad. Con todo, este capítulo se adentra ya en la explicación del mito en tres apartados interrelacionados. El primero examina el papel de Colón en el desarrollo del mito. El segundo rastrea el desarrollo de las leyendas del conquistador, principalmente la del más loado, Hernán Cortés, desde los orígenes del mito, en el siglo XVI, hasta la actualidad. La tercera y última sección del capítulo describe en detalle los siete elementos principales de las pautas de acción del conquistador, que no eran exclusivas de aquel puñado de hombres iluminados o brillantes, sino que constituían la práctica estándar de todos los protagonistas de la conquista española.

Es probable que el espectador actual no interprete el cuadro de Obregón como un verdadero retrato histórico de Colón, sino como una alegoría. Aunque el descubridor no dedicase mucho tiempo a la contemplación del Atlántico (excepto quizá durante la travesía), cabe suponer que se inspiró en las posibilidades que ofrecía aquel mar. Algo similar ocurre con la canción de Berry/Razaf, que en cierto nivel es un ingenioso fruto de la era del swing y no debe tomarse demasiado en serio. Por otro lado, el humor de la canción sólo cobra sentido si el oyente ha percibido ya a Colón como un hombre sagaz e iluminado. La letra es una parodia de dicha sagacidad, pues la ocurrencia de celebrar una fiesta para aplacar un motín (idea a duras penas original o iluminada) sólo resulta divertida si uno sabe que el «sabio Cristóbal Colón» era célebre por motivos históricos más relevantes.[14]

Uno de los motivos es lo que el historiador Felipe Fernández-Armesto ha denominado «el infame rumor», esto es, el supuesto cono-

cimiento excepcional de Colón acerca de la forma esférica de la Tierra. Como dice la canción, «Since the world is round, we'll be safe and sound».[15] Esta leyenda constituye un punto de referencia similar para la escena inicial de la película *1492: La conquista del paraíso*, de Ridley Scott, en la que Colón aparece sentado en las rocas mirando al mar, en una pose que recuerda al cuadro de Obregón. Le acompaña uno de sus hijos, un muchacho al que Colón muestra el progresivo alejamiento y la desaparición de un barco en el horizonte. Entretanto, el padre pela una naranja. Ya se interprete como descripción histórica precisa o como alegoría dramática, la escena funciona, una vez más, porque el cineasta presupone que el espectador va a anticipar la significación de la naranja. Como era de prever, cuando la fruta está pelada y el barco desaparece, Colón expresa su brillante relación entre la forma de la naranja y la del mundo: «¿Qué te dije? Es redondo. Como esta fruta. ¡Redondo!».[16]

Un historiador, Jeffrey Burton Russell, ha escrito un libro sobre este aspecto del mito de Colón, cuyos orígenes sitúa en el relato de Washington Irving, *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, de 1828. Irving narra en detalle un debate celebrado en Salamanca el año 1486 entre Colón y un grupo de sabios españoles, profesores, frailes y otros eclesiásticos que apelaban a las antiguas autoridades para sostener que la tierra era plana. Colón, audaz iluminado, se arriesgó a ser condenado por herejía al defender su posición acerca de la esfericidad de la tierra. Esta escena fue repetida en diversas versiones por historiadores de los cien años siguientes.

El problema es que tal escena era, en gran parte, imaginaria. La reunión de Salamanca, que se celebró en 1486 o en 1487, y en la que sólo se ha identificado con certeza a dos participantes, versó en realidad sobre el tamaño del océano por el oeste, pues Colón sostenía erróneamente que la distancia de España a Asia era menor de lo que pensaban las autoridades. «Todos coincidían en que lo que afirmaba el almirante no podía ser cierto», declaró posteriormente uno de los profesores presentes. Y no se equivocaban ni en ese punto ni en la creencia de que la tierra era redonda, una idea compartida por todos los europeos cultos de la época. Aunque Samuel Eliot Morison, en su célebre biografía de Colón de 1942, señaló que el debate sobre si la tierra era plana era una sarta de «pamplinas», el mito arraigó y hoy todavía se resiste a su erradicación.[17]

Como ha observado recientemente Umberto Eco, a la pregunta de «qué quería probar Cristóbal Colón» la mayoría de la gente responderá que «Colón creía que la tierra era redonda, mientras que los sabios salmantinos pensaban que era plana y que, por tanto, las tres carabelas se hundirían en el abismo cósmico después de recorrer una corta distancia».[18] Si bien los hombres de Salamanca tenían razón (acerca del tamaño de la tierra), se equivocaban (en lo que había al oeste). Y aunque Colón se equivocaba (acerca del tamaño de la tierra), tenía razón (en que encontraría tierra si navegaba hacia el oeste). Al final, si Colón se obstinó en el error y logró salir airoso no fue por la intuición y el genio que le atribuyen los mitos posteriores, sino (en palabras de Eco) «gracias a la serendipia».[19]

Tal vez fue serendipia, sí, pero también un proceso histórico. Con el fin de comprender cómo encaja Colón en el mito de los hombres excepcionales, debemos situar su figura en el contexto de dos procesos históricos distintos. El primero es el proceso de expansión portuguesa por el Atlántico en el siglo XV. El segundo es el proceso de construcción del mito moderno de Colón en el mundo anglófono durante el siglo XIX.

Colón tenía profundos vínculos con Portugal. A pesar de que era genovés de nacimiento y la patrocinadora de sus viajes por el Atlántico era la reina Isabel de Castilla, Colón pasó en Portugal gran parte de su vida, desde la década de 1470. A finales de aquella década contrajo matrimonio con la hija de un colonizador portugués por tierras del Atlántico, y reiteradas veces solicitó el amparo de la monarquía portuguesa antes y después del primer acercamiento a la corona de Castilla.

Los vínculos con Portugal tienden a ignorarse en las representaciones populares de Colón por varios motivos. Uno es el hecho evidente de que el contrato final de Colón con Isabel propició, a lo largo del siglo XVI, conquistas mucho más españolas que portuguesas en América. Otro es la versión tópica de la historia enseñada en las escuelas, que se inspira en el desarrollo decimonónico del mito de Colón.[20] Pero también cabe atribuir a Colón parte de la responsabilidad. Los años que pasó como extranjero que hacía proselitismo de sus ideas erróneas acerca del tamaño de la tierra fomentaron una imagen de distinción individual, teñida de paranoia, que él no dudó en promover también por escrito. «La imagen del hombre solitario predestinado —señala Fernández-Armesto— que se enfrenta a la ortodoxia para cumplir un sueño que se anticipa a su tiempo deriva de la imagen que difundió Colón de sí mismo, la imagen de foráneo insociable, ridiculizado por la clase social y científica dominante, reacia a aceptarlo.»[21] En consecuencia, los propios textos de Colón han sido caldo de cultivo de leyendas y mitos sobre su personaje, y ahí se incluye la omisión del contexto portugués.

El contexto es importante, porque si se tiene en cuenta el Portugal de épocas anteriores y el de los años que pasó Colón allí, se descubre hasta qué punto el navegante genovés no tenía ni un único proyecto ni una única visión ni un modelo único de inspiración.[22] Muchos otros crearon y favorecieron el proceso de expansión en que se inscribe el almirante. Ya doscientos años antes de que Colón cruzase el Atlántico, las flotas de Europa meridional salieron de las aguas mediterráneas para explorar el Atlántico. Los hermanos Vivaldi zarparon del puerto de Génova en 1291 con rumbo a Occidente, en un viaje que al final fue sólo de ida. Posteriormente, en el siglo XIV y comienzos del XV, se abrió una nueva zona de navegación delimitada por las Azores por el norte, las islas Canarias por el sur, y las costas ibérica y africana por el este.[23]

Por último, a partir de la década de 1420, se abrió y cartografió un nuevo ámbito de exploración y navegación por el atlántico central y occidental. En las décadas de 1450 y 1460 se descubrieron nuevas islas como Flores, Corvo, las de Cabo Verde y las del Golfo de Guinea. Se colonizaron Madeira y Canarias, territorios que se convirtieron en colonias de plantación de azúcar; en 1478 la primera llegó a ser el primer productor de azúcar del mundo occidental. Los mapas de la época muestran la importancia y amplitud del descubrimiento del espacio atlántico; la especulación sobre las tierras y rasgos del océano es la característica más destacable de la cartografía del siglo XV.[24]

Aunque los hombres de las ciudades-estado italianas participaron desde el principio en el proceso, y Castilla se implicó cada vez más (sobre todo desde finales del siglo XIV, en la rivalidad por el control de las Canarias), fue Portugal el que dominó esta expansión. Los navegantes italianos fueron invitados regularmente por la monarquía portuguesa (posteriormente también los flamencos) a participar en la exploración, lo cual permitió que el nuevo imperio portugués controlase la colonización atlántica (excepto en el caso de Canarias) y el proyecto de expansión.[25]

Este proyecto preveía realizar el trazado progresivo del litoral africano con la intención de rodear el pie del continente y abrir una ruta hacia las Indias orientales. En 1486 los portugueses confiaban tanto en el éxito inminente de su empresa, que su embajador en el Vaticano, Vasco Fernandes de Lucena, describió aquel empeño ante el Papa Inocencio VII, durante su coronación, como algo digno de bendición inmediata. En vista de la exploración portuguesa realizada hasta el momento, el embajador percibía «cuántas y cuán generosas fortunas, honores y gloria se sucederán no sólo para la Cristiandad, sino también [...] para la Santa Sede». El discurso funcionó, pues al año siguiente el Papa emitió una de las llamadas bulas de expansión, que perdonaban a los portugueses sus ambiciones imperiales.[26]

Colón intentó formar parte de este proceso durante las dos últimas décadas del siglo XV, mientras su desesperación iba *in crescendo*. Tardó tiempo en conseguirlo porque carecía de los contactos y la capacidad persuasiva de otros navegantes. Aun después de regresar de su primera travesía del Atlántico, la magnitud de sus logros era cuestionada y cuestionable en el contexto de su época. Las islas que había descubierto (en el Caribe) pertenecían a la zona asignada a los portugueses por la bula papal de 1486. Y aunque en 1494 el papado arbitró un tratado entre Portugal y Castilla que redefinía las zonas, en los últimos años del siglo XV se hizo cada vez más patente que Colón no había encontrado la ansiada ruta marítima hacia las Indias orientales, sino que había mentido a la reina Isabel en ese punto. Después, en 1499, Vasco da Gama regresó de su viaje por el Cabo y quedó claro que los portugueses habían vencido en aquella contienda.

La carrera de Colón se vio menoscabada de manera irreversible. Su testimonio, que aseguraba haber descubierto islas asiáticas —y por tanto la ansiada ruta marítima hacia las Indias orientales—, parecía poco fidedigno ante la evidencia, cada vez más irrefutable, de que se trataba de islas totalmente nuevas. Colón parecía aferrarse a la mentira para no perder sus honorarios contractuales. Cuando la corona de Castilla comprendió la magnitud de su fracaso y de su engaño, envió un agente al Caribe para detener a Colón y traerlo de vuelta a España encadenado. Aunque posteriormente se le permitió cruzar el Atlántico, se le prohibió visitar el Caribe y se le retiraron los títulos de Almirante y Virrey de las Indias, títulos que exigió en el contrato inicial y posiblemente eran el objetivo final de su carrera. Entretanto, tales títulos fueron concedidos por la corona portuguesa a Vasco da Gama.[27]

El hecho de que los viajes de Colón, y no los de Vasco da Gama, cambiasen la historia del mundo no es mérito del genovés. Sus descubrimientos fueron una consecuencia geográfica accidental de la expansión portuguesa iniciada dos siglos antes, así como de la rivalidad entre Castilla y Portugal, más antigua que el propio Colón, en la búsqueda de una ruta marítima hacia las Indias orientales. Además, si Colón no hubiera llegado a América, cualquier otro navegante lo habría logrado en menos de una década.[28] De manera similar, en 1500 el portugués Pedro

Álvares Cabral exploró la costa brasileña, donde arribó cuando intentaba llegar a Asia (bordeando el Cabo). En 1499 Alonso de Ojeda zarpó con rumbo a la costa venezolana, acompañado del florentino Américo Vespucio, que también cruzó el Atlántico con autorización portuguesa dos o tres veces entre 1501 y 1503 (y en 1508 fue nombrado primer piloto mayor de Castilla). Como las cartas de Vespucio eran una lectura mucho más amena que las de Colón, y se publicaron y vendieron bien en los años siguientes a sus viajes, fue su nombre el que asignó un cartógrafo alemán a Brasil en un mapa de 1507, nombre que arraigó y acabó aplicándose a toda «América».[29]

Los historiadores no han pasado por alto la «injusticia» de tal denominación, ni tampoco la ironía de la frase «Colón descubrió América».[30] Pero es un reflejo importante del hecho de que en su vida —y durante décadas, o incluso siglos, después de su muerte— Colón fue percibido, y con acierto, como un participante fugazmente afortunado, pero no excepcional, en un proceso que implicó a muchos otros europeos meridionales.

La imagen de un Vespucio que se arroga el mérito de los logros de Colón debe atenuarse con el hecho de que la fama del florentino fue posterior a la muerte del genovés. Colón no llegó a conocer el nombre de «América». Los dos exploradores eran amigos, colegas de la gran comunidad de navegantes ibéricos, colectivamente responsables de las dos empresas oceánicas que posteriormente serían aclamadas como los mayores acontecimientos de la historia por personas como Abbé Raynal o Adam Smith. En el proceso de autocompasión de los últimos años, Colón lamentó la falta de aprobación sufrida no sólo por él, sino también por su amigo Vespucio, de quien señaló que la fortuna le había sido adversa, como a muchos otros, y que sus obras no le habían valido la recompensa que merecían.[31]

La decadencia de la figura de Colón a partir de 1499 no sólo fue consecuencia de su derrota en la carrera hacia las Indias orientales, sino también fruto de su estatus marginal de genovés y navegante en un mundo marcado por el etnocentrismo castellano, donde se contemplaba con desdén a los italianos y a los marineros. Se vio obstaculizado también, en su posición de colono y administrador «español», por determinados conceptos de procedimiento colonial que derivaban más de los modelos portugueses que de los castellanos; los portugueses enfatizaban los enclaves comerciales, mientras que los castellanos preferían los asentamientos permanentes. En consecuencia, estaba abocado a ser relegado por los historiadores del período colonial, al igual que lo fue también en vida por los oficiales reales. Cuando Gómara ensalzó la conquista de América como el momento más grandioso de la humanidad desde Jesucristo, no sólo tenía en mente a Cortés más que a Colón, como personificación de aquel logro, sino que incluso negaba al genovés el estatus de primer descubridor.[32] Hacia finales del siglo XVI Colón comenzó a aparecer en la poesía épica italiana, y en el siglo siguiente se forjaron dos imágenes complementarias sobre él, ambas arraigadas en sus propios textos, pero revestidas del sesgo romántico característico de la formación de leyendas. Una de esas imágenes veía a Colón como instrumento de la providencia, la otra lo retrataba como visionario infravalorado, un soñador heroico injustamente ridiculizado. Es el caso de la obra de Lope de Vega titulada *El Nuevo mundo descubierto por Cristóbal Colón* (1614). Con todo, el genovés siguió siendo un segundón lejano con respecto a Cortés, principal héroe simbólico del descubrimiento y la conquista.[33]

Todo empezó a cambiar con el tricentenario de la llegada de Colón a América por primera vez. Curiosamente, no fue ni en España ni en Latinoamérica, sino en los flamantes Estados Unidos, donde se produjo la rehabilitación y reconstrucción del navegante. Las nuevas repúblicas de Latinoamérica no dudaron en apropiarse del símbolo de Colón; una de ellas tomó su nombre, y dos colonias del Caribe se disputaron la propiedad de los restos mortales del navegante.[34] Pero fue en Boston, Baltimore y Nueva York donde tuvieron lugar las celebraciones del 12 de octubre de 1792. Los historiadores norteamericanos, como Washington Irving, fueron los que suscitaron interés por la figura de Colón entre los lectores anglohablantes del siglo XIX. Y los inmigrantes italianos e irlandeses en Estados Unidos, así como sus descendientes, a finales del siglo XIX fundaron instituciones de solidaridad centradas en la imagen de Colón como inmigrante católico emblemático.[35]

El interés académico y popular por Colón se fue acrecentando tanto en Norteamérica como en Europa a medida que se aproximaba el cuarto centenario del primer viaje, efeméride que culminó en dos colosales celebraciones del cuarto centenario en Madrid en 1892 y en Chicago en 1893. Años de preparación, millones de pesetas y dólares invertidos, centenares de acontecimientos relacionados, millones de visitantes y participantes, todo ello trajo como consecuencia la creación de una imagen de Colón en la mente popular de ambos lados del Atlántico, imagen que ha sobrevivido hasta la actualidad. En 1912, el día de Co-

lón pasó a ser fiesta oficial y, en 1992, suscitó una controversia casi tan grande como las celebraciones del siglo anterior. Ya sea vilipendiado o ensalzado como héroe, nuestro Colón —el del mito, la historia y el debate de nuestro tiempo— no es un hombre del siglo XV, sino del XX, y con un barniz del siglo XXI.[36]

Si Colón es el principal icono del descubrimiento, Cortés lo es de la conquista. ¿Cómo alcanzó Cortés —y, en menor medida, Francisco Pizarro y otros conquistadores— el rango de icono histórico?

El historiador mexicano Enrique Florescano ha observado que la conquista dio origen a un nuevo protagonista de la acción y la narración históricas, el conquistador, y con él a un nuevo discurso histórico que mostraba un nuevo modo de ver y representar el pasado.[37] El discurso histórico de los conquistadores tal vez era nuevo en su aplicación a América, pero en realidad se basaba en un género de documento desarrollado por los ibéricos antes de llegar al Nuevo Mundo. Se trata del informe que enviaban los conquistadores a la corona tras concluir sus misiones de exploración, conquista y colonización. Tales informes tenían una doble finalidad. Por una parte, servían para informar al monarca de los acontecimientos y las nuevas tierras adquiridas, sobre todo si éstas contenían los dos elementos más ansiados para la fase de colonización: poblaciones indígenas asentadas y metales preciosos. La segunda finalidad era la petición de recompensas en forma de cargos, títulos y estipendios. De ahí el término español que designa dicho género de documento: «probanza de mérito».[38]

La naturaleza y finalidad de las probanzas obligaba a sus autores a engrandecer sus propias hazañas e infravalorar o ignorar las de los demás, eliminando a su favor los procesos o pautas ajenos o bien las acciones y logros individuales. Gran parte de la mitología de la conquista aparece en estos informes: los españoles como seres superiores bendecidos por la divina providencia, la invisibilidad de los africanos y aliados indígenas, la premura por concluir cuanto antes la conquista, y sobre todo la interpretación de la conquista como el logro de individuos audaces y sacrificados.

Las probanzas son también importantes desde el punto de vista cuantitativo. Se conservan millares en el gran archivo imperial de Sevilla, y aún más en Madrid, Ciudad de México, Lima y otros lugares. Además de los documentos que se presentan como *probanzas* y cumplen estrictamente las convenciones, había también otros tipos de informes que presentan muchas características propias de las probanzas: las relaciones, cartas y cartas de relación. Por lo general, las probanzas y relaciones iban dirigidas al rey, aunque a veces también se remitían a otros oficiales reales, que ejercían de intermediarios con el monarca.

Uno de los solicitantes mejor relacionados tenía esperanzas de que el propio rey leyese sus cartas. Tales informes solían ser breves —una o dos páginas—, de estilo rígido, convencional, entreverado de fórmulas establecidas, y recibían escasa atención por parte de los funcionarios reales, que los archivaron hasta que los historiadores del siglo XX redescubrieron aquellos documentos. Muchos ni siquiera se leyeron en la época. Pero una minoría influyente alcanzó gran difusión, bien a través de publicaciones en forma de testimonios de la conquista, bien elaborados como historias en el período colonial. Por ejemplo, las célebres cartas de Cortés al rey, que eran en realidad una serie de probanzas, se publicaron poco después de la llegada de las misivas a España. De ese modo se difundió la idea de que la conquista era un logro de Cortés. Las cartas, traducidas al menos a cinco lenguas, se vendieron tan bien que la corona las prohibió por temor a que el culto al conquistador se convirtiera en una amenaza política. Las cartas continuaron circulando de todas formas, y los admiradores posteriores viajaron como peregrinos a la residencia española de Cortés. Se fomentó también el culto a Cortés con la hagiografía de Gómara de 1552, una obra que la corona intentó suprimir.[39]

La publicación de probanzas como textos epistolares y la intervención de la corona en su supervisión o supresión tenían ya abundantes precedentes. Pocos meses después del regreso de Colón a España, tras su primera travesía atlántica, se publicó en español, italiano (versiones en prosa y verso) y latín una carta supuestamente escrita por él, pero redactada en realidad por los oficiales reales a partir de un documento del navegante. La publicación sirvió para divulgar el «descubrimiento» como un logro español que destacaba el mérito de los monarcas españoles y del propio Colón, en calidad de agente real.[40] Curiosamente, la versión publicada se asemejaba más a una probanza que la original de Colón, pues el genovés no estaba muy familiarizado con los géneros castellanos.

La historia de la conquista de México de Bernal Díaz, quizá el relato de conquista más conocido, raras veces se interpreta como lo que es en realidad, a saber, una probanza monumental cuya longitud absurda (más de 600 páginas en su forma impresa) era garantía de que no sería

leída por el rey, como muy probablemente ocurrió. Puede que Díaz hubiera perdido esperanzas en la eficacia de la probanza más convencional después de haber escrito muchas en etapas anteriores de su vida. Al solicitar una pensión en 1552, por ejemplo, declaraba que escribía a su majestad como súbdito leal, después de treinta y ocho años a su servicio. Y seis años después solicitó al rey que se dignara a concederle plenos favores. Pero, a pesar de provenir de una familia de alto nivel social, los contactos de Díaz resultaron ser un obstáculo más que un salvoconducto para obtener todos los beneficios que codiciaba. Por ser pariente de Diego Velázquez (antiguo mecenas y gran enemigo de Cortés), le fue denegada, a instancias de Cortés, la recompensa merecida en México en la década de 1520, y en las décadas siguientes recibió un trato casi tan humillante como el de colono marginado en Guatemala.[41]

Puede que Díaz, por la edad que tenía cuando concluyó el libro, no concediese tanta importancia a la reacción oficial de la corona cuanto a la satisfacción del proceso creativo y la oportunidad de lanzar incontables dardos envenenados a Gómara, cuya versión de los hechos era, a juicio de Díaz —que en este punto adolecía de cierto simplismo—, contraria a lo que realmente sucedió.[42] En este sentido, su relato es comparable a un libro de historia moderno. Pero la estructura, el tono y la fuerza del texto de Díaz siguen profundamente arraigados en las convenciones de la probanza. Según un estudioso de Díaz, Ramón Iglesia, su obra es una relación exagerada de méritos y servicios.[43]

¿Por qué sentía Díaz la necesidad de enumerar tales «méritos y servicios»? La insatisfacción con su suerte, la mísera ración de despojos que le correspondió por las conquistas de Tenochtitlán y las tierras altas de Guatemala, y su deseo de dejar constancia de los hechos para la posteridad son sólo parte de la respuesta. El contexto general de sus expectativas y del formato elegido es la cultura del mecenazgo en la España del siglo XVI, un sistema de redes sociales, políticas y económicas que sustentaban casi todas las actividades españolas en América, además de fomentar la cultura escrita de las probanzas.

El mecenazgo real no sólo ayuda a explicar la primera fase de desarrollo del mito de los grandes hombres —las probanzas—, sino también la segunda, que es el corpus literario que comprende las crónicas o historias escritas en el período colonial. La línea divisoria entre ambas fases es difusa, lo cual constituye un argumento más a favor de la tesis que pretendo defender, a saber, que la probanza derivó con el tiempo en el género de la crónica, las probanzas se utilizaron como fundamento de las historias, y las obras históricas adoptaron las convenciones de la probanza. La convención más notable era el modo en que se trataba a los personajes individuales, sobre todo a los héroes a quienes se atribuía el mérito de la conquista.

Este tratamiento del individuo se vio en parte favorecido por la corona. Paradójicamente, sin embargo, la corona también aspiraba a suprimirlo. El cargo de cronista oficial, creado en 1532 y 1571, tenía como objetivo controlar la difusión de información sobre la conquista.[44] Tales esfuerzos fueron inútiles. Parte del problema se debía a que la corona española carecía de la burocracia y el control centralizado propios del estado moderno, y por ello intentó reiteradas veces controlar la producción de literatura histórica. Tal vez más significativo era el hecho de que la cultura de la probanza —su modo de describir la conquista y sus protagonistas— se convirtió en el discurso histórico dominante del siglo XVI, el modo convencional en que los españoles veían y representaban la conquista.

El objetivo último de tal imagen era la justificación. Las crónicas de los testigos presenciales, como las cartas de Cortés o los relatos de Jerez sobre la masacre de Cajamarca, enmarcaban la justificación de las acciones o responsabilidades personales en el contexto general de la justificación imperial. Los textos posteriores de los cronistas desarrollaron el tema de la justificación hasta constituir toda una ideología del imperialismo, que representaba la conquista como una misión doble, encaminada a difundir en América la civilización y el cristianismo. En las grandes historias del siglo XVI —las de Gómara, Antonio de Herrera y Gonzalo Fernández de Oviedo—, la serie de descubrimientos y conquistas forma parte de un plan providencial encaminado a instaurar la verdadera fe en todo el mundo. Los españoles son, por supuesto, agentes de dicho plan divino, y los conquistadores más destacados se presentan como agentes principales de Dios.[45]

En el siglo XVI Cortés se erige en el agente más destacado de la providencia por varios motivos. Uno es la impresionante magnitud del imperio mexica y la importancia de la zona central de México para el imperio español. Otro es la rápida publicación y amplia difusión (a pesar de los intentos de censura impulsados desde la corona) de las cartas de Cortés al rey, que sostenían sin ambages que Dios había favorecido a la monarquía española en la conquista de México. Entre líneas se sobrentiende también el estatus bienaventurado del propio Cortés; en una carta emplea el término *medio* (en el sentido de «agente» o «media-

dor») para describir ese rol providencial.[46] Un tercer motivo fue la labor de apoyo desarrollada por los franciscanos en beneficio de Cortés y la conquista.

Los frailes de la Orden de San Francisco fueron los primeros religiosos españoles que se adentraron en las regiones mesoamericanas que con el tiempo serían colonias de la Nueva España. En rivalidad directa con los dominicos, y en menor medida con otras órdenes, y posteriormente también con el clero seglar (sacerdotes que no pertenecían a ninguna orden), los franciscanos fueron una pieza clave de las actividades de la iglesia en toda la América colonial española. En México central, el Yucatán y otras partes de Nueva España, los franciscanos del siglo XVI se afanaban en la conversión de los pueblos indígenas y la construcción de una iglesia colonial. La influencia de los propios indígenas en el proceso y los textos elaborados durante el mismo, tanto por los frailes como por las poblaciones autóctonas, dieron lugar a un extraordinario corpus literario que sirvió de fundamento para la disciplina académica de la etnografía.[47]

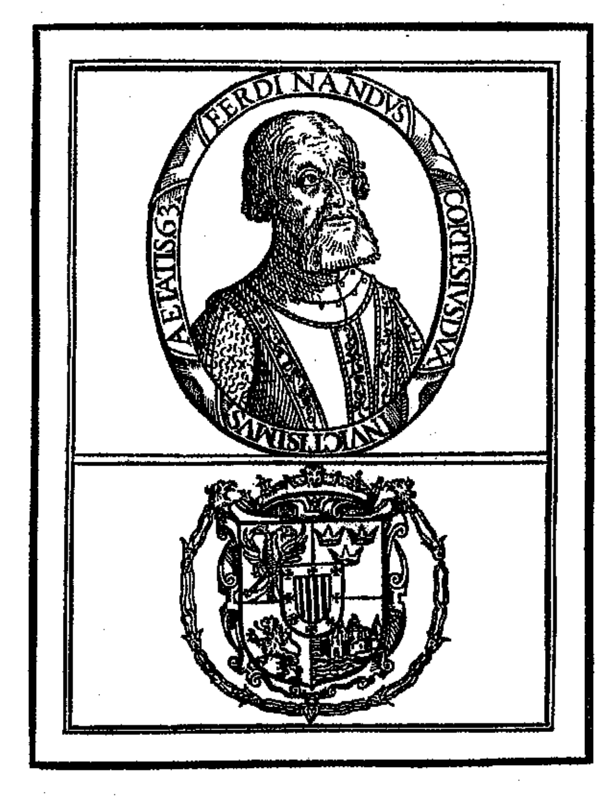
Los franciscanos consideraban que el apoyo de Cortés al establecimiento de la Orden en México, así como a sus actividades durante los primeros años del período colonial, era crucial para su misión, y en consecuencia contribuyeron mucho a la formación de su leyenda. Toribio Motolinía, que fue uno de los doce primeros franciscanos que se establecieron en México, preguntó al emperador en una carta de 1555: «¿Quién así amó i defendió los Indios en este mundo nuevo como Cortés?». Motolinía (que tomó su nombre de la palabra nahuatl que designa la «pobreza») en parte reaccionaba ante los textos de Bartolomé de las Casas, que atacaba duramente a Cortés, además de pertenecer a la orden de los dominicos. El franciscano comunicó al emperador que Bartolomé de las Casas y otras voces críticas pretendían ocultar, a través de exageraciones, errores, mentiras y la simple ignorancia, «los servicios que á Dios i á V. M. hizo [Cortés]». Ante todo, «por este Capitan nos abrió Dios la puerta para predicar su Santo evangelio, i este puso á los Indios que tuviesen reverencia á los santos Sacramentos, i á los Ministros de la Iglesia».[48]

El mismo Bernardino de Sahagún, franciscano que había legado una importante crónica mexicana de la conquista en el último libro de su épica *Historia general de las cosas de Nueva España*, de doce volúmenes, posteriormente reescribió la historia para presentarla como «un canto de alabanza a Hernán Cortés y una justificación de la victoria es-

pañola».[49] La versión original de 1579 reflejaba la perspectiva de los mexica de Tlatelolco (municipio dependiente de la capital, que primero era Tenochtitlán y después Ciudad de México). Sahagún sostenía que su versión revisada de 1585 era todavía una perspectiva indígena que sólo corregía «ciertos errores». Pero la historiadora Sarah Cline ha demostrado, de modo convincente, que las revisiones favorecían las actitudes de Sahagún y otros franciscanos con respecto al papel providencial de Cortés en la conquista de México de 1519, así como la deferencia del conquistador para con los franciscanos, a quienes invitó a asentarse en la zona en 1524. La versión de 1585 tenía, por tanto, una finalidad política en una época en la que los planes franciscanos se veían amenazados por otros españoles, y revela que la leyenda de Cortés se perpetuó mucho después de su muerte.[50]

Los franciscanos veían la conquista como un gran salto hacia la conversión de la humanidad y la segunda venida de Cristo. Esta versión influyó en el propio Cortés y le inspiró en las nuevas expediciones que emprendió en la década de 1520 hasta Baja California, por el norte, y hasta Honduras, en dirección sur. También contribuyó a reforzar su estatus legendario entre los humanistas y otros intelectuales que se reunían en su casa de Madrid durante los últimos años de su vida. Entre ellos se encontraba Juan Ginés de Sepúlveda, cuyas opiniones extremadamente negativas sobre «los indios» lo enfrentaron a Bartolomé de las Casas y lo desprestigiaron en los círculos académicos del siglo XX. En 1543, Sepúlveda describió la conquista como una proeza encarnada en dos personajes: Cortés, noble y valiente, y Moctezuma, timorato y cobarde. Frecuentaba también el grupo de Madrid Cervantes de Salazar, quien en su oda a Cortés, de 1546, lo comparaba con Alejandro Magno, Julio Cesar y San Pablo.[51]

Otro miembro del círculo era Gómara, cuyo relato de la conquista tomó la forma de hagiografía de Hernán Cortés, que se alza como una figura idealizada de la que depende todo el proceso de descubrimiento y conquista; su narración comienza y acaba con el nacimiento y muerte de Cortés.[52] Aunque Bernal Díaz afirmaba que su versión se inspiraba en los errores que percibía en el libro de Gómara, presentaba a Cortés como un personaje excelso, pese a todas sus imperfecciones, que también intensificaban su heroísmo.[53] De todas las historias de la conquista publicadas durante el período colonial, la mayoría de las cuales trataban al «gran Cortés» y a otros hombres eminentes con el mismo tono laudatorio presente en *Cortés valeroso, y Mexicana* (1588), de Gabriel



FIGURAS 3 y 4 (arriba y página siguiente). Frontispicios de Gabriel Lasso de la Vega, *Cortés valeroso, y Mexicana* (1588). Las imágenes establecen un contraste entre el hombre de armas «invencible» de 63 años, que alza la vista al cielo, y el hombre de letras joven, con gorguera, que fija la vista en el lector. El escudo de armas de Cortés se completa con los símbolos propios de su estatus; el de Lasso de la Vega, en cambio, es un escudo en blanco.

Lasso de la Vega (véanse las figuras 3 y 4), las más influyentes fueron las de Cortés, Gómara y Díaz.[54] Su efecto fue la magnificación de Cortés como conquistador emblemático, así como la lectura de la conquista de México como símbolo y modelo de toda la conquista, de modo que se relegaba a Colón y Pizarro a un segundo plano, a la sombra de Cortés, y otras conquistas y conquistadores quedaban casi eclipsados.

Durante siglos, las fuentes habituales de la conquista y temas afines eran los informes de Colón y Cortés, las crónicas similares de otros con-



quistadores, y las historias coloniales basadas en aquellos documentos.[55] Estas historias solían amoldarse a las convenciones de la ideología imperial española, de modo que muchos de los textos más controvertidos no se publicaron hasta después del período colonial. Las obras más extensas de Bartolomé de las Casas, por ejemplo, la *Historia general de las Indias* y *La apologética historia sumaria*, se publicaron por primera vez en 1875 y 1909, y sus *Memoriales* no vieron la luz hasta 1848 y 1903, respectivamente.[56]

Pero el siglo XIX apenas contribuyó a desentrañar el mito de Cortés y demás «grandes hombres» responsables de la conquista. Esto se debió, en parte, a la tercera fase cronológica de desarrollo del mito abordado en este capítulo, a saber, el éxito de las historias de la conquista de México y Perú, de William Prescott. Al igual que la versión de Gómara, el relato de Prescott sobre la historia mexicana no termina con la

caída de Tenochtitlán, sino en un momento posterior, con la muerte de Cortés. Como reconocía el propio Prescott: «Los dos pilares que sustentan la historia de la conquista son las Crónicas de Gómara y Bernal Díaz». Para Prescott, ambas crónicas se compensaban mutuamente, de modo que si bien Díaz «expone libremente la astucia o codicia [de Cortés], y a veces su crueldad, también hace justicia a sus cualidades heroicas y excelsas».[57]

Los libros de Prescott reelaboraron los mitos de la conquista basados en las probanzas, relaciones y cartas de los conquistadores, y fueron formalizados por los cronistas coloniales como una ideología de justificación imperial. Prescott los presentaba a un público ansioso por leer que un «puñado» de europeos, gracias a sus superiores cualidades intrínsecas, venció a un nutrido ejército de indígenas bárbaros a pesar de la desigualdad de fuerzas y demás adversidades.[58] Los lectores de la época estaban habituados ya a las versiones europeas y norteamericanas de la ideología imperial y expansionista del siglo XIX. Las conquistas españolas de Prescott eran verosímiles y reconfortantes, al tiempo que el catolicismo de los conquistadores brindaba al autor y a los lectores protestantes una fácil explicación de los actos de crueldad u otros excesos ocasionales y desafortunados.

Aunque Prescott escribió sus historias de la conquista hace un siglo y medio, todavía se publican y se leen en la actualidad.[59] Además, su influencia es evidente, en parte porque se combina con la tendencia cultural (que influyó en el propio Prescott) hacia la descripción de las conquistas europeas como logros personalizados en grandes líderes.[60] Un buen ejemplo de la longevidad de la visión prescottiana sobre la conquista es la obra de Hugh Thomas titulada *La conquista de México*, que ha conocido gran éxito de ventas en varias lenguas desde su publicación en 1995. Aunque Thomas recurre a fuentes indígenas y ha realizado alguna investigación de archivo, su libro se basa sobre todo en fuentes españolas y proyecta una perspectiva tradicional sobre los acontecimientos. Como sugiere el subtítulo original —*Montezuma, Cortés, and the fall of Old Mexico*—, el libro reproduce el apasionante relato de Bernal Díaz al enfatizar las intrigas y el impacto decisivo de los líderes españoles e indígenas mexicanos, principalmente los primeros.[61]

El libro de Thomas contiene los elementos clave de aquella visión de la conquista que se remonta a Cortés y las probanzas de los conquistadores, pasando por Prescott y Gómara. Tales elementos son la estructuración de la conquista como un relato claro que conduce inexorablemente a la victoria, una explicación de la conquista que en última instancia pretende demostrar la superioridad de la civilización española, una glorificación de Cortés, y un refrendo del mito de que la conquista fue posible gracias a unos pocos hombres eminentes y excepcionales.[62]

Poco después del desembarco en la costa del Golfo de México en 1519, en una operación sistemáticamente aclamada por su audacia y brillantez, Cortés quemó las naves. En realidad, no lo hizo. Los barcos se hundieron y al menos uno simplemente encalló. Pero en 1546 Cervantes de Salazar aludió a la quema de las naves de Cortés en un texto impreso y, desde entonces, la imagen se perpetuó.[63]

El mito de la quema de las naves no sólo refleja la existencia de numerosas leyendas pequeñas dentro de los grandes mitos, sino que ilustra también cómo todas las acciones de Cortés se han interpretado como indicios de su excepcionalidad.[64] Por lo que se refiere a la destrucción de los barcos, Francisco de Montejo hizo lo mismo en 1527 en la costa de Yucatán.[65] Pudo haber sido imitación de Cortés, pues no cabe duda de que éste influyó en otros conquistadores, bien por la experiencia común de la invasión del imperio mexica, bien a través de la lectura de las ediciones publicadas de sus cartas al rey. Sin embargo, con excesiva frecuencia y sin pruebas directas, las hazañas de los conquistadores después de la invasión de México en 1519-1521 se interpretan deliberadamente como imitaciones de Cortés, mientras que se ignoran las pautas anteriores a 1519.

La posición clásica se sintetiza bien en esta frase escrita en 1966 por Charles Gibson, uno de los historiadores de la colonización latinoamericana más eminentes de su generación: «Aunque ningún otro conquistador compitió con Cortés en destreza militar o en la capacidad de controlar la conquista posterior, todas las campañas sucesivas tomaron como modelo, hasta cierto punto, la conquista del imperio azteca».[66] Esta imagen de Cortés como excepción y arquetipo se ha expresado de diversas formas en los textos de numerosos autores, que consideran a Cortés «incomparable» por su peculiar combinación de destrezas, o lo describen como «hombre sumamente dotado» que fue «el primero en tomar conciencia política, e incluso histórica, de sus acciones». Sin Cortés «probablemente no habría habido conquista», pues él «inventó el sueño del oro y el nuevo poder que cautivó a quienes lo siguieron».[67]

En realidad, Cortés siguió los procedimientos de conquista de origen ibérico, que eran anteriores al descubrimiento y se consolidaron durante la fase de conquista caribeña (1492-1521). Estas rutinas se desarrollaron en los siglos XVI y XVII no porque todos los conquistadores emulasen a Cortés —si bien algunos creían seguir su modelo—, sino porque a los españoles les interesaba justificar sus acciones y dotarlas de un barniz legalista, citando y respetando los precedentes aceptados. El modelo de conquista fue un procedimiento seguido por muchos hombres, no un conjunto de acciones excepcionales de unos pocos.[68]

El primer aspecto del procedimiento de conquista era el uso de medidas legalistas para dotar la expedición de una aparente validez. Tales medidas solían consistir en la lectura de un documento legal, generalmente una licencia de conquista o el llamado «requerimiento», absurda petición de sumisión que debía leerse a los ejércitos o comunidades indígenas antes del inicio de las hostilidades. También era habitual la declaración de una concesión territorial formal. Por último, otra de las medidas típicamente legalistas era la fundación de una ciudad. Los españoles concedían gran relevancia al asentamiento en ciudades, que equiparaban a la civilización, el estatus social y la seguridad, de manera que el gesto estaba cargado de simbolismo tranquilizador para los conquistadores. El asentamiento urbano concedía también a un determinado grupo de conquistadores la posibilidad de convertirse en cabildo, y adquirir así el estatus suficiente para adoptar cierto tipo de resoluciones, promulgar leyes o tomar otras decisiones con validez jurídica.

El ejemplo más famoso de este proceso es la fundación de Veracruz, en la costa del Golfo de México, por parte de Cortés y sus capitanes. El cabildo recién creado escribió a la corona para declarar que «lo mejor que a todos nos parecía era que en nombre de vuestras reales altezas, se poblase y fundase allí un pueblo en que hubiese justicia, para que en esta tierra tuviesen señorío, como en sus reinos y señoríos lo tienen».[69]

En realidad, la finalidad de la imaginaria Veracruz no era emprender la construcción de una ciudad, sino establecer una nueva base de autoridad que reemplazase a la otorgada a Cortés por su señor, el gobernador de Cuba. Es un caso famoso, pero no único; durante las fases de exploración e invasión, los conquistadores solían «fundar» ciudades, asentamientos que no se construían en el momento, o a veces nunca, pero que de manera figurada marcaban el territorio como concesión legal, propiedad de los líderes de la expedición. Las primeras ciudades del Caribe, como Santo Domingo y la Habana, se fundaron dos o tres

veces antes de convertirse en asentamientos permanentes. Francisco de Montejo fundó al menos cuatro asentamientos en la costa de Yucatán con el nombre de Salamanca, su ciudad natal; de ellos sólo llegó a construirse uno y ninguno conservó aquel nombre, pero los supuestos asentamientos conferían una apariencia legalista a sus informes, donde exageraba el progreso de sus expediciones.[70]

La finalidad de Veracruz, ciudad que en 1519 sólo existía como nombre, nos lleva al segundo aspecto del procedimiento de conquista: el recurso a una autoridad superior, por lo general el propio rey. En el fragmento citado, el cabildo de Veracruz, que representaba los intereses de Cortés y su facción dentro de la expedición, declara que fundar una ciudad es «mejor» que cumplir las órdenes de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, señor de Cortés y de su expedición. Tales órdenes eran, en las insidiosas palabras de la carta remitida a la corona, «rescatar todo el oro que pudiese, y rescatado, volverse con todo ello a la isla Fernandina [Cuba], para gozar solamente de ello el dicho Diego Velásquez y el dicho capitán [Cortés]».[71] Al defender un procedimiento diferente al establecido, Cortés se presenta como un individuo que renuncia, desinteresadamente, al disfrute de su colaboración con Velázquez, en beneficio de la corona. Pero lo cierto es que Cortés necesitaba la aprobación directa de la corona para erigirse en gobernador de la primera tierra que lograse conquistar. Sus estrategias no reflejan tanto una supuesta habilidad política cuanto la naturaleza de su posición legal. En otras palabras, Velázquez contaba con la aprobación de la corona para explorar (y estaba a punto de recibir también la licencia de conquista), y Cortés necesitaba tal autorización para ser gobernador. Con tal objetivo, traicionó a Velázquez, escribió directamente al rey, envió agentes para que discutieran su caso en la corte, y hundió los barcos restantes para impedir que los leales a Velázquez huyesen subrepticiamente a Cuba para advertirle de la traición, justo el tipo de reacción lógica, predecible y normal de un conquistador ante la situación.[72]

Uno de los agentes enviados a España era Francisco de Montejo, quien a su vez también procuraba sortear la influencia de Cortés, con el fin de obtener directamente del rey un permiso de conquista para sus propios fines. Así pues, mientras negociaba en la corte a comienzos de la década de 1520 en nombre de Cortés, Montejo conspiraba para que Yucatán se definiese como territorio independiente de México, donde él fuera el beneficiario de una licencia de conquista específica, objetivo que consiguió en 1526.[73] De manera similar, la conquista de Perú se ini-

ció con las expediciones de exploración de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, que fueron enviados a la costa del Pacífico por Pedrarias de Ávila, gobernador de Panamá y Nicaragua. En los viajes de 1524-1528 por la costa septentrional del Pacífico, en Sudamérica, Pizarro descubrió que la riqueza de la región, tanto en recursos como en pueblos indígenas, bien valía un viaje de regreso a España con el fin de adquirir una licencia de conquista propia. Pedrarias había muerto, pero para Pizarro era importante impedir que se le adelantasen sus candidatos potenciales, es decir, el sucesor del gobernador, Pedro de los Ríos, y su propio compañero, Almagro.[74]

Cuando regresó a América en 1530 con una larga lista de títulos y prebendas para sí, y ninguno para Almagro, se evidenció que Francisco Pizarro había traicionado vilmente a su compañero. Aunque se fraguó entre ambos una extrema rivalidad (Pizarro ordenó la ejecución de Almagro en 1537 y, cuatro años después, el hijo de Almagro dio muerte a Pizarro), la traición de Pizarro no debe entenderse como un rasgo de su carácter individual. Tampoco conviene atribuir al rencor personal los esfuerzos de Almagro por arrebatar Perú a Pizarro. Los dos seguían los procedimientos normales para alcanzar el objetivo final de todo conquistador, a saber, el cargo de gobernador de una provincia imperial, con autorización del rey. Como señaló Francisco Pizarro en una carta unos días antes de ser asesinado, el título de gobernador de Perú era lo más importante para él, pues consideraba que sin él todos sus servicios y esfuerzos habrían sido en vano.[75]

Otro ejemplo de recurso al rey como procedimiento típico de conquista ocurrió cuando Gonzalo Pizarro (hermano de Francisco) lideró una vasta expedición hacia el este, desde Quito hasta la Amazonia, a través de los Andes, en 1540. Los rigores del terreno agotaron a los españoles y a sus ayudantes africanos e indígenas, y en vista de que las víctimas mortales no cesaban de aumentar, fue preciso interrumpir la expedición. Uno de los capitanes de la compañía, Francisco de Orellana, fue enviado como avanzadilla por el río en busca de alimentos. Él y su reducido grupo nunca regresaron, sino que lograron navegar por el Amazonas hasta el Atlántico, desde donde continuaron hacia el Caribe, y luego prosiguieron hasta España. Pizarro, entretanto, esperó semanas hasta que decidió regresar a Quito a duras penas.

Según Orellana, la corriente del río le impidió regresar al lugar donde le esperaban Gonzalo Pizarro y el cuerpo principal de supervivientes de la expedición. Según la versión de Pizarro, Orellana lo abandonó de modo deliberado y traicionero. Los cronistas coloniales se posicionaron del lado de Pizarro, y los historiadores posteriores siguieron la misma línea. Prescott, por ejemplo, acusó a Orellana de abandonar a sus «desgraciados camaradas [...] en la jungla»; la «gloria del descubrimiento» del Amazonas fue «estéril [y] sin duda no compensada por las circunstancias injustas que lo rodearon». En la década de 1950 el escritor inglés George Millar escribió una apología en favor de Orellana, que arrastraba desde hacía siglos una injusta reputación de «canalla, o incluso de cobarde». Los historiadores del último medio siglo apenas han contribuido a deshacer, siguiendo la rara senda abierta por Millar, la calificación —acuñada por Gonzalo Pizarro— de Orellana como «el peor traidor que ha existido». La mayoría lo ignoró; es inusual la proclividad de Michael Wood hacia dicho personaje en su reciente serie televisiva titulada *Conquistadors*.[76]

Pero la maniobra de Orellana no fue ni heroica ni traidora. Al margen de que fuera o no capaz de remontar el río para reunirse con Pizarro, su voluntad de continuar solo, la posterior defensa de sus acciones, y la adquisición de un permiso de conquista en España para regresar al Amazonas en calidad de «adelantado» (conquistador autorizado) son modos de actuación coherentes con las pautas de conquista típicas del conquistador.[77]

La finalidad de la expedición de Gonzalo Pizarro en los Andes era localizar la mina de oro recogida en la leyenda de El Dorado, lo cual nos lleva al tercer aspecto característico del procedimiento de conquista. Nos referimos a la búsqueda de metales preciosos, sobre todo oro, seguido de plata en el orden de preferencias. Este aspecto del procedimiento de conquista se ha descrito con menor frecuencia como una estrategia excepcional u original de Cortés o de los restantes conquistadores famosos. Por el contrario, se ha atribuido acertadamente a todos los miembros de las expediciones españolas. Pero en este caso ha habido también un error de interpretación, pues la «sed de oro» española constituye una de las múltiples leyendas o minimitos de la conquista. Se ha descrito a los conquistadores como individuos «movidos por el deseo de oro» o por una «codicia» que «recuerda mucho a la psicosis colectiva que aquejaba a los buscadores de oro californianos a mediados del siglo XIX». En palabras de otro estudioso, los colonizadores españoles «sólo se dedicaban a buscar oro, y esta frenética búsqueda de metales preciosos, joyas y perlas les impedía emprender ninguna actividad económica productiva».[78]

Tal planteamiento no explica el funcionamiento de la economía durante el primer período colonial, ni la relevancia de los metales preciosos en aquel sistema. Para Pizarro la «cosa más importante» no era el oro, sino el cargo de gobernador. Sin embargo, necesitaba encontrar oro para que el territorio de gobernación mereciera la pena. Desde una perspectiva más general, los españoles no tenían interés en el metal en sí, o al menos no más que el que revisten hoy las tarjetas de crédito, en tanto que objetos. Los artefactos de oro bien tallado recogidos en Cajamarca y otros lugares se llevaban a la fundición, de acuerdo con un procedimiento sistemático aplicado después de las conquistas, que permitía pagar las cuotas, saldar las deudas y obtener créditos. Para los españoles, lo importante era el valor y la capacidad adquisitiva del oro y la plata. Concebían los metales preciosos como dinero —las remesas enviadas por mar se denominaban «dineros»— y fundamento del sistema crediticio que sustentaba la actividad de los conquistadores.[79]

La denodada búsqueda de metales preciosos por parte de los españoles se debía a que el oro y la plata no eran sólo la fuente predilecta de riqueza, sino los únicos objetos cuyo valor, en relación con su transportabilidad, posibilitaba toda la labor de conquista y colonización. En el Nuevo Mundo no había ningún otro producto no perecedero, divisible y compacto tan valioso. Lejos de constituir una barrera para la «actividad económica productiva», el oro y la plata de América financiaron la conquista española y casi todas las actividades económicas desarrolladas en el Nuevo Mundo (además de alterar la historia política y económica de Europa).

Con un ahínco comparable, los españoles buscaban también poblaciones indígenas en los territorios conquistados. Un aspecto de este complejo proceso era la necesidad de adquirir aliados indígenas, la cuarta pauta del procedimiento de conquista. Esta estrategia era necesaria porque las expediciones españolas siempre eran menos numerosas que los pueblos autóctonos de las regiones que invadían, y porque los españoles solían desconocer por completo aquellos pueblos y territorios. Los aliados eran fuentes potenciales de información sumamente valiosa. Aportaban también un apoyo esencial en el transporte de las provisiones. Ante todo, los aliados indígenas ofrecían ayuda militar; por una parte, compensaban el potencial desequilibrio numérico de las fuerzas durante la batalla, y por otra permitían a los españoles la aplicación de la clásica estrategia de divide y vencerás. Este procedimiento no era en absoluto una estrategia excepcional ni original de Cortés o Pizarro; todos los conquistadores se procuraban el mayor número posible de aliados indígenas, y con la máxima celeridad que permitían las circunstancias.

El quinto aspecto sistemático de la conquista era la adquisición de una categoría especial de aliado indígena: el intérprete. Se ha escrito mucho sobre la utilización, por parte de Cortés, de una noble nahua como intérprete, la célebre Malinche, y con frecuencia se ha insinuado que aquél era un ejemplo de las capacidades estratégicas superiores de Cortés. Sin embargo, éste sólo seguía el procedimiento establecido y, como cabía esperar, inició la búsqueda de un intérprete potencial desde que avistó por primera vez el continente. Para ello decidió, no sin dificultad, rescatar a Gerónimo de Aguilar, que había naufragado siete años antes en la costa yucateca, pues presuponía que Aguilar habría aprendido probablemente la lengua indígena del interior.[80] Pero Aguilar sólo hablaba maya yucateca, no nahuatl, lengua del imperio mexica, de modo que Cortés continuó la búsqueda. Que Malinche hablase maya y nahuatl fue una coincidencia afortunada, pero de todas formas decidieron enseñarle español.

Como sucede con otras pautas ya mencionadas, la búsqueda rutinaria de un intérprete se remonta a los comienzos de la conquista. Colón capturó y adquirió guías indígenas desde su primer viaje, guías a los que se obligó a aprender español para servir de intérpretes. Siete indígenas caribeños fueron trasladados a España en 1493 para su formación en dicho oficio. Cinco de ellos murieron pronto, pero los demás regresaron con Colón en su segundo viaje. Cuando estos dos murieron, la búsqueda de nuevos intérpretes continuó. En 1502, por ejemplo, capturaron a un indígena de América central, lo bautizaron con el nombre de Juan Pérez, y lo instruyeron específicamente para ese fin.[81]

A partir de entonces se documentan numerosos ejemplos similares. Hernández de Córdoba, actuando «de un modo totalmente previsible» (como observa el historiador Hugh Thomas), capturó a dos indígenas en la costa yucateca en 1517, los apodó o bautizó con los nombres de Melchor y Julián, e intentó formarlos como intérpretes. Julián, no sin renuencia, colaboró y regresó a las costas de Yucatán con la expedición de Grijalva al año siguiente, pero murió poco después. Melchor se resistió (actitud que Gómara interpretó posteriormente como falta de modales); aunque también acompañó a Grijalva, huyó en la primera ocasión que se le presentó, cuando viajaba con la expedición de Cortés. Otros intérpretes, algunos españoles pero en su gran mayoría indígenas, apa-

recen esporádicamente en los relatos de las expediciones: por ejemplo, una indígena jamaicana en la costa yucateca; un hablante de nahuatl capturado por Grijalva, bautizado con el nombre de Francisco, que sirve de intérprete a Cortés; un indio shakori de Carolina del Sur, intérprete de Vázquez de Ayllón, quien le dio el nombre de Francisco de Chicora y posteriormente lo trasladó a España; el paje español Orteguilla, que fue asignado por Cortés a Moctezuma durante el período de cautividad del emperador y muy pronto fue bilingüe; y Gerónimo de Aguilar, el español que naufragó y fue rescatado por Cortés después de ocho años de convivencia con los mayas.[82]

En las décadas siguientes hubo muchos otros intérpretes. Así, el papel del intérprete andino Martinillo en la conquista le valió el título de don Martín Pizarro. Gaspar Antonio Chi disfrutó de una larga carrera, en el Yucatán del siglo XVI, como noble maya y simultáneamente intérprete general de la colonia.[83] Las hazañas de los intérpretes indígenas como Malinche, Martinillo y Chi se deben, en gran parte, a sus propias capacidades individuales, pero también reflejan el hecho de que la búsqueda de intérpretes y su relativa aceptación en la sociedad colonial eran pautas esenciales y constantes en la conquista española.

El sexto aspecto del procedimiento de conquista consistía en recurrir a exhibiciones de violencia, o lo que es lo mismo, la utilización teatral de la agresión. Pese a la colaboración de los aliados (e intérpretes) indígenas y los ayudantes africanos, las fuerzas militares españolas se veían amenazadas y superadas por los pueblos autóctonos de los territorios que intentaban invadir. A pesar de las numerosas masacres cometidas por los españoles y la sistemática esclavización de los pueblos seminómadas del Caribe y América central, por lo general los españoles no pretendían diezmar ni esclavizar a los indígenas, sino someterlos y explotarlos como mano de obra más o menos dócil. Un medio habitual para lograr tal sometimiento consistía en hacer exhibiciones de violencia extrema con el fin de aterrorizar a un grupo indígena y convencerlo de que colaborase con las exigencias españolas. Las técnicas teatrales de intimidación reaparecen una y otra vez en los relatos de las expediciones de conquista.[84]

Entre las medidas violentas se contemplaba la amputación de la mano derecha (o a veces el brazo) de los prisioneros indígenas, a menudo centenares;[85] la matanza de mujeres y, en caso necesario, el envío de los cadáveres a su lugar de origen; y la mutilación o asesinato de individuos selectos, generalmente quemados en la hoguera o devorados por mastines hambrientos, a la vista de los testigos indígenas.[86] Otra técnica era la masacre de indígenas inermes, y su efecto era aún más intenso si las víctimas eran mujeres, niños o ancianos (como ocurrió en la masacre de Cholula ordenada por Cortés), o si se trataba de oficiantes en una fiesta o ritual importante (como en la masacre de Alvarado en Tenochtitlán), o si las víctimas se veían limitadas por un espacio muy exiguo o hacinadas en grupo (como en los dos casos mencionados, así como en la masacre liderada por Pizarro en el séquito de Atahualpa). Como señaló John Ogilby en 1670, las expediciones españolas avanzaban con «temor, procurando conquistar sin masacrar».[87] Si bien los anteriores ejemplos recurren más al terror que al teatro, otras técnicas y tácticas más teatrales pretendían confundir o impresionar. Es el caso de los cascabeles que se ponía a los caballos, o el toque de trompeta combinado con disparos de armas de fuego, o el uso de cañones para derribar árboles o edificios.[88]

Una forma de violencia muy teatral era la captura pública de un dirigente indígena (séptimo aspecto del procedimiento del conquistador). La estrategia de Cortés que se ha valorado como su «decisión más extraordinaria» —en palabras de Todorov— y más audaz es la captura de Moctezuma, después de que el emperador mexica recibiese a los españoles en Tenochtitlán.[89] Aunque los españoles fueron apresados por los mexica en uno de los palacios del centro de la ciudad, mantenían a Moctezuma como prisionero para velar por su propia seguridad. El ardid funcionó durante algún tiempo, pero posteriormente, cuando Moctezuma dejó de ser útil para los españoles, lo asesinaron, si bien después dijeron que uno de los súbditos del emperador le había lanzado una piedra, asestándole un golpe mortal en la cabeza. Se ha hablado mucho sobre la sagacidad o la supuesta originalidad de esta estrategia, en la que se atribuye todo el mérito a Cortés y se denuncia a Moctezuma por no impedirla.

Tal análisis, sin embargo, no reconoce que los españoles tomaban indígenas como rehenes sistemáticamente. La famosa captura de Atahualpa, a manos de Pizarro, en Cajamarca el año 1532 se interpreta como una hazaña tan ingeniosa y excepcional como la captura de Moctezuma por parte de Cortés, o bien se presupone que fue una imitación del caso mexicano.[90] En realidad, los líderes de Cajamarca —Pizarro, Benalcázar y Soto—, veteranos con más de veinte años de experiencia, habían conquistado Panamá y Nicaragua, donde capturaron dirigentes indígenas mucho antes de que los españoles conociesen siquiera la exis-

tencia de México.[91] Y poco antes de la expedición de Cajamarca, Pizarro había tomado como rehén al soberano indígena de la isla de Puná, Tumbalá.[92]

La peculiaridad de la captura de Atahualpa era su escala, la magnitud de aquel imperio indígena, las dimensiones de su territorio, la cantidad de oro y plata que exigieron a cambio de su «rescate» (los españoles lo ejecutaron de todas formas). Pero la estrategia de su captura no era en modo alguno original. De hecho, se trataba de una práctica española rutinaria desde el comienzo de la conquista. En 1493, cuando el cacique haitiano Guacanagarí parecía rehuir el dominio de Colón, los españoles de aquella expedición exigieron que se les autorizase (según señala Bartolomé de Las Casas) a hacer prisionero a Guacanagarí, pero el almirante no se lo concedió.[93] Sin embargo, la incertidumbre de Colón sobre cómo controlar y tratar a los indígenas muy pronto propició que prevaleciesen las prácticas españolas habituales. Un año después otro cacique haitiano, Caonabó, fue ejecutado públicamente, y a partir de entonces los españoles capturaron, extorsionaron, torturaron y ejecutaron por sistema a los dirigentes indígenas de las islas del Caribe, y posteriormente también a los de las zonas más próximas del continente.[94]

Cuatro décadas después del primer viaje de Colón, y poco después de la captura de Atahualpa en Cajamarca, uno de los hombres allí presentes, Gaspar de Marquina, remitió a su padre una carta adjunta a un lingote de oro adquirido gracias al chantaje del dirigente inca. Gaspar aludía a que los españoles habían capturado a uno de los «grandes caciques» locales, y gracias a ello era posible recorrer quinientas leguas sin riesgo de morir a manos de los indígenas.[95] Así, en pocas palabras, Marquina transmitió inconscientemente el carácter rutinario y la eficacia de la captura de soberanos indígenas.

Del mismo modo que no eran originales las acciones o decisiones de eminentes conquistadores como Cortés y Pizarro, tampoco eran exclusivas de los españoles las tácticas empleadas de manera rutinaria en la conquista. Muchos de estos aspectos formaban parte de las pautas habituales de los pueblos indígenas americanos, así como de las guerras y la expansión imperial occidental. En las décadas anteriores a las principales invasiones españolas en el continente americano, Castilla y sus reinos vecinos habían desarrollado prácticas de conquista y mecanismos rutinarios durante la anexión de una serie de territorios en el Mediterráneo meridional, el norte de África y el Caribe.[96] Por la misma época, los mexicas y los incas habían desarrollado también procedimientos de conquista en el rápido proceso de creación de vastos imperios, el primero desde el norte de México hasta la frontera con los dominios mayas, y el segundo desde Ecuador hasta Chile.

Pero el contexto general de las actividades del conquistador se ha visto eclipsado por una concepción de la conquista que domina nuestro discurso histórico sobre los acontecimientos y sus protagonistas, una perspectiva que concede primacía causal y explicativa a un puñado de hombres excepcionales. El logro colectivo, por supuesto, resulta mucho menos atractivo, y no sólo para los participantes, sino también para los lectores posteriores de la historia, pues la tendencia humana dominante es la búsqueda de héroes y bellacos. La explicación del descubrimiento y la conquista de América como fruto de la inspiración de Colón o el talento de Cortés sin duda habría sido del agrado de ambos hombres, pero se ha convertido en una barrera que impide comprender, en toda su magnitud, la «mayor cosa después de la creación del mundo». Puede que a Colón la suerte le fuera «adversa», como declaró el descubridor a propósito de su amigo Vespucio, pero la historia no lo fue, como tampoco lo ha sido en el caso de Cortés y Pizarro.

Capítulo 2

Ni sueldo ni obligación
El mito del ejército del rey

> Porque, si los romanos tantas provincias sojuzgaron, fue con igual, o poco menor número de gente, y en tierras sabidas y proveídas de mantenimientos usados, y con capitanes y ejércitos pagados. Mas nuestros Españoles, siendo pocos en número, que nunca fueron sino doscientos o trescientos, y algunas veces ciento y aun menos. [...] Y los que en diversas veces han ido, no han sido pagados ni forzados, sino de su propia voluntad y a su costa han ido.
>
> FRANCISCO DE XEREZ (1534)

Cuando Colón regresó de su segundo viaje a la isla del Caribe que denominó La Española, iba acompañado de un ejército español. Al menos ésta es la impresión que da una escena dramática de la película *1492: La conquista del paraíso* (1992), en la que los soldados españoles forman fila disciplinadamente en la playa, con uniformes y armas reglamentarias, mientras hacen ondear los estandartes y aguardan el redoble de tambor antes de iniciar el desfile.[1]

Esta misma impresión se repite en películas, ilustraciones, libros de texto y publicaciones académicas. Según esta imagen común, los primeros invasores y colonos españoles ascienden «en la jerarquía militar» y constituyen «fuerzas» que «desfilan» bajo el «mando» de sus capitanes, que planifican y ejecutan «operaciones militares». Todos forman parte de la «maquinaria bélica de España». Sobre todo predominan los «soldados». Cortés parte con «trescientos soldados de infantería». Arenga a «sus soldados», y entrega a su intérprete y amante, Malinche, «a uno de sus soldados». Además de la preponderancia de la terminología mi-

litar en el relato de las expediciones españolas y el uso general del término «soldado» para describir a los conquistadores, se concede habitualmente al estado monárquico español un papel monolítico y dominante en la expansión española.[2] La síntesis de todo ello es lo que he denominado el «mito del ejército del rey».

Francisco de Jerez, en su testimonio presencial sobre los acontecimientos de 1532 en Cajamarca —el enfrentamiento entre Pizarro y Atahualpa y la consecuente masacre de los andinos—, recuerda a sus lectores que los españoles *no* constituían ningún ejército. El punto de referencia de Jerez no era el ejército español, puesto que tal concepto todavía no estaba todavía bien definido, ni siquiera en la Europa de la década de 1530, sino el antiguo ejército romano. El triunfo de los españoles al mando de Pizarro, en lo que Jerez denomina, prematuramente, «la conquista del Perú», se presenta como una empresa aún más extraordinaria e impresionante porque no era el logro de «capitanes y ejércitos remunerados».[3]

Las versiones de otros españoles que participaron en las campañas de conquista confirman las afirmaciones de Jerez. Por ejemplo, algunos historiadores modernos que aluden a los «soldados» que invadieron el imperio mexica citan las cartas escritas por el propio Cortés, confiriendo así aparente autenticidad al uso del término. Pero la palabra siempre fue introducida por historiadores o por los traductores ingleses de Cortés; donde la edición de Pagden dice «trescientos soldados de infantería», Cortés habla de «trescientos peones».[4] Cortés no sólo evita la palabra «soldado», sino que en sus cartas al rey, a pesar de sus esfuerzos por demostrar su firme control de la situación, revela que sus hombres son un grupo de individuos tan variopinto como los compatriotas de Jerez en Cajamarca.

Si los conquistadores afirman en torno a las décadas 1520 y 1530 que el rey de España no envió ningún ejército a América durante dichas décadas, ¿cuál es el origen del mito? ¿Estamos acaso influidos por nuestra propia concepción de los ejércitos modernos? Sin duda, este aspecto tiene mucho que ver con la perpetuación del mito. Estamos habituados a que la actividad bélica y legal sea monopolio de grandes fuerzas nacionales sumamente institucionalizadas. Para comprender las expediciones españolas del siglo XVI se requiere un salto de la imaginación.

Pero el mito tiene también su origen en el desarrollo militar español de mediados y finales del siglo XVI, así como en los cambios terminoló-



FIGURA 5. Portada del sexto volumen de Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los castellanos* (1615).

gicos que conllevó dicho proceso. La ilustración de 1615 que representa la captura de Atahualpa, en la parte superior de la figura 5, contradice aparentemente la descripción de Jerez y muestra a los hombres de Cajamarca como soldados. En realidad, resulta revelador el uso del término *soldado* en aquellos años. Cortés no lo emplea en la década de 1520, ni tampoco Pedro de Alvarado cuando describe su invasión de Guatemala por la misma época, ni aparece tampoco en el informe oficial, de sesenta y cuatro páginas, sobre el reparto de oro y plata entre los hombres de Cajamarca en 1533 (ni en una copia de dicho informe que data de 1557).[5] En la descripción de la conquista de Yucatán por parte del fraile franciscano Diego de Landa, la frase *soldados españoles* aparece sólo una vez. Puesto que la versión conservada es una recopilación de fragmentos y resúmenes realizada a finales del siglo XVII, podría tratarse de una adición posterior. No obstante, dado que el manuscrito original de Landa, perdido desde mucho tiempo antes, se redactó hacia 1566, la aparición del vocablo «soldados» una sola vez podía reflejar también un cambio gradual en la terminología y en la percepción española de quiénes eran los conquistadores.[6] En una colección de cartas escritas por conquistadores y otros colonos españoles en América entre 1520 y 1595, sólo uno de los treinta y seis documentos emplea la palabra «soldado». Es significativo que el texto fuera relativamente tardío, de 1556, y estuviera escrito por una recién llegada, la española doña Isabel de Guevara, en la nueva ciudad de Asunción (Paraguay).[7]

Bernal Díaz suele utilizar el término *soldado* en su relato de la conquista de México, pero este libro se redactó alrededor de 1570, se concluyó en 1576 y se revisó para su primera publicación en 1632.[8] En esta época, un siglo después de que Jerez hubiera narrado los acontecimientos de Cajamarca, los conquistadores estaban ya a punto de convertirse en soldados. Desde luego, así se representan en las ilustraciones de la portada de Herrera (véase la figura 5), al igual que en los cuadros de la conquista que estaban de moda en México durante el siglo XVII. En la figura 6, por ejemplo, Cortés aparece al frente de un ejército bien organizado, provisto de galeones, caballería y artillería. Los conquistadores eran soldados cuando Ilarione da Bergamo tuvo noticias de la conquista de los españoles en México en la década de 1760,[9] época en la que los grabados y cuadros mostraban sistemáticamente a Colón y los conquistadores españoles con coraza, respaldados por soldados uniformados.[10] En el siglo XIX los términos «soldado» y «ejército» no se cuestionaban (aunque una lectura meticulosa de las historias de Prescott, en gran medida



FIGURA 6. «Veracruz N2»: La llegada de Cortés a Veracruz y el recibimiento por parte de los embajadores de Moctezuma. Segundo cuadro de la serie *Conquista de México* de Strickland/Kislak, escuela mexicana, siglo XVII. Cortés, Bernal Díaz y Marina (o Malinche) se identifican con indicaciones numéricas.

basadas en los primeros relatos coloniales, revela con gran profusión de detalles la verdadera naturaleza de los conquistadores). A comienzos del siglo XX, los libros sobre la conquista tendían a incluir ilustraciones que perpetuaban el mito. Por ejemplo, el frontispicio del «diccionario biográfico» de los conquistadores, obra de Francisco de Icaza que data de 1923, retrata a los primeros colonos desembarcando como una unidad de soldados profesionales con el debido atuendo y equipamiento.[11]

La adopción gradual del término «soldado» a finales del siglo XVI, así como la consecuente suposición de que los primeros conquistadores eran soldados, se relacionaba con otros cambios más generales de las campañas bélicas europeas. Es significativo que fueran los españoles —seguidos muy de cerca por sus enemigos acérrimos de la época, los franceses— quienes liderasen el proceso que los historiadores han descrito como «revolución militar». Esta revolución se manifestó en diversos aspectos. Por una parte, el tamaño de las fuerzas militares aumentó drásticamente; Fernando e Isabel habían tomado Granada en 1492 con

60.000 hombres, mientras que su nieto Carlos V asedió la ciudad alemana de Metz en 1552 con 150.000. A finales de siglo, los ejércitos españoles (y los franceses) habían vuelto a duplicar sus fuerzas.

Además, el desarrollo de la artillería permitió que el número de armas de fuego, el tonelaje de pólvora y los artilleros se sextuplicasen a lo largo del siglo. La artillería era sólo un aspecto de la revolución tecnológica de las armas de fuego y las tácticas y estrategias con que se utilizaban dichas armas. Por último, las campañas se hicieron más largas, vastas y complejas, de modo que la guerra se convirtió en un estado permanente; en todo el siglo XVI sólo hubo nueve años de paz en Europa. España, resultado del expansionismo de Castilla, no fue una nación vagamente definida hasta finales del siglo XV. Pero en pocas décadas los soberanos españoles de Habsburgo adquirieron un imperio europeo que abarcaba desde Italia hasta los Países Bajos y las islas Canarias. Como España no era la única preocupación de sus reyes Habsburgo, éstos se veían obligados a mantener grandes y múltiples fuerzas militares, que hasta bien entrado el siglo XVII se dedicaron a derrotar a los franceses, holandeses, ingleses y alemanes protestantes que se oponían a la hegemonía de los Habsburgo en Europa.

A la luz de este proceso, cabría considerar que los conquistadores no eran sino soldados de una maquinaria bélica española. Pero no era así. Durante las décadas fundacionales de la expansión española, desde los primeros asentamientos en el Caribe en la última década del siglo XV hasta la expansión de las expediciones de conquista por gran parte del territorio continental americano en la década de 1530, la revolución militar se encontraba todavía en una etapa de génesis. La mayoría de los cambios tecnológicos importantes —invención del mosquete, uso de técnicas de descarga cerrada, la construcción de barcos más rápidos, más grandes y mejor provistos— no se introdujo hasta la segunda mitad del siglo. Y aunque el número de hombres y armas se incrementó drásticamente en el siglo XVI, tal crecimiento fue aún mayor en el siglo XVII. En 1710 había 1,3 millones de militares europeos.

Otro dato resulta, en este punto, aún más esclarecedor: los ejércitos profesionales permanentes, como los que relacionamos en la actualidad con el término «ejército», no se crearon hasta el siglo XVII. Tales ejércitos eran leales al estado, no a un líder individual. Evolucionaron a medida que se desarrollaron los estados-nación y el concepto de ciudadanía. Así pues, mucho tiempo después del apogeo de los conquistadores, los estados europeos, incluido el español, alcanzaron el nivel de centralización e institucionalización necesario para organizar fuerzas constituidas, mayoritariamente, por soldados veteranos, permanentes, asalariados y formados, con uniformes y armas reglamentarias. Y aun entonces, éste era un ideal todavía no alcanzado.[12]

Además, el desarrollo de los ejércitos profesionales y los restantes cambios introducidos en el mundo militar se vieron potenciados por las guerras europeas. En el siglo XVI, España carecía de los recursos necesarios para enviar grandes fuerzas y cantidades significativas de armas al otro lado del Atlántico. La flota regular que unía Sevilla con las colonias americanas no se estableció hasta la década de 1550. Tampoco tenía todavía razón de ser, pues la rivalidad europea en América no comenzó hasta el siglo siguiente. Además, la participación de España en los conflictos europeos se volvió cada vez más compleja y ardua durante el siglo XVI. La respuesta de España a las exigencias tácticas, logísticas y tecnológicas de estos conflictos ha sido ensalzada por los historiadores militares como una proeza revolucionaria. Pero la campaña de la conquista española en América fue tangencial en este proceso, y en ningún sentido obedece a las aportaciones fundamentales de España a la revolución militar europea.[13]

Por último, los españoles comprendieron pronto que el Nuevo Mundo requería métodos militares diferentes. En su libro *Milicia y descripción de las Indias* (1599), el capitán español Bernardo de Vargas Machuca sostenía que en América eran inservibles las pautas y estrategias bélicas europeas. Este tratado, considerado por un importante historiador militar como «el primer manual de la guerra de guerrillas», proponía la sustitución de las formaciones lineales, las unidades jerárquicas y las guarniciones permanentes por otras unidades de combate más pequeñas y encubiertas, dedicadas a buscar y destruir misiones desarrolladas durante varios años.[14]

Vargas Machuca parecía desconocer que la técnica que proponía ya era una práctica común entre los conquistadores españoles en América desde hacía un siglo. Los 500 hombres de Cortés y los 168 de Cajamarca eran compañías relativamente grandes de conquistadores. Más allá de las regiones centrales de Mesoamérica y Perú, la mayoría de las expediciones comprendía menos de 100 españoles (casi siempre superados en número por los siervos o esclavos africanos y los «aliados» indígenas americanos). Entre otras tácticas, recurrían al uso de la violencia y la traición de los dirigentes indígenas. Las tretas de búsqueda y destrucción eran habituales. Además, en el siglo XVII, cuando las autoridades

imperiales españolas comenzaron a constituir una red de guarniciones permanentes y otros elementos propios de un ejército profesional regular, su objetivo no era imponer un régimen colonial a los pueblos indígenas americanos, sino defender el imperio de los piratas ingleses, franceses y holandeses. Tampoco los descendientes de los conquistadores dirigían tales unidades, que eran milicias mayoritariamente negras o *pardas*, es decir, pequeñas compañías de africanos libres o esclavos y mestizos libres (hombres de ascendencia mixta hispano-africana).[15]

En suma, la conquista española no fue obra de soldados enviados por el rey, como bien sabían los conquistadores. Pero la revolución militar que se desarrolló en Europa en los siglos XVI y XVII alteró la percepción de las primeras conquistas españolas. Los historiadores modernos se guiaron por esta interpretación tergiversada, influidos también por otras presuposiciones relativas a la naturaleza de los militares. Así pues, en el acervo popular se asoció a los conquistadores, mucho después de su muerte, con la imagen de soldados modernos.

Si los conquistadores iban armados y, en cierto sentido, dominaban las técnicas militares que empleaban en sus campañas, ¿no es correcto considerarlos soldados? Un historiador militar sostiene que sí, con el argumento de que aunque «no muchos de los hombres que combatieron [...] en la conquista de Perú eran soldados, [...] las estrategias militares, valores y pautas de socialización se interrelacionaban de tal modo en la sociedad española de comienzos del siglo XVI, que tal distinción es, desde nuestra perspectiva, funcionalmente irrelevante».[16] Hasta cierto punto, era cierto. Pero tales valores y destrezas eran también comunes en otros países europeos, así como en algunos grupos indígenas americanos, como los mexicas.

Además, el conquistador no adquiría sus destrezas marciales en la instrucción formal, sino en las situaciones conflictivas que afrontaba en América. Los miembros de las expediciones se reclutaban entre la población de las colonias recién fundadas, lo cual constituía un sistema de relevos de conquista en el que la mayoría de los participantes contaba ya con alguna experiencia en el Nuevo Mundo. Por ejemplo, de los 101 españoles de Cajamarca que han dejado constancia de su trayectoria anterior a 1532, 64 tenían experiencia previa a la conquista y 52 habían pasado al menos cinco años en el territorio americano.[17] Pero tal actividad no equivalía a un entrenamiento formal.

La falta de instrucción militar de los conquistadores era paralela a la inexistencia de una jerarquía bien definida. Por aquella época, las fuerzas españolas en Europa estaban lideradas por comandantes pertenecientes a la alta nobleza y organizadas en varios rangos (cuyos nombres eran, a veces, de origen inglés: «cabo de colonela», del inglés *colonel*, o «sargento mayor», del inglés *sergeant major*).[18] En cambio, los grupos de los conquistadores estaban liderados por capitanes, el único rango definido, de extensión variable. Los restantes hombres sólo se dividían entre los que iban a caballo y los que iban a pie, y estos últimos podían pasar al primer grupo si lograban adquirir un caballo. Las crónicas que relatan la división del botín de Cajamarca dividen a los hombres en dos categorías: la *gente de a cavallo* y la *gente de a pie*.[19]

Si los conquistadores no se identificaban como soldados, sino como hombres a pie o a caballo, ¿cómo se caracterizaban? ¿Cómo se convirtieron en conquistadores? ¿Y por qué acabaron combatiendo en América?

Un atisbo de respuesta a estas preguntas puede encontrarse en el comentario de Jerez sobre los invasores del imperio inca, que en su opinión no eran ni «pagados ni forzados». Una respuesta más amplia la aporta un compatriota de Jerez en Cajamarca, un joven vasco llamado Gaspar de Marquina, que remitió la siguiente carta a su padre desde Cajamarca en julio de 1533:

> Señor, quiero dar a vuestra merced la cuenta de mi vida que ha sido después que pasé a estas partes. Vuestra merced sabrá como yo fui a Nicaragua con el gobernador Pedrarias por su paje, y estuve con él hasta que Dios fue servido de llevarle de este mundo, el cual murió muy pobre, y así quedamos pobres todos sus criados, como el que la presente lleva se lo podrá bien contar si con él se ve, y después de él muerto de a pocos días, tuvimos nueva como el gobernador Francisco Pizarro venía por gobernador de estos reinos de la Nueva Castilla, y así sabida nueva con el poco remedio que teníamos en Nicaragua pasamos a su gobernación, donde hay más oro y plata que hierro en Vizcaya, y más ovejas que en Soria, y muy bastecida de otras muchas comidas, mucha ropa muy buena, y la mejor gente que se ha visto en todas las Indias, y muchos señores grandes. Entre ellos hay uno que sujeta quinientas leguas en largo, el cual tenemos preso en nuestro poder, que teniendo a él preso, puede ir un hombre solo quinientas, sin que le maten, sino que antes le den todo lo que ha menester para su persona, y le lleven a cuestas en una hamaca, al cual dicho señor le prendimos por milagro de Dios, que nues-

tras fuerzas no bastaran prenderle ni hacer lo que hicimos, sino que Dios milagrosamente nos quiso dar victoria contra él y de su fuerza.[20]

El prisionero a quien alude Marquina no es otro que el inca Atahualpa, pero al remitente le interesa transmitir a su padre, sobre todo, la magnitud de su cambio de suerte. Pasa por alto meses de viajes, severidades, incertidumbres y una gran batalla, con el fin de establecer un fuerte contraste, en un mismo párrafo, entre su débil punto de partida, después de la muerte de Pedrarias, y su estado actual, mucho más próspero. De la carta se infiere que Gaspar de Marquina no es un soldado profesional, sino un paje, un sirviente culto de alto rango, primero del gobernador de la colonia de Nicaragua y después del gobernador de Perú (que, a pesar de los acontecimientos de Cajamarca, no estaba todavía conquistado ni colonizado en 1533). Marquina se encuentra en las «Indias» por propia voluntad, en busca de una oportunidad de lograr que su padre, en España, sea algún día un hombre rico, según se deduce del resto de la carta, así como de desarrollar una carrera de notario o comerciante. Persigue dichos fines a través de su contacto con importantes señores, cambiando de uno a otro cada vez que uno muere sin dejarle beneficios sustanciales. (Casualmente, cuando su padre recibió la misiva, y el lingote de oro que adjuntaba, Gaspar había sido asesinado en una escaramuza con los andinos indígenas.)[21]

Los españoles no participaban en las expediciones de conquista a cambio de un salario, sino con la esperanza de adquirir riqueza y estatus social. En palabras del historiador James Lockhart, eran «agentes libres, emigrantes, colonos, no asalariados ni uniformados, que adquirían encomiendas y parte de los botines».[22] Una encomienda era el derecho de percibir los tributos o los trabajos que los súbditos indios debían pagar a la monarquía. El receptor de la encomienda, o encomendero, tenía el derecho de exigir tributos a los indígenas, o a una determinada comunidad o grupo de localidades, en forma de trabajo o bienes. Tales concesiones permitían al encomendero disfrutar de un elevado estatus y, por lo general, de una calidad de vida superior a la de sus compatriotas colonos. Los primeros encomenderos eran hombres que luchaban para que se les otorgaran las encomiendas, pero no eran soldados. Como nunca había suficientes encomiendas para todos, las más lucrativas iban destinadas a los que más habían invertido en la expedición. Los menores inversores recibían encomiendas de menor cuantía, o bien sólo una cuota del botín de guerra.[23] Si Gaspar de Marquina hubiera vivido más tiempo, probablemente habría conseguido una modesta encomienda. Al menos, sus cuotas futuras de botín se habrían duplicado, gracias al caballo que compró con los bienes recién adquiridos en Cajamarca (motivo por el que fue asesinado). En cierto sentido, todos los que tomaban parte en la conquista eran inversores en empresas comerciales, que asumían altos riesgos pero con buenos dividendos potenciales. Los españoles designaban con el término «compañías» estas operaciones comerciales. Aunque los señores poderosos desempeñaban una función esencial como inversores, los capitanes eran los principales fundadores de las compañías y los que esperaban obtener los mayores beneficios. Según comentó el gobernador de Panamá, Pedrarias de Ávila, al rey Carlos I, a propósito de las primeras expediciones de la conquista en Nicaragua y Colombia, la operación se hizo sin tocar el tesoro real de su majestad.[24] Así pues, los objetivos comerciales marcaron desde el principio hasta el final las expediciones de conquista, dado que los participantes vendieron servicios e intercambiaron bienes durante todo el proceso. Dicho de otro modo, los conquistadores eran empresarios armados.

Marquina se describe como un paje y un criado. Un inglés de la época lo habría designado con el término *servant* o *creature*, si bien no existe ninguna palabra inglesa que transmita plenamente el sentido en que un *criado* era a la vez súbdito y miembro de la familia. La identidad de los señores de Marquina y otros aspectos de su vida nos aportan también una idea de su estatus social dentro de la categoría general de *criado*. La identificación de un individuo como conquistador puede basarse en múltiples fuentes de información. Los conquistadores tenían diversos motivos para definirse así por escrito, pero la identidad que ellos mismos se atribuían no siempre coincidía con la que les asignaban los demás, y podía variar según las circunstancias. Las circunstancias en que se catalogaba la identidad de cada compañía de conquistadores raras veces eran las mismas. Aun así, tales documentos nos ayudan a conocer mejor a los conquistadores.

Por ejemplo, cuando se fundó la ciudad de Panamá en 1519, se solicitó al 98 % de los conquistadores-colonos que aportasen sus datos para el registro, y de ellos respondió el 75 % (véase la tabla 1). Sólo dos dijeron ser soldados profesionales, mientras que el 60 % se definía como artesano o profesional de algún oficio, ocupaciones propias de las clases medias de la sociedad. Otro análisis similar de los conquistadores del Nuevo Reino de Granada (la Colombia actual) es menos preciso

en lo que se refiere a las ocupaciones, y probablemente exagera el número de hombres de rango medio. No obstante, los datos muestran claramente que predominaban los hombres con ciertos medios o propiedades, los profesionales y empresarios.[25]

La información equivalente para el caso de los conquistadores de Perú es también irregular, pero también reveladora. De los 168 hombres que constituyen el grupo, parece claro que 47 no eran soldados

TABLA 1. Ocupación de los conquistadores de Panamá, Perú y el Nuevo Reino de Granada (Colombia)

	Panamá (1519-1522)	*Perú (1532-1534)*	*Colombia (1536-1543)*
Baja nobleza	2 (3 %)		10 (7 %)
Comerciantes			4
Artesanos	20	17	13
Asesores, secretarios y empleados similares	15	2	10
Profesionales	4	6	12
Miembros del clero		1	
Notarios	2	4	9
Rentistas	2		2
Armadores	1		5
Funcionarios reales	1		7
Otros líderes			31
Propietarios de caballos			44
Propietarios de esclavos			2
(Total clase media)	(45 [60 %])	(43 [92 %])	(139 [90 %])
Campesinos	16		1
Navegantes	10	2	
Soldados	2		3
Artilleros		2	
(Total plebeyos)	(28 [37 %])	(4 [8 %])	(4 [3 %])
Total	75 (100 %)	47 (100 %)	153 (100 %)

Fuentes: Lockhart, *Cajamarca*, 1972, pág. 32; Avellaneda, *Conquerors*, 1995, págs. 91, 93.
Nota: Estas cifras no representan a todos los miembros de las expediciones, sino sólo a aquellos para los que se dispone de tal información. Los métodos y circunstancias en que se recabó la información no estaban estandarizados, y la tabla, por tanto, debe entenderse como una distribución aproximada.

profesionales, sino trabajadores y artesanos que habían adquirido experiencia bélica y destrezas marciales. Entre los 17 artesanos figuraban sastres, zapateros, carpinteros, trompetistas, un tonelero, un espadero, un cantero, un barbero y un gaitero/pregonero.[26] Los mismos tipos de artesanos habían acompañado también a Francisco de Montejo en su primera expedición a Yucatán en 1527, junto con los profesionales habituales: comerciantes, médicos, un par de sacerdotes y dos ingenieros de artillería flamencos. Un número no especificado de artesanos y profesionales de la compañía tenían seguridad suficiente en su futuro como para llevar consigo a sus mujeres (aunque, según la práctica habitual, estas mujeres españolas probablemente se quedaron con los comerciantes en el primer puerto del Caribe antes de llegar a Yucatán).[27]

Asimismo, los datos censales de la conquista suelen contener información sobre la edad y el lugar de nacimiento de los conquistadores. Se dispone de este dato, por ejemplo, en el caso de 1.210 miembros de las expediciones iniciales a Panamá (84 hombres), México (743), Perú (131) y Colombia (252). La configuración de cada expedición era similar, con un 30 % de hombres de Andalucía, 19 % de la vecina Extremadura, 24 % de Castilla la Vieja y la Nueva, y el resto proveniente de otras regiones de la Península Ibérica. Era poco frecuente encontrar otros europeos en las expediciones, si bien viajaban a veces algunos portugueses, genoveses, flamencos o griegos. Por lo que se refiere a la edad, los conquistadores abarcaban todas las franjas, pues se documentan desde adolescentes hasta individuos de unos 60 años. La media de edad de los que fueron a Perú y Colombia era de 27 años, y la gran mayoría tenía entre 20 y 35 años.[28]

En lo tocante a la formación, la oscilación era también notable, desde hombres completamente analfabetos hasta otros sumamente cultos. Aunque la existencia de célebres crónicas de conquistadores da la impresión de que eran hombres duchos en el manejo de la pluma, si bien no muy cultos,[29] los eruditos eran una minoría en la sociedad española, al igual que en las expediciones de conquista. El índice de alfabetizados era ligeramente más alto entre los conquistadores y primeros colonos que en la población general española, si bien sólo porque entre los emigrantes se contaban pocos campesinos y plebeyos. Las crónicas clásicas —Bernal Díaz y Cortés sobre México; Gonzalo Jiménez sobre Colombia; Francisco de Jerez y Pedro Pizarro sobre Perú— son clásicas en parte por su carácter poco común. La mayoría de los conquistadores escribía o dictaba informes de «méritos» según el estilo estándar de la

probanza, y una cuarta parte de los conquistadores de Perú y Colombia apenas sabía escribir su nombre. A pesar del mito de que la formación dio ventaja a los españoles sobre los americanos indígenas, los miembros de las compañías de conquistadores probablemente no escribían ni leían mejor que las sociedades indígenas más cultas, como los mayas. La mayoría de los europeos y mayas era analfabeta, pero las minorías eran sumamente cultas. La correlación entre el estatus social y el grado de alfabetización en los conquistadores no es tan exacta como cabría esperar. El cronista colonial Juan Rodríguez Freyle, indígena de Bogotá, afirma que algunos miembros de los cabildos de Nueva Granada utilizaban hierros candentes para firmar sus documentos.[30] El principal conquistador de Perú, Francisco Pizarro, nunca aprendió a leer y escribir.[31]

El fragmento de la carta de Marquina antes citado aludía a las redes de vasallaje que unían a individuos y grupos de familias, procedentes a menudo de la misma región o localidad española, a través de vínculos sociales, alianzas políticas y actividades económicas. Un elemento central de tales redes era la tensión que existía entre desigualdad e interdependencia de sus miembros. Los señores y los subordinados, los miembros ancianos y jóvenes, se apoyaban mutuamente para defender sus intereses del modo más adecuado según sus medios y posición social. En el contexto de las compañías de conquista, los patrones organizaban y realizaban las principales inversiones financieras de las expediciones y encomendaban a sus subordinados la dirección de las compañías y el reclutamiento de nuevos participantes, así como la obtención de inversiones y suministros adicionales. El reclutamiento más sencillo —que consistía en convencer a los parientes extranjeros de que los riesgos de la conquista se veían compensados con creces por los beneficios potenciales, en forma de riqueza y estatus social— dependía de una organización jerárquica basada en el vasallaje.

Una dimensión importante de este modelo de reclutamiento era el modo en que se perpetuaba la cadena de conquista. Como se refleja en la carta de Marquina, la mayoría de las conquistas y colonias recién fundadas servía como punto de apoyo para nuevas empresas de conquista. Si bien algunas expediciones se organizaban en España, por lo general se originaban en una colonia española, con el fin de conquistar un territorio adyacente. Aunque una compañía se organizase en España, lo probable es que se lanzase desde un asentamiento colonial. Así, la expedición de Gonzalo Jiménez a Colombia, en los años 1536-1538, comprendía cientos de jóvenes reclutas procedentes de España, pero fue en Santa Marta, localidad de la costa caribeña, donde se definieron los planes concretos y donde los conquistadores veteranos se sumaron a la compañía, sobre todo a través de las redes jerárquicas del propio Jiménez y su señor, el gobernador de Santa Marta, don Pedro Fernández de Lugo.[32]

Un buen modo de ilustrar este sistema consiste en rastrear los vínculos de vasallaje que definieron el proceso de la conquista española. Una parte de dicho proceso se inició el año 1518 en la isla de Cuba, donde el gobernador Diego Velázquez decidía quién debía dirigir la tercera expedición por el continente. No se concebía esta expedición como una gran empresa de conquista. Se suponía que eso vendría después, con el liderazgo del propio Velázquez, cuando se hubiera recibido de España la autorización oportuna que, como en el caso del contrato de Colón de 1492, garantizaría al propio Velázquez la gobernación de la tierra conquistada. Esta otra expedición sólo debía preparar el camino, misión para la que se requería a alguien cercano a Velázquez, un hombre dispuesto a financiar la mayor parte de la compañía, y más audaz que los líderes de los dos primeros viajes por las costas yucateca y mexicana. El primer candidato de Velázquez, un sobrino suyo, rechazó la oferta, con el argumento de que la expedición podía resultar demasiado cara. El segundo y el tercer candidato, que eran primos suyos, tampoco aceptaron, pues no estaban dispuestos a arriesgar la comodidad de sus encomiendas en Cuba por un viaje a lo desconocido.[33]

La cuarta opción del gobernador Velázquez era un antiguo secretario, un indígena de Medellín (Extremadura), que combatió junto a Velázquez durante la conquista de Cuba, recibió de él una encomienda y solicitó a Velázquez que fuera el padrino de su hija ilegítima mestiza. En una carta de 1519, Velázquez describió a este hombre como «criado mío de mucho tiempo». Se llamaba Hernán Cortés.[34]

Los dos conquistadores de Cuba tenían algunas diferencias entre sí, pero debidas, fundamentalmente, a la relación jerárquica que los unía. Cortés había seducido a una de las doncellas de la mujer de Velázquez, y el gobernador le había obligado a casarse con ella contra su voluntad. Posteriormente, en el otoño de 1518, Cortés dominaba con tal eficiencia sus propias redes de vasallaje y las de Velázquez, y mostraba tal capacidad persuasiva para el reclutamiento que el gobernador

intentó frenar la expedición, por temor a que Cortés rompiera la relación con su señor y recurriese directamente al rey.[35]

Los temores de Velázquez estaban bien fundados, no sólo porque aquello fue precisamente lo que ocurrió, sino porque era la práctica habitual de los conquistadores. De hecho, ya antes del momento culminante de los dos años de conquista contra el imperio mexica (1519-1521), Cortés se vio obligado a tolerar que otros miembros de su compañía, dependientes de él, procurasen obtener sus propias concesiones de tierra continental. Dada la naturaleza de las relaciones de dependencia y el sistema de relevos de conquista, era inevitable que los criados de Cortés se convirtiesen, tarde o temprano, en señores o en criados más directos del rey. Pero tal evolución podía producirse de diversos modos. Cristóbal de Olid, uno de los mejores capitanes de Cortés en la guerra contra los mexica, mostró cómo no convenía actuar; irritó tanto a su señor que en 1525 Cortés viajó por tierra desde México hasta Honduras para presenciar la decapitación de Olid. Otros capitanes de la expedición inicial de Cortés lograron obtener sus propias colonias; es el caso de Francisco de Montejo y Pedro de Alvarado.

Francisco de Montejo fue uno de los primeros colonos de La Habana y criado de Velázquez. Fue reclutado por Cortés como inversor principal y capitán de la expedición. Ya había desempeñado una función similar en un barco de la desventurada expedición de Grijalva a la costa continental en 1518. Por suerte, Montejo evitó casi todos los combates de 1519-1521 y aun así obtuvo una parte del botín, proporcional a su inversión y estatus: una encomienda en el valle de México. Esto se debió a que Montejo fue elegido por Cortés para librar la batalla política en España, mientras él se enfrentaba al imperio mexica. En julio de 1519 Montejo navegó desde la costa mexicana hasta el otro lado del Atlántico con un cargamento que contenía, entre otras cosas, cartas y oro para la familia de Cortés, y algo aún más importante, numerosos «regalos» para el emperador español y una carta donde, como era previsible, Cortés solicitaba su designación como gobernador de todo lo que pudiera conquistar. Velázquez tuvo conocimiento de la traición de Cortés y envió un barco con la misión, infructuosa, de perseguir a Montejo. Algunas fuentes indican que el propio Montejo, con una maniobra de doble juego, filtró la noticia al gobernador cubano.[36]

En realidad, el juego de Montejo era triple. Mientras seguía dispuesto a pasarse al bando de Velázquez, en caso de que lo requiriese la ocasión, también persistía en defender la causa de Cortés en España

durante tres años. Al fin, en octubre de 1522, el emperador resolvió el caso a favor de Cortés, concediéndole la gobernación de Nueva España, aunque Cortés no recibió la noticia hasta el mes de septiembre siguiente.[37] Por aquel entonces, el imperio mexica ya no existía y Cortés era ya el gobernador en funciones de México desde hacía unos dos años, y Montejo había recibido *in absentia* la lucrativa encomienda de Azcapotzalco. Entretanto, Montejo se ocupaba de sentar las bases de su propia carrera de conquistador independiente. En 1526 los esfuerzos dieron sus frutos, y Montejo recibió autorización para conquistar la península de Yucatán, por cuyas costas había navegado dos veces con Grijalva y Cortés. Esperaba convertir aquel territorio en un nuevo Tenochtitlán o algo similar.

Los comentarios de Diego de Landa, obispo de Yucatán, sobre las actividades de Montejo en España son reveladoras, tanto por su tono defensivo como por su sagaz descripción del método de los conquistadores, que confiaban más en su empresa personal que en el apoyo monárquico para financiar las expediciones. El franciscano lo describía así:

> Que en este tiempo que Montejo estuvo en la corte negoció para sí la conquista de Yucatán [es decir, el permiso que le autorizaba a gobernar la región en caso de que lograra conquistarla] aunque pudiera negociar otras cosas, y dieron le título de Adelantado [conquistador autorizado] [...] y que trató palabras de casamiento con una señora de Sevilla, viuda que era rica, y así pudo juntar D. [500] hombres, y los embarcó en tres navíos.[38]

Posteriormente, esta viuda rica, doña Beatriz de Herrera, llegó a México en busca de Montejo. Según Landa, «doña Beatriz de Herrera [...] con quien [el adelantado] auia casado clandestinamente en Sevilla, y dizen algunos que la negava pero don Antonio de Mendoça virey de la nueva España se puso de por medio, y que assi la recibio».[39] En 1554, en una serie de solicitudes de una pensión real, doña Beatriz de Herrera comentó al rey que había sido la principal inversora de la compañía de Montejo. Aseguraba haber quedado «muy pobre» después de entregar «mucha cantidad de dinero» para cubrir los costes de la compañía.[40]

Con el permiso real de «adelantado» y la fortuna de su nueva mujer, Montejo albergaba grandes esperanzas. Pero el imperio maya había desaparecido, y su primera invasión de Yucatán resultó desastrosa. Sólo die-

ciocho meses después de llegar a Cozumel en el otoño de 1527, se vio obligado a retirarse de México con los maltrechos supervivientes de su compañía. Regresó posteriormente, en 1529, con más reclutas españoles, esclavos africanos y centenares de nahuas armados, guerreros indígenas de su encomienda de Azcapotzalco. Pero en 1534 los españoles luchaban todavía contra los mayas y no controlaban ningún territorio. Al unir las dos expediciones, Montejo utilizó su propia red de vasallaje, así como la red de Cortés. Uno de sus socios era Alonso de Ávila, que había estado con Montejo en la época de la compañía de Grijalva de 1518 y después había combatido con Cortés contra los mexica. Sin embargo, el principio de reciprocidad e interés mutuo constituía la esencia del sistema de vasallaje español. Durante las dos invasiones, que se prolongaron hasta siete años, Montejo no logró entregar a sus socios y súbditos ningún fruto de las inversiones. Así pues, en 1534, cuando en Yucatán se conocieron los acontecimientos ocurridos en Cajamarca en 1532, el oro y la plata adquiridos en Perú, la compañía de Montejo se disgregó. Él mismo comunicó al rey que «cuando se recibió la noticia de Perú, todos los españoles huyeron y despoblaron las ciudades coloniales de la región».[41]

Algunos de aquellos hombres, como Ávila, regresaron a México, pues consideraban que habían perdido la oportunidad de Perú.[42] Los que continuaron en la tercera invasión de Montejo en la península de Yucatán, empresa dirigida esta vez por su hijo y su sobrino, acabaron recibiendo encomiendas de los mayas en la década de 1540. Pero muchos de los veteranos de Yucatán se trasladaron a Perú en busca de nuevos señores y mejores oportunidades. Y algunos acabaron en la compañía organizada en 1534 por Pedro de Alvarado para la invasión de Ecuador. Sus viajes le llevaron a Mesoamérica meridional y Sudamérica.

Pedro de Alvarado había capitaneado un barco que era propiedad de Velázquez en la expedición de Grijalva de 1518 y aquel mismo año, al parecer, se unió con gran entusiasmo a la expedición de su paisano extremeño, Cortés. Aunque él no era uno de los once capitanes originarios de Cortés, ascendió a un puesto destacado durante los múltiples enfrentamientos militares de la larga travesía desde la costa hasta el valle de México. Alvarado era un criado leal de Cortés, pero tenía reputación de impetuoso y beligerante. Su reafirmación de independencia en Tenochtitlán en 1520 tuvo consecuencias fatales para muchos compatriotas. Durante la ausencia temporal de Cortés, Alvarado había puesto fin al enfrentamiento entre españoles y mexicas, además de emprender una masacre que provocó semanas de hostilidades, cuyo momento cumbre fue la batalla desesperada que los conquistadores denominaron «la Noche Triste». Pero Alvarado sirvió bien a su señor y sus compatriotas en los últimos meses de asedio y asalto de Tenochtitlán, y en 1522 Cortés le asignó la principal encomienda del entorno inmediato de Tenochtitlán-Ciudad de México, territorio de los indígenas nahuas de Xochimilco.[43]

Según las pautas habituales de la conquista, al año siguiente Alvarado lideró una expedición a Guatemala, bien enviada por Cortés o bien con su bendición, según la perspectiva. Además de los reclutas españoles, muchos antiguos combatientes de las guerras mexicanas, los esclavos africanos y los nahuas de su encomienda, Alvarado se llevó a tres hermanos suyos, dos primos y otros miembros de su círculo de vasallaje que había tratado en calidad de encomendero.[44] Con una estrategia clásica de divide y vencerás, Alvarado enfrentó a dos grupos indígenas importantes de las tierras altas, los mayas quiché y los mayas cakchiquel. Aunque Alvarado y sus parientes lograron la rápida sumisión de estos dos grupos, así como de los vecinos mayas tzutujil, en sólo dos meses de combates en 1524, las guerras de conquista en las tierras altas de Guatemala se prolongaron durante más de una década.[45] Como solía suceder, la rápida victoria española era un mito que enmascaraba años de conflicto entre españoles, entre pueblos indígenas, y entre unos y otros.

Las prolongadas hostilidades tenían múltiples causas: la naturaleza fragmentaria y diversa de las políticas indígenas en las tierras altas; las excesivas demandas legales españolas, que resultaban contraproducentes para la imposición del régimen colonial; y la consideración, por parte de Alvarado, de Guatemala como poco más que una fase en su carrera de conquistador. A la vez leal a Cortés y proclive a sustituirlo —un rasgo típico de las relaciones de vasallaje de la conquista—, Alvarado mantenía correspondencia regular con su señor. Partió a Chiapas en 1525, en un vano intento de reunirse con Cortés en el último viaje a Honduras, y al año siguiente viajó él mismo a Honduras a petición de Cortés. No obstante, ya antes, en 1526, Alvarado emprendió rumbo a México, a raíz de ciertos informes que aseguraban que Cortés había muerto y que una facción de veteranos de las guerras mexicanas estaba dispuesta a designar a Alvarado gobernador de México.[46]

Su compromiso voluble con Guatemala y los problemas inherentes a los colones españoles, que intentaban «pacificar» a los mayas de las

tierras altas, son factores que explican la reacción de Alvarado tras recibir noticias acerca de las tierras y la riqueza potencial de Sudamérica, reacción que consistió en utilizar sus recursos y estatus para formar otra gran compañía de conquista. A pesar de sus encomiendas en México y Guatemala y su consolidación como gobernador de este último territorio en 1530, Alvarado aspiraba a conquistar también Perú ya desde 1531. Pero sus ambiciones deben entenderse también en un contexto más amplio. Los conquistadores, en calidad de agentes libres que buscaban su oportunidad, bien a través de las redes de vasallaje con sus compatriotas, bien en la rivalidad con otros españoles, raras veces se limitaban a una sola región. Los conquistadores no eran enviados por el rey ni en calidad de soldados de su ejército, ni como colonos suyos. Tanto el rey como los propios conquistadores aludían a la colonización, pero más como medio de obtención de riqueza que como fin en sí misma. La ambición constante de Alvarado era un rasgo totalmente coherente con la lógica de la conquista.[47]

La expedición de Alvarado, bien financiada, contó con la presencia de antiguos combatientes de la conquista de México, Yucatán, Guatemala, otras zonas de Mesoamérica e incluso del Caribe y Perú. No fue una de las principales líneas de conquista de Sudamérica, pero a través de sus miembros contribuyó a conectar los acontecimientos andinos con las conquistas del norte. A la luz de las victorias de Pizarro en 1532-1533, el objetivo del gobernador guatemalteco en 1534 probablemente era eludir a Pizarro y conquistar Cuzco, o bien establecer una colonia independiente en los territorios norteños del imperio inca, la región de Quito (el Ecuador actual). Esto nunca ocurrió, por el simple motivo de que Diego de Almagro, uno de los capitanes de Pizarro, viajó presuroso al norte para reunirse con Alvarado. En lugar de enfrentarse, ambos conquistadores hicieron un trato. Aunque se había remunerado a Alvarado para que disolviera la expedición y regresara a Guatemala, aún más rico que antes, Almagro tenía autorización para reclutar a los hombres de la compañía de Alvarado. Como Almagro se disponía a romper sus vínculos de vasallaje con Pizarro y adquirir su propia gobernación, todavía no conquistada, en el sur de los Andes, muchos de estos hombres acabaron combatiendo en las guerras de conquista de Chile.[48]

Así pues, los dos sistemas de relevo o líneas de conquista —forjados por los vínculos de vasallaje y el ímpetu de la ambición individual— se inician como uno solo en el Caribe. La línea sigue hacia México, luego se bifurca hacia Yucatán y Guatemala, y vuelve a converger en el norte de Perú, donde se encuentra con otra, la de Pizarro-Almagro, que proviene de Panamá y recorre los Andes hacia Chile.

La diversidad de identidades, experiencias y trayectorias vitales en las «Indias» indica que, hasta cierto punto, el concepto de conquistador típico carece de sentido. Pero si fuera preciso definir esa figura, formada por los rasgos más comunes, el conquistador sería un hombre joven de entre 25 y 30 años, semianalfabeto, procedente del sur de España, formado en una profesión u oficio concreto, que busca una oportunidad a través de las redes de vasallaje basadas en vínculos familiares y locales de la ciudad de origen. Armado en función de sus posibilidades, y con cierta experiencia en la exploración y conquista de América, estaba dispuesto a invertir todos sus bienes y a arriesgar su vida, en caso necesario, con el fin de ser miembro de la primera compañía encaminada a conquistar alguna región rica y bien poblada. Pero no era, en absoluto, un soldado de los ejércitos del rey de España.

Aquellos empresarios españoles armados, los prototipos de conquistador en nuestra imaginación, no eran los únicos miembros de las expediciones de conquista, a pesar de que sus crónicas o las de muchos historiadores han dado la impresión de que fue así. En el siguiente capítulo describiremos a esos otros conquistadores invisibles en las crónicas.

Capítulo 3

Guerreros invisibles
El mito del conquistador blanco

El imperio indio fue, en cierto modo, conquistado por indios.

WILLIAM H. PRESCOTT (1843)

Napot Canche era gobernador del *cab* [ciudad maya] aquí en Calkiní; su palacio es el lugar donde se rindió tributo al capitán, Montejo, cuando él y sus soldados llegaron aquí. [...] Su cerdo y sus culhuas [mexicas] llegaron primero; el capitán de los culhuas era [un mexica llamado] Gonzalo.

EL TÍTULO DE CALKINÍ (1579)

La imagen nos resulta familiar. Miles de guerreros indígenas revolotean como abejas alrededor de un grupo de conquistadores, mucho menos numeroso, que contra todo pronóstico logra eludirlos y sobrevivir para enfrentarse en otro combate. Esta familiaridad tiene su origen, en parte, en el contexto más amplio de la experiencia colonial occidental, cuya mitología está salpicada de anécdotas sobre hordas bárbaras milagrosamente ahuyentadas (siquiera de modo temporal) o aplastadas: la captura de Atahualpa, el asedio de Viena, el Álamo, la «última posición de Custer», Rorke's Drift.

Pero la imagen nos resulta también familiar en el caso concreto de la conquista española. Esto se debe a que está presente en las crónicas más conocidas de la invasión, sobre todo las de la conquista de México, desde las de Bernal Díaz y Cortés hasta la de Prescott, que fue una lectura muy popular cuando la historia todavía enseñaba «que los europeos

triunfaron sobre los indígenas, pese al formidable desequilibrio de fuerzas».[1] Por supuesto, es un corolario de la imagen del «puñado de aventureros», y aparece como un elemento esencial en las crónicas de los propios conquistadores.[2]

Esta imagen dice mucho sobre los españoles, pero omite los aspectos críticos de la historia. No cabe duda de que los españoles siempre eran menos numerosos que los enemigos indígenas en el campo de batalla. Pero lo que se ha olvidado o ignorado a menudo es que, por lo general, el número de españoles también era inferior al de sus propios aliados indígenas. Además, los «guerreros invisibles» de este mito se encarnaban también en otra figura importante, la de los africanos, libres y esclavos, que acompañaban a los invasores españoles y que, en posteriores campañas, los igualaban o superaban en número.[3]

En la década de 1760, un fraile italiano de la orden de los capuchinos, llamado Ilarione da Bergamo, realizó un viaje por México y posteriormente redactó una crónica. Las breves alusiones de Ilarione a la conquista, basadas en sus conversaciones con españoles en México, así como en su lectura de los relatos populares de la época, indican el estado de los mitos de la conquista a finales del siglo XVIII. La idea de Ilarione es que los conquistadores, dado que sus fuerzas eran sensiblemente inferiores a las de los indígenas en términos numéricos, sólo podían lograr sus hazañas gracias a su armamento superior, las dañinas supersticiones de los «desdichados indios», y las intervenciones de la providencia. La perspectiva del fraile capuchino refleja la de los colonos españoles, un punto de vista implícito en la sucinta explicación de Bernal Díaz de un enfrentamiento típico: «Tan numerosos eran los indios que nos atacaban, que sólo con un milagroso dominio de la espada lográbamos replegarlos y rehacer nuestras filas». Resulta curiosa la ausencia, en la época de Ilarione, al igual que en la de Díaz, de los indígenas o africanos que combatían junto con los españoles.[4]

No obstante, si se revisan meticulosamente las múltiples fuentes de la invasión española de México, se observan numerosas referencias casuales a la participación de aliados indígenas. Por ejemplo, durante su invasión de las tierras altas guatemaltecas en 1524, Alvarado escribió dos cartas a Cortés; en la primera no hace referencia a los aliados indígenas, pero en la segunda apunta en una ocasión, entre paréntesis, que las tropas estaban formadas por 250 españoles y unos 5.000 o 6.000 aliados indígenas.[5] El propio Prescott, influido en tantos aspectos por las crónicas de los españoles del siglo XVI, en las que tanto confiaba, comprendió que «sería injusto para los aztecas [mexicas], al menos para sus proezas militares, considerar la conquista como un logro exclusivo de los españoles».[6]

«Habéis llegado a Tenochtitlán. ¡Sed fuertes, guerreros de Tlaxcala y Huejotzingo!» Así comienzan los *Cantares mexicanos*, uno de los cánticos del siglo XVI escritos en nahuatl, lengua de México central. Es una celebración ambigua del papel desempeñado por los guerreros de Tlaxcala y Huejotzingo en el asedio y conquista de la capital mexica, Tenochtitlán. En los dos primeros cantos, los indígenas consiguen, con ayuda de los españoles y de sus armas, «destruir la ciudad, destruir a los mexicas». En el tercer canto, los mexicas dominan, temporalmente, la batalla. Pero en el cuarto, aunque los mexicas logran capturar a un prisionero para el sacrificio, al final se ven rodeados, y en el quinto y último canto, Cortés logra apresar al cacique mexica Cuauhtémoc, a quien pone los cuernos.[7]

La estructura de la canción es poco clara. No se elude el acontecimiento histórico de la victoria tlaxcala, pero los mexicas parecen reclamar una suerte de victoria encubierta, a través de la perpetuación de su estatus elevado, simbolizado por la jovencísima novia de Cuauhtémoc, doña Isabel, «que está sentada a su lado, capitán general [Cortés]», y su hija medio española. Como los mexicas, tlaxcalas y huejotzingos eran todos nahuas, la letra de la canción presenta la guerra como un conflicto civil o local, entre ciudades-estado rivales, dentro de la misma zona étnica y lingüística. Los españoles desempeñan funciones importantes, pero secundarias, en calidad de agentes de la ambición indígena; el triunfo final español no es, en realidad, un triunfo, una «victoria», y su naturaleza parcial e imperfecta es objeto de parodia, porque los españoles no parecen conscientes de su incompletitud. Simbólicamente, en el momento de la supuesta derrota mexica en el canto cuarto de la canción, los mexicas capturan y sacrifican a un español llamado Guzmán, «un valioso tributo de Tenochtitlán».[8]

La interpretación de la conquista como una guerra civil indígena, que deriva en una dominación española incompleta, ofrece una alternativa a la previsible perspectiva hispanocéntrica de los españoles. También pone de manifiesto una dimensión de las invasiones españolas tan esencial para su desarrollo posterior que sin ella no es posible entender la conquista. Los *Cantares mexicanos* evocan los dos aspectos de

esta dimensión indígena: la inserción de los españoles en una guerra civil indígena, y la utilización, por parte de los españoles, de aliados indígenas en posteriores expediciones fuera de la región natal de los indígenas.

El primer aspecto se refleja en el papel de los tlaxcalas. A medida que el imperio mexica (o azteca) se expandía por México central a finales del siglo XV y comienzos del XVI, la pequeña ciudad-estado de Tlaxcala logró mantener una independencia precaria, incluso después de haber quedado rodeada por ciudades sometidas a los mexicas. Tlaxcala, situada en un punto intermedio entre la costa del golfo y Tenochtitlán, representaba a la vez un obstáculo importante y una oportunidad crucial para la expedición de 1519 liderada por Cortés. Al principio la facción política tlaxcala hostil a los españoles dominó la reacción contra la llegada de los extranjeros, que sufrieron una serie de enfrentamientos violentos. Si hubieran persistido las hostilidades, Cortés se habría visto obligado a replegarse hacia el este y a buscar una ruta o estrategia alternativa.[9]

Pero la supervivencia española y la impresión que causaban sus armas propiciaron que la facción tlaxcala aceptase la formación de una alianza antimexica con Cortés. Como sabían los tlaxcalas, con la ayuda española podrían destruir el imperio mexica y su capital (véase la figura 7). Prescott lo describe con gran precisión: «El primer enfrentamiento terrible de los españoles con los tlaxcalas, que estuvo a punto de costarles la ruina, en realidad les garantizó la victoria. Les reportó un fuerte apoyo indígena al que podían recurrir en los momentos difíciles, un apoyo con el que podían cohesionar a otras razas similares de la tierra para emprender un gran asalto arrollador». No podemos saber con certeza cuántos aliados indígenas tenía Cortés, pero, según una estimación, la cifra superaba varias veces la de las tropas españolas. Gómara declaró que Cortés llegó por primera vez a Tenochtitlán con 6.000 aliados indígenas. Según el destacado historiador de la conquista Ross Hassig, el asedio final de la capital mexica se realizó con 200.000 indígenas aliados, «a pesar de que no se les reconoció el mérito ni se les recompensó por ello».[10]

Como era de esperar, Cortés afirmó que el papel de los tlaxcalas obedeció a una estrategia ideada por él. En la animadversión entre los tlaxcalas y los mexicas Cortés entrevió la posibilidad de someterlos más rápidamente, con el procedimiento de «divide y vencerás», como dice la consigna popular.[11] Los historiadores más diversos han seguido la versión de Cortés hasta la actualidad. El semiótico Tzvetan Todorov, por ejemplo, caracteriza la estrategia de divide y vencerás en la conquista española como un «empeño» en que los españoles «obtuvieron grandes frutos».[12] La cuestión no es que Cortés no intentase explotar las rivalidades y divisiones indígenas, algo que sin duda alguna ocurrió, sino que su empeño requiere una adecuada contextualización.

Dos contextos resultan de especial relevancia. Uno es la política indígena. Los tlaxcalas y otros indígenas nahuas e indígenas mesoamericanos intentaron tanto como Cortés, y por lo general con resultados



FIGURA 7. Españoles con aliados tlaxcalas luchan contra los mexicas, que lanzan piedras; de fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España* o *Códice florentino* (1579).

comparables, explotar la situación con el fin de lograr objetivos políticos inmediatos. Los huejotzingos, vecinos de los tlaxcalas, que se habían resistido durante mucho tiempo a la incorporación al imperio mexica, también colaboraron con los españoles en la conquista. De hecho, posteriormente escribieron al rey de España para comunicarle que nunca se habían opuesto a los españoles y que habían sido mejores aliados que los tlaxcalas, que «en muchos casos desertaban y no eran muy hábiles en el campo de batalla». En cambio, ellos aseguraban que «no sólo colaboramos en la guerra, sino que además ofrecimos a los españoles todo lo que éstos necesitaban».[13] En otras palabras, los huejotzingos no eran instrumentos pasivos de la estrategia de Cortés, sino que aspiraban a utilizar la presencia española con el fin de promover sus propios intereses y proseguir sus hostilidades, primero contra los mexicas y posteriormente contra los tlaxcalas.

El otro contexto es el de las acciones españolas en otras zonas. La búsqueda de indígenas aliados era uno de los procedimientos normales o rutinas de la conquista española en toda América. Pedro de Alvarado entró en las tierras altas guatemaltecas en 1524 no sólo con miles de aliados nahua, sino también con la esperanza de sacar provecho de alguna otra rivalidad semejante a la de los mexicas y tlaxcalas. Los dos principales grupos mayas de la región, los cakchiquel y los quiché, habían enviado embajadores a Ciudad de México un año o dos antes. En consecuencia, durante el resto de la década, una brutal guerra civil devastó las tierras altas, debido a que los españoles enfrentaban a estos dos grupos indígenas entre sí y también los oponían a otros pueblos mayas más pequeños, y cada cierto tiempo se rebelaban violentamente contra estos «aliados» indígenas».[14] Por el contrario, los españoles dirigidos por Montejo aspiraban a entender la política regional de Yucatán con el fin de explotar o crear una división similar, si bien al final se vieron obligados a establecer una serie de alianzas poco fiables con las dinastías locales como los Pech y Xiu. Estas familias nobles mayas controlaban proporciones relativamente pequeñas de Yucatán, y los españoles nunca alcanzaron el control sobre toda la península.[15]

La guerra civil inca es el ejemplo más evidente del modo en que los españoles buscaban aliados indígenas, propiciaban las divisiones entre grupos indígenas y se beneficiaban de ellas. La viruela avanzaba por Sudamérica más rápido que los europeos, de manera que la enfermedad precedió a Pizarro en su llegada a los Andes, provocando la muerte del cacique inca Huayna Capac y su heredero antes de que los españoles

entrasen en el imperio. Dos hermanos, Atahualpa y Huascar, controlaban respectivamente las mitades norte y sur del imperio, en un estado de paz inestable que derivó en guerra civil al cabo de dos años. Si Pizarro hubiera llegado al norte de Perú sólo unos meses después, probablemente se habría encontrado un imperio inca unido bajo el régimen de Atahualpa. Pero la programación temporal de Pizarro fue casualmente perfecta, y por tanto logró inmiscuirse en el conflicto. Tras haber sido capturado por Pizarro, Atahualpa aspiraba a beneficiarse de su cautividad enfrentando a los españoles contra su hermano Huascar. Las alianzas y traiciones proliferaron en cuanto murieron los dos caciques incas.[16]

Su sucesor, Manco Inca, supuestamente debía ser un títere de los españoles, pero pronto se rebeló. Sin embargo, cuatro años de desunión inca durante la invasión de Pizarro-Almagro habían otorgado a los españoles un contingente de aliados indígenas suficiente para garantizar la supervivencia en la región. El gran asedio de Cuzco por las tropas de Manco en 1536 probablemente habría provocado la eliminación de las fuerzas de Pizarro, de no ser por los aliados andinos. Éstos eran inicialmente menos de 1.000, pero aumentaron a 4.000 en el asedio, cuando dos hermanos de Manco y otros nobles de la misma facción inca se pasaron al bando de Pizarro. Estos aliados impidieron que los españoles murieran de hambre, salvaron a algunos españoles individuales, sirvieron de espías y combatieron junto con los caballeros españoles en los enfrentamientos contra los sitiadores.[17] Con su ayuda, Pizarro y su compañía pudieron sobrevivir hasta la llegada de las fuerzas de apoyo de Almagro. El apoyo indígena no sólo salvó a Pizarro en 1536, sino que permitió que los españoles sobrevivieran el tiempo necesario para establecer una base permanente en los Andes, al tiempo que continuaban conquistando nuevas colonias.

Mientras las conquistas andinas se expandían desde los centros del antiguo imperio inca hacia las regiones meridionales y septentrionales de Sudamérica, los guerreros y siervos indígenas resultaron también imprescindibles. El traslado de aliados indígenas de unas zonas a otras de conquista era una práctica común desde el comienzo de la actividad española en América. Los isleños del Caribe eran trasladados sistemáticamente de unas islas a otras, como personal de apoyo en las expediciones de conquista, y después fueron conducidos al continente para que tomaran parte en las campañas de Panamá y México. Por ejemplo, Cortés llevó consigo 200 indígenas cubanos a México en 1519.[18]

Cuando los españoles liderados por Cortés abandonaron la costa del golfo y se dirigieron hacia México central, los porteadores guerreros indígenas cempoalas los acompañaron, y los tlaxcalas, huejotzingos y otros pueblos se incorporaron, posteriormente, a una vasta fuerza de apoyo que sobrepasaba con mucho en número a la de los españoles. Los huejotzingos continuaron combatiendo junto a los españoles, además de prestarles otros servicios, mientras la conquista se prolongaba durante las décadas de 1520 y 1530. Según informaron al rey los caciques huejotzingos en 1560, «nunca los abandonamos ni desertamos. Y mientras ellos conquistaban Michoacan, Jalisco y Colhuacan, así como en Pánuco, Oaxaca, Tehuantepec y Guatemala, nosotros éramos los únicos que continuábamos a su lado mientras ellos conquistaban y combatían aquí en Nueva España, hasta que concluyó la conquista; nunca los abandonamos, y en ningún sentido entorpecimos sus batallas, si bien algunos de nosotros perecieron en ellas».[19]

En realidad, los huejotzingos no eran los únicos nahuas que combatieron en otras regiones de lo que se llamó Nueva España. Montejo se llevó consigo a cientos de guerreros de Azcapotzalco, en el valle de México, a Yucatán. En una crónica maya de la invasión española se halla un comentario revelador sobre el uso de estos indígenas como fuerza de vanguardia. Tras una serie de enfrentamientos militares en la región, los españoles entraron en la ciudad de Calkini en 1541 para aceptar la sumisión oficial de los caciques mayas locales. La descripción de ese ritual por parte de los caciques de Calkini pone de relieve que los nahuas —llamados culhuas por los mayas, por Culhuacan, la ciudad que otrora dominó el valle de México— llegaron primero. La versión maya apunta también que el líder de los culhuas había sido bautizado con el nombre de Gonzalo, que entre las tropas llevaban un rebaño de cerdos (animal introducido por los españoles) y que fueron ellos quienes recogieron los tributos ofrecidos a los españoles.[20]

En esta crónica no se observa ningún indicio de solidaridad racial entre nahuas y mayas, y no hay motivos para suponer que debiera existir tal relación de afinidad. Los españoles agrupaban a diversos pueblos indígenas bajo el término «indios», pero para los mayas de Calkini, los culhuas eran tan extranjeros como los españoles. Eran invasores que debían ser repudiados o acogidos, si las circunstancias lo permitían, o si se hubieran desligado de la expansión imperial mexica por Yucatán, algo que nunca ocurrió pero que podría haber ocurrido si no hubieran aparecido los españoles.

Tampoco existía solidaridad étnica maya en el siglo XVI. Con el tiempo, los mayas de la región de Calkini y otras zonas de Yucatán acompañarían a los españoles en la expansión hacia las regiones no conquistadas de la península, como porteadores, guerreros y auxiliares de diversos tipos. Había compañías de arqueros permanentes en las ciudades mayas de Tekax y Oxkutzcab, que cada cierto tiempo recibían la orden de colaborar en los asaltos a las regiones, no conquistadas, del sur de Yucatán. Todavía en la última década del siglo XVII, los mayas de una docena de ciudades yucatecas —organizados en compañías dirigidas por sus propios oficiales y armados con mosquetes, hachas, machetes, arcos y flechas— luchaban contra otros mayas que defendían la causa de la conquista española en la región de Petén, situada al norte de la Guatemala actual.[21]

En el mejor de los casos, estas fuerzas auxiliares acudían de forma más o menos voluntaria (es decir, no eran esclavos) y en grandes grupos, como era el caso de los «culhuas» de Montejo en Yucatán. Ahora bien, los grupos indígenas que no estaban acostumbrados a rendir tributo o a trabajar para un señor, como sucedía con los pueblos semisedentarios del Caribe y del sur de Centroamérica, se resistían a colaborar. La respuesta de los españoles consistía en esclavizar a los pueblos menos sumisos. La corona española, que consideraba que aquella medida contribuía a la extinción de la mayor parte de los pueblos indígenas del Caribe, prohibió muy pronto la esclavización de los indígenas americanos, redundante por la existencia de esclavos africanos, e innecesaria en las sociedades sedentarias del continente (donde ya existían sistemas de trabajo organizado). Pero en las primeras décadas de la conquista, los indígenas acompañaban sistemáticamente a los españoles, como esclavos, por el Caribe. Los esclavos indígenas de Nicaragua participaron en la conquista de Perú, por ejemplo. Combatían y prestaban otros servicios, junto con otros indígenas y africanos, tanto esclavos como siervos libres. Los indígenas solían sobrepasar en número a los africanos, puesto que estos últimos eran, por lo general, esclavos muy caros adquiridos a los negreros provenientes del otro lado del Atlántico. Aunque los hombres se encargaban de combatir y de transportar los suministros, también había mujeres indígenas que cocinaban, servían de compañía femenina o eran amantes de los españoles, tenían hijos con los europeos y se establecían con ellos como sirvientes en sus nuevas residencias coloniales.

El hecho de que los españoles aspirasen a tener varios asistentes indígenas o negros, y considerasen muy difícil prescindir de ellos, pone

de relieve la extraordinaria importancia de aquellos pueblos en la conquista. «Dos años son mucho tiempo para vivir sin criados», escribió un conquistador, miembro de la compañía de Pizarro, que estuvo a punto de morir de hambre en la isla del Gallo, frente a las costas ecuatorianas, mientras aguardaba refuerzos y suministros. «Necesitaré a alguien para mi negocio, y también a alguien que me sirva —comentó a su hermano—, es decir, un negro o un buen indio, hombre o mujer, porque si los comprase aquí costarían mucho.»[22]

Los pueblos indígenas proliferaban por doquier en las expediciones de conquista, junto con los españoles, ya fuera como grupos de guerreros huejotzingos que ayudaron a derrotar al imperio mexica, ya como un nahua de Azcapotzalco que conquistó con sus hombres un pueblo maya, o ya una mujer nicaragüense, indígena y esclava, que servía a un conquistador en Perú. Un ejemplo simbólico de su omnipresencia son las dos primeras fiestas de conquista celebradas en México. La primera tuvo lugar en Coatzacoalcos, en la costa del golfo, a finales de 1524. El motivo era la llegada a la ciudad de la expedición de Cortés, camino de Honduras; era una fiesta de bienvenida en forma de arcos triunfales, y simulacros de emboscada de cristianos y moros, así como otros entretenimientos y juegos teatrales, según la describió Bernal Díaz. La fiesta, celebración anticipada del triunfo de Cortés en Honduras, estaba cargada de ironía, pues no sólo los que la organizaban eran en su mayoría indígenas, sino que en realidad Cortés estaba enfrentando un vasto ejército de indígenas contra los españoles rebeldes liderados por uno de sus antiguos capitanes, Cristóbal de Olid.

El regreso de Cortés a Ciudad de México en 1526 motivó la segunda celebración, que de nuevo consistió en bailes, juegos y batallas simuladas interpretadas por indígenas, que supuestamente conmemoraban las victorias españolas, pero representaban también muy claramente sus propios papeles complejos en la conquista incompleta. Como observa Díaz, durante la fiesta, la laguna que rodeaba entonces la Ciudad de México estaba llena de canoas y guerreros indios, del mismo modo que ocurría en tiempos de Cuauhtémoc.[23]

Las celebraciones de la conquista y la reconquista no sólo reflejan la presencia de los guerreros indígenas en los dos bandos de las guerras de conquista, sino que describen también a otros participantes con frecuencia ignorados, como los africanos. Por ejemplo, la «Conquista de

Rodas» se representó en Ciudad de México el año 1539, como respuesta a la tregua antiotomana firmada el año anterior por los monarcas español y francés. La obra era una compleja trama, cuya amplia parafernalia fue construida por más de cincuenta mil trabajadores (africanos e indígenas), según Bernal Díaz. Se adelantaba las inminentes victorias mediterráneas (que no pasaron de ser una ilusión), pero describía también otros acontecimientos históricos locales; miles de indígenas nahuas y posiblemente otros pueblos mesoamericanos representaban los papeles de atacantes y defensores durante el asedio de Rodas, en el que Cortés lideraba las fuerzas cristianas.

Para el público español, éste era el acontecimiento principal, pero los espectadores y participantes indígenas y negros probablemente concedían idéntica importancia a la obra que precedía al asedio. El espectáculo de obertura representaba tres bosques artificiales llenos de animales reales, que eran «cazados» por grupos de guerreros indígenas. Los actores indígenas reflejaban tanto la tradición de los «hombres salvajes» europeos medievales como la tradición mesoamericana que contrastaba a los nahuas «civilizados» de México central con los mesoamericanos «bárbaros» (los chichimecos y otros pueblos de la frontera entre el imperio mexica y Nueva España). La cacería acababa convirtiéndose en una batalla entre esos dos grupos, conflicto que se agudizaba pero al final se resolvía con la llegada de una caballería de «más de cincuenta hombres y mujeres negros», según señala Díaz, liderados por un rey y una reina negros.

La presencia y la función de los africanos en la obra no se interpretaban del mismo modo en los diversos sectores de la población de la antigua Ciudad de México. Para los españoles, el papel de los africanos e indígenas recalcaba la idea de que los no españoles que participaban en la conquista eran simples agentes armados del colonialismo, o meros actores del conflicto militar. Para los indígenas, la función de los negros era agridulce, pues por una parte representaba la colaboración militar africana en la invasión española, pero por otra era una parodia de dicha invasión, a través de su representación como una misión completamente africana, extensiva incluso a la propia monarquía. Para los africanos, su entrada en escena a caballo era tal vez una ufana celebración de su proeza militar, un estatus de conquistador que raras veces se les reconocía en público. Todos los presentes recordaban, probablemente, que apenas dieciocho meses antes, en el otoño de 1537, un grupo de los 10.000 africanos ya residentes en Ciudad de México había tramado una

revuelta de esclavos y había coronado a un rebelde negro como rey. Este monarca esclavo, junto con otros líderes negros, había sido públicamente ejecutado, y sin duda resucitaba allí, en la mente de los negros de la ciudad, encarnado en aquel rey africano de ficción.[24]

Al margen de su identidad o perspectiva, ninguno de los habitantes de Ciudad de México en 1539 habría considerado incongruente la presencia negra en el festival anual de la conquista. Todos sabían que los africanos habían participado en la conquista real. De hecho, los africanos no sólo estuvieron presentes en la conquista de Ciudad de México, sino también en todas las campañas españolas de invasión y colonización de América. Debido a que la mayoría de los africanos llegaba como mano de obra esclava, y a que se les atribuía un estatus subordinado en la visión del mundo castellana, cada vez más etnocéntrica, el papel central de los negros era sistemáticamente ignorado por los españoles que escribían sobre la conquista. Como sucede en muchos otros aspectos de la conquista que evolucionan como un *collage* de mitos, los historiadores posteriores y otros autores reafirmaron esta marginalización. Así pues, los indicios de la presencia negra son escasos y a menudo confusos, pero cuando se unen todas las piezas, resulta incontrovertible.

Uno de los indicios es la trayectoria vital de un conquistador negro extraordinario, Juan Valiente.[25] Aunque no disponemos de información directa sobre la juventud de Valiente, casi con toda seguridad nació en África occidental en torno a 1505 y fue adquirido a tierna edad por traficantes de esclavos portugueses en la costa. Formó parte del contingente de esclavos y cargamentos varios que llegó a México poco después de la invasión española y la caída del imperio mexica. Un español llamado Alonso Valiente lo compró, lo bautizó y se lo llevó a su casa de nuevo señor en la ciudad de Puebla, recién fundada, en torno a 1530. Como era de esperar, Juan Valiente no se sentía cómodo en su posición de siervo doméstico esclavo. No sabemos si desarrolló alguna estrategia para romper los vínculos de su servidumbre, pero en 1533 logró convencer a su propietario de que lo dejara marchar para buscar una oportunidad como conquistador durante un período de cuatro años; su señor aceptó, con la condición de que se comprometiese a dar cuenta de sus ganancias y a entregárselas. El africano debía cumplir los términos de este contrato en todo momento para no ser detenido como esclavo fugitivo.

Valiente llegó a Guatemala a tiempo para sumarse a la expedición de Pedro de Alvarado a Perú. La extensa compañía de Alvarado, formada por españoles, indígenas y africanos, se detuvo en el norte de Perú por orden de Diego de Almagro, que por aquel entonces, en 1534, era todavía aliado de Pizarro. Almagro obligó a Alvarado a retirarse, pero los que habían seguido a este último tenían la opción de sumarse o no al primero. Valiente decidió cambiar de compañía, y en 1535 combatió en Chile junto con las fuerzas de Almagro. El índice de mortalidad era elevado en la conquista, pero los que sobrevivían incrementaban su fortuna de manera drástica. Es lo que ocurrió en el caso de Valiente, a pesar de su estatus de esclavo. En 1540 estaba de nuevo (o todavía) en Chile, pero ya con un rango de capitán, caballero y socio de pleno derecho en la compañía de Juan de Valdivia. Las continuas campañas bélicas contra los indígenas araucanos de Chile durante la década de 1540 le reportaron nuevos beneficios: en 1546 una propiedad a las afueras de Santiago, ciudad que contribuyó a fundar junto con Valdivia, y cuatro años después una encomienda. Entretanto, Valiente contrajo matrimonio con Juana de Valdivia, quizá sierva indígena, pero más probablemente antigua esclava africana del gobernador.[26]

Durante aquellas décadas, el propietario del conquistador negro, Alonso Valiente, que se encontraba todavía a 6.000 kilómetros de distancia, en la ciudad mexicana de Puebla, no había renunciado a su inversión. Si bien la autorización de viaje concedida a Juan Valiente le obligaba a regresar y entregar el botín de la conquista a su señor al cabo de cuatro años, se le remitió una versión actualizada tras el vencimiento del contrato originario. Probablemente el esclavo nunca la recibió, pues cuatro años después del primer vencimiento, en 1541, Alonso todavía no había recibido noticias de Valiente. Aquel mismo año encomendó a su sobrino la misión inútil de encontrar al esclavo y traerlo de vuelta o negociar un buen precio a cambio de su manumisión.[27] Curiosamente, Valiente no había olvidado tampoco el contrato con Alonso. A pesar de sus victorias como conquistador y su capacidad de vivir como hombre libre en Chile, le atormentaba el estatus de esclavo, de modo que, en 1550, solicitó a un funcionario real que adquiriese para Valiente su libertad legal, bien en Lima o en Puebla. Pero el funcionario huyó a España con el dinero. Al fin, cinco años después, Alonso Valiente tuvo noticias de la trayectoria de su eslavo y realizó un nuevo intento de recuperar los frutos de su inversión. Pero por aquel entonces, el conquistador y encomendero negro había sido ya asesinado por los araucanos en la batalla de Tucapel de 1553.

La vida de Juan Valiente parece extraordinaria y novelesca. Pero todos sus aspectos se relacionan con rasgos típicos de la actividad del conquistador español o con la experiencia africana en los primeros tiempos de la conquista. Por lo que se refiere a su estatus de esclavo africano occidental trasladado contra su voluntad a América en el siglo XVI, el caso de Valiente no es excepcional. El tráfico de esclavos de África occidental, que formaba parte del comercio del Sáhara desde hacía siglos, se convirtió en un componente importante de la nueva economía atlántica a finales del siglo XV. El descubrimiento de América derivó el tráfico de esclavos en una nueva dirección y lo amplió considerablemente, pues durante los cuatro siglos que transcurrieron hasta 1850 unos 12 millones de hombres y mujeres esclavos de África occidental y central fueron transportados en los barcos que atravesaban el Atlántico. Aunque los portugueses, y posteriormente los ingleses, dominaron este negocio, los castellanos participaron también desde el siglo XV. Los primeros africanos negros trasladados a América probablemente llegaron en 1502, y en 1510 el rey de España autorizó el primer gran envío masivo de esclavos africanos: 250 destinados a La Española. A finales del siglo XVI, unos 100.000 africanos habían sido enviados a las colonias hispanoamericanas.[28]

La finalidad más evidente del tráfico de esclavos por el Atlántico era satisfacer las necesidades de mano de obra, y la ocupación más infame de los esclavos en el Nuevo Mundo era la de trabajador de las plantaciones. Si bien es cierto que los españoles establecieron plantaciones de azúcar y otros cultivos con mano de obra esclava, sus colonias se construían principalmente en zonas de alta densidad de población indígena, de modo que utilizaban la mano de obra local. En consecuencia, los esclavos negros de los españoles en las colonias solían servir como ayudantes personales: criados domésticos, asistentes en empresas comerciales, o simples símbolos de estatus social, al igual que en los tiempos de la conquista eran asistentes personales de algunos conquistadores españoles. En este caso eran siervos armados; y en los combates, si lograban sobrevivir, solían conquistar su libertad y convertirse en conquistadores de pleno derecho.

Juan Valiente llegó al Nuevo Mundo demasiado tarde como para inscribirse en este tipo de actividad en el Caribe y México, pero otros africanos combatían ya junto con los primeros españoles. Juan Garrido, por ejemplo, nacido en África occidental hacia 1480, estaba en Lisboa y Sevilla al final de la última década del siglo XV y llegó al Caribe en

TABLA 2. La vida de Juan Garrido, un conquistador negro

c. 1480?	Nace en África occidental y probablemente es vendido como esclavo a traficantes portugueses.
c. 1495?	Se hace cristiano en Lisboa; después se desplaza a Sevilla (pudo haber adquirido la libertad en Lisboa o Sevilla).
c. 1503	Cruza el Atlántico hasta Santo Domingo, probablemente como criado o esclavo de un español llamado Pedro Garrido.
1508-1519	Participa en la conquista de Puerto Rico y Cuba, en las supuestas conquistas de Guadalupe y Dominica, y en el descubrimiento de Florida; el resto del tiempo reside en Puerto Rico.
1519-1521	Participa en la expedición de conquista de México central, probablemente como criado de Pedro Garrido y, posteriormente, de Hernán Cortés (o, menos probablemente, en el séquito de Juan Núñez Sedeño [1519] o Pánfilo de Narváez [1520]).
1521	Construye una capilla conmemorativa en el paso elevado de Tacuba, cerca del lugar donde murieron numerosos españoles y aliados en 1520.
1521-1523	Reside en las proximidades de dicha capilla, en las afueras de Ciudad de México; planta las tres primeras semillas de trigo que se cultivan en Nueva España.
1523-1524	Participa en la expedición de Antonio de Carvajal a Michoacán y Zacatula.
1524-1528	Reside en Ciudad de México; el 10 de febrero de 1525 recibe la concesión de un solar en la ciudad reconstruida; en 1524-1526 desempeña el puesto de portero, y durante un tiempo también de pregonero y vigilante del acueducto de Chapultepec.
1528	Encabeza una expedición para explotar minas de oro en Zacatula, expedición que contaba con un nutrido grupo de esclavos negros.
1528-1533	Reside en Ciudad de México.
c. 1533-1536	Participa en la expedición de Cortés a Baja California, como responsable y copropietario de un batallón de esclavos negros e indígenas encargado de explotar las minas.
1536-c. 1547	Reside en Ciudad de México, donde muere; deja esposa y tres hijos (uno de los cuales pudo ser quizás el Juan Garrido que residió en Cuernavaca en 1552).

Fuentes: AGI, *México* 204, fs. 1-9; Icaza, *Diccionario*, I, pág. 98; Gerhard, «A black conquistador», 1978; Alegría, *Juan Garrido*, 1990; Altman, «Spanish society», 1991, pág. 439.
Nota: Se publicó una variante de esta tabla en «Black conquistadors», 2000, pág. 177.

1502 o 1503 (véase la tabla 2). Posteriormente declaró que había cruzado el Atlántico como hombre libre, aunque probablemente adquirió su libertad en el Caribe. Entre 1508 y 1519 combatió en la conquista de Puerto Rico y Cuba, en la invasión de otras islas, y en el descubrimiento de Florida. En 1502 el gobernador de La Española, Nicolás de Ovando, había traído africanos para que sirvieran como ayudantes de los conquistadores, pero cuando hicieron lo contrario y se sumaron a la resistencia indígena de la isla, prohibió la importación de esclavos negros. La prohibición apenas tuvo efecto; los españoles incluían en sus expediciones a todos los africanos que podían costearse.[29] Garrido no era en absoluto el único conquistador negro que acompañó a Ponce de León a Puerto Rico, ni era el único que invadió Cuba con Diego Velázquez, quien en 1515 escribió al rey para decirle que habían participado en la conquista muchos esclavos negros.[30]

En varios aspectos, Valiente y Garrido eran ejemplos prototípicos de conquistadores negros. Al parecer, los dos habían nacido en África. Sólo una minoría de los negros que participaron en la conquista había nacido en España o Portugal (entre los ejemplos de este tipo se cuentan Juan García y Miguel Ruiz; véanse las tablas 3 y 4, págs. 101 y 105 respectivamente), y sólo mucho más tarde se sumaron también soldados negros nacidos en América. Uno y otro adquirieron la libertad a raíz de sus experiencias militares; a Garrido se le concedió legalmente dicho estatus, mientras que Valiente lo asumió en la práctica y sólo se le denegó su confirmación legal a causa de las dificultades que planteaba la comunicación a larga distancia en la América española del siglo XVI. Los dos tenían unos 28 años cuando emprendieron la carrera de conquistador, y tal vez rondaban los 30 cuando combatieron por primera vez en el Nuevo Mundo. Si bien los conquistadores españoles contaban entre 25 y 30 años como media, los africanos eran por lo general algo mayores, probablemente porque los africanos más jóvenes, menos hispanizados, no eran de tanta confianza para los españoles en los puestos armados, y preferiblemente se les asignaban otras funciones de mayor riesgo, como «blanco de las flechas». Por último, el nombre de pila de ambos era Juan, al igual que más de la mitad de los conquistadores negros conocidos, lo cual pone de relieve la falta de imaginación de los españoles al bautizar esclavos.[31]

El principal aspecto en que divergen Valiente y Garrido es la época de llegada al Nuevo Mundo. Garrido llegó mucho antes y por ello pudo participar en las principales conquistas caribeñas y mexicanas. Valiente

llegó a México y Perú una generación después, concluidas ya las fases iniciales de la conquista, de manera que combatió en una región más periférica.

En 1519 Juan Garrido se sumó a la expedición de Cortés al continente, y en la década de 1520 fue uno de los residentes fundadores de Ciudad de México. Garrido comentó posteriormente al rey, en una carta, que «yo fui el primero que hizo la yspiriencia en esta Nueva España para sembrar trigo e ver si se dava en ella lo qual hizo y espirimente todo a mi costa».[32] Otro acontecimiento novedoso atribuido a un africano en México fue el contagio de la viruela al continente. Francisco de Eguía, uno de los esclavos negros de la expedición de Narváez de 1520, murió posiblemente a causa de esa enfermedad, poco después de desembarcar en las costas mexicanas.[33]

A diferencia de las expediciones posteriores, los africanos no participaron en la conquista de México en contingentes muy numerosos, pues, como observa Bernal Díaz, en aquella época los negros y los caballos valían su peso en oro.[34] Pero Garrido y Eguía se contaban probablemente entre las decenas de negros que invadieron el imperio mexica junto con los españoles. Uno de ellos era Juan Cortés, esclavo que tomó su nombre de su propietario. Juan Sedeño tenía también su propio siervo africano. Los hermanos Ramírez, que posteriormente siguieron a Alvarado a Guatemala, llevaban sendos caballos y esclavos negros a México.[35] Tanto los españoles como los indígenas aluden a la presencia de los negros, pero raras veces aportan detalles concretos. El cronista dominico Diego Durán, por ejemplo, menciona varios «siervos y negros», mientras que el informe de Sahagún sobre los indígenas (*Historia general de las cosas de Nueva España*, también llamado *Códice florentino*) señala sólo «cómo venían algunos negros entre ellos [entre los españoles], que tenían los cabellos crespos, y prietos».[36] Dos de las ilustraciones que acompañan la crónica de Durán representan a un negro africano junto a Cortés (véase la figura 8).[37] Tales dibujos probablemente no pretenden representar a individuos concretos, sino simbolizar la presencia de numerosos siervos y esclavos negros en la expedición; todos ellos combatían en los enfrentamientos y, si sobrevivían, se convertían en conquistadores veteranos como Garrido.

La conquista de México, primera conquista importante del continente, contribuyó a inspirar y financiar una oleada de expediciones españolas por toda América. En todas ellas participaron siervos y esclavos africanos, muchos de los cuales, como Juan Garrido y Juan Valiente, se



FIGURA 8. Cortés, escoltado por un siervo o esclavo negro y varios españoles, es recibido por Moctezuma, que a su vez va acompañado de dos señores mexicas; lámina 58 de fray Diego de Durán, *Historia de las Indias de Nueva España* (1581).

hicieron conquistadores o continuaron combatiendo como tales (véase la tabla 3, pág. 101). Estas expediciones pueden dividirse en dos grupos: por una parte, la línea de conquista que parte de México central y, por otra, la línea que se prolonga hacia Sudamérica.

Un rasgo que ilustra la primera línea de conquista —que por un lado se dirige hacia el extremo septentrional de México y por otro continúa hacia el sur de Mesoamérica hasta Honduras— es la experiencia continua de Garrido en la conquista y la exploración de Nueva España, después de la caída de Tenochtitlán. Participó en expediciones a las regiones mexicas de Michoacán y Zacatula en la década de 1520, y a Baja California con Cortés en la década siguiente. Por esta época, se contaban ya por centenares los negros que participaban en tales expediciones, y a veces sobrepasaban en número a los miembros españoles de las compañías; Cortés se llevó mas de 300 africanos a Baja California.[38]

Garrido partía periódicamente de México central hacia el norte, mientras que Valiente eligió la ruta del sur, hacia Guatemala. Alvarado se llevó africanos a las tierras altas mayas en 1524, y continuaron llegando nuevos contingentes en los años siguientes, casi siempre como esclavos; muchos se sumaban a las clases negras inferiores de la capital guatemalteca, y algunos optaban por buscar una oportunidad de conquista, como hizo Valiente.[39] En 1533 corrían por todas las colonias rumores sobre Perú y sobre la tan cacareada expedición de Montejo, que sucumbió en Yucatán. Si la cronología y el desenlace de los descubrimientos españoles hubieran sido diferentes, o si Valiente hubiera llegado a Guatemala antes del descubrimiento de Perú o hacia 1540, podría haber optado por viajar hacia Yucatán. Se habría encontrado allí con decenas de africanos en las primeras campañas de Montejo, y quizá más de cien en la invasión final de la década de 1540. Entre ellos se incluía un africano bautizado como Sebastián Toral, que adquirió la libertad por sus afanes, formó una familia y se estableció como uno de los primeros colonos de la capital yucateca de Mérida, donde hacia 1550 la población negra y la española se distribuían casi al 50 %.[40]

Cuando Juan Valiente se sumó a la vasta pero efímera expedición de Alvarado a Perú en 1534, viajó con otros 200 africanos, mayoritariamente siervos y esclavos, pero también voluntarios en algunos casos, como el suyo. Cuando decidió quedarse en Sudamérica, se pasó de una línea de conquista a la otra. Esta última había comenzado en el Caribe y las regiones del sur de América central en la década de 1510 (véase la tabla 3),[41] continuó hacia el sur por gran parte del territorio peruano en la década de 1530 y posteriormente se adentró en Sudamérica, como se refleja en la trayectoria de Valiente en Chile desde finales de la década de 1530 hasta la de 1550.

Los movimientos y las motivaciones de Juan Valiente lo identifican como un miembro excepcional de la diáspora africana que formó parte de la expansión española en el siglo XVI. Eso sucedió tanto durante su etapa en Sudamérica como en las fases anteriores en otras zonas del continente. Al igual que Garrido no fue el único conquistador negro de México, como tampoco fue Valiente el único africano de Perú y Chile en la década de 1530. En la compañía de Pizarro en Cajamarca había dos negros, Juan García y Miguel Ruiz, cuyas biografías pueden reconstruirse con cierto detalle (véanse las tablas 3 y 4, págs. 101 y 105 respectivamente). Éstos eran mulatos libres que se sumaron voluntariamente a la expedición. También había un número impreciso de otros negros, sobre todo esclavos africanos, que participaron en ésta y en las siguientes expediciones a los Andes. De hecho, la única víctima mortal del bando español durante la captura de Atahualpa fue un esclavo negro de Jerónimo de Aliaga.[42]

La crónica de la conquista de Pedro de Cieza de León, joven español que pasó quince años (1535-1550) como cronista y conquistador en Sudamérica, es representativa de la tendencia hispánica a ignorar, y a la vez

revelar, la función de los negros. Cieza de León nunca indica el número total de negros en ninguna compañía, ni menciona a ninguno de los que combatieron o viajaron con él, pero en diecinueve ocasiones alude a la presencia de combatientes africanos. Trece de estas referencias corresponden a negros de las expediciones peruanas; seis participaron en las chilenas; siete son africanos que murieron de hambre o frío en los Andes septentrionales o en Chile. Valiente participó probablemente en uno de estos viajes y logró sobrevivir.[43] Las restantes referencias de Cieza de León dejan constancia de incidentes notables que revelan la presencia negra, a pesar de que el cronista elude ese dato en otras partes de la historia. Un africano descubrió agua fresca para una compañía liderada por el primo de Alvarado, Diego, en el interior de Ecuador; otro africano salvó la vida a Alvarado; los indígenas andinos intentaron lavar la piel de un esclavo negro para blanquearla; Manco Inca, cacique inca que sucedió a Atahualpa, cortó el dedo a un mensajero mulato.

Otras fuentes dejan también constancia de una retahíla similar de incidencias que reflejan la presencia negra en la conquista peruana. Uno de los cuatro conquistadores no indígenas que llegan a la capital inca de Cuzco en 1533 era un negro (que regresó a Cajamarca al frente de una caravana de porteadores andinos que cargaba metales preciosos). Durante el asedio de Cuzco en 1536, por las fuerzas de Manco Inca, los negros trabajaron para sofocar cuanto antes el incendio provocado por los atacantes andinos en el tejado del palacio real. Una fuerza enviada desde La Española para liberar a los defensores estaba formada por 200 africanos con experiencia militar, un verdadero escuadrón de conquistadores negros.[44]

Cieza de León también documenta la presencia de negros en una desastrosa expedición a Colombia en la década de 1530, periplo en el que el cronista casi pierde la vida. Al final los conquistadores lograron establecer en la zona una colonia que denominaron Nueva Granada; uno de ellos era Pedro de Lerma, mulato que alcanzó el estatus de conquistador de pleno derecho. Numerosos negros, en su mayoría esclavos, desempeñaron funciones diversas en las expediciones de conquista de Nueva Granada. En una de las expediciones se rebeló un grupo de esclavos y el gobernador, Luis de Lugo, ordenó la castración de los insurrectos. Uno de ellos murió. Asimismo viajaban africanos con el infame Lope de Aguirre, con Diego de Orgaz por el Orinoco, y con Diego de Losada en la conquista de Caracas (uno de ellos, Antonio Pérez, era un capitán veterano).[45]

TABLA 3. Principales rasgos biográficos de algunos conquistadores negros

Nombre	*Lugar de nacimiento y estatus*	*Lugares de conquista*	*Recompensa por los combates*
Juan Garrido	África o Portugal, esclavo negro	México, Zacatula y Baja California	Manumisión; varios puestos menores; solar en Ciudad de México
Sebastián Toral	África (?), esclavo negro	Yucatán	Manumisión; exención tributaria
Pedro Fulupo	África (?), esclavo negro	Costa Rica	Desconocida
Juan Bardales	África, esclavo negro	Honduras y Panamá	Manumisión; pensión de 50 pesos
Antonio Pérez	Norte de África, negro libre	Venezuela	Caballero; ascenso a capitán
Juan Portugués	África o Portugal, negro	Venezuela	Desconocida
Juan García	España, mulato libre	Perú	Cuota de oro y plata por su estatus de «conquistador a pie» en Cajamarca; parte del botín en Cuzco
Miguel Ruiz	España, mulato libre	Perú	Cuota de oro y plata por su estatus de lacayo en Cajamarca; parte del botín en Cuzco, a título póstumo
Juan Valiente	África (?), esclavo negro	Perú, Chile	Tratado como libre; caballero; ascenso a capitán; propiedad y encomienda
Juan Beltrán	Hispanoamérica, mulato libre (indígena negro)	Chile	Consolidado como capitán del fuerte de Villarrica; una encomienda

Fuentes: AGI, *México*, 204, fs. 1-9; Icaza, *Diccionario*, 1923, I, pág. 98; Gerhard, «A black conquistador», 1978; Alegría, *Juan Garrido*, 1990; AGI, *México*, 2999, 2, f. 180; Meléndez y Duncan, *El negro*, 1972, pág. 25; Herrera, «People of Santiago», 1997, pág. 254; Oviedo y Baños, *Historia*, 1967 [1723], págs. 347, 390, 394, 438-439; Cieza de León, *Perú*, 1998 [1550], pág. 243; Lockhart, *Cajamarca*, 1972, págs. 6-15, 380-384, 421-422; Boyd-Bowman, «Negro slaves», 1969, págs. 150-151; Sater, «Black experience», 1974, págs. 16-17; Vásquez de Espinosa, *Compendium*, 1942 [1620], págs. 743-744.
Nota: Se publicó una variante de esta tabla en «Black conquistadors», 2000, pág. 174.

Al igual que Garrido ha sido considerado como el único conquistador negro de México, Juan Valiente ha pasado a los anales como «el único conquistador negro de Chile».[46] Pero los datos relativos a México, Chile, Perú, Colombia, Venezuela y otras zonas indican que aquellos hombres no estaban solos. Y si bien los africanos que participaron en expediciones anteriores se contaban por decenas o centenares, muy pronto alcanzaron la cifra de varios millares en las principales colonias, como era el caso de Perú, incluso después del final de la conquista. Entre 1529 y 1537 los hermanos Pizarro recibieron 258 licencias para importar esclavos africanos a Perú, y en 1534 Alvarado trajo 200 africanos más (y muchos de ellos, como Valiente, permanecieron allí). Pero muchos otros negros llegaron de manera ilegal, entre ellos 400 esclavos enviados desde Panamá a Perú en un solo semestre de 1535. Cuando las guerras de conquista de la década de 1530 derivaron en la guerra civil hispano-peruana de la década siguiente, el número total de negros de Perú alcanzó los dos millares, y a comienzos de la década de 1550 rondaba ya los 3.000.[47]

Además de que en Perú y Chile residían muchos otros africanos, la experiencia de Valiente en el ejército guarda semejanza con la de otros negros. Se han conservado los nombres de algunos que combatieron en Chile: un africano llamado Felipe luchó en Marihueni, un tal Juan Fernández participó en los combates de Cañete, y Juan Beltrán desempeñó una función esencial en la conquista de Villarrica, donde fue designado comandante de la guarnición.[48] En otras zonas de América los documentos aportan alguna información sobre los rigores soportados durante años por numerosos conquistadores negros en los frecuentes combates. Juan Bardales, por ejemplo, afirma que sufrió 106 heridas de flecha en Honduras y salvó la vida de su capitán español (véase la tabla 3).[49]

El rey concedió a Bardales una pensión, al igual que a Toral, conquistador negro de Yucatán, de quien comentó que «nos ha servido [...] especialmente en ayudar a poner esa provincia debajo de nuestra obediencia».[50] Parece un reconocimiento, algo renuente, de los servicios prestados. Los españoles raras veces aceptaban la importancia de los africanos en los combates, a pesar de que solían considerar a los africanos como muy avezados en las artes bélicas, según apunta un oficial.[51] Esta percepción obedece a varios motivos. Los esclavos negros sirvieron durante siglos en Oriente Próximo, norte de África y la Península Ibérica. La mayoría de los africanos negros era esclavizada en las campañas bélicas, y por tanto eran muchos los que contaban con experiencia en el campo de batalla. Por último, los africanos residentes en América desarrollaban las destrezas marciales no sólo para sobrevivir, sino también como un medio para adquirir la libertad, que era una de las recompensas habituales de los conquistadores negros.[52]

Los españoles consideraban que había dos categorías de africanos especialmente belicosos: por una parte, los musulmanes en general y, por otra, los wolofs en particular, que suscitaban grandes temores y recelos, si bien eran respetados y valorados por sus aptitudes marciales. Por ejemplo, en la legislación real de 1532, los wolofs (provenientes de la región del río Senegal, en África occidental) se caracterizaban como «arrogantes, desobedientes, rebeldes e incorregibles». Juan de Castellanos, poeta español del siglo XVI que vivió cierto tiempo en Puerto Rico, los describe así: «Destos son los Gilosos muy guerreros / Con vana presuncion de caballeros».[53] Los conquistadores negros que los españoles consideraban más leales y hábiles en el terreno militar eran loados como un dechado de virtudes. Uno de ellos era Juan Beltrán, mulato de origen africano e indígena americano, cuyas hazañas en el Chile del siglo XVI eran ya legendarias cuando Vásquez de Espinosa escribió sobre él en 1620. El viajero español relató que aquel valiente capitán merecía gozar de la gloria eterna por sus grandes hazañas en los combates contra los indígenas. Lo describe como muy servicial con los españoles, muy obediente y leal. Con los indios, en cambio, era implacable; todos se sobrecogían ante su presencia, hasta el punto de que la simple mención de su nombre los intimidaba.[54]

Beltrán combatió muchos años en Chile hasta que sus enemigos araucanos acabaron con su vida, y Valiente murió también durante un enfrentamiento contra esos mismos indígenas americanos, cuando contaba casi 50 años. Beltrán y Valiente no son ejemplos típicos de conquistadores negros en el sentido de que continuaron desarrollando actividades de combate, mientras que la mayoría de los conquistadores negros primero luchaba y después se asentaba con un nuevo estatus en las colonias mesoamericanas y andinas recién fundadas.

Los españoles relacionaban a los africanos y mulatos con un número muy reducido de actividades, roles estereotípicos consolidados, en parte, porque los españoles procuraban asignar a los negros tales tareas. El trabajo más habitual era el de pregonero, puesto que ocuparon Juan García (véase la tabla 4) y Juan Garrido; el pregonero de Lima en la década de 1540, Pedro de la Peña, era también negro. Entre las restantes funciones típicamente asignadas a los negros se contaban la de guarda,

subastador (Pedro de la Peña lo era también), verdugo, gaitero (de nuevo, Juan García), y maestro de pesos y medidas (también García). El puesto más característico era el de portero, puesto ocupado por Garrido en Ciudad de México y por Sebastián Toral, uno de los conquistadores negros de Yucatán, en Mérida. El portero se encargaba de convocar a los funcionarios municipales de la ciudad española, preparaba las mesas y sillas, y vigilaba la puerta durante las reuniones.[55]

No está claro si Valiente ostentó alguna vez tales cargos, aunque quizá lo habría conseguido si hubiera permanecido en Perú o hubiera llegado a tiempo para combatir en México o Guatemala. Dado que tales puestos fueron asignados, por lo general, después de las primeras guerras de conquista, y la conquista de Chile fue una misión interminable, Valiente probablemente continuó siendo conquistador, en lugar de hacerse portero o pregonero después de la conquista. Además, la supervivencia de Valiente en la frontera le valió el ascenso a un nivel social vedado a los hombres de origen africano en las principales colonias, como México, Guatemala y Perú. No era común, pero tampoco inaudito, que un africano adquiriese un caballo o ascendiese a capitán. La concesión de una propiedad y posteriormente una encomienda era poco frecuente en la frontera y nunca ocurría en las zonas de mayor relevancia. De hecho, los únicos indicios sólidos que he encontrado de concesión de encomiendas a negros provienen de Chile, donde la recibieron Valiente, Juan Beltrán y dos mulatos, llamados Gómez de León y Leonor Galiano.[56]

Por lo general, los negros aspiraban a establecerse en la periferia de las nuevas ciudades españolas y ocupar puestos marginales. Más rara fue la decisión de Juan García, que cobró su parte del botín tras la conquista de Perú y regresó a España, donde pasó el resto de su vida. Por ser un mulato libre, de nacionalidad española, y miembro de una compañía que resultó especialmente lucrativa, al adquirir oro y plata en Cajamarca en 1532-1533 y en Cuzco en 1534, pudo permitirse el lujo de trasladarse a la metrópoli. Pero también huía de los rumores envidiosos que corrían por la ciudad de Lima, a propósito de su estatus advenedizo.[57] Sin duda alguna, se valoraba la participación de los africanos en la conquista española, pero sólo si lograban asentarse después de los combates como ciudadanos libres y subordinados, en sus puestos de porteros, como Garrido y Toral, o combatían denodadamente hasta la muerte, como Beltrán y Valiente.

TABLA 4. La vida de Juan García, conquistador negro

c. 1495?	Nace libre, cerca de Jaraicejo (en las proximidades de Trujillo, en Extremadura), probablemente de origen mestizo negro-español, aunque posteriormente es caracterizado por otros españoles como «negro».
1530	Es reclutado en Trujillo para la expedición de Pizarro a Perú; deja en España a su mujer y sus dos hijas.
1531-1534	Miembro «de a pie» de la expedición de Pizarro que parte de Panamá en enero de 1531; ocupa el puesto de pregonero y gaitero, y es responsable de pesar el oro y la plata en Cajamarca; está presente en el reparto de oro y plata en Coaque en 1531, en Cajamarca en 1533 (donde compra una esclava indígena nicaragüense a un conquistador de la misma compañía), y en Cuzco en 1534.
1534-1535	Es uno de los ciudadanos fundadores de la Cuzco española, donde reside entonces.
1535-1536	Viaja a Lima, donde pasa el tiempo preparando su viaje de regreso a España, después a Nombre de Dios (Panamá) y luego de vuelta a Extremadura; se lleva consigo sus posesiones de oro y plata y probablemente también a su hija ilegítima y su madre andina indígena, que era una de sus criadas.
1536-1545	Vive en la zona de Jaraicejo-Trujillo al menos hasta 1545, donde se hace llamar Juan García Pizarro; se desconoce la fecha de su muerte.

Fuentes: Lockhart, *Cajamarca*, 1972, págs. 6-15, 380-384; Cieza de León, *Perú*, 1988 [1550], pág. 243.
Nota: Se publicó una variante de esta tabla en «Black conquistadors», 2000, pág. 186.

El episodio final de la vida de Juan Beltrán ilustra el papel desempeñado por los combatientes negros e indígenas en la conquista española. Por su valor y osadía en la conquista y fundación de una ciudad española en Villarrica, según el cronista colonial Vásquez de Espinosa, el nuevo gobernador encomendó a Beltrán la misión de supervisar la construcción de un fuerte a las afueras de la ciudad, y posteriormente lo nombró capitán de la guarnición. También le ofreció quinientos indios, que le obedecieron en calidad de valiente gobernador y capitán. Él se hizo respetar y era muy temido en las provincias vecinas, donde emprendía largas *malocas* o incursiones en las que obtenía grandes trofeos.[58] El propósito de Vásquez de Espinosa era ensalzar a Beltrán, pero al hacerlo revelaba también que en la conquista «española» un capi-

tán negro lideró a un grupo de guerreros nativos en los enfrentamientos con otros indígenas americanos. En efecto, los españoles no fueron los únicos conquistadores, ni en el corazón del imperio mexica ni en las regiones meridionales de América, junto a la frontera chilena.

Capítulo 4

Bajo el dominio de Su Majestad el Rey
El mito de la completitud

> Las tierras que acá obedecen a Vuestras Altezas son más que todas las otras de cristianos y ricas. Después que yo por voluntad divina las uve puestas debaxo de su real y alto señorío [...].
>
> CRISTÓBAL COLÓN (1503)

> La conquista de América es, en efecto, lo que presagia y define nuestra identidad actual; aunque toda fecha que nos permita separar dos períodos sea, por definición, arbitraria, ninguna resulta más adecuada, con el fin de fijar el comienzo de la edad moderna, que el año 1492, el año en que Colón atraviesa el océano Atlántico. Todos somos descendientes directos de Colón, pues con él comienza la genealogía, en la medida en que la palabra *comienzo* tiene sentido.
>
> TZVETAN TODOROV (1984)

> Descubrieron tierras, conquistaron provincias, sujetaron reinos, apaciguaron y redujeron naciones bárbaras, pero en muchos de los reinos y provincias, no fue tan totalmente, ni tan por entero, que no dejasen, entre unas y otras provincias y reinos, grandes porciones de ellos mismos, sin conquistar, sin reducir, sin pacificar; y aún algunas sin llegar a descubrir.
>
> JUAN DE VILLAGUTIERRE SOTO-MAYOR (1701)

Algunas guerras tienen dos nombres. El mismo conflicto que los rusos denominan la Gran Guerra Patriótica se conoce en Occidente como la Segunda Guerra Mundial. La guerra entre México y Estados Unidos se denomina Guerra Mexicano-Americana al norte de la frontera,

mientras que al sur es la Guerra de Invasión Norteamericana. Pero la conquista de México no tiene ningún otro nombre. Nadie la ha denominado, al menos en letra impresa, «guerra de invasión española» ni «guerra hispano-mexica». Lo mismo puede decirse de la conquista de Perú, Yucatán, y así sucesivamente.

Los títulos convencionales de los diversos episodios que constituyen la conquista española se aceptan como descripciones simples y neutrales. Pero no lo son, pues al asignar el término «conquista» a todo el proceso de exploración, expansión, descubrimiento e invasión, dicho proceso se enmarca en un contexto en el que los acontecimientos avanzan inexorablemente hacia el clímax inevitable de la victoria española. La historia de la conquista ensalza determinados logros simbólicos de los españoles, como una victoria (o masacre) o la fundación de una ciudad. Las fechas de tales acontecimientos se han convertido, por consiguiente, en una suerte de hitos que marcan la transición de la barbarie a la civilización (en la mentalidad española), el cambio de lo precolombino, o de la preconquista, al período colonial (en la terminología académica actual).

La imagen de la conquista tiene su origen en los propios conquistadores y perdura, más o menos intacta, hasta la actualidad. Los españoles del siglo XVI presentaban sistemáticamente sus hazañas, y las de sus compatriotas, en términos que anticipaban, de modo prematuro, la completitud de las campañas de conquista y envolvían las crónicas de ésta en el aura de lo inevitable. La frase «conquista española», así como todo lo que comporta, ha perdurado a lo largo de la historia porque a los españoles les interesaba, ante todo, describir sus campañas como conquistas y pacificaciones, como contratos cumplidos, como un designio providencial, como hechos consumados. Tales descripciones dieron lugar a lo que he denominado el «mito de la completitud». En este capítulo se examinan dos motivos, interrelacionados, que explican por qué obraron de este modo los españoles. El primero es el sistema español de vasallaje, contrato y recompensa, iniciado por Colón al defender obstinadamente, hasta el fin de sus días, que había cumplido su contrato con el descubrimiento de una ruta hacia Asia. El segundo era la ideología de justificación imperial, desarrollada en el siglo XVI, que presentaba la conquista como un designio divino y a los españoles como agentes de la providencia. A pesar de estas afirmaciones, la conquista no se completó hasta varios siglos después de las invasiones españolas iniciales; la segunda parte de este capítulo presenta siete aspectos de esta incompletitud.

«¡El Nuevo Mundo es un desastre!», exclama la reina Isabel en la película de 1992 titulada *1492: La conquista del paraíso*, de sir Ridley Scott, y Cristóbal Colón replica: «¿Y el viejo es acaso un logro?». Una de las claves del éxito de los conquistadores era su capacidad de describir sus campañas como cualquier cosa excepto un desastre. Aunque la monarquía española no enviaba a los conquistadores potenciales a América como miembros de un ejército real, ni contribuía a organizar y financiar las expediciones de conquista, ejercía cierto control sobre las consecuencias de los descubrimientos a través de la concesión de autorizaciones o contratos de exploración o conquista. A cambio del título de «adelantado» antes de la victoria, o de los títulos de gobernador y demás privilegios después de la conquista, el destinatario del permiso debía sufragar mayoritaria o totalmente los costes de la expedición, además de planificarla y ejecutarla. Tales contratos resultaban sumamente beneficiosos para la corona, en una época en que el poder estatal centralizado no era tan fuerte como en la edad moderna. Existía un mecanismo para eximir del vasallaje real, tanto si se concedía el permiso con un contrato vinculante, como si no. Otro aspecto importante es que tales contratos eran también fuentes de ingresos, pues la monarquía solía venderlos y podía demandar por incumplimiento de contrato si no se satisfacía el preceptivo «quinto» (la quinta parte de los botines y tributos de la conquista). Con el tiempo, la corona añadió a las típicas cláusulas del contrato de adelantado varias leyes relativas al procedimiento de conquista, que facilitaban el encarcelamiento de los conquistadores por incumplimiento de contrato (así, Sebastián de Benalcázar y Hernando Pizarro fueron encarcelados en la década de 1540), o bien la imposición de una multa (como en el caso de Juan de Oñate, castigado en 1614 con una sanción de 6.000 ducados).[1]

El desafío que afrontaban los líderes conquistadores era considerable. No sólo necesitaban evitar eventuales naufragios, enfermedades, su captura o muerte a manos de los indígenas invadidos, sino que sus empresas debían satisfacer también la definición real del éxito colonial. No bastaba con descubrir y reivindicar la propiedad de un territorio. Las supuestas colonias requerían una viabilidad económica inmediata, preferentemente en forma de minas de oro y plata y sociedades indígenas sedentarias, capaces de localizar y explotar las minas, así como de proporcionar otros bienes y servicios. En este aspecto, lo difícil no era ser conquistador, sino convencer a la corona de que uno era un conquistador victorioso.

En consecuencia, los líderes de la expedición se apresuraban a declarar que las regiones conquistadas eran ricas en metales preciosos y pueblos indígenas serviles. Tales afirmaciones comenzaron ya con Colón, que desde el principio intentó convencer a la corona de que había cumplido los términos de su contrato (las *Capitulaciones de Santa Fe*, así llamadas en homenaje a la plaza fuerte próxima a Granada donde se redactó el contrato en abril de 1492). A comienzos de 1493 Colón explicó a Fernando e Isabel que, después de zarpar, «en treinta y tres días pasé de las islas de Canaria a las Indias con la armada que los ilustrísimos rey y reina nuestros señores me dieron, donde yo hallé muy muchas islas pobladas con gente sin número; y de ellas todas he tomado posesión por Sus Altezas con pregón y bandera real extendida, y no me fue contradicho».[2]

Informar sobre el cumplimiento del contrato era esencial para que Colón pudiera cobrar un tercio de los ingresos comerciales obtenidos en las tierras descubiertas, así como administrarlas en calidad de «Almirante del Mar Océano, Virrey y Gobernador», según se estipulaba en las *Capitulaciones*. La insistencia de Colón en que había llegado a Asia y allí había fundado nuevas tierras se puso en entredicho desde que regresó a España tras su primer viaje. Sus postulados se cuestionaron cada vez más, a medida que se descubría mejor el océano Atlántico y el continente americano, en los viajes del propio Colón y de otros conquistadores. Temeroso de perder los privilegios de su contrato (como al final ocurrió), Colón, cada vez con mayor vehemencia, aseguraba haber encontrado exactamente lo que en su momento había anunciado por escrito y de palabra a los monarcas.[3]

Los españoles que atravesaron el Atlántico a comienzos del siglo XVI, en expediciones cada vez mayores, desarrollaron una preocupación similar por la aprobación y el cumplimiento contractual. Las cartas de Cortés al rey son las series más conocidas de documentos relativos a aspectos contractuales, pero son poco representativas, en el sentido de que Cortés las escribió, en parte, como solicitudes de permiso de conquista, y en parte desde la presuposición de que ya se le había concedido uno. Al igual que Cortés, Francisco de Orellana redactó una serie de documentos durante su traicionero viaje de 1542 por el Amazonas, donde se adelantaba al eventual hallazgo de tierras indígenas que podían ser conquistadas (en cuyo caso, como en el de Cortés, necesitaría un permiso retroactivo con el fin de ser gobernador). Las cartas de Orellana al rey preveían, acertadamente, las acusaciones de su señor, Gonzalo Pizarro, por haberlo abandonado en la Amazonia, del mismo modo que en las cartas

de Cortés se preveía la ira de su propio señor traicionado, Velázquez. Asimismo, Juan de Oñate se esforzó bastante para obtener el permiso de 1595 que le autorizaba a conquistar Nuevo México. Después remitió numerosas peticiones relativas al cumplimiento contractual de 1597, cuando se le retiró temporalmente el permiso, y entre 1606 y 1624, cuando sufrió una prolongada investigación real, una condena por el abuso de la violencia, y una rehabilitación parcial.[4]

El adelantado Francisco de Montejo remitió al rey una serie de cartas con la intención de asegurarle que la conquista de Yucatán era posible y ventajosa. La reiteración de estos dos temas en la escritura contractual española convirtió el lenguaje del descubrimiento y el cumplimiento en un conjunto de tópicos. Montejo, en su carta de 1529 dirigida al rey, describe la tierra Yucatán en términos muy similares a los utilizados por muchos otros conquistadores. Alude a la densa población del lugar, la belleza de sus ciudades, la riqueza natural, las minas de oro y piedras preciosas, entre otros recursos de gran valor.[5]

Ésa era una parte de la fórmula, que pretendía demostrar la adecuación de la zona para la colonización. La otra parte se refería al supuesto grado de control que tenían ya los españoles en la región. Una década antes de que Montejo ensalzase el valor de la península de Yucatán, Cortés había escrito al rey para comunicarle que, antes de partir hacia México central, había conquistado una vasta región costera.

> Y dejé toda aquella provincia de Cempoal y toda la sierra comarcana a la villa, que serán hasta cincuenta mil hombres de guerra y cincuenta villas y fortalezas, muy seguros y pacíficos y por ciertos y leales vasallos de vuestra majestad, como hasta ahora lo han estado y están, porque ellos eran súbditos de aquel señor Mutezuma, y según fui informado lo era por fuerza y de poco tiempo acá. Y como por mí tuvieron noticias de vuestra alteza y de su muy grande y real poder, dijeron que querían ser vasallos de vuestra majestad y mis amigos, y que me rogaban que los defendiese de aquel grande señor que los tenía por fuerza y tiranía, y que les tomaba sus hijos para los matar y sacrificar a sus ídolos. Y me dijeron otras muchas quejas de él, y con esto han estado y están muy ciertos y leales en el servicio de vuestra alteza y creo lo estarán siempre por ser libres de la tiranía de aquél, y porque de mí han sido siempre bien tratados y favorecidos.[6]

El lector no requiere información adicional o contextual para entrever cómo se tergiversa la descripción con el fin de cumplir los requi-

sitos que alentaban el mito de la completitud durante el siglo XVI. La afirmación de que la conquista ha concluido no se sostiene, de modo que Cortés recurre a uno de los submitos del mito de la completitud, a saber, el de la sumisión indígena voluntaria. En este punto Cortés establece una eficaz contraposición entre un rey benevolente y poderoso, junto con su honorable representante, y un cruel tirano indígena. La inverosimilitud física de la completitud se ve compensada por la referencia a un proceso que es a la vez físico y metafísico, el triunfo de la civilización sobre la barbarie.

Dado que el proceso de sumisión al rey fomentó la emisión de informes donde se afirmaba el éxito de las campañas de exploración, los conquistadores desarrollaron en poco tiempo una ideología de justificación imperial que ofrecía instrumentos para que tales afirmaciones fuesen plausibles para sus compatriotas. La ideología del imperio español se basaba en la jurisprudencia medieval y en la mitología de la reconquista cristiana de la Península Ibérica, en un concepto judeocristiano del tiempo, entendido como progresivo y providencial, así como en una concepción romana, renovada, del imperio.[7] Desde la última década del siglo XV, se añadió un nuevo factor a esta combinación: la experiencia del descubrimiento y la conquista. El resultado fue una ideología imperial que presentaba todas las campañas de descubrimiento y conquista no sólo como actos nobles y justificados, sino también como el deber de los fieles. Tal ideología, un conjunto de ideas abstractas definidas en beneficio de la corona, estaba respaldada por las resoluciones oficiales del papado y de la monarquía española. Después del primer viaje de Colón, el papa presidió el célebre Tratado de Tordesillas, que dividía América, una región en gran medida imaginada, entre los reinos de Castilla y Portugal. Así pues, en efecto, los españoles eran los destinatarios de una concesión divina de tierras y pueblos que todavía debían encontrar y someter. Este principio facilitaba que las declaraciones de posesión se identificasen con la posesión en sí. A través de simples actos de llegada y declaración, los españoles ponían las tierras «bajo el señorío» de la corona española. Todo lo que venía después, la empresa de conquista y colonización, no era sino la consolidación de dicha propiedad.[8]

Por extensión, los pueblos indígenas eran súbditos españoles que aguardaban una decisión sobre su emplazamiento y nuevo estatus. Según estipuló la reina Isabel en 1501, cuando la gran mayoría de los pueblos indígenas americanos era todavía desconocida para los europeos,

estos «indios» eran «súbditos y vasallos» de la reina y, por lo tanto, debían «pagar los tributos y deberes» correspondientes.[9] Tales principios, repetidos por la corona a Cortés en 1523, a Ponce de León en 1525, y a otros conquistadores en numerosas ocasiones, explican la presuposición de legítima adquisición, en virtud de la cual se consideraba casi completa la conquista antes de que hubiera comenzado. Además, dado que los pueblos indígenas eran «súbditos y vasallos» reales antes de que se consumase la conquista, su resistencia los convertía en rebeldes. Esta categoría definía convenientemente la resistencia a la invasión como el quebrantamiento violento, ilegal e injustificable de la *pax colonial*. Las actividades militares españolas se definían como campañas de «pacificación», más que de conquista, y los líderes de la resistencia podían ser juzgados y ejecutados por traición. Mucho después de que la corona prohibiese la esclavitud de los indígenas americanos, una fisura jurídica relativa a los «rebeldes» permitía capturar indígenas y venderlos como esclavos.

Este proceso se observa tanto en la península de Yucatán como en casi todas las regiones de Hispanoamérica. Después de fundar una nueva capital colonial en 1542, llamada Mérida, los españoles establecidos en Yucatán declararon que la conquista había concluido y que se disponían a «pacificar» la península. Pero cuando sólo controlaban una parte muy pequeña de dicho territorio, se vieron inmersos en violentos enfrentamientos militares con los distintos grupos mayas, y hallaron una resistencia especialmente fuerte en el nordeste a finales de la década de 1540. En realidad era un episodio de una guerra de conquista que iniciaba ya su tercera década, pero como los españoles habían declarado que la conquista ya estaba concluida, catalogaban la resistencia como rebelión, «el rreuelion que ubo en esta Prouinçia luego rresien conquistada», según la describió un colono español.[10] De este modo se justificaba la ejecución de los cautivos, el despliegue de violencia como medida disuasoria (sobre todo la ejecución de mujeres en la horca) y la esclavitud de 2.000 mayas de la región.[11] Cuatro siglos después, los historiadores todavía denominaban aquel episodio como «la gran revuelta maya».[12]

Al reiterar la completitud de la conquista pese a los signos evidentes que indicaban lo contrario, los colonos españoles legaron una crisis de identidad a sus descendientes mexicanos. En 1862 Lord Acton declaró que la identidad nacional mexicana era inalcanzable. Como Mé-

xico estaba formado por «razas divididas por la sangre [...] inciertas, informes, inconexas», no era «posible, por lo tanto, ni unirlas ni convertirlas en elementos de un estado organizado».[13]

El tiempo acabaría demostrando que el inglés se equivocaba, pero los mexicanos del siglo XIX eran casi tan pesimistas como él, y discrepaban entre sí en la manera de interpretar el pasado mexicano con el fin de forjar una identidad nacional. La posición conservadora consistía, simplemente, en aplicar el término «nación» al concepto español de conquista tal como se definía en el siglo XVI, de modo que el año 1521 se identificaba con el inicio providencial de la civilización mexicana, y Cortés era su padre fundador, así como la aparición de la Virgen de Guadalupe una década después simbolizaba la conquista espiritual. Los adversarios políticos de los conservadores concedían mayor relevancia a la Virgen de Guadalupe y menos a Cortés. De hecho, muchos liberales repudiaban al conquistador como símbolo de la tiranía colonial e idolatraban, en cambio, como héroes «nacionales» al último emperador mexica, Cuauhtémoc, y a algunos frailes antiguos como Bartolomé de las Casas y Motolinía, junto con otras figuras representativas de la independencia, como Hidalgo y Morelos.[14]

La evolución del nacionalismo mexicano, al igual que el debate sobre el mismo en el siglo XIX, fue mucho más compleja. Hubo brotes y oscilaciones de anticlericalismo e hispanofobia, se desarrolló una relación de amor-odio respecto de Estados Unidos y su cultura, y se cuestionaron casi todos los personajes célebres o infames del pasado mexicano durante los siglos XIX y XX. Pero se mantuvo un elemento constante, originado en el siglo XVI y todavía vivo en algunos aspectos: la presuposición de que 1521 fue un punto de inflexión en la historia mexicana, un año que marca el final de una era y el comienzo de otra. Si se hubiera cuestionado tal presuposición, los mexicanos habrían logrado resolver mejor el enigma de la identidad nacional.

Se desarrollaron debates similares sobre la identidad nacional y regional en todas las nuevas repúblicas latinoamericanas del siglo XIX. Raras veces se cuestionaba la exactitud o las consecuencias de la mención de fechas como 1492, 1521, 1535 (fundación de Lima), 1541 (fundación de Santiago de Chile) o 1542 (fundación de Mérida) como hitos que simbolizaban la completitud de la conquista y el comienzo del régimen colonial. De ese modo se perpetuaba la perspectiva desde la que los conquistadores justificaban su práctica política, y se inducía a los historiadores modernos a caer en la misma trampa.[15]

Una declaración clásica, en este sentido, es el comentario de Prescott de que «la historia de la conquista de México termina con la rendición de la capital».[16] Aunque tal afirmación coincide con la gran mayoría de los textos escritos sobre la conquista, desde el siglo XVI hasta la actualidad, después de la destrucción de Tenochtitlán los españoles aún no habían conquistado México; sólo habían desmembrado el imperio mexica. En una nota adjunta a la segunda carta de Cortés al rey, un funcionario español, a pesar de su tono optimista, revela la precariedad de la situación en 1522.[17]

De manera que los conquistadores, un año después de la supuesta conclusión de la conquista, todavía buscaban el botín de guerra, necesitaban fortificar las ruinas de la ciudad que habían destruido, y dependían de un vasto contingente de aliados indígenas. Entretanto, la presencia española en el resto de la región del imperio mexica era mínima, y su control en la gran zona que posteriormente abarcaría el México actual era casi nulo. De hecho, los españoles todavía no habían pisado la mayor parte de las regiones que darían en llamarse Nueva España (que aproximadamente coincidían con la zona de civilización llamada Mesoamérica). A comienzos de la década de 1520, Cortés creía la afirmación española de que Michoacán estaba conquistada y sometida al dominio español. Pero el gobierno tarascano indígena seguía intacto y los tarascanos concebían su propio imperio como el poder dominante en la zona.[18] Veinte años después, las guerras de conquista del norte de México eran todavía tan extensas, que el propio virrey de Nueva España lideraba a las fuerzas españolas en el campo de batalla.[19] Por lo tanto, aunque 1521 representó el final de la guerra de dos años contra el imperio mexica, fue a la vez el comienzo de las guerras de conquista en la mayor parte de México y Mesoamérica, guerras que persistieron hasta el siglo XX.

La incompletitud de la conquista militar de México en 1522 sólo es una pieza más del puzzle. El panorama completo de incompletitud abarca siete dimensiones, cada una de las cuales corresponde a un aspecto del mito de la completitud. La primera dimensión es la supuesta rapidez de la conquista en las principales áreas de asentamiento indígena y posteriormente colonial. Aparte del endeble control español en México central en 1521, el dominio de Perú era casi nulo en 1532, a pesar de la captura y ejecución de Atahualpa, y muy escaso en 1536, tras la apropiación de la sede inca de Cuzco. Persistió un estado inca independiente hasta que su cacique, Túpac Amaru, fue ejecutado por los españoles en 1572, y una parte significativa de los Andes continuó fuera

del dominio colonial mucho después de aquella fecha.[20] Asimismo, cuando los españoles fundaron Mérida en 1542, los mayas continuaron dominando la mayor parte de la península de Yucatán. Existían todavía regímenes mayas yucatecas independientes en 1880, año en que el obispo Crescencio Carrillo y Ancona declaró que la conquista de Yucatán había concluido con la victoria de la batalla de San Bernabé, el 11 de junio de 1541, contra el ejército de Cocom, rey de Sotuta, que era el único que no se había sometido.[21]

La segunda dimensión de la incompletitud guarda relación con la prolongada conquista militar en las llamadas regiones marginales o periféricas de lo que paulatinamente se definió como la América española. Ante todo, los españoles buscaban asentamientos indígenas sobre los que pudieran construir sus colonias. Pero al margen de Mesoamérica y los Andes, hallaron sólo poblaciones dispersas de indígenas semisedentarios o nómadas, que no eran dóciles para la construcción colonial. En tales regiones tardaron décadas en establecer núcleos de asentamiento, que eran siempre inestables, pobres y atractivos para muy pocos colonos. En 1701, Juan de Villagutierre Soto-Mayor, autor de la crónica oficial de la conquista española del reino itzá maya en la década anterior, reconoció que la expansión española había dejado grandes zonas de América sin conquistar, parcial o totalmente, y que eso se debía al carácter intratable de algunos indígenas y a las dificultades del terreno en algunas regiones. Pero sobre todo la causa debía atribuirse, según Villagutierre, a que Dios reservaba algunos indígenas para generaciones posteriores de españoles. ¡Explicación laica donde las haya![22] Como predecía Villagutierre, las fronteras coloniales de la Nueva España septentrional, Yucatán, Perú y otras regiones se expandieron gradualmente, pero no sin oscilaciones periódicas y una frecuente actividad militar.

Por ejemplo, los primeros intentos de conquista y asentamiento en los dos extremos de Hispanoamérica —Florida y la cuenca del río de la Plata— fueron desastrosos. Al menos seis expediciones destinadas a Florida fracasaron entre 1513 y la década de 1560, cuando se establecieron al fin algunos asentamientos españoles permanentes. Los primeros fundadores de Buenos Aires a finales de la década de 1520 se vieron obligados a practicar el canibalismo para subsistir, y la ciudad no volvió a fundarse como asentamiento permanente hasta finales de la década de 1580, aunque los primeros centros ibéricos duraderos en la ribera septentrional del río de la Plata (actual Uruguay) no se establecieron hasta un siglo después. Nuevo México fue conquistado a comienzos del siglo XVII, pero posteriormente, en 1680, el imperio español perdió aquel territorio, y no lo reconquistó hasta finales de siglo. Los sambos-mosquitos lograron desplazar la frontera colonial en Nicaragua durante el siglo XVII. El sometimiento de los tules de Panamá en el siglo XVII nunca llegó a consolidarse, y en la década de 1720 el proceso derivó en una revuelta que requirió una larga reconquista, iniciada a partir de 1735. Chocó y Petén no se conquistaron hasta las dos últimas décadas del siglo, respectivamente, pero la presencia española en Petén se redujo, en lugar de crecer, a comienzos del siglo XVIII.[23]

En el conjunto de la América española, la conquista, entendida como una serie de expediciones armadas y acciones militares contra los indígenas, nunca concluyó. Los seminales de Florida todavía se rebelaban contra los españoles cuando la colonia pasó al dominio de Estados Unidos (potencia a la que tampoco se rindieron nunca formalmente). Los araucanos de Chile, que combatieron durante décadas y al final mataron al conquistador negro Juan Valiente, se resistían a la conquista todavía en el siglo XIX, cuando seguían enfrentados a la república chilena en nombre de la monarquía contra la que se habían rebelado anteriormente. Los charrúas de Uruguay no fueron sometidos hasta que el presidente del nuevo país ordenó masacrarlos en la década de 1830.[24] En el siglo XIX y comienzos del XX, los argentinos se enfrentaron también, y al final masacraron con ametralladoras, a los pueblos indígenas no conquistados. Los guatusos-malekus de América central fueron esclavizados y aniquilados a finales del siglo XIX. La resistencia yaqui al norte de México se prolongó también durante la edad contemporánea, mientras que en el extremo sur del mismo país, los mayas de Yucatán, en 1847, lograron desplazar la frontera colonial hasta los límites del siglo XVI, y una serie de regímenes mayas persistió hasta comienzos del siglo XX.[25]

El tercer aspecto del mito de la completitud es el de la *pax colonial*, la paz entre los indígenas y entre éstos y los colonos españoles que supuestamente se asentaron después de la conquista. Lo curioso de este aspecto radica, precisamente, en la correspondiente dimensión de incompletitud, a saber, que Hispanoamérica sufrió numerosas revueltas indígenas contra el dominio colonial. Como ha señalado un destacado historiador, «entonces y ahora, la etapa colonial se ha considerado como un período pacífico», a pesar de «la evidente violencia endémica».[26]

Pueden aducirse dos razones que explican este fenómeno. Una es la naturaleza local de las revueltas coloniales, rasgo que las hacía relativa-

mente controlables y que, por lo tanto, ha propiciado que muchos observadores coloniales y contemporáneos las consideren insignificantes en comparación con las guerras que asolaron Europa durante esos mismos siglos y devastaron gran parte de la actual Latinoamérica. La otra guarda una relación más estrecha con el mito de la completitud. A pesar de la histeria periódica de España por las revueltas, reales o imaginarias, de los indígenas y los esclavos africanos, los españoles creían que su imperio era el cauce divino para civilizar a los pueblos indígenas y africanos en América. El régimen colonial se interpretaba, en consecuencia, como un sistema pacífico y benévolo, según una imagen que se basaba en la presunta completitud de la conquista. Lo irónico es que, a pesar de que la percepción indígena era casi opuesta, pues concebía la presencia española como una invasión prolongada que requería una respuesta mixta de adaptación y resistencia, tal perspectiva también contribuyó a fomentar la ilusión de que la *pax colonial* era real. La proclividad de los caciques indígenas al compromiso, a encontrar una vía intermedia entre la confrontación directa y la rendición total, producía una falsa impresión de paz colonial.

Dicha visión tergiversada pasa por alto la omnipresencia de diversas formas cotidianas de resistencia, cuarta dimensión de la incompletitud. Los historiadores tienden a prestar más atención a las revueltas radicales que a otros modelos de resistencia menos evidentes, a pesar de que a veces son más duraderos y más violentos.[27] La resistencia cotidiana se manifestaba de modos diversos, desde actos de violencia individual contra los españoles por parte de los indígenas hasta estratagemas en el entorno de trabajo, como sublevaciones, sabotaje del equipamiento y robo. La existencia constante de regiones no conquistadas, conocidas en la época como «despoblados», y las fronteras coloniales, siempre cambiantes, conferían a los indígenas nuevas opciones de resistencia. Podían eludir el régimen español, ya fuera en calidad de individuos, familias o comunidades enteras, a través de la huida temporal o la migración permanente fuera del imperio.

La quinta dimensión de la incompletitud de la conquista era el grado de autonomía que conservaban los pueblos indígenas dentro del imperio español. En parte era una autonomía permitida y sancionada por los funcionarios españoles, y fomentada por los líderes indígenas a través de medios ilegales y negociaciones legales. Por lo general, los españoles no aspiraban a gobernar directamente a los indígenas ni a controlar sus tierras, sino que procuraban conservar las comunidades indígenas

como fuentes autónomas de mano de obra y producción agrícola. Esta práctica tenía antecedentes en las costumbres islámicas ibéricas, desarrolladas a partir de la invasión musulmana de la península en el siglo VIII y durante la Reconquista.[28] Pero fue también una reacción práctica ante la realidad de la América española. Los nuevos colonos no eran agricultores, sino artesanos y profesionales que dependían del trabajo y de los alimentos aportados por los indígenas, cuya población, además, era mucho más numerosa que la de los españoles.

Este sistema colonial funcionaba mejor en las zonas donde existían comunidades agrícolas sedentarias y organizadas, es decir, ciudades-Estado bien nutridas. Es precisamente en esas zonas, sobre todo en Mesoamérica y los Andes, donde los españoles concentraron sus principales campañas de conquista y colonización. Si bien es improbable que alguna comunidad indígena lograse eludir los brotes de enfermedades epidémicas procedentes del otro lado del Atlántico, no todas las regiones americanas sufrieron en idéntica medida la conquista violenta directa. Durante varios siglos después de la llegada de los españoles, la mayoría de los indígenas sometidos al régimen colonial continuaba viviendo en sus propias comunidades, hablaba su lengua, trabajaba en sus campos y era juzgada y gobernada por sus mayores. Estos ancianos escribían su lengua con caracteres alfabéticos (o, en los Andes, aprendían a escribir español) y adoptaron con gran habilidad, y por lo general con buenos resultados, el sistema jurídico colonial en defensa de los intereses de la comunidad. La ciudad o comunidad municipal indígena seguía denominándose *altepetl* entre los nahuas de México central, *ñuu* en la lengua de los mixtecas, *cah* en maya yucateca, y *ayllu* entre los hablantes de quechua andinos.[29]

La autonomía de las comunidades se erosionó paulatinamente como consecuencia de las presiones políticas y demográficas. Desde la perspectiva indígena, por tanto, la conquista no fue un único acontecimiento drástico, simbolizado por algún incidente o momento, a diferencia de lo que representó para los españoles. Por el contrario, la invasión española y el régimen colonial constituyeron una parte de un proceso mucho más amplio y duradero de negociación y adaptación. Desde ese punto de vista, mientras existían los términos *altepetl* y *ayllu*, la conquista no podía ser total.

La sexta dimensión de la incompletitud es la de la conquista espiritual. En el siglo XVI, mientras los frailes y sacerdotes españoles debatían complejas cuestiones relativas a la eficacia de los métodos de conversión y el estado espiritual de los pueblos indígenas, surgió el mito

de la cristianización. Este mito sostenía que a pesar de que los indígenas seguían siendo supersticiosos y tendentes a la reincidencia, en lo esencial habían sido convertidos en las primeras fases de evangelización. Los franciscanos, vanguardia de aquel proceso, eran los principales defensores del mito; su perspectiva se impuso a lo largo de los siglos y revivió en el siglo XX con el libro de Robert Ricard titulado *La Conquista espiritual de México*, que fue un panegírico muy popular sobre las campañas franciscanas de conversión.[30]

En décadas recientes, los investigadores han pintado una imagen más compleja de la reacción indígena ante el cristianismo. Aunque algunos han sostenido que la religión indígena sobrevivió tras una apariencia cristiana, y otros han propuesto que las religiones indígenas y europeas se mezclaron en un conjunto de variantes americanas del catolicismo características, las interpretaciones mejor fundadas reconocen que se produjo una combinación de ambos procesos. Con variaciones que llegan hasta el nivel individual entre andinos, chibchas, muiscas, mayas y nahuas, los indígenas adoptaron y comprendieron el cristianismo y su lugar en el mundo de un modo que apenas empezamos a captar ahora.[31]

Los franciscanos y otras órdenes clericales españolas aspiraban a destruir todo rastro de las religiones indígenas, hacer borrón y cuenta nueva e instaurar una nueva iglesia libre de elementos paganos a ambos lados del Atlántico. Sin duda lograron llevar el catolicismo a la América indígena, pero si la finalidad de la conquista espiritual era instaurar un cristianismo sin variaciones culturales locales, tal conquista no se completó en el siglo XVI. En 1598 el arzobispo de Nueva Granada (la Colombia colonial) lamentaba, en una carta remitida al rey, que en seis décadas de campañas de cristianización no se había erradicado la «idolatría» de los indígenas muiscas.[32] Nadie acusaría hoy a los latinoamericanos de idólatras, pero pocos cuestionarían que la conquista espiritual, tal como se concebía hace cinco siglos, sigue siendo muy incompleta.

La dimensión final de la incompletitud guarda relación con la persistencia de las culturas indígenas. El aspecto de la cultura autóctona que más preocupaba a los españoles era la religión, pues el proceso de cristianización aportaba al imperio una justificación que trascendía y supuestamente ocultaba las realidades mundanas e interesadas de la expansión colonial. Otros aspectos de la cultura indígena eran de importancia segundaria. Por ejemplo, no hubo ninguna campaña que obligase a los indígenas a aprender español. De hecho, los sacerdotes españoles

a veces predicaban en las lenguas indígenas, y la iglesia generó amplia bibliografía religiosa en las lenguas locales. Aunque la falta de tradición escrita precolombina en los Andes obligó a los señores hablantes de quechua y otros caciques andinos a aprender a escribir documentos legales en español, los líderes de la comunidad de Mesoamérica aprendieron a escribir sus propias lenguas alfabéticamente.[33]

Otro ejemplo de persistencia cultural indígena es la vestimenta. Allí donde la iglesia católica consideraba exiguo el atuendo, se impuso un cambio. Los taparrabos masculinos fueron sustituidos por pantalones de algodón holgados, por ejemplo. Pero por lo general la vestimenta autóctona permaneció invariable después de la conquista, o cambió sólo gradualmente a lo largo de los siglos. Algunos de los estilos más prácticos de ropa autóctona fueron adoptados incluso por los españoles, sobre todo en casa. Como muchos otros aspectos de la cultura local, el vestido sobrevivió, no de forma «pura», sino con paulatinas influencias europeas, e influyó a su vez, hasta cierto punto, en la evolución de la cultura colonial.

Al margen de los aspectos culturales que tenían implicaciones religiosas, los españoles no se preocuparon por llevar a cabo una hispanización total de los pueblos indígenas, al menos no hasta que en el siglo XIX tales asuntos se convirtieron en preocupaciones importantes del gobierno y materia de debates entre las clases dominantes. Este fenómeno pone de relieve, una vez más, que la conquista cultural, si la hubo, fue tan incompleta que, tres siglos después de la invasión española, los descendientes de los conquistadores, desde México hasta Argentina, debatían cómo podían convertir a los «indios» en verdaderos ciudadanos de las repúblicas; es decir, cómo podían hacerlos menos «indios» y más europeos.[34]

Así pues, la conquista de las principales áreas de los Andes y Mesoamérica fue un proceso más largo de lo que sostenían inicialmente los españoles y de lo que creyeron durante mucho tiempo. En los lugares donde se ponía fin a la guerra, tan sólo se desplazaban las fronteras siempre cambiantes, y nunca pacíficas, de Hispanoamérica. La violencia de la conquista también se plasmaba internamente en diversas formas de dominación y represión, pero era compensada continuamente por un conjunto de métodos, también diversos, de resistencia indígena. Las conquistas espirituales y culturales fueron asimismo complejas y prolongadas, y se resistieron a la completitud, hasta el punto de hacer irrelevante el propio concepto de completitud.

Los españoles recalcaban la idea de la completitud de la conquista no sólo por conveniencia política o porque se amoldaba a una ideología imperial en desarrollo a la que estaban cada vez más expuestos; también suponían que los acontecimientos se desarrollaban de un modo que les era familiar en sus propias tradiciones. Insistían porfiadamente en que la conquista era completa hasta que se les aparecía tal como era. Y no eran conscientes de las perspectivas indígenas, que no distinguían entre conquista y colonización, sino que interpretaban ambos procesos como una sola negociación interminable y creían, asimismo, encontrar en ella formas y conceptos familiares.

El historiador James Lockhart ha descrito la interacción cultural del México colonial como un proceso de «doble identidad malinterpretada». Según su lectura de este proceso, «cada parte del intercambio cultural presupone que una determinada forma o concepto funciona del modo que le es familiar en su propia tradición, y no es consciente de la interpretación de la otra parte, o bien no presta atención a ese aspecto».[35] Lockhart se centra sobre todo en los nahuas de México central, pero la doble identidad malinterpretada es un instrumento analítico aplicable también a toda la conquista y sus consecuencias en las colonias españolas, y específicamente relevante para el mito de la completitud. Los españoles pensaban que los indígenas estaban firmemente «sometidos al dominio del rey». Y los indígenas se consideraban antes súbditos de sus propios señores que de los lejanos españoles. A su modo, unos y otros tenían razón y a la vez se equivocaban.

Capítulo 5

Las palabras perdidas de La Malinche
El mito de la comunicación y el fallo comunicativo

> Era absurdo, incomprensible, una pesadilla de traductor, un laberinto epistemológico que sólo podemos imaginar si recordamos que cada vez que Cortés dijo esto, o Moctezuma dijo aquello, sus palabras eran transmitidas a través de esta secuencia de voces trilingüe.
>
> ANNA LANYON (1999)

La mañana del 8 de noviembre de 1519, en un paso elevado que atravesaba el lago Texcoco en el valle de México, se produjo un encuentro único en la historia mundial. Moctezuma conoció a Cortés.

Este encuentro ha sido interpretado durante siglos como símbolo del gran acercamiento intercontinental que había comenzado tres décadas antes. Y tal lectura tiene su razón de ser. Por primera vez, un emperador indígena americano saludaba a un representante de los europeos que habían venido a conquistar y colonizar sus tierras. La reunión fue amistosa, pues ambas partes expresaron su compromiso inquebrantable con la diplomacia. Pero el choque de culturas se evidenció también de forma inmediata. Al cabo de pocos meses, los dos bandos se enzarzarían en una guerra sanguinaria que acabaría con la vida de Moctezuma, que sería sucedido por Cortés como hombre más poderoso de México central.

Al principio Moctezuma iba sentado en una litera, y Cortés a caballo, según se representa la escena en el lienzo, sumamente estilizado, de Juan Correa (véase la figura 9). Cuando el monarca mexica descendió al paso elevado y caminó con su séquito hacia los españoles, Cortés descabalgó y se aproximó a Moctezuma.



FIGURA 9. «El encuentro de Cortés y Moctezuma». Atribuido a Juan Correa, c. 1683. Óleo sobre lienzo, en un biombo (término proveniente del japonés *byobu*, «protección del viento»), forma artística popular en México, introducida por el embajador japonés en Ciudad de México en 1614. El retrato de Cortés (segundo panel comenzando por la derecha) parece tener bastante parecido con la realidad, si se compara con otras versiones del siglo XVI, pero Malinche (primer panel desde la derecha) y Moctezuma (segundo panel desde la izquierda) están sumamente europeizados. El reverso del biombo es una representación de cuatro familias reales, titulada «Los cuatro continentes»; la de «Europa» es el rey español Carlos II y su esposa María Luisa de Orleans (que contrajeron matrimonio en 1683), y la de «América» es un monarca que puede ser Moctezuma, por su parecido con el retrato del anverso.

En ese punto, las crónicas divergen ligeramente, pero la tensión se detecta en todas las versiones. Según Bernal Díaz, «paréceme que el Cortés con la lengua de doña Marina, que iba junto a Cortés, le daba la mano derecha, y el Montezuma no la quiso e se la dio a Cortés». Gómara glosa aquel momento delicado al constatar, simplemente, que los dos hombres se saludaron. El propio Cortés no menciona que se dieran la mano, pero confiesa que «me apeé y le fui a abrazar solo y aquellos señores que con él iban me detuvieron con las manos para que no le tocase». Díaz y Gómara aluden también al amago de abrazo (que podría haber sido interpretado, desde la perspectiva mexica, como «una humillación», según el primer cronista, o como «un pecado», según constata el segundo), pero en una secuencia diferente de la del intercambio de collares y el truncado saludo en que no llegan a darse la mano. Díaz señala también que los dos líderes se reverenciaron intensamente, pero Gómara y Cortés omiten este detalle.[1] Una ilustración que apareció en varias publicaciones europeas durante el período colonial (la figura 10, pág. 128, es un ejemplo) intentaba plasmar la versión del encuentro que ofrecen Gómara-Díaz.

Vale la pena mencionar otras dos versiones del encuentro fechadas en el siglo XVI, los textos nahuatl y españoles del *Códice florentino* de Sahagún. En estos textos, no hay amagos de abrazo ni otro tipo de saludo, y la entrega de collares a Cortés, por parte de Moctezuma, no tiene reciprocidad. Tampoco es recíproca la reverencia. En el texto nahuatl, el emperador mexica «reverenció a Cortés con todos los honores»; «acto seguido se puso en pie, ambos se miraron fijamente [...] se puso firme, con gran rigidez». Como estaba prohibido mirar al emperador a la cara, el texto sugiere que Moctezuma fue el primero en romper el tabú, al permitir que Cortés lo mirase cara a cara, para entrevistarse con él en un punto medio cultural. El texto español paralelo transmite la misma impresión, pero de un modo que subordina a Moctezuma, cuya reverencia se interpreta como pleitesía servil: «Y entonce humillose delante del capitan haziendole gran reuerencia y enyestose luego de cara a cara. El capitan cerca del y començole a hablar desta manera».[2]

Estos minutos y estos gestos evocan parte del tema de la comunicación y el fallo comunicativo, que constituye el objeto de este capítulo. Por una parte hay comunicación; cada líder logra transmitir al otro su posición de autoridad y su deseo de que el encuentro sea amistoso y respetuoso. Por otra parte, hay fallo comunicativo, pues los dos se esfuerzan en encontrar un terreno común entre dos culturas diferentes en lo que respecta al trato señorial. A la confusión de gestos se añade toda la tendenciosidad de los autores de al menos cinco crónicas del acontecimiento, que ofrecen en cada caso un equilibrio diferente entre la majestuosidad del recibimiento diplomático de Moctezuma a Cortés y la insinuación de que dicho recibimiento contiene ya las semillas de la rendición.

La escena se complica si se tienen también en cuenta los diálogos. En las versiones del *Códice florentino*, Cortés pregunta si el señor que le hace entrega del collar es realmente el emperador, a lo cual le responde Moctezuma: «Yo soy Motecuçoma» o «ca quemaca ca nehoatl» (en el texto nahuatl, «sí, soy yo»). Moctezuma pronuncia, a continuación, un magnífico discurso, al cual responde Cortés con una serie de sucintas declaraciones de amistad. En las versiones de Gómara, Díaz y Cortés, los líderes sólo se saludan sin gran efusividad en el paso elevado, y, tras las palabras de bienvenida del emperador mexica, sus señores saludan también al conquistador español. El gran discurso de Moctezuma y las palabras de respuesta de Cortés se pronuncian en un momento posterior, cuando los españoles ya han sido conducidos a sus aposentos en Tenochtitlán para que descansen y coman algo.

¿Cómo se consigue mantener este diálogo? Díaz menciona una sola vez en todo el episodio que Cortés hablaba por mediación de doña Marina, y Gómara comenta que Moctezuma pronuncia su discurso a través de Marina y Aguilar, que eran los intérpretes de Cortés. Éste no alude a la presencia de ningún intérprete, como si el emperador mexica y él hablasen la misma lengua. Este detalle recuerda a ciertas películas de Hollywood en que las distintas lenguas se reducen a un inglés hablado con acentos diversos.[3] El *Códice florentino* es más claro en este aspecto, pues constata que, después del discurso de Moctezuma, Marina [*Malintzin*] transmitió el mensaje a Cortés en castellano. Y, a continuación, Cortés respondió a Marina, para que ésta interpretase sus palabras en nahuatl. Para ilustrar este proceso, uno de los dibujos que acompañan a los textos del *Códice* representa a una mujer indígena de pie entre un grupo de españoles y otro de mexicas, encabezados por el emperador (véase la figura 9).[4]

¿Quién era esta indígena hablante de nahuatl que también farfullaba español? ¿Por qué la llaman «doña Marina», título propio de una noble española? Doña Marina era Malinche, o La Malinche, una noble nahua originaria del extremo oriental de México central, una zona de habla nahuatl. De niña fue raptada por traficantes de esclavos o quizá vendida como esclava, y acabó en una población de mayas chontales,

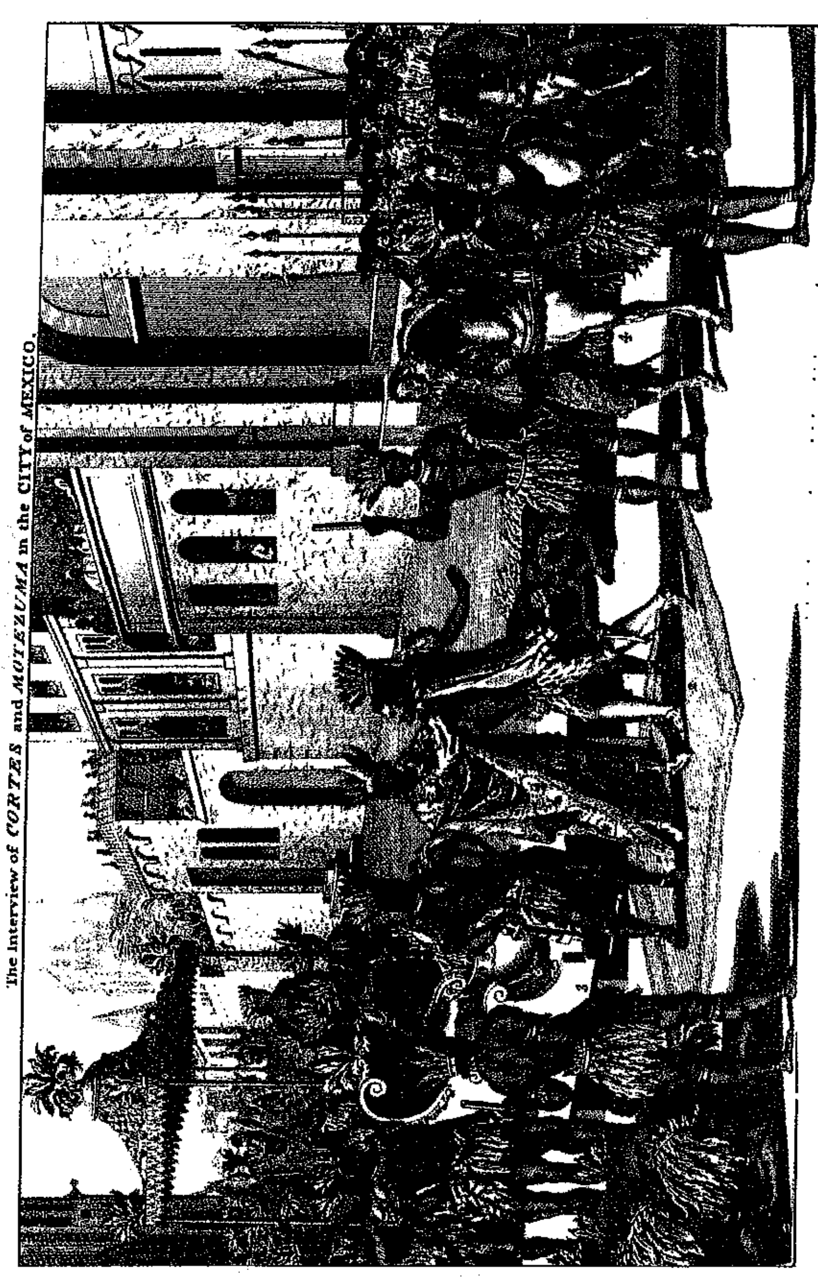


FIGURA 10. «La entrevista de Cortés y Moctezuma en Ciudad de México», tomado de John Harris, *Voyages and travels*, vol. 2 (1748), pág. 97; «En cuanto Cortés lo vio, descendió de su caballo, a escasa distancia y acompañado de algunos caballeros, y se aproximó para saludarle a la manera española. Los que escoltaban a Moctezuma contuvieron a Cortés, pues no concebían que un hombre osase tocar al emperador, considerado una suerte de deidad» (pág. 97).

cuyo reino se encontraba algo más al este, en la costa del golfo.[5] En 1519 fue entregada por los chontales, junto con otras diecinueve mujeres indígenas, a Cortés y sus hombres como parte de un acuerdo de paz, una medida que pretendía alejar a los españoles hacia el oeste. Cuando todavía era adolescente, la bautizaron con el nombre de Marina y la pusieron al servicio de uno de los capitanes de la expedición, Alonso Hernández de Puertocarrero.

Al cabo de un mes, Cortés se llevó de nuevo a Marina. Descubrieron que era capaz de interpretar la lengua de los «indios» que vivían en el territorio donde se encontraban entonces, el nahuatl, que en cambio era desconocida para Gerónimo de Aguilar, el español hablante de maya que naufragó junto a la costa de Yucatán en 1511, fue rescatado por Cortés en 1519 y después sirvió de intérprete a la expedición. Tras unas semanas al servicio de Puertocarrero, como criada y quizá también como amante involuntaria, Marina apenas sabía español. Pero, al igual que Aguilar, había aprendido yucateca cuando fue esclava de los mayas, de modo que Cortés podía comunicarse con los señores hablantes de nahuatl y los emisarios mexicas a través del maya de Aguilar y Marina.

Al parecer, Marina aprovechó aquella oportunidad para mejorar su precaria situación y convertirse en un miembro imprescindible de la expedición. Pronto aprendió español, lo cual hacía superflua la interpretación de Aguilar probablemente ya antes de que Gómara lo reconociese. Cortés no atribuía mucho valor a Marina. La menciona sólo dos veces en sus cartas: en 1520 como su intérprete, que es una mujer india, y en 1529 como Marina, que viaja siempre en su compañía desde que se la regalaron. Díaz, en cambio, le concedía la categoría de «doña» en reconocimiento no sólo de sus orígenes indígenas nobles, sino también del respeto que obtuvo de los españoles por su lealtad, tenacidad e inteligencia, cualidades que, según Díaz, salvaron a la expedición en numerosas ocasiones. Los mexicas y otros nahuas reconocían también su estatus, otorgándole el sufijo nahuatl honorífico de *-tzin*, que convertía a «Marina» en «Malintzin», variante que los españoles pronunciaban como «Malinche».

Los nahuas apodaron también a Cortés con el nombre de Malinche, como si el capitán y su intérprete fueran una sola persona. De hecho, Cortés no perdía nunca de vista a Malinche, según la crónica de Díaz y a juzgar también por las ilustraciones contemporáneas (ejemplificadas en las figuras 9 y 11). También parece probable que Cortés no la utilizase como amante durante la expedición a Tenochtitlán y en la poste-

rior guerra hispano-mexica; era demasiado valiosa para Cortés como para correr el riesgo de dejarla embarazada. Es significativo que ella le diese un hijo diez meses después de la caída de Tenochtitlán, pues indica que su relación pasó a ser sexual en cuanto su papel de intérprete dejó de ser esencial para el éxito de la campaña española.

¿Se granjeó Malinche el respeto de Cortés tanto como el de Bernal Díaz? Quizá, pues Cortés bautizó al hijo con el nombre de su propio padre, Martín, lo legitimó y al parecer lo favoreció. Durante el resto de la corta vida de Malinche (que murió en 1527 o 1528, cuando no había cumplido todavía 30 años), parece que Cortés nunca la abandonó. Ella vivía en la casa de Cortés en Ciudad de México (aunque con otras mujeres, incluida, durante un breve período, su esposa española y tres hijas de Moctezuma, una de las cuales tuvo también un hijo de Cortés). En 1524 él se la llevó de nuevo en una expedición a Honduras y, durante el viaje, organizó su matrimonio con un español y estrecho colaborador, Juan de Jaramillo, que aportó como dote una encomienda concedida por Cortés.[6]

Malinche fue, para Cortés, como un regalo caído del cielo, pues tenía una necesidad acuciante de comunicarse con los caciques indígenas. Pero el sistema de comunicación que le ofrecían Malinche y Aguilar era imperfecto, pues entrañaba la misma paradoja y el mismo fallo comunicativo que ya se puso de relieve en los gestos del primer encuentro entre Moctezuma y Cortés. Durante gran parte del largo viaje desde la costa hasta el valle de México, los españoles e indígenas se intercomunicaron como en el juego infantil del teléfono estropeado. Cualquier diálogo requería que Cortés hablase en español con Aguilar, que éste tradujese el mensaje al maya yucateca, que Malinche lo tradujese después al nahuatl, además de repetir después el proceso inverso. Aun después de que Malinche aprendiese español, cabe preguntarse cuánta información se perdía en el proceso de traducción, en la interpretación de cada mensaje parcial, en los intentos de salvar las diferencias culturales. ¿Cuáles fueron las palabras exactas de Malinche? Para nosotros se han perdido irremediablemente, sepultadas bajo el artificio de la interpretación tal como se nos transmite en las crónicas españolas y nahuas de la conquista, u ocultas en los glifos que emanan de su boca en las ilustraciones del *Códice florentino*.

El mito de este capítulo es, por tanto, el mito de la comunicación o del fallo comunicativo. El primero, creado ya por los conquistadores, perduró durante la conquista y el período colonial. El mito resultaba



FIGURA 11. Malinche interviene como intérprete, ilustración procedente de fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España* o *Códice florentino* (1579). Los símbolos que parten de la boca de Malinche son glifos que representan el habla.

conveniente para los españoles en el sentido de que la comunicación con los indígenas contribuía a reafirmar la idea de que éstos estaban ya sometidos, integrados y convertidos. El cuestionamiento de dicho mito por parte de los historiadores modernos tiene también sus orígenes en el siglo XVI, sobre todo en los textos del fraile dominico Bartolomé de las Casas, pero en las últimas décadas se ha vuelto tan común, que ha pasado a constituir una suerte de antimito. La definición más conocida

del mito moderno del fallo comunicativo en la conquista española es quizá la de Tzvetan Todorov. Este semiótico compara a Cortés, experto en la interpretación de signos e información, con Colón, que no tenía interés alguno en comunicarse con los indígenas caribeños, y con los mexica, cuyo error en la interpretación de los signos provoca su debacle, la conquista a través del fallo comunicativo. En otras palabras, los invasores o bien no tienen interés por la comunicación, o bien dominan hasta tal punto las destrezas comunicativas que con ellas logran derrotar a los indígenas.[7]

Se ha abusado de ambos temas —la comunicación y el fallo comunicativo— en la explicación de la conquista. De ahí que se hayan convertido en mitos, a pesar de que ninguno de ellos explica la evolución histórica de la conquista. En las páginas restantes de este capítulo se describe cómo generaron los conquistadores el mito de la comunicación, se examinan los argumentos del antimito del fallo comunicativo, y por último se analizan varios momentos de la conquista que indican la existencia de un punto medio entre los dos extremos, lo cual nos ayuda a entender mejor cómo se interpretaban las intenciones del contrario en la comunicación entre españoles e indígenas.

Las palabras perdidas de Malinche no sólo se intuyen entre líneas en las crónicas del siglo XVI o en los glifos del *Códice florentino*. Según un viajero que visitó Ciudad de México recientemente, en la década de 1990, el fantasma de Malinche todavía recorre los pasillos de una casa donde vivió la intérprete indígena. Esta residencia, situada en una calle hoy llamada República de Cuba, es ahora una escuela de enseñanza primaria en la que algunos alumnos dicen haberla oído «llorar mientras camina por el balcón o por las habitaciones», según comentó una niña al visitante.[8]

La vieja casa de República de Cuba no es el único lugar de Ciudad de México, ni siquiera del país, donde se ha oído el fantasma de Malinche. Parece que su espíritu se entremezcló en algún momento del pasado con una leyenda mexica anterior a la conquista y que en tiempos coloniales se conocía con el nombre de «La llorona».[9] Las convenciones de la leyenda dicen que Malinche/la llorona llora por sus hijos, pero sus palabras reales no se reproducen. Al igual que las de la verdadera Malinche, se perdieron en el viento.

La propia Malinche se habría perdido para siempre en los sirocos de la historia de no haber sido por su discurso; su identidad histórica se basa en lo que dijo. Pero dado que transmitía las palabras de otros, en calidad de intérprete, es también un personaje silencioso. Esta circunstancia ha propiciado que su figura se haya interpretado de modos diversos: un símbolo de traición; una meretriz oportunista; un icono feminista; una diosa azteca disfrazada; la madre del primer mestizo y, por tanto, también de la nación mexicana; la última víctima de rapto de la conquista. Casi todas estas lecturas reflejan la historia mexicana moderna, pero no la etapa de la conquista, sobre todo porque en su mayoría datan de los albores de la independencia mexicana, a comienzos del siglo XIX.[10]

En el siglo XVI, no se retrataba a Malinche ni como víctima ni como inmoral, sino como mujer poderosa. En la media docena de ilustraciones del *Códice florentino* donde aparece, siempre lleva el tocado y la vestimenta de una noble, y su nombre siempre es Malintzin, con sufijo reverencial (honor concedido también a Cuauhtémoc, pero no siempre a Moctezuma).[11] Bernal Díaz se deshace en elogios poco comunes para la época: «Una muy excelente mujer, que se dijo doña Marina [...]; y se puso por nombre doña Marina aquella india y señora que allí nos dieron y verdaderamente era gran cacica e hija de grandes caciques y señora de vasallos, y bien se le parecía en su persona; [...] era de buen parecer y entremetida y desenvuelta. [...] tenía mucho ser y mandaba absolutamente entre los indios en toda la Nueva-España».[12]

No obstante, a comienzos del siglo XVI se detectan ya indicios de una visión más peyorativa de Malinche; el más evidente es el hecho de que Cortés no mencione la función de la indígena en las cartas que remite al rey. Esta aparente contradicción —Malinche era a la vez ignorada y respetada— se entiende mejor en el contexto de la actitud general española hacia los intérpretes, actitud que generó el mito de la comunicación.

Por una parte, los intérpretes, al igual que los indígenas, no eran personas de confianza. «Pensamos que el intérprete nos engañaba —comenta un español—, porque era un indígena de esta isla y ciudad.»[13] Gómara trata con displicencia a Melchor, el maya capturado por Hernández de Córdoba en 1517, que por ser un pescador indígena, era tosco y no sabía hablar ni responder. Al fin y al cabo, sostiene Gómara, sólo Malinche y Aguilar eran intérpretes fiables.[14] Por su origen indígena, los intérpretes ocupaban también una posición secundaria, o incluso se omitían, en las crónicas españolas de la conquista. La tendencia a ignorar o desdeñar el papel de intérprete es, por tanto, un corolario de los mitos analizados en los capítulos 3 y 4, según los cuales los españoles concluyeron la fase

de conquista en poco tiempo y solos.[15] En las crónicas españolas se transmite a menudo la impresión de que los invasores hablaban directamente con los caciques indígenas. Cortés, Gómara y Díaz a veces insertan una frase del tipo «a través de nuestros intérpretes», pero por lo general se omite este detalle. En el primer encuentro entre Cortés y Moctezuma, por ejemplo, Cortés comunica al rey lo que le transmitió el señor mexica, en estilo directo, así como lo que él le respondió. No se menciona la presencia de intérpretes ni barreras lingüísticas.[16]

En cierto sentido, los españoles creían que no había ninguna barrera lingüística real entre ellos y los indígenas americanos, creencia que fundamentó el edicto de 1513, donde se exigía que los conquistadores leyesen una declaración en español a los indígenas antes de atacarlos.[17] El documento, llamado Requerimiento, informaba a la población autóctona sobre una suerte de cadena de mando que se iniciaba en Dios, pasaba por el papa y el rey y terminaba en los conquistadores, encargados de ejecutar la donación, por parte del papa, de las tierras y pueblos americanos al monarca español, cesión sancionada por la providencia. Se pedía a los líderes indígenas que reconociesen la autoridad papal y real (es decir, que se rindiesen sin resistencia) y, si lo hacían, el líder de la expedición debía decirles:

> [...] sus Altezas y nos en su nombre, os recibiremos con todo amor y caridad, y os dejaremos vuestras mujeres e hijos y haciendas libres y sin servidumbre, para que de ellas y de vosotros hagáis libremente lo que quisieseis y por bien tuvieseis, y no os compelerán a que os tornéis cristianos, salvo si vosotros informados de la verdad os quisieseis convertir a nuestra santa Fe Católica, como lo han hecho casi todos los vecinos de las otras islas, y allende de esto sus Majestades os concederán privilegios y exenciones, y os harán muchas mercedes.
>
> Y si así no lo hicieseis o en ello maliciosamente pusieseis dilación, os certifico que con la ayuda de Dios, nosotros entraremos poderosamente contra vosotros, y os haremos guerra por todas las partes y maneras que pudiéramos, y os sujetaremos al yugo y obediencia de la Iglesia y de sus Majestades, y tomaremos vuestras personas y de vuestras mujeres e hijos y los haremos esclavos, y como tales los venderemos y dispondremos de ellos como sus Majestades mandaren, y os tomaremos vuestros bienes, y os haremos todos los males y daños que pudiéramos, como a vasallos que no obedecen ni quieren recibir a su señor y le resisten y contradicen; y protestamos que las muertes y daños que de ello se siguiesen sea a vuestra culpa y no de sus Majestades, ni nuestra, ni de estos caballeros que con nosotros vienen; y de como lo decimos y requerimos pedimos al presente escribano que nos lo dé por testimonio signado, y a los presentes rogamos que de ello sean testigos.[18]

El texto no menciona la presencia de intérpretes, ni hay constancia de que el Requerimiento fuera traducido a las lenguas indígenas. El documento es claramente contradictorio; suele citarse el célebre comentario de Las Casas, donde afirma que el Requerimiento «es cosa absurda y estulta e digna de todo vituperio y escarnio e infierno».[19] El Requerimiento simboliza la confianza española en su capacidad de comunicarse con la población autóctona, al menos hasta el punto que se consideraba necesario. Por otra parte, los españoles eran conscientes también de que ocasionalmente existían barreras lingüísticas que debían superar. Los intérpretes eran ya ignorados, ya valorados y reconocidos por su labor exigente y eficaz. Según un médico que participó en la primera expedición de Colón, el almirante se llevó de vuelta a España a siete taínos y utilizó a los dos supervivientes como intérpretes en su segundo viaje.[20] Si tales intérpretes lograban adquirir rápidamente los conocimientos necesarios, sobrevivir a la exposición a las enfermedades del Viejo Mundo, así como a los avatares de las guerras de conquista, solían alcanzar un estatus en la sociedad colonial normalmente vedado a todos los indígenas, excepto a los nobles de mayores privilegios. Curiosamente, el etnocentrismo español era uno de los factores que suscitaban admiración hacia los intérpretes indígenas. Los europeos solían maravillarse de que los indígenas americanos aprendiesen lenguas europeas, de modo que si alguno llegaba a ser plenamente bilingüe, se consideraba un gran logro.[21] Al igual que Bernal Díaz elogiaba a Malinche al decir que se comportaba como un hombre, también se concedía cierto estatus a los intérpretes indígenas porque se comportaban más como españoles.

La transformación del estatus y la imagen de Malinche, figura venerada en muchas crónicas españolas e indígenas en las décadas siguientes, fue un fenómeno significativo, pero, por tratarse de una mujer que murió joven, no es el mejor ejemplo del estatus concedido a los intérpretes indígenas a largo plazo. Se encuentran mejores ejemplos en los Andes y en Yucatán.

En 1528 Pizarro adquirió un par de chicos indígenas en la costa norte de Perú. Los trasladaron a España en 1529, les enseñaron español, y luego los incluyeron en la expedición de conquista de 1531. Sir-

vieron como intérpretes en Cajamarca en 1532, cuando Atahualpa fue capturado. Al igual que Malinche en México, estos dos chicos llegaron a ser muy conocidos entre la población española e indígena. Les atribuyeron los nombres diminutivos de Felipillo y Martinillo; este último posteriormente se hizo llamar don Martín Pizarro, título que en parte reflejaba su estatus de noble indígena, pero también su valía para los españoles por su papel crucial en Cajamarca. Le concedieron una parte del botín de aquella conquista (aunque Pizarro lo engañó) y, posteriormente, una encomienda. Vivió muchos años en Lima, donde adquirió el prestigioso título de Intérprete General, así como una segunda encomienda, antes de ser sorprendido en la revuelta de Gonzalo Pizarro. Viajó a Sevilla para recurrir la sentencia en su contra y allí murió, poco después, alrededor de 1550. En 1567 su hija medio española, doña Francisca Pizarro, solicitó en la corte de Madrid una pensión, al igual que hacían muchos descendientes de conquistadores.[22]

El otro ejemplo es Gaspar Antonio Chi, noble maya que, como el andino don Martín, utilizó su bilingüismo durante la conquista como medio de movilidad social en la sociedad colonial. Los españoles invadieron Yucatán cuando Chi era todavía niño, y durante su adolescencia se educó con los franciscanos de Mérida, capital de la colonia de Yucatán. Allí se hizo Intérprete General. La trayectoria de Chi (que se prolongó hasta el final de su vida, en 1610, cuando contaba 80 años de edad) es extraordinaria en muchos aspectos, pero también comparable a la de don Martín Pizarro y otros destacados intérpretes indígenas de la época de la conquista. Estos hombres eran intermediarios entre el mundo español y el indígena. Chi sirvió como intérprete a los dos primeros obispos de la colonia y a varios de sus gobernadores, además de ocupar importantes cargos políticos en las comunidades mayas, como el de regidor de la ciudad.[23] Chi parecía especialmente dotado para su trabajo, pero no era excepcional que los españoles se procurasen intérpretes indígenas y, hasta cierto punto, los aceptasen en la sociedad colonial.

En uno de sus muchos encuentros con los indígenas de las islas caribeñas, Colón navegaba en barca por un río con algunos de sus hombres y se disponía a atracar en la ribera, donde los aguardaba un grupo de hombres del lugar. Según la versión del propio Colón, que posteriormente resumió Bartolomé de las Casas,

> uno de ellos se adelantó en el río junto con la popa de la barca e hizo una grande plática que el Almirante no entendía, salvo que los otros indios de cuando en cuando alzaban las manos al cielo y daban una grande voz. Pensaba el Almirante que lo aseguraban y que les placía de su venida; pero vio al indio que consigo traía demudarse la cara y amarillo como la cera, y temblaba mucho, diciendo por señas que el Almirante se fuese fuera del río, que los querían matar, y llegóse a un cristiano que tenía una ballesta armada y mostróla a los indios, y entendió el Almirante que los decía que los matarían todos, porque aquella ballesta tiraba lejos y mataba.[24]

Episodios como éste ilustran la «cruda pantomima» a la que europeos e indígenas se veían abocados por las barreras lingüísticas.[25] Los errores en la comunicación no eran inusuales, pero ejemplos como el citado han fomentado también el mito del fallo comunicativo, que no tiene su origen directo en los diarios y experiencias de Colón, sino indirectamente en los comentarios de Bartolomé de las Casas. El dominico critica, en ocasiones con mordacidad, el modo en que trata Colón a los indígenas caribeños, así como su «ignorancia» y dificultad para entenderse con ellos.[26] Los comentaristas modernos han retomado y ampliado considerablemente este tema.

En opinión de Todorov, «Colón fracasa en la comunicación humana porque no le interesa». Margarita Zamora, investigadora de literatura española, emplea el término «afasia», o pérdida de la capacidad de comprensión como consecuencia de una lesión cerebral, para describir esa ausencia de comunicación. Zamora no pretende insinuar que Colón padeciese una «deficiencia personal», sino que se veía perjudicado por la «incapacidad esencial de los discursos a su disposición» para comprender lo que veía y oía. Otro destacado investigador literario, Stephen Greenblatt, concede al almirante más capacidad comunicativa de la que le atribuyen Todorov y Zamora, pero aun así observa que Colón tendía a ver lo que quería ver, a leer lo conocido en lo nuevo; los relatos de Colón se convierten, por tanto, en «una representación fantasmagórica de la certeza fidedigna ante la ignorancia estrepitosa».[27]

En el análisis de Todorov sobre la conquista de México, Cortés aparece como un gran comunicador, en contraste con Moctezuma y los mexicas, cuya incapacidad para interpretar signos humanos los condena a la derrota. La historiadora Inga Clendinnen sostiene que los fallos comunicativos se producían en todas las direcciones durante la conquista

de México, lo cual explica no tanto la derrota indígena cuanto el deterioro de las relaciones hispano-mexicas, que derivaron en una guerra cruel y destructiva.[28] J. H. Elliott, en un estudio clásico publicado hace más de treinta años, describe las dificultades de los europeos del siglo XVI para comprender América y, por tanto, para adaptarse a la visión del mundo de los indígenas. Aporta numerosos ejemplos de situaciones en las que los europeos luchan por describir y comprender la América indígena. Fray Tomás de Mercado, por ejemplo, señala que en América todo es muy diferente. Y Juan de Betanzos, en la dedicatoria de su *Historia de los incas* (1551), observa que los españoles estaban muy alejados de la realidad indígena, circunstancia que se explica por el hecho de que, en ocasiones, los conquistadores no se preocupaban de comprender aquel mundo, sino de someterlo y dominarlo, así como por el desconocimiento lingüístico, que les impedía la comunicación con los indios, al tiempo que éstos estaban demasiado amedrentados para explicar su propia realidad a los españoles.[29]

En suma, parece existir un antídoto empírico para el mito de la comunicación generado por los propios conquistadores: los datos coloniales que indican que hubo fallos comunicativos motivados por la ignorancia española, por los intereses españoles en la conquista, y por el consecuente terror indígena. Entonces, ¿por qué el fallo comunicativo es un mito, y no un simple análisis que rectifica el mito de la comunicación de los conquistadores?

Es muy reveladora la observación de Betanzos de que los españoles estaban, inicialmente, más interesados en someter a los indígenas que en averiguar cosas sobre ellos. El problema radica en el uso, por parte de los historiadores modernos, de este tipo de observación para explicar la conquista. El argumento de Todorov de que la derrota de los mexicas se debió a la incapacidad de dominar la «comunicación interhumana» se reproduce, en términos aún más drásticos, en textos del escritor francés Le Clézio, que atribuye las conquistas de Cortés más a la palabra que al dominio de la espada; vencía gracias a «su arma más formidable, más eficaz: el habla» y a «su instrumento de dominación más temible: el habla».[30] Esta interpretación tiene varias dimensiones. La más imprecisa alude a los signos y al habla como parte de un proceso más amplio de comunicación. Otra dimensión, más específica, se refiere a los intérpretes, y hace hincapié en los datos que indican el papel

desempeñado por los indígenas bilingües y «la importancia del lenguaje como instrumento de conquista» (en palabras de un editor de la crónica de Bernal Díaz).[31]

La dimensión más específica del argumento hace referencia a la escritura. «Existe una "tecnología" del simbolismo —afirma Todorov— que es susceptible de evolucionar, al igual que la tecnología de los utensilios, y, desde esta perspectiva, los españoles son más "avanzados" que los aztecas (o, en términos más generales: las sociedades que poseen escritura son más avanzadas que las que carecen de ella), aunque sólo sea una diferencia de grado.» A pesar de que Todorov emplea citas indirectas e imprecisas, el argumento parece claro: los españoles conquistaron porque eran más avanzados. Y se trata de un argumento que, sin duda, habría sido del agrado de los conquistadores, al igual que de Prescott y sus contemporáneos del siglo XIX. Greenblatt se refiere también a este fragmento, y vale la pena citar su sucinta respuesta: «Para mí no existe ninguna prueba convincente de que la escritura sirviese, en el primer encuentro entre los europeos y los pueblos del Nuevo Mundo, como una herramienta superior para percibir con mayor precisión ni para manipular mejor al otro».[32]

Jared Diamond, en *Armas, gérmenes y acero*, sostiene también que la escritura era un rasgo de la superioridad europea, sobre todo cuando describe el encuentro inicial de Pizarro y Atahualpa en 1532, en la plaza central de la ciudad inca peruana de Cajamarca. Pizarro tenía menos de 200 hombres, todos ellos bien provistos de armas. Atahualpa contaba con un séquito de 5.000 hombres, pero en su mayoría inermes o con armas muy pobres (su ejército aguardaba en las llanuras, a las afueras de la ciudad). El primer español que se acercó al emperador no fue Pizarro, sino un fraile dominico, que llevaba una cruz y una Biblia o misal. Al cabo de unos minutos, el libro estaba en el suelo, y poco después Atahualpa fue derribado de su litera y capturado, mientras los españoles reducían a sus siervos y mataban a un tercio de su séquito. Diamond afirma que la alfabetización explica la naturaleza y las consecuencias de aquel encuentro entre el capitán español y el emperador inca: «España poseía escritura, mientras que el imperio inca no». La escritura española transmitía la información que atrajo a los conquistadores a aquellas tierras peruanas. Escribir confería a los invasores una ventaja cognitiva sobre Atahualpa, que sólo era capaz de acceder a «escasa información», lo cual le indujo a actuar con «ingenuidad» y a cometer «errores de cálculo fatales».[33]

Esta tesis plantea numerosos problemas. En primer lugar, no hay pruebas de que Pizarro y sus hombres estuvieran mejor informados sobre el imperio inca y la cultura andina que Atahualpa sobre los españoles; ambos líderes habían enviado espías y habían interrogado a indígenas andinos del norte antes de la reunión. En segundo lugar, es cuestionable que la escritura hubiera sido un sistema más adecuado para transmitir información que las técnicas orales y los sistemas *quipu* (complejos sistemas de cuerdas de colores anudadas y engarzadas en varas) desarrollados durante siglos por los andinos. Y aun en el supuesto de que la escritura fuera a veces más eficaz, en las circunstancias concretas de la invasión de Pizarro, es posible que dicha ventaja no explique todas las consecuencias de la conquista de Perú. En tercer lugar, la afirmación de Diamond de que «la alfabetización convertía a los españoles en herederos de un amplio sistema de conocimiento sobre la historia y la conducta humana», sistema vedado a los andinos, es una generalización sumamente problemática, que se explica mejor por los factores geográficos analizados por Diamond en otras partes del mismo libro.[34]

En cuarto lugar, dado que no se sabe cuáles eran los conocimientos de Atahualpa acerca de la expedición de Pizarro, podríamos aceptar la premisa de Diamond, pero aun así no está claro qué relevancia puede tener. Los españoles, supuestamente mejor informados, actuaron según las pautas predecibles de la conquista. Durante el encuentro inicial solían tomarse medidas legales para validar sus acciones (la lectura del Requerimiento), se recurría a la violencia (la masacre de los criados desarmados) y se procedía a la captura del dirigente indígena. Inmediatamente después del enfrentamiento, se requería le presencia de intérpretes indígenas, se incorporaban nuevos aliados autóctonos, y se ponía todo el empeño para adquirir metales preciosos. Parece poco razonable considerar ingenuo a Atahualpa por no intentar matar a todos los españoles antes de que se acercasen a hablar con él, y poco realista conjeturar que habría tomado una decisión tan brutal y draconiana si hubiera dispuesto de información previa. Es dudoso que el conocimiento sobre el imperio mexica y su desmoronamiento hubiera disuadido al dirigente inca de negociar con los invasores, en lugar de masacrarlos. En circunstancias inversas, si unos extranjeros desconocidos hubieran arribado a las costas ibéricas, la mayor parte de los españoles se habría dejado llevar también por la curiosidad.

Por último, el argumento pierde consistencia si se contrasta ese dato con el encuentro paralelo de Cortés y Moctezuma. Los mesoamericanos tenían escritura, lo cual obliga a Diamond a prescindir del argumento de la alfabetización y recurrir a otro mito (que será refutado en el próximo capítulo), a saber, el de que «Moctezuma cometió un error de cálculo aún mayor al interpretar la llegada de Cortés con el retorno de un dios y al acoger al conquistador español y a sus hombres en la capital azteca de Tenochtitlán».[35]

La tesis de Diamond sobre la escritura forma parte de un mito bien consolidado al menos desde la Edad Media, cuando Tomás de Aquino afirmó que la escritura alfabética distinguía al pueblo civilizado de los bárbaros. Las Casas sostenía que Aristóteles había establecido la misma distinción. Aunque el dominico se equivocaba, su afirmación refleja la arraigada validez de tal distinción en la mente europea. A finales del siglo XX, los investigadores que rechazaban el etnocentrismo todavía eran incapaces de erradicar la creencia de que la escritura alfabética indica algún tipo de superioridad. Citemos, por ejemplo, el caso del influyente antropólogo Claude Lévi-Strauss —que en 1955 sostenía que «de todos los criterios que permiten distinguir la civilización de la barbarie, debe destacarse uno: que algunos pueblos escriben y otros no»— y, más recientemente, Todorov y Diamond.[36]

El encuentro entre Pizarro y Atahualpa es un ejemplo que muestra cómo se ha perpetuado el mito del fallo comunicativo, reiterado por los investigadores con el fin de explicar la conquista en términos colonialistas, términos que habrían resultado aceptables también para los propios conquistadores. Pero las diferencias entre las tecnologías comunicativas españolas y andinas no explica adecuadamente la conquista de Perú. Ahora bien, ¿y el punto de contacto real que se dio entre el fraile dominico, Vicente Valverde, y el emperador inca? ¿No fue acaso un momento simbólico de fallo comunicativo, que expresó el choque de culturas a través de los gestos, al igual que ocurrió en el primer encuentro entre Cortés y Moctezuma?

El cronista y conquistador Francisco de Jerez, que estaba presente en Cajamarca, señala que Atahualpa deliberadamente tiró el libro al suelo por orgullo, porque era incapaz de leer el texto. Cuando el fraile transmitió esto a Pizarro, el capitán arremetió contra el emperador y lanzó el grito de guerra, «¡Santiago!», que era la señal de ataque general. Así pues, aunque Jerez constata que el ataque se planificó con mucha antelación, a la vez lo presenta como respuesta al acto blasfemo de Atahualpa, y por tanto está plenamente justificado. En cambio, la versión dictada en 1570 por Titu Cusi Yupanqui, sobrino del emperador,

dice lo siguiente: «Mi tío Atahualpa [...] los recibió muy bien. Ofreció a uno de ellos en una vasija de oro un tipo de bebida que solemos beber, [pero] en cuanto el español la tomó de su mano, la arrojó al suelo. Y por ello mi tío se enfadó mucho». En la versión inca, por tanto, los invasores son quienes cometen el insulto y la blasfemia iniciales, y el gesto de arrojar el libro al suelo es un justificable *quid pro quo*.[37] El tema de las crónicas de Jerez y Titu Cusi no es directamente el del fallo comunicativo, pues en ambas versiones un dirigente expresa desdén hacia el otro. Pero lo que realmente ocurrió fue suficientemente impreciso como para permitir lecturas y versiones muy diferentes.

En otros dos relatos del mismo incidente se hace especial hincapié en el fallo comunicativo. El autor de uno de ellos es Garcilaso de la Vega, el ilustre poeta mestizo del siglo XVII, de origen inca y español; el otro es Pedro Cieza de León, conquistador del siglo XVI. Cada uno de ellos presenta nuevas variaciones en los detalles y adopta una posición bastante predecible en cuanto a Atahualpa, pero ambos culpan a un tercero (distinto del emperador y de Pizarro) del fallo comunicativo que condujo al ataque español. Garcilaso atribuye a Atahualpa la iniciativa de proponer la reunión, pero sus intenciones amistosas, o incluso reverenciales, no son bien transmitidas por los intérpretes, ni antes del encuentro ni durante el mismo. Se mofa especialmente de Felipillo, a quien caracteriza como un andino de clase baja, con torpe dominio del español y conocimientos casi nulos de doctrina cristiana. Pese a todos sus errores de interpretación, Felipillo no es el culpable último del desenlace. Garcilaso culpa a la propia lengua indígena, el quechua, que ridiculiza como una lengua inferior de gente ignorante.[38] Ese posicionamiento final de Garcilaso se adelanta a la tesis de que los indígenas fueron derrotados por sus inferiores dotes comunicativas, ya sea la falta de escritura, ya la incapacidad de leer «signos», o ya, en la burda versión de Garcilaso, la inferioridad de su lengua. En su relato, el libro del fraile cae al suelo involuntariamente y no es la causa inmediata de las hostilidades, que se desatan porque los españoles se impacientan por la larga discusión que mantienen el fraile y el emperador, y comienzan a acosar a los siervos de Atahualpa.

Fray Valverde sale bien parado en la versión de Garcilaso, pero en la de Cieza de León es el malo de la obra. Al igual que casi todos los cronistas, Cieza de León hace especial hincapié en la caída del libro al suelo, pero añade un sesgo peculiar cuando apunta que Atahualpa lanzó el libro al aire sin saber qué era, pues por aquellas zonas los frailes

nunca predicaban, excepto si no había peligro de enfrentamiento bélico. Es decir, el fraile no sólo no consigue encauzar el diálogo entre el emperador y los españoles, sino que además intenta solventar su propia ineptitud dirigiéndose a Pizarro para decirle que Atahualpa era un tirano y un perro herido y que debían iniciar el ataque.[39] Este fallo comunicativo, pese a su origen clerical, provoca el fracaso de la diplomacia y el estallido de las hostilidades.

Las diferencias entre estas crónicas, al igual que las que se observan entre otras versiones que presentan nuevas variantes, ilustran las dificultades de los historiadores para deducir qué ocurrió «realmente», para encontrar «alguna verdad» sobre un determinado acontecimiento.[40] También muestran que la historia de la conquista es un campo propicio para el nacimiento y muerte de mitos sobre el pasado. Ahora bien, lo que no prueban estas diferencias narrativas es la aplicabilidad del tema analítico de la comunicación ni el del fallo comunicativo, pues ambos temas, y sus correspondientes mitos, se entrelazan con las propias variantes.

La historiadora Patricia Seed (que sigue, en parte, a Garcilaso) conjetura, en su interpretación de los acontecimientos, que el texto leído por el fraile a Atahualpa era el Requerimiento, que para ella representa un ejemplo de «imperialismo discursivo».[41] El Requerimiento suele interpretarse como un ejemplo prototípico de comunicación fallida o, como decía Bartolomé de las Casas, un mensaje «absurdo» e «irracional». No menos absurdas eran las circunstancias en que se leía dicho texto. Según el historiador Lewis Hanke, «Se leía a los árboles y a las chozas vacías [...]. Los capitanes musitaban entre dientes sus frases teológicas en el linde de asentamientos indios silentes, o incluso a una legua de distancia, antes de iniciar el ataque formal. [...] Los capitanes de los barcos a veces leían el documento desde la cubierta mientras se acercaban a una isla».[42] Además de Las Casas, otros españoles del siglo XVI denunciaron la lectura del Requerimiento en términos que oscilaban entre la ironía y la mordacidad. Por ejemplo, el historiador oficial de la corte de Carlos V, Gonzalo Fernández de Oviedo, señala que el texto se leía durante las primeras décadas de la conquista del Caribe, cuando todavía se esclavizaba sistemáticamente a los indígenas. Comenta que, después de apresar y encadenar a los indígenas, se les recitaba el Requerimiento sin intérprete, sin concederles oportunidad de réplica, y a continuación se les hacía prisioneros y se azuzaba con el palo a los que no corrían lo suficiente.[43] La alusión al palo indica que, aunque no pu-

diera comunicarse el contenido del Requerimiento, el contexto violento en que se realizaba la lectura transmitía el mensaje general de amenaza y hostilidad.

En otro estudio, Seed muestra convincentemente que el mensaje del Requerimiento tenía su origen en la tradición islámica ibérica, sobre todo en los llamamientos que exigían la aceptación de la superioridad del islam, so pena de ser atacados. El Requerimiento es absurdo, en parte, porque exige que no se obligue a los indígenas a convertirse, siempre y cuando se conviertan. Al igual que su precedente islámico, pospone el asunto de la conversión y exige únicamente un reconocimiento formal de la superioridad política y religiosa del invasor. En el mundo islámico, dicho reconocimiento se expresaba en forma de tributo per cápita, que en esencia es la misma manifestación de conquista que el impuesto reclamado por la reina Isabel, a partir de 1501, a todos los individuos americanos indígenas del imperio español, gravamen que se mantuvo durante tres siglos. La cláusula de que la aceptación de la autoridad papal y real conferiría protección y privilegios parece absurda en el contexto de la conquista violenta y la explotación colonial, pero el interés de los oficiales españoles por mantener los niveles de población indígena (expresado en numerosas leyes coloniales) era auténtico, si bien se basaba en intereses económicos. Desde la corona hasta los líderes de los cabildos españoles locales, el imperio dependía del tributo indígena, ya fuera en dinero, en especie o en mano de obra. El ofrecimiento de privilegios, expresado en el Requerimiento, resulta irrisorio, porque el documento también parece prometer la destrucción. En realidad, el régimen colonial español reafirmaba la integridad de las comunidades indígenas porque allí era donde se generaba y recaudaba el tributo.[44]

Visto desde esta perspectiva, el Requerimiento parece menos absurdo. En el contexto de las hostilidades flagrantes de la conquista, se vuelve irrelevante. Es más, se convierte en un ritual algo menos confuso, potencialmente, para el invadido, precisamente porque éste no puede comprenderlo. Gracias a su carácter ininteligible puede ser ignorado, al tiempo que se interpreta con mayor claridad la naturaleza de la amenaza española.[45]

No es posible saber con certeza si fray Valverde leyó el Requerimiento textualmente o si se lo explicó a Atahualpa, ni tampoco conocemos las palabras del emperador, ni si su tono fue de bienvenida cordial y deferente, altiva y hostil, o arrogante y displicente. Pero podemos ponderar las similitudes y diferencias entre las versiones del acontecimiento, situarlas en el contexto cultural e histórico global, y postular una razonable conjetura sobre el sentido de las palabras del fraile —explicación básica de la doctrina cristiana y su relevancia política inmediata, según se expresa en un resumen del Requerimiento— y de la respuesta de Atahualpa —reconocimiento del carácter absurdo del discurso del fraile y de su irrelevancia para la situación política inmediata—. En este proceso había un fallo comunicativo evidente, pero también una amenaza transmitida con toda claridad.

Un acontecimiento paralelo y esclarecedor es el de los discursos pronunciados por Cortés y Moctezuma el día de su primer encuentro. Como sucede con los detalles del enfrentamiento de Cajamarca, existen diferentes versiones y muchas posibles interpretaciones de lo que dijo o pretendía decir Moctezuma. Pero frente al incidente de Atahualpa, en el que se transmitió bien un mensaje a través de un fallo comunicativo aparente, el discurso de Moctezuma fue un acto de aparente buena comunicación que contenía las semillas de un error, semillas que germinarían como un mito de profundo arraigo.

Cortés registró el discurso del emperador mexica en una carta remitida al rey, y aunque otros cronistas españoles redactaron versiones muy similares, el discurso muestra indicios de evolución mientras va pasando de unos autores españoles a otros. Desde el comienzo, con la versión transmitida por Cortés, parece que se tergiversa el discurso de modo que las palabras de bienvenida del emperador se transforman en un estado de sumisión. Cortés atribuye a Moctezuma la idea de que su pueblo siempre había aguardado la llegada de un señor de allende los mares, descendiente del cacique originario, y de que creían que aquel señor era el rey de España.

> [...] y por tanto, vos sed cierto que os obedeceremos y tendremos por señor en lugar de ese gran señor que vos decís, y que en ello no habrá que yo en mi señorío poseo, mandar a vuestra voluntad, porque será obedecido y hecho; y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos de ello quisiéredes disponer. Y pues estáis en vuestra naturaleza y en vuestra casa, holgad y descansad del trabajo del camino y guerras que habéis tenido.[46]

El emperador niega entonces los rumores que anteriormente habían llegado a oídos de los españoles: «Los cuales sé que también os han dicho que yo tenía las casas con paredes de oro y que las esteras de mis es-

trados y otras cosas de mi servicio eran asimismo de oro y que yo era un dios y otras muchas cosas», y muestra su torso de carne y hueso, para desmentir la imagen divina.

En la versión de Gómara, redactada tres décadas después, se reproduce el mismo discurso (probablemente tomado de la carta de Cortés), con la adición de un preámbulo donde introduce la idea de que los indígenas de México confundieron inicialmente a los españoles por dioses. El párrafo añadido da al discurso una nueva simetría, pues Moctezuma reconoce que Cortés no es un dios y afirma que él tampoco lo es, sino que es tan mortal como Cortés.[47] Pero también se basa en el tema, introducido por Cortés, de que los españoles representaban para los indígenas el retorno de un señor ancestral o de su descendiente, y por lo tanto se aproxima algo más al mito de Cortés como retorno del dios mexica Quetzalcoatl.

La versión de Bernal Díaz, aunque fue redactada posteriormente, en el siglo XVI, se asemeja más a la de Cortés, y recalca la supuesta afirmación de Moctezuma de que sus ancestros habían asegurado que vendrían hombres de donde nace el sol a gobernar aquellas tierras. Díaz no menciona a ningún dios, ni español ni mexica, pero la anécdota del señor pródigo que regresa refleja todavía temas bíblicos (el hijo pródigo, la segunda venida de Cristo), así como la clásica afirmación de completitud de la conquista, lo cual invita a leer el episodio con suspicacia.[48]

¿Qué diferencia hay entre las crónicas españolas y la versión nahuatl recogida en el *Códice florentino*? La historia de la conquista del *Códice* se escribió varias generaciones después de los acontecimientos, y fue obra de una colaboración entre nahuas y franciscanos. Además, la reputación de Moctezuma se había visto mermada en las décadas transcurridas entre su muerte y la elaboración del *Códice*, lo cual se refleja tal vez en esta transcripción de su discurso. Aun así, la versión del *Códice* se aproxima bastante a las de Cortés y Díaz, lo cual invita a pensar que las crónicas españolas eran interpretaciones bastante fidedignas de lo que realmente dijo Moctezuma. La versión nahuatl dice así:

> ¡Oh, nuestro señor!, celebramos doblemente su llegada a esta tierra; ha venido a satisfacer nuestra curiosidad por su *altepetl* [ciudad-Estado] de México, ha venido a establecer su autoridad, que yo he mantenido en su lugar durante un tiempo, pues los caciques enviados por usted —Itzcoatzin, el anciano Moteucçoma, Axayaxatl, Tiçocic y Ahuitzotl—, que durante un breve período tuvieron a su cargo estas tierras, han marcha-

> do a gobernar la *altepetl* de México. Fue después de ellos cuando vino su pobre vasallo [yo]. ¿Volverán al lugar de su ausencia? ¡Ojalá alguno de ellos pudiera ver y contemplar lo que ha ocurrido ahora en mi tiempo, lo que veo ahora que se han ido nuestros señores! Porque no estoy soñando, no estoy sonámbulo, no estoy viéndolo en sueños. No estoy soñando que lo he visto, que le he mirado a la cara. Durante un tiempo me preocupé, al pensar en el lugar misterioso de donde proviene usted, cubierto de nubes y bruma. Es así como dijeron los señores al marchar que llegaría usted para conocer su *altepetl* y ocupar el puesto de autoridad. Y ahora se ha hecho realidad, ha venido. Celebramos doblemente su llegada: tome posesión de la tierra, disfrute de su palacio, descanse su cuerpo. Que nuestros señores vengan a la tierra.[49]

El tema del anhelado retorno del señor no sólo está claramente presente, sino que es el sistema sobre el que se construye el discurso. No es difícil imaginar que estas palabras resonasen en la mentalidad española como una declaración de sumisión, sobre todo si se tiene en cuenta el filtro de la traducción de Malinche, así como la ignorancia española respecto del contexto cultural mexica, y la ilusión de recibir una cálida bienvenida en aquel encuentro. Además, a Cortés le interesaba transmitir al rey una imagen positiva cuando escribió el discurso (que fue al año siguiente, cuando los españoles ya habían sido derrotados en la primera batalla de Tenochtitlán y expulsados de la ciudad). No menciona el discurso de rendición pronunciado por el último señor musulmán expulsado de la Península Ibérica ante el rey Fernando a las puertas de Granada en 1492, pero aquel discurso era célebre y la rendición musulmana se consideraba un gran hito histórico. Cortés imaginaba haber presenciado un acontecimiento similar, y esperaba que Carlos V evocase aquel momento en la «rendición» de Moctezuma.[50]

Sin embargo, esto no explica por qué el discurso de Moctezuma era tan deferente. En la cultura mexica —y de hecho en la mayoría de las culturas mesoamericanas— el discurso de cortesía estaba muy desarrollado. Se educaba a los niños de la élite a dominar el tratamiento adecuado a la edad, el género y la posición social del destinatario, así como a la situación comunicativa. Estos recursos lingüísticos del nahuatl se denominan *huehuehtlahtolli* (discurso antiguo o dichos de los ancianos). Tales expresiones y sus modelos de diálogo son conocidos porque se recogieron por escrito a finales del siglo XVI (sólo en el *Códice Florentino* figuran sesenta).[51]

En el género del *huehuehtlahtolli*, el único estilo de tratamiento que se podía emplear en presencia de Moctezuma era el *tecpillahtolli* (discurso señorial), en el que las palabras nahuatl se cargan profusamente de prefijos y sufijos reverenciales, y las frases se construyen según los principios de la indefinición y la inversión. En otras palabras, para ser cortés debía evitarse hablar de forma directa o rotunda, lo cual requería decir lo opuesto de lo que se pretendía transmitir. Así pues, la afirmación de Moctezuma de que sus predecesores y él estaban salvaguardando el régimen del imperio mexica a la espera de la llegada de Cortés no debe interpretarse de forma literal. Es un artificio retórico que pretende transmitir lo opuesto —la dignidad y legitimidad multigeneracional de Moctezuma— y brindar una bienvenida cortés a un huésped importante. Es una acogida real, «mi casa, su casa», una muestra de hospitalidad cortés que se malinterpretaría si se tomase como una entrega literal de las llaves del reino. Incluso la afirmación de que era pobre y mortal como cualquier hombre, no presente en el texto nahuatl ni en la versión española del *Códice*, pero sí en las de Cortés y Gómara, era probablemente una muestra de humildad artificiosa que pretendía recalcar su estatus imperial.

Malinche entendía el *tecpillahtolli*, por su origen noble, y ya había traducido ese tipo de discurso a los españoles durante los meses previos al encuentro entre Moctezuma y Cortés. De no ser así, el discurso de Moctezuma no se habría transmitido a Cortés y sus colegas con ninguna fidelidad.[52] Pero a pesar de los conocimientos de Malinche, el discurso traducido, desprovisto de los ornamentos corteses de los prefijos y sufijos nahuatl y del principio de inversión cortés, a falta de un equivalente exacto en la cultura ibérica, semeja un discurso de rendición.

A diferencia del encuentro entre Atahualpa y Pizarro, la primera vez que los españoles entraron en Tenochtitlán no se produjo ningún gesto (ningún libro cayó ni fue arrojado al suelo) que simbolizase o reflejase claramente los errores de comunicación intercultural. Moctezuma pronunció un discurso que Malinche parecía entender, y por tanto ésta lo tradujo fielmente, lo cual fue del agrado de los españoles. Se logró la comunicación. ¿O no?

Las distintas versiones de los primeros encuentros entre Moctezuma y Cortés y entre Pizarro y Atahualpa reflejan en parte el tema de la doble identidad malinterpretada. Cada bando interpretaba la reunión como muestra de dignidad por parte de sus líderes y de tosquedad o debilidad por parte del otro, hasta el punto de interpretar así cada discurso y cada gesto. Esto indica que la comunicación entre invasores e invadidos no era sino una serie de palos de ciego, como ya entrevió Bartolomé de las Casas.

Sin embargo, estas interpretaciones se hicieron con posterioridad a los acontecimientos, algunas con cierta inmediatez y otras varias décadas después. No cabe duda de que hubo fallos comunicativos durante la conquista, pero sostener que tales fallos eran tan desequilibrados a favor de los españoles que explican la propia conquista es ignorar la complejidad de la interacción entre españoles e indígenas.

Además, los errores se veían compensados con muchas otras lecturas correctas de las declaraciones e intenciones extranjeras. Colón comprendió que los indígenas de la ribera le eran hostiles. A los indígenas del pueblo saqueado o de la jaula de madera les daba igual no comprender el Requerimiento, pues las acciones de los españoles transmitían las intenciones con mucha mayor claridad que el texto. Atahualpa y Moctezuma comprendieron las intenciones y métodos españoles demasiado tarde como para salvar su propia vida, pero sus sucesores emprendieron campañas de resistencia obstaculizadas no por la falta de información, sino por las atroces epidemias, la desunión indígena, el desequilibrio armamentístico y otros factores. Tarde o temprano, de un modo u otro, los españoles entendieron lo que necesitaban, y los indígenas comprendieron su significado. Como observó Betanzos en 1551, en los primeros tiempos de la conquista, a los invasores no les preocupaba tanto indagar cuanto someter y adquirir. Según señaló el conquistador Bernardo de Vargas Machuca en el frontispicio de su libro de 1599 sobre las «Indias», los españoles habían adquirido «A la espada y el compás, más y más y más y más» (véase la figura 12). La palabra —el instrumento con que Vargas Machuca redacta su libro— con el tiempo alcanzaría una importancia pareja, o incluso superior. Como se declara en uno de los sonetos preliminares del libro de Vargas Machuca, la conquista era un tema que sólo las armas y las letras podían desarrollar.[53] Pero en las primeras décadas de la conquista, la espada y el compás eran los instrumentos de comunicación más eficaces.



FIGURA 12. Frontispicio de *Milicia y descripción de las Indias*, de Bernardo de Vargas Machuca (1599).

Capítulo 6

El exterminio de los indios
El mito de la devastación indígena

En la historia de México contrasta un noble y valiente Cortés con un Moctezuma timorato y cobarde.

JUAN GINÉS DE SEPÚLVEDA (1543)

El monarca indio [el cazonci tarascano] contemplaba sobrecogido y en silencio el escenario de la devastación, y ansiaba a toda costa la protección del ser invencible que había provocado aquella ruina.

WILLIAM PRESCOTT (1843)

Ya basta, asumo mi destino
Asumo al fin mi suerte angustiosa.

Cacique indígena, en *La caída de México* (1775),
de la señora de Edward Jemingham

En lugar de ánimas sacan reales y plata y le desuella vivo a los pobres indios y no hay remedio en este reino.

DON FELIPE HUAMAN POMA DE AYALA (1615)

A comienzos del siglo XVII, un descendiente de la dinastía imperial de los incas, don Felipe Huaman Poma de Ayala, escribió una extensa carta al rey de España, donde describía los errores cometidos en la colonia de Perú. Su denuncia de las prácticas corruptas de los funcionarios coloniales era especialmente mordaz. Asimismo declaraba que la

situación no tenía remedio y predecía la pronta extinción de los indígenas andinos.[1]

El lamento de Huaman Poma tiene su reflejo en el estudio del historiador francés Nathan Wachtel sobre la conquista de Perú, titulado *La vision des vaincus* (1971). Wachtel cita un lamento andino, escrito en español, probablemente en el siglo XVI, en el que el estruendo de un terremoto se convierte en canto fúnebre, la espuma de los rápidos del río se transforma en lágrimas, el sol se apaga, la luna se achica,

> Y todo y todos se esconden, desaparecen
> padeciendo.

Según Wachtel, la elegía, escrita con motivo de la muerte de Atahualpa, describe «el origen de una suerte de caos [...] un abismo de vacío en que desaparece el universo. Y sólo perdura el sufrimiento». Sostiene que así fue «el trauma de la conquista» para los pueblos andinos, que perdieron irremediablemente el sentido de su existencia y la armonía con el mundo, a causa de la destrucción provocada por la invasión española.[2]

En realidad, la elegía que cita Wachtel alude específicamente a la muerte de Atahualpa y ejemplifica la tradición retórica precolombina de duelo formal por el fallecimiento reciente de algún inca. No prueba ni simboliza el impacto traumático de la conquista de los Andes. Asimismo, el lamento de Huaman Poma era un artificio retórico que pretendía mostrar al rey la reducción demográfica y la creciente pobreza de los indígenas andinos. Ahora bien, sus palabras, al igual que las de todos aquellos que denunciaron las prácticas coloniales, como Bartolomé de las Casas, representaban una tendencia de pensamiento crítico sobre el impacto de la conquista y la colonización sobre los pueblos indígenas americanos.

A lo largo de los siglos, esta tendencia ha dado lugar a un mito sobre la naturaleza de las civilizaciones indígenas anteriores a la conquista, así como sobre la repercusión a largo plazo de la colonización sobre las sociedades locales. Uno de los componentes de este mito es el lamento por los pueblos indígenas, ya introducido por Huaman y Wachtel, y su continuidad actual en *The broken spears*, una antología de traducciones de relatos nahuas sobre la conquista de México. Este libro tiene ya más de cuarenta años, pero todavía se reedita y se lee profusamente como texto escolar. En la introducción, el autor de la antología, Miguel León-Portilla, alude a la conquista como «la trágica pérdida causada por la destrucción de la cultura indígena», frase que se cita en el programa de un curso impartido en 1992 en el Yale-New Haven Teachers Institute para su utilización en los centros públicos de enseñanza media (y todavía figura en la página web del instituto). El curso, titulado «El descubrimiento de Colón por parte de los indios», pretende presentar la conquista desde «la perspectiva de los propios aztecas», con una mentalidad «multicultural». Pero al enfatizar la «pérdida» y la «destrucción», de forma involuntaria contribuye a perpetuar un mito que no favorece a las culturas indígenas con las que, supuestamente, el alumnado debe mostrarse favorable.[3]

Otro componente del mito es la idea de que la civilización indígena era una especie de Arcadia, tal como se refleja en el título del libro de Kirkpatrick Sale, *The conquest of paradise*. Según esta perspectiva, la perfección de las sociedades indígenas y la inocencia de sus individuos no podían sobrevivir a la experiencia de la invasión europea, la depredación y el imperialismo cultural. Otro elemento proviene de la dirección opuesta, y se basa en un desdén, a menudo racista, hacia las culturas indígenas americanas, en lugar de su idealización romántica. Este enfoque sostiene que la América anterior a la llegada europea estaba en gran parte «subdesarrollada y desaprovechada», y «la vida era repugnante, salvaje y breve» (según lo expresó Michael Berliner, cuando era director ejecutivo del Ayn Rand Institute, gabinete estratégico de pensamiento derechista). Las posturas de Berliner y Sale sobre la conquista son diametralmente opuestas, en el sentido de que Berliner ve las consecuencias de la conquista como favorables para los indígenas y para los europeos, porque éstos llevaron a América «una cultura objetivamente superior».[4] Pero ambas perspectivas contribuyen a reforzar este mito porque dan por sentado que las culturas indígenas fueron destruidas por su incapacidad para soportar la avalancha de la invasión europea.

He designado este mito con el nombre de «devastación indígena». Durante siglos los europeos han imaginado e inventado la desintegración cultural y social de las sociedades americanas indígenas. En su forma más extrema, esta perspectiva no sólo enfatiza la destrucción y la despoblación, sino que percibe una forma más profunda de devastación, que equivale a un estado de anomia. Cuando una sociedad se halla en dicho estado, sus individuos padecen una sensación de futilidad, de vacío emocional, de desesperación psicológica, y una confusión por

la desintegración de sus anteriores sistemas de valores y de significado.[5] Éste es precisamente el estado mental que, según conjetura Le Clézio, prevalecía en las comunidades indígenas americanas en el siglo XVI, donde la conquista dejó a su paso un silencio «inmenso, aterrador. Sumió al mundo indígena en el vacío más total. Aquellas culturas ingenuas, vitalistas, diversas, herederas de conocimientos y mitos tan antiguos como la historia del hombre, en una sola generación se vieron condenadas y reducidas a polvo, a cenizas».[6]

En este capítulo se rastrea el desarrollo de este mito de la devastación indígena a partir de Colón. En primer lugar se analiza la concepción colonial de las culturas indígenas precolombinas en las primeras fases de la conquista, y después la percepción europea de las reacciones indígenas ante la invasión y la colonización. Defenderé la tesis de que las culturas indígenas no eran ni bárbaras ni idílicas, sino tan civilizadas e imperfectas como las culturas europeas de la época. Las respuestas indígenas a la invasión se basaron en juicios interesados, similares a las decisiones españolas, y sus reacciones fueron sumamente diversas, no homogéneas. Las culturas indígenas demostraron gran resistencia y capacidad de adaptación, y muchos indígenas, sobre todo las élites, hallaron nuevas oportunidades en la transición hacia el período de la conquista.

Uno de los grupos indígenas de la costa septentrional de Sudamérica, según el explorador inglés del siglo XVI sir Walter Ralegh, se llamaba ewaipanoma: «Al parecer, tienen los ojos en los hombros, y la boca en medio del pecho, y una larga melena les crece hacia atrás, entre los hombros». Ralegh se muestra escéptico con aquella leyenda, y reconoce que «yo no los he visto». Pero parece reacio a descartar por completo la idea de que existían hombres acéfalos en América, pues cita fuentes europeas e indígenas, así como a un español que aseguraba haber visto una criatura así.[7]

En el contexto general de los acéfalos esquivos de Ralegh, hay un amplio corpus de referencias a estos y otros seres humanos, semihumanos o infrahumanos, entre los que se incluyen amazonas («tribus» sólo femeninas) y caníbales. Existían anécdotas y leyendas sobre aquellos seres aberrantes, tanto en la cultura europea como en la indígena americana, muchos siglos antes del contacto entre ambas, de manera que la conquista es un período fértil para la convergencia, expansión y análisis de esos «monstruos».[8] Aunque los europeos no los vieran personalmente, comentaban su ausencia, como en el caso de Ralegh. Colón, en una carta a los reyes españoles en 1493, comentaba que una isla caribeña estaba habitada por amazonas, una por caníbales, otra por hombres con cola, y otra por calvos. Pero eran islas que Colón aún no había explorado, y muy pronto reconoció que, a excepción de los caníbales, «monstruos no he hallado, ni noticia».[9]

Cuando los europeos se familiarizaron más con los indígenas americanos, los relatos más fantásticos se volvieron menos frecuentes. Pero el contacto y la conquista reforzaron la idea medieval europea de que existían criaturas pertenecientes a una categoría intermedia entre los animales y los verdaderos seres humanos. Los indígenas americanos no eran acéfalos, pero se consideraba que, como muchas otras cosas, se situaban en esa categoría intermedia. Tal percepción caracterizaba a los indígenas como algo menos que humanos, porque carecían de los atributos de las culturas y comunidades humanas. Un ejemplo citado con frecuencia es la reacción inicial de Colón ante los indígenas guanahaníes que encontró en su primer viaje: «Ellos deben de ser buenos servidores y de buen ingenio, pues pronto repiten todo lo que les enseño a decir, y creo que fácilmente se harían cristianos; pues me pareció que ninguna secta tenían. Yo, placiendo a Nuestro Señor, llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis a Vuestra Alteza para que aprendan a hablar».[10] Colón no pretendía decir que los indígenas fuesen mudos, sino que su lengua era tan primitiva que no merecía la categoría de discurso humano. Asimismo comentaba la organización política de los arawaks, a quienes describe como individuos que viven sin orden ni gobierno. Los indígenas del Caribe no sabían utilizar verdaderas armas, porque «son en demasiado grado cobardes » y en todos los aspectos sus hazañas le parecían infantiles.[11] Los indígenas americanos son, por tanto, una *tabula rasa* en la que la «civilización» puede inscribirse fácilmente.

En las primeras décadas de contacto, los europeos hallaron sólo pueblos semisedentarios del Caribe y sus aledaños. Los pueblos semisedentarios vivían de la caza y de la agricultura. Sus comunidades eran más pequeñas y su estructura social menos compleja que las de las sociedades sedentarias de Mesoamérica y los Andes. Así, es común encontrar, en los textos de esta primera época, la concepción de las sociedades indígenas casi como no sociedades. En 1503, por ejemplo, Vespuccio observó que los indígenas no «tienen bienes propios, pero todas las cosas son comunes. Viven juntos sin rey, sin autoridad y cada uno es señor de sí mismo».[12]

Inicialmente, este tipo de anarquía primaria tendía a interpretarse como inocencia utópica. Al igual que Adán y Eva en el jardín del Edén, los «indios» vivían «según la naturaleza», como decía Vespuccio. «La inocencia del propio Adán —escribió el primer cronista de Brasil, Pedro Vaz de Caminha, en una carta al rey de Portugal en 1500— no era mayor que la de estas gentes.» Tal caracterización de los indígenas recalcaba su bondad y gentileza, como señalaba Bartolomé de las Casas, y por tanto ponía de relieve su consecuente vulnerabilidad. Las Casas lo describe así en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, según una fórmula frecuente en sus textos: «Todas estas universas e infinitas gentes *a toto género* crió Dios las más simples, sin maldades ni dobleces, obedientísimas, fidelísimas a sus señores naturales y a los cristianos a quien sirven; más humildes, más pacientes, más pacíficas y quietas, sin rencillas ni bollicios, no rijosos, no querulosos, sin rancores, sin odios, sin desear venganzas, que hay en el mundo. [...] En estas ovejas mansas y de las cualidades susodichas por su Hacedor y Criador así dotadas, entraron los españoles desde luego que las conocieron como lobos y tigres y leones crudelísimos de muchos días hambrientos».[13] Tal concepción aparece ya en fray Antonio de Montesinos hacia 1511, cuando el dominico, en su célebre sermón a los colonos de La Española, les pregunta: «¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas de ellas, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin darles de comer ni curarlos en sus enfermedades, que de los excesivos trabajos que les dais incurren y se os mueren, y por mejor decir, los matáis, por sacar y adquirir oro cada día?».[14]

La visión de los indígenas como individuos inocentes, *tabulas rasas*, junto con la percepción general de que la brutalidad colonial había provocado una reducción drástica de las poblaciones caribeñas autóctonas, dio origen a varios intentos de construir comunidades cristianas utópicas sobre la base de la simplicidad indígena. El místico franciscano Gerónimo de Mendieta propuso que todos los pueblos indígenas fuesen administrados por frailes según un modelo modificado de la regla monástica. Los planes de Mendieta desafiaban la autoridad de la iglesia seglar y parecían incompatibles con la recaudación real y colonial del tributo y la mano de obra indígena, y por tanto fueron bloqueados por la corona. Sin embargo, Vasco de Quiroga, juez colonial, siguió adelante con el proyecto, sin autorización real, y construyó dos «repúblicas-hospitales» utópicos en México en la década de 1530. Tales experimentos, basados en la comunidad ficticia de la *Utopía* de Tomás Moro, pudieron desarrollarse en el entorno paternalista colonial de la Hispanoamérica en ciernes sólo en la medida en que se consideraba maleables a los indígenas. Gerónimo de Mendieta proclamó que los indios eran mejores discípulos que maestros, mejores súbditos que predicadores, y en su opinión aquello era lo mejor del mundo.[15]

Por supuesto, los indígenas no eran más maleables que los españoles. La empresa colonial española funcionaba relativamente bien cuando coincidía con las prácticas, pautas y estructuras autóctonas, pero cuando no era así, se topaba con el mismo nivel de resistencia tenaz que muestran normalmente los pueblos ante los foráneos que interfieren en sus vidas. Las manifestaciones de esta resistencia contribuyeron al desarrollo de una percepción europea de los indígenas como individuos más pícaros que inocentes. En un extremo del espectro, los europeos atribuían a las deficiencias indígenas la culpa del choque cultural. Colón, por ejemplo, exasperado por el frecuente enfrentamiento con los taínos, comenta que no es consecuencia del supuesto daño infringido a esos pueblos, sino todo lo contrario, pues se les ha dado todo a cambio de nada; tal enfoque refleja en parte los términos del Requerimiento.[16]

En el otro extremo, la perspectiva era completamente hostil y con frecuencia malévolamente racista. Un fraile dominico, en una carta dirigida a funcionarios coloniales residentes en España, describía a los indígenas americanos como estúpidos, tontos, irrespetuosos con la verdad, inestables, carentes de capacidad de previsión, ingratos, variables, crueles, desobedientes e incapaces de aprender. Tal opinión puede utilizarse para justificar cualquier acto de conquista. De hecho, el conquistador y cronista Oviedo, reacio a aceptar el lamento por la extinción de los indígenas de La Española, se pregunta quién puede cuestionar que el uso de la pólvora contra los paganos es como el incienso que arde en honor a Dios. Vargas Machuca concluye que los indios son gentes sin ningún tipo de virtudes cuando no tienen miedo, pero cuando lo tienen son totalmente sumisos. Otros españoles quizá no consideraban que el paganismo justificase el uso de la pólvora u otras tácticas de terror, pero había muchos estereotipos paganos que aportaban una justificación adicional, pues los indígenas tenían una supuesta proclividad a la sodomía, por ejemplo, o al canibalismo, o a las conductas diabólicas. El propio Bernal Díaz, considerado uno de los cronistas españoles más ecuá-

nimes, hace hincapié en la tendencia indígena a la sodomía, el sacrificio humano, el canibalismo y el latrocinio.[17]

Las tres percepciones estereotípicas de los indígenas (incultos, inocentes, nefandos) se reflejan en un grabado de Jan van der Straet que data aproximadamente de 1575 (véase la figura 13). La combinación del detalle y la ambigüedad ha suscitado numerosas interpretaciones, algunas de las cuales enfatizan su contenido erótico, otras su representación del contacto entre europeos e indígenas como abiertamente sexual, y otras ven en la obra un reflejo de cómo los europeos «inventaron» América.[18] El grabado de Van der Straet ilustra la idea de que los pueblos indígenas carecían de cultura y sociedad, como se aprecia en la ausencia de ropa autóctona o de indicios de asentamientos permanentes. Aparecen algunos elementos producidos por los indígenas: una hamaca, una macana, el sombrero de la mujer, un espetón. Pero, por lo demás, los indígenas parecen más afines a los animales con quienes comparten la tierra que al hombre civilizado, representado por Vespuccio, con su complejo traje, el astrolabio y la cruz con el estandarte en la mano, además del moderno navío del que acaba de desembarcar.

La posición de la mujer indígena parece representar una inocencia e ingenuidad que es a la vez vacilante y hospitalaria, infantil y cargada de sexualidad; parece invitar a Vespuccio a protegerla y poseerla a la vez. El éxito de esta imagen en los siglos XVI y XVII radica en las asociaciones que probablemente evocaba en la mente de los europeos, en relación con la naturaleza apropiada de las relaciones entre hombre y mujer, entre europeos e indígenas. Ahí se incluye la idea de «gentileza» indígena (término de Las Casas), transmitida visualmente a través de la sexualidad femenina y la inocencia infantil.

La escena de fondo representa esa actividad monstruosa emblemática, el canibalismo, que refleja la percepción de los indígenas como malvados e infrahumanos. La leyenda de la escena bien podría ser la reflexión del jurista Ginés de Sepúlveda, del siglo XVI, que apunta como prueba de la vida salvaje de los indios sus execrables y prodigiosas inmolaciones de víctimas humanas en honor a los demonios, así como el hecho de devorar carne humana y otros crímenes similares.[19] Los españoles atribuían el canibalismo a los indígenas porque era el rasgo clásico de la barbarie. Sepúlveda y Van der Straet emplean ese mismo recurso como prueba de esa barbarie «salvaje». Este tipo de argumento circular es fundamental en el mito de la devastación indígena.



FIGURA 13. *América*, por Theodore Galle, grabado basado en un dibujo procedente de *Nova Reperta*, de Jan van der Straet (Stradanus) (c. 1575).

La frase de Sepúlveda «como la de las bestias salvajes» evoca otro aspecto de esta visión negativa de los indígenas. A través de la comparación con los animales, los indígenas adquieren toda una serie de supuestos atributos animales, como la peligrosidad. Así, los indígenas belicosos constituyen —junto con la fauna hostil, las enfermedades tropicales, el terreno difícil y el clima riguroso— parte de lo que convierte a América en un entorno desafiante para los europeos. En sus descripciones de los primeros encuentros españoles con la población yucateca y maya, el obispo franciscano Diego de Landa mencionaba las costas traicioneras donde naufragaban los barcos españoles, los animales peligrosos (desde el cangrejo que mordió a un español en el dedo, hasta los leones y tigres), y la suerte de los que caían prisioneros de los mayas. Landa insinúa que los cautivos españoles servían para alguno de los tres fines siguientes: los engordaban, sacrificaban y entregaban a la gente como alimento; los utilizaban como esclavos; o se asimilaban como autóctonos, y se volvían «idólatras» como ellos (como es el caso de Gonzalo Guerrero, personaje legendario en las historias de la era colonial y en el México actual).[20]

No es sorprendente encontrar percepciones contradictorias de los indígenas en un mismo dibujo o texto. En los escritos de Colón, por ejemplo, se observan ejemplos de las tres actitudes, y Cortés oscila también entre la visión de los indígenas de México como inocentes o salvajes, infantiles o bárbaros. Aunque la frase «noble salvaje» no se acuñó hasta 1609 (por obra de un cronista francés llamado Lescarbot), y no se consolidó como mito hasta mediados del siglo XIX, los orígenes de tal formulación y su intento de reconciliar dos variantes contradictorias de la percepción etnocéntrica se plasman en las actitudes de Colón y los españoles de la época de la conquista.[21] Además, la percepción de la naturaleza de los americanos indígenas en la época del contacto sirvió como base para la percepción de cómo reaccionaban los indígenas ante la conquista y la colonización.

«Si dicen que soy un dios, es lo que soy», cantan los dos españoles que llegan a las costas americanas indígenas en la reciente película de dibujos animados titulada *La ruta hacia El Dorado.* Los dirigentes de El Dorado, el rey y el sumo sacerdote de los indígenas imaginarios de la película, que en gran parte parecen basados en los mayas, pero que encarnan también varios estereotipos indígenas y latinoamericanos, parecen confundir a los visitantes españoles con dioses. En realidad, los señores locales manipulan la llegada de los dos españoles para sus propios fines, pero en la película el populacho de la localidad acepta la idea como el cumplimiento de una antigua profecía. Los españoles, entretanto, aceptan su repentina apoteosis. Como dice la canción de la banda sonora, «It's tough to be a god»: «Listen if we don't comply / with the locals' wishes I / can see us being sacrificed or stuffed / Let's be gods, the perks are great / El Dorado on a plate / local feeling should not be rebuffed».[22,] * Esta canción, junto con la parte de la trama que se desarrolla en paralelo, evoca varios estereotipos: señores indígenas que semejan sumisos pero en realidad son embusteros y poco fidedignos; indígenas que no se limitan a matar extranjeros, sino que los «sacrifican» y se los comen (aunque esto no ocurre en la película). Entre los estereotipos figura un elemento clave del mito de la devastación indígena: el mito de que los americanos indígenas creían que los invasores españoles eran dioses. A semejanza de lo que se propone en un estudio sobre un fenómeno similar del siglo XVIII en Hawai, este mito podría designarse con el término «la apoteosis del capitán Cortés».[23]

El mito de la apoteosis —parte del mito general de la devastación indígena— es un elemento central de la imagen de los europeos sobre la reacción indígena ante la conquista. Todorov hace explícita tal conexión cuando se refiere a «la creencia paralizante de que los españoles son dioses».[24] Todorov no es el único que acepta el mito de la apoteosis; forma parte de la concepción occidental de la conquista en la actualidad, más que de la que prevalecía en el siglo XVI. Pero no hubo tal apoteosis, tal «creencia de que los españoles son dioses», y, por tanto, no se dio tampoco esa supuesta parálisis indígena.

Como sucede en gran parte de la mitología de la conquista, la apoteosis de los conquistadores puede tener su origen en los voluminosos textos de Colón; eso parece, al menos. En la traducción de Dunn y Kelley del diario del primer viaje al inglés, los indígenas «son crédulos y conscientes de que existe un Dios en el cielo, y están convencidos de que venimos de los cielos». Según la traducción de Zamora de la carta que remite Colón a los reyes en 1493, el almirante afirma que «por lo general, en las tierras por las que he viajado, creían y creen que yo, junto con

* «Es duro ser un dios»: «Oye, si no cumplimos / los deseos de los de aquí / ya nos veo sacrificados o disecados. / Seamos dioses, las ventajas son enormes, / El Dorado en bandeja. / No debemos rechazar el sentimiento local». (*N. de la t.*)



FIGURA 14. Los señores mexicas se postran ante Cortés, tomado de John Ogilby, *America* (1670).

estos barcos y gentes, venimos del cielo, y me recibieron con suma veneración». Pero he aquí la traducción de Morison del párrafo paralelo de otra carta escrita por Colón en 1493:

> Y todavía defienden la opinión de que provengo del cielo, a pesar de todas las conversaciones que han tenido conmigo, y eran los primeros en anunciar esto en todos los lugares adonde iba, y los otros iban corriendo de casa en casa y a las ciudades vecinas con gritos de «¡Venid! ¡Venid! ¡Venid a ver a la gente del cielo!». Todos se acercaban, tanto hombres como mujeres, en cuanto tomaban confianza con nosotros, de manera que nadie, ni mayor ni pequeño, se quedaba atrás, y todos traían alimentos y bebidas que nos entregaban con maravilloso amor.[25, *]

La palabra clave de estos fragmentos es «cielo», glosada como *heaven* en las dos primeras traducciones, y como *sky* en la tercera. Ambos términos ingleses corresponden a dos acepciones de la palabra *cielo* (*heaven* es el cielo en sentido espiritual, la morada de los dioses, mientras que *sky* es el firmamento), de modo que la traducción más adecuada depende del contexto. Zamora sostiene claramente que la traducción de Morison no es adecuada, porque en las dos cartas de 1493 se da a entender que «los indios tomaban a los españoles por seres divinos, los veneraban y les hacían ofrendas».[26]

En realidad, tales fragmentos son ambiguos. Colón nunca emplea la palabra «dioses», ni tenemos idea de qué vocablo indígena interpreta el almirante como equivalente a «cielo». En vista de la naturaleza imprecisa de las llamadas «conversaciones» de Colón con los indígenas caribeños, sus interpretaciones de las ideas y acciones de aquellos pueblos deben tomarse con pinzas. Además, no se conserva ni un solo indicio de que la entrega de alimentos y otros gestos amistosos para con los europeos —gestos que se daban en toda América y obedecían a diversos motivos prácticos— constituyesen «ofrendas» de naturaleza religiosa.

Zamora adopta el mito de la apoteosis como hipótesis provisional, pero otros lo aceptan sin reservas. El historiador suizo Urs Bitterli, por ejemplo, se basa en los escasos «indicios» de los textos colombinos para defender la plena aceptación del mito, y resume su razonamiento con la siguiente pregunta: «¿Acaso no era obvio atribuir un origen sobrenatural a aquellos seres de aspecto físico, conducta y poderes tan poco co-

* Traducción al castellano de la traducción inglesa de Morison. (*N. de la t.*)

munes?». Sin duda, la conclusión más obvia era considerar a los europeos como seres humanos, pues su apariencia física y conducta semejaban humanas, y, de hecho, ésa fue la interpretación indígena en todo el continente americano. La pregunta de Bitterli se refiere específicamente a su análisis de los taínos que habitaban en la isla La Española, pero el investigador trasciende ese entorno concreto al afirmar que «los pueblos civilizados de las regiones continentales de América central y meridional, los aztecas, mayas e incas, consideraban a los conquistadores como dioses». Cuando veían por primera vez a los españoles, los indígenas —según Bitterli— experimentaban «una sensación de sobrecogimiento, que está presente en todos los actos de culto a la divinidad». La naturaleza colonialista de la perspectiva de Bitterli se refleja también en un dibujo de John Ogilby titulado *America* (1670), que representa a los señores mexicas postrados ante Cortés (véase la figura 14).[27]

Si los nahuas de México y otros indígenas hubieran confundido a Cortés con un dios, un buen lugar para buscar indicios de tal interpretación serían los textos del hagiógrafo del conquistador, Gómara. Pero éste no menciona directamente la apoteosis del capitán, sino que se refiere vagamente al tópico en varias ocasiones. Sostiene que los indígenas de Tabasco (totonacs) inicialmente pensaban que el hombre y el caballo eran uno, probablemente una invención española que se magnificó al final del período colonial. Gómara sostiene que cuando los españoles recorrían las ciudades del valle de México, camino de Tenochtitlán, los habitantes se maravillaban por su atuendo, sus armas y sus caballos, y exclamaban: «¡Estos hombres son dioses!», frase que indicaba estupefacción ante lo nuevo, más que una creencia en la divinidad de los invasores. También informa de que «Teudilli», un señor tabasco aliado de los mexicas, se preguntaba si los barcos de los españoles indicaban que había venido el dios Quetzalcoatl, portando sus templos sobre los hombros. No obstante, otras referencias de Gómara a Quetzalcoatl indican que lo identificaban con el dios patrono de Cholula, y muestran también la preocupación de los indígenas por el disgusto de Quetzalcoatl como causa de la masacre de los cholulas instigada por Cortés. Si se identificase al capitán español con este dios, cabe suponer que Gómara, siempre proclive a plasmar todo dato que ensalzase al conquistador, lo habría mencionado. Pero no lo hace. Gómara relata que los señores cholulas, en respuesta a las presiones de Cortés, que los acusa de conspirar para tender una emboscada a los españoles, dicen que ese hombre es como uno de sus dioses, porque lo sabe todo. No es lo mismo que aceptar que los indígenas identificasen realmente a los españoles con dioses. Esta versión puede ponerse en tela de juicio si se tienen en cuenta los indicios de que Cortés y/o los tlaxcalas inventaron la trama como pretexto para justificar la masacre.[28]

La versión de Bernal Díaz tampoco aporta pruebas sólidas de que se confundiese a los españoles con dioses. Según Díaz, unos cempoalas (indígenas de la costa del golfo), «viendo cosas tan maravillosas e de tanto peso para ellos, dijeron que no osaran hacer aquello hombres humanos, sino teules, que así llaman a sus ídolos en que adoraban». Díaz traduce *teules* como «dioses», pero el término es más ambiguo. La palabra nahuatl que designa a los dioses es *teotl* en singular, *teteoh* en plural, pero tiene un significado menos restringido que el vocablo español *dios*. Puede combinarse con otras palabras, por ejemplo, para caracterizarlas como magníficas, elegantes, grandes, poderosas, sin connotaciones necesariamente religiosas o divinas.[29] Así, a falta de otras pruebas más categóricas, el apodo de los españoles como *teules* indica que se les reconoce gran relevancia política y militar en la región, pero no necesariamente un estatus divino. Además, por el momento no hay indicios de que los cempoalas adoptasen realmente la idea de apoteosis española.[30]

Al igual que Gómara, Díaz menciona al mismo señor mexica (a quien llama «Tendile») que se maravilla ante los españoles y sus novedosas tecnologías. Pero, en lugar de la referencia a Quetzalcoatl, relata un cuento de conquistadores que tiene una curiosa trama, semejante a la de la Cenicienta. Uno de los españoles tiene un casco viejo y oxidado que se parece al de una imagen de Huitzilopochtli, dios patrono de Tenochtitlán. Tendile recibe la orden de enviar o llevar el sombrero a Moctezuma, quien se sorprende tanto por la extraordinaria similitud, que piensa que los españoles son los señores que, según la profecía de los antepasados, vendrían a hacerse cargo de aquellas tierras: «Y desque vio el casco y el que tenía su Huichilobos, tuvo por cierto que éramos del linaje de los que les habían dicho sus antepasados que vendrían a señorear aquesta tierra».[31] Es el reflejo del discurso supuestamente pronunciado por Moctezuma ante Cortés en su encuentro. No significa que se identificase a los españoles con dioses, sino con meros descendientes de unos hombres que gobernaron México en otros tiempos, pero ésta es una de las tramas de tergiversación que han urdido el mito de la apoteosis española. Poco después de la guerra española-mexica, la semejanza entre Cortés y Huitzilopochtli dio lugar a la historia de que Moctezuma

había recibido a Cortés porque identificaba al español con aquel ídolo. Pero el cronista real Oviedo, que halló la historia en una carta escrita por el primer virrey colonial de México, aseguraba que era falsa.[32]

El propio Cortés no menciona a Teudilli/Tendile ni alude a ningún relato maravilloso, sino que se refiere a él como un señor local que ofreció oro y provisiones a los españoles (como solían hacer los dirigentes indígenas para evitar las hostilidades e instar a los invasores a que se fueran a otro lugar). En sus cartas al rey, Cortés no afirma que se le haya identificado con ningún dios, ni con Huitzilopochtli ni con Quetzalcoatl (a quienes no menciona ni una sola vez). Le preocupa más demostrar la legitimidad política de su invasión y, en las cartas escritas antes de la caída de Tenochtitlán, convencer al rey de que, pese a las hostilidades, el imperio mexica ya había sido cedido a España, en cierto modo.

No parece extraño que aparezcan referencias evidentes a la apoteosis de los españoles en las crónicas de los franciscanos, quienes, a causa de sus intereses más religiosos que políticos, hacían especial hincapié en la legitimidad y aprobación divina de las campañas de cristianización. Fray Toribio de Benavente, apodado Motolinía, escribió en la década de 1530 que los nahuas llamaban a los castellanos *teteuh*, que significaba «dioses», y los castellanos pronunciaban mal el término y decían *teules*.[33] Mientras que Díaz omite el análisis sobre los orígenes o implicaciones del término *teules*, Motolinía recurre al mismo como prueba de que los indígenas de México preveían de algún modo la llegada de los españoles, lo cual indicaba que la conquista era parte del plan de Dios para América. Por tal motivo, los franciscanos como Motolinía inventaron, al parecer, la identificación Cortés-Quetzalcoatl después de la conquista.[34]

La versión más desarrollada de este aspecto del mito relativo a Quetzalcoatl aparece en el *Códice florentino* de Sahagún. Dado que el texto se escribió tanto en nahuatl como en español y se elaboró con ayuda de informantes indígenas, se ha tomado, erróneamente, como el evangelio de las reacciones indígenas ante la invasión. En realidad, el *Códice* es una fuente tanto indígena como franciscana, pues Sahagún concibió, elaboró y formuló los cuestionarios de los doce volúmenes entre 1547 y 1579, aproximadamente. El libro XII (sobre la conquista) se redactó por primera vez hacia 1555, treinta y cinco años después de la muerte de Moctezuma, cuando los informantes del *Códice* no tenían edad suficiente para saber qué pasó antes de la guerra y durante la misma, o no tenían conocimiento directo de las ideas, palabras y hazañas del emperador.

Los informantes eran de Tlatelolco, la ciudad isleña mexica que quedó subsumida, en el siglo XV, por Tenochtitlán, pero que conservaba cierta identidad propia. Sus habitantes se consideraban tlatelolcas, raras veces mexicas, y como Tlatelolco fue la última parte de la isla que pasó a manos españolas, los tlatelolcos culpaban a los mexica-tenochcas de la derrota. En consecuencia, se critica con severidad a Moctezuma en el *Códice*, donde se le retrata como un personaje dubitativo, pusilánime, atemorizado por los augurios que vaticinaban su derrocamiento, y obsequioso con los españoles.[35]

En esta descripción, Moctezuma es un personaje sobresaltado por una serie de augurios que predicen la llegada de los españoles, ya antes de la campaña de conquista de Tenochtitlán. Algunos augurios eran fenómenos fácilmente explicables que probablemente ocurrieron: un cometa, un eclipse, una tormenta violenta en el lago que rodea Tenochtitlán, el nacimiento de dos hermanos siameses. Pero tanto si existieron como si no, no hay pruebas de que determinasen la reacción de Moctezuma ante Cortés. Los mismos franciscanos que difundieron el mito de Quetzalcoatl divulgaron también la historia de los augurios, con el fin de promover la idea de que la conquista era providencial. Motolinía comentó aquellos augurios en su crónica en la década de 1540; cuando se elaboró el *Códice florentino*, probablemente eran ya moneda común entre nahuas y españoles, y se habían codificado como un sistema de ocho presagios, repletos de detalles tomados de la literatura europea medieval. Los vaticinios eran un elemento común a la literatura europea y la americana indígena de los siglos XV y XVI, de modo que no es extraño que tal versión fuese aceptada sin reticencias. Dicha aceptación formaba parte de la difusión del mito de la devastación indígena y del mito del derrumbe psicológico de Moctezuma, pero no existen pruebas que avalen este último aspecto.[36]

A mediados del siglo XVI este peyorativo retrato de Moctezuma pertenecía ya al acervo común de los españoles, y resultaba sumamente conveniente como explicación indígena de una serie de procesos complejos. Ya se había producido la convergencia histórica de la supuesta culpabilidad de Moctezuma como chivo expiatorio, idea difundida por los tlatelolcas, con la invención, por parte de Cortés, de la sumisión voluntaria de Moctezuma a España, y con la campaña franciscana que intentaba presentar la conquista como un designio divino. La leyenda del retorno de los señores —originada durante la guerra hispano-mexica, cuando Cortés reelabora el discurso de bienvenida de Moctezuma— se

fusionó a mediados del siglo XVI con la leyenda de Cortés como Quetzalcoatl, difundida por los franciscanos desde dos décadas antes.[37]

Así pues, el mito de la devastación indígena se personificó en Moctezuma, y con ese rostro célebre se afianzó a lo largo de los siglos. La imagen de Moctezuma ha quedado empañada desde entonces. Barbara Tuchman, en su conocida obra *The march of folly*, un estudio sobre las decisiones insensatas de los dirigentes a lo largo de la historia, culpa de toda la conquista mexicana a Moctezuma, que se vio paralizado por la superstición o el «engaño», por una suerte de destino ineludible. De modo similar, Todorov culpa a Moctezuma y atribuye los méritos a Cortés, por adoptar y fomentar la leyenda del retorno de Quetzalcoatl y su propia identificación con ese dios, lo cual le permitió «controlar el antiguo imperio mexica».[38] El resto de los mexicas, como señala Le Clézio, «creyó ingenuamente el mito del retorno de sus antepasados» y de Quetzalcoatl, «ofuscados [...] incapaces de entrever los verdaderos motivos de aquellos a quienes ya consideraban *teules*, o dioses». Cuando al fin lo comprendieron, «era demasiado tarde. Los españoles ya se habían beneficiado de la pusilanimidad indígena para penetrar hasta el corazón del imperio».[39]

El argumento, debido a su amplio espectro de aplicabilidad, se ha utilizado para explicar la conquista en regiones situadas más allá de México central. Por ejemplo, en la versión maya cakchiquel sobre la invasión española de las tierras altas guatemaltecas (parte de los *Anales de los cakchiquels*), hay un verso que normalmente se traduce como «los señores los tomaron por dioses» y se interpreta literalmente como un «reconocimiento», por parte de los cronistas indígenas, de que sus dirigentes consideraron inicialmente a los españoles como seres divinos.[40] Pero la frase cakchiquel originaria podía interpretarse también como «los señores los miraban como si fueran dioses», lo cual, si se sitúa en su contexto, sugiere un posible sentido figurado. Este fragmento maya pretendía convencer al lector de que, al comienzo, Alvarado y los cakchiquels estaban en paz, pues el líder español mostraba una actitud cordial hacia los indígenas y los mayas sentían miedo y respeto hacia los europeos. Esta interpretación sobre las relaciones iniciales es la base para una posterior presentación de las hostilidades hispano-cakchiquels como un desenlace totalmente provocado por Alvarado. Como la crónica se escribió a finales del siglo XVI, no puede tomarse como una representación directa y objetiva de las actitudes indígenas —ni de los acontecimientos esenciales— de 1524. Por último, no se menciona en

ningún otro lugar de la crónica cakchiquel que los dirigentes mayas identificasen a los españoles con dioses, ni existen indicios de tal perspectiva en ninguna otra crónica. Por el contrario, desde el envío de los embajadores a México en 1522 hasta el final de la guerra hispano-cakchiquel en 1530, los cakchiquels procuraron sistemáticamente manipular a los españoles y conservar, si no mejorar, su estatus con respecto a otros grupos mayas en las tierras altas guatemaltecas.[41] Los cakchiquels, en ese aspecto, no eran diferentes de otros pueblos indígenas.

Otro ejemplo en que aparece el argumento de la apoteosis es la *Relación de Michoacán*, relato de 1540 sobre la conquista de la región mesoamericana, escrito por un fraile franciscano a partir de fuentes nobles tarascanas. En la *Relación* el rey o cazonci tarascano no consigue enfrentarse a los españoles porque cree que son dioses, explicación poco plausible que, sin embargo, ha sido aceptada por historiadores como Prescott o Todorov, entre otros. Como señala James Krippner-Martínez en una nueva lectura de la *Relación* y la conquista de Michoacán, «esta imagen, profundamente arraigada, pero falsa, de la pasividad india» forma parte de una «tendenciosidad» más general.[42]

El mito de la apoteosis también se refleja en las crónicas de la conquista de Perú, que presentan numerosas similitudes, tal vez no casuales, con la leyenda de Cortés-Quetzalcoatl. El mito no se menciona en las primeras crónicas de los coetáneos, pero a mediados del siglo XVI se recoge en varias fuentes. Cieza de León comenta que los españoles adquirieron el nombre «Viracocha» porque, según decían algunos, eran hijos del dios Ticsi Viracocha, o, según la versión de otros, porque llegaron por mar como la espuma. Como sucede con las crónicas mexicanas, la referencia es un intento breve, impreciso y tenue de convencer al lector de que los indígenas andinos ya veían a los españoles como seres divinos.[43]

Sin embargo, otras versiones mostraron pronto signos de la imaginación creativa de los cronistas coloniales, la posible influencia de historias sobre Cortés y Moctezuma, y el deseo de los proselitistas de «demostrar» que la conquista estaba predestinada y consentida por la divinidad. Pedro de Sarmiento, por ejemplo, comenta que, cuando Atahualpa tuvo noticia de la llegada de los españoles al norte de Perú, se alegró profundamente, pues pensaba que quien llegaba era Viracocha, tal como prometió antes de fallecer. Y daba las gracias a Viracocha porque llegaba en el momento oportuno. Al margen de la improbabilidad de tal percepción, esa aparente alegría de Atahualpa contradice todos los datos sobre su actitud con respecto a la invasión liderada por Pizarro.[44]

La intrusión de los tropos bíblicos en el relato histórico es aún más transparente en los textos del cronista José de Acosta, que explica que los andinos indígenas llamaban a los españoles *viracochas* porque pensaban que eran hijos de los cielos, al igual que otros atribuían estatus divino a Pablo y Bernabé y les ofrecían sacrificios como si fueran dioses.[45] La versión peruana de la apoteosis de los conquistadores toma muchos elementos de la leyenda y el significado de Viracocha. Aunque el equivalente mexicano de Viracocha, con respecto a este mito, es Quetzalcoatl, el término nahuatl paralelo, también malinterpretado, es *teteoh* (convertido en *teules* por los españoles). La división radical del cristianismo entre humanidad y Dios no se daba ni en Mesoamérica ni en las religiones andinas, que reconocían gradaciones entre lo natural y lo sobrenatural, y algunos estadios intermedios eran humanos mortales de elevado estatus. Así, los andinos llamaban a los españoles *viracochas* por el mismo motivo que los nahuas los llamaban *teules*, en reconocimiento de su estatus. El término *viracocha* todavía se emplea en la actualidad en quechua como referencia no a la divinidad en el sentido europeo, sino a los seres poderosos y privilegiados.[46]

Otro término quechua aplicado a los españoles, y semánticamente tergiversado en su traducción, era *supay*, que en un principio designaba un espíritu moralmente neutral que podía ser malvado o benévolo. Sin embargo, el diccionario de Santo Tomás de 1560 —que define la entrada *viracocha* como «cristiano»— refleja la temprana adaptación de *supay* a los conceptos espirituales de la cultura española. Se le atribuye el significado de «ángel», con los calificativos de *alliçupa* («ángel bueno») o *manaalliçupa* («ángel malo»). Pero como los españoles no podían encontrar en quechua un término adecuado para «diablo», uno de esos significados acabó predominando en *supay*, al tiempo que se convertía en término despectivo para apodar a los españoles. Según observó Cieza de León a mediados del siglo XVI, los «indios» posteriormente dijeron que los españoles no eran los hijos de Dios, sino peores que *supays*, que según el cronista era el nombre que designaba al diablo.[47]

Curiosamente, el cronista andino Titu Cusi Yupanqui, sobrino de Atahualpa, que escribió su crónica hacia 1570, cuando el propio Titu Cusi era inca, dice casi lo mismo: «Pensé que eran seres gentiles enviados (según decían) por Tecsi Viracocha, es decir, por Dios; pero me parece que todo se ha vuelto muy diferente de lo que creía; pues debo deciros, hermanos, por las pruebas que me han dado desde su llegada a nuestro país, que no son hijos de Viracocha, sino del Diablo».[48] En este párrafo hay tres elementos que refutan la idea de la supuesta apoteosis española en la mentalidad andina. Uno es que no presenta a los españoles como viracochas, sino como meros enviados de Viracocha, y como sus hijos, lo cual no debe interpretarse en sentido literal, sino en el mismo sentido en que los españoles y otros cristianos se consideran «hijos de Dios». Otro detalle importante es la referencia a la afirmación española de que habían sido enviados por Dios. Esto refleja, por una parte, la frecuente tergiversación del lenguaje religioso en las traducciones y, por otra, la expectativa española de que los indígenas los considerasen dioses.[49]

El grado de tergiversación de las creencias andinas y las frases quechuas por parte de los españoles, así como el modo en que los españoles difundían vagos relatos de profecías y apoteosis, se refleja en la crónica del funcionario peruano Agustín de Zárate, donde se dice que los indios, cuando vieron muerto a Atahualpa, creyeron que Huascar era realmente el hijo del sol, puesto que había profetizado la muerte de su hermano. Zárate añade que Huascar aseguraba que su padre, en el lecho de muerte, le había ordenado que estableciera vínculos de amistad con unas gentes blancas y barbudas que llegarían un buen día a aquellas tierras, puesto que aquellos hombres serían los señores del reino. Aquello, según Zárate, podía tratarse de un ardid diabólico, dado que el gobernador, Pizarro, recorría y conquistaba ya el litoral peruano antes de la muerte de Huayna Capac.[50] Un ardid diabólico es un modo sucinto de explicar la difusión de rumores acerca de presagios, vaticinios y deificaciones indígenas de los españoles. Con el desarrollo del período colonial, el estatus subordinado de los indígenas en las colonias españolas parecía confirmar que eran gentes de mentalidad crédula y supersticiosa, como describía a los mayas el gobernador de Yucatán en la década de 1840. La supuesta sustitución de la simpatía por los recelos no ha impedido a los historiadores modernos considerar a los indígenas como individuos «paralizados por el terror» ante la llegada de los invasores, y deseosos de encontrar en los foráneos el respaldo de los «dioses» o «emisarios divinos».[51]

Dos breves ejemplos ilustran el estado del mito en el siglo XVIII. Uno es el siguiente comentario de Ilarione da Bergamo, fraile italiano que se familiarizó con la historia mexicana a través de los colonos españoles mientras viajaba por la colonia en el siglo XVIII: «A comienzos de la guerra, aquella raza [los españoles] tenía reputación de inmortal, porque ellos [los indios] no habían visto ni un solo español muerto, ni

por causa natural ni violenta. También decían que los españoles eran hijos del sol, y pensaban que el caballo y el caballero eran un solo cuerpo».[52] Las concepciones españolas del siglo XVIII acerca de la mentalidad indígena del XVI no pueden tomarse como prueba de esa mentalidad. Parece improbable que los indígenas viesen en los caballeros un nuevo tipo de criatura cuando iban acompañados de otros hombres que parecían iguales pero que iban a pie. Los mesoamericanos no habían visto nunca caballos, pero sí ciervos, y muy pronto comenzaron a llamar a los caballos como un tipo de ciervo.[53] Deleite, no temor, fue la reacción del rey maya chontal, Paxbolonacha, cuando Cortés, con motivo de su encuentro inicial, le invitó a cabalgar por primera vez hasta la capital chontal.[54]

Asimismo, parece improbable que los indígenas atribuyesen a un hombre un estatus divino tomando la mortalidad como criterio. La experiencia humana nos lleva a suponer, desde muy temprana edad, que las personas (en realidad, todas las criaturas vivas) son mortales, suposición que sólo podría ser lógicamente refutada con repetidos actos de invulnerabilidad o resurrección. Pero el mito no contiene relato alguno de actos de tal naturaleza. Tampoco podemos especular una suerte de excepcionalismo cultural en el caso de los mesoamericanos. Existen numerosos indicios de que asumían la muerte como normal, al igual que muchas otras culturas. Una de las deidades más importantes de Mesoamérica, el dios de la lluvia y de la tierra, llamado Tlaloc por los nahuas, era también un dios de la muerte.[55] Además, la deificación en Mesoamérica era *postmortem*, nunca *premortem*. El dirigente Quetzalcoatl se convertía en dios, o se asociaba con el dios del mismo nombre, sólo después de su muerte.[56] Por último, hay muchas más explicaciones lógicas de que los españoles fueran llamados «hijos del sol». Por ejemplo, un teniente de Cortés, Pedro de Alvarado, era apodado Tonatiuh, «el sol», por los mexicas, a causa de su mata de pelo rubio, que sin duda debía de ser su rasgo físico más llamativo desde la perspectiva de los indígenas, de cabello muy negro. Como hemos visto, en los Andes el término «hijo del sol» indicaba estatus elevado y originariamente se reservaba para los incas.

Pero el mito de la devastación, en sus diversas manifestaciones, se adecuaba bien a la percepción de los pueblos indígenas por parte de los europeos del siglo XVIII, y quizá también a la concepción indígena de la misma época acerca de sus antepasados paganos. Servía para explicar la conquista e indicaba la existencia de una relación de desigualdad y veneración que se reflejaba en la estructura de la sociedad colonial. Incluso cuando, un siglo y medio después, la Revolución mexicana dio origen a un nuevo discurso sobre el pasado de la nación, el mito de la apoteosis persistía bajo la creencia (o pretensión) equivocada de que formaba parte de la perspectiva indígena sobre la conquista.[57]

La otra ilustración del estado del mito en el siglo XVIII aparece en un poderoso mito inglés paralelo, llamado la «leyenda negra». Tiene su origen en el auge de Inglaterra como potencia mundial en el siglo XVI, en el conflicto entre católicos y protestantes provocado por la Reforma, y en la consolidación de la hostilidad anglo-española durante las décadas posteriores a la derrota de la Armada Invencible en 1588. La leyenda pintaba a los españoles como colonos brutales y sanguinarios que discriminaban sistemáticamente a sus súbditos indígenas. La perpetuaron sobre todo los ingleses, y posteriormente los británicos, basándose en fuentes como Bartolomé de las Casas, pero a finales del siglo XVIII era también de dominio común entre otros protestantes, como los holandeses, los prusianos y la población anglosajona de los flamantes Estados Unidos. Aunque la leyenda negra aparece en numerosas fuentes a lo largo de los siglos, una de ellas, muy poco citada, adquiere aquí una extraordinaria relevancia. Se trata de un poema épico, *The fall of Mexico*, publicado en 1775 por la señora de Edward Jemingham, que retrata a Cortés como un genio diabólico y a los españoles como asesinos sanguinarios, cuyas víctimas indígenas aceptaban resignadas su destino pero, gracias a Dios, se vengan con la derrota de la Armada Invencible en 1588. De este modo, el poema de Jemingham establece, inconscientemente, una clara conexión entre la «leyenda negra» y el mito de la devastación indígena, en el que los indígenas mexicas «se someten» a su «destino» y sólo contraatacan a los conquistadores con la mediación divina de los ingleses.[58]

En el siglo XX el mito ha recibido no sólo el beneplácito de muchos historiadores y escritores, sino también un impulso indirecto —y, como respuesta, un ataque— de una fuente inesperada. A diferencia de los ejemplos de Latinoamérica (que tienden a aceptar sin ambages el fundamento histórico del mito), el caso de Hawai en el siglo XVIII ha generado un intenso debate entre dos destacados antropólogos. Marshall Sahlins sostiene que los hawaianos indígenas confundieron al capitán Cook y a sus marineros británicos con dioses y, en consecuencia, las mujeres plebeyas intentaban —en connivencia con sus maridos— quedar embarazadas de aquellos «dioses» para tener hijos de alto estatus y buena fortuna. Aunque los jefes hawaianos expresaron objeciones ante

aquella conducta y posteriormente redefinieron a Cook como un humano normal y corriente (lo cual trajo fatales consecuencias para Cook), cuando el capitán británico desembarcó por primera vez en las costas del lugar, los señores hawaianos y sus súbditos se postraron ante el *akua* (dios) que había venido del Kahiki, el mítico hogar de los jefes divinos y sagrados.[59] Gananath Obeyesekere cuestiona esta interpretación, con el argumento de que los occidentales tendían a interpretar de modo literal y acrítico las fuentes que supuestamente demuestran la percepción indígena de los europeos como dioses. El principal objetivo crítico de Obeyesekere es la concepción de Sahlins sobre la apoteosis de Cook, pero también se refiere a Todorov y el mito de la apoteosis de Cortés, y sostiene que la idea del «europeo como un dios para los salvajes» no es una tradición indígena, sino una tradición arraigada en la «cultura y la conciencia europea».[60]

Las interpretaciones de Sahlins y Obeyesekere sobre las reacciones hawaianas ante Cook, por diferentes que sean, son explicaciones compatibles de aspectos concomitantes de una relación muy compleja. Sahlins nos recuerda la función de coherencia cultural en las sociedades humanas; de qué modo tienden a adaptar lo nuevo a lo antiguo, algo que hemos visto en el caso de Colón y los españoles. Obeyesekere muestra que las consideraciones políticas son siempre relevantes, en parte porque las decisiones políticas tomadas por los poderosos tienen motivaciones políticas universalmente comprensibles. En los enfrentamientos coloniales, los pueblos indígenas no eran proclives, de forma innata, al pensamiento esotérico, sino tan dados como los europeos a decidir en función de «la pragmática del sentido común».[61]

Aunque Obeyesekere no enmarca su tesis en un mito de la devastación o la anomia indígena, pone de manifiesto el modo en que los historiadores occidentales han tendido a comparar una Europa progresista y pragmática con un mundo indígena orientado a la tradición. De este modo, relaciona el mito de la apoteosis con otros problemas más generales relativos a la percepción europea de los americanos indígenas. El mito de los españoles como dioses ha adoptado diversas formas a lo largo de los siglos, pero todas comparten una visión de los americanos indígenas como sociedades tan supersticiosas, crédulas y primitivas en sus reacciones ante los invasores que no conocen la razón ni la lógica, mientras que los españoles son tan superiores en su tecnología y manipulación que su presión psicológica resulta arrolladora. En ese sentido, los términos de la comparación son lo infrahumano y lo sobrehumano. Pero a pesar de las diferencias superficiales de aspecto físico, los españoles parecían seres humanos y actuaban como tales, y existe infinidad de pruebas de que los indígenas trataban a los invasores como hombres. El mito de los españoles como dioses sólo cobra sentido si se presupone que los indígenas son «primitivos», infantiles o imbéciles.

En 1539, Jerusalén fue atacada por tres ejércitos cristianos a la vez. Uno era la fuerza imperial liderada por Carlos I de España (y V del Sacro Imperio Romano), acompañado por su hermano, el rey de Hungría, y el rey francés Francisco I. El ejército había llegado como refuerzo de un ejército español independiente, que estaba bajo el mando del conde de Benavente. La tercera fuerza atacante era el ejército de Nueva España, capitaneada por el virrey Mendoza. La batalla duró varias horas, hasta que al fin se rindieron los musulmanes que defendían la ciudad. Su líder, «el gran sultán de Babilonia y tetrarca de Jerusalén», no era otro que «el marqués del Valle, Hernando Cortés».

La batalla no se libró realmente en Oriente Próximo, sino en la vasta plaza central de Tlaxcala, la ciudad-Estado nahua cuya alianza con Cortés había resultado crucial para su derrota del imperio mexica casi dos décadas antes. La batalla ficticia, que formaba parte de toda una serie de juegos y justas, se representó el día de Corpus Christi. Los actores eran tlaxcalas, y contaron quizá con la colaboración de los frailes franciscanos. Uno de los frailes presenció el espectáculo y escribió una crónica sobre el mismo, publicada poco después en la *Historia de los indios de la Nueva España*.[62]

Si bien una batalla ficticia en la que los ejércitos victoriosos dependen del rey español, el virrey mexicano colonial y un conde español muy destacado en los asuntos mexicanos coloniales puede parecer una apología de la conquista española de México, la «Conquista de Jerusalén» de Tlaxcala no era exactamente eso. En la obra teatral el vencedor no era Cortés (representado por un actor indígena tlaxcala), sino el sultán, abocado a la derrota; y el capitán general de los moros era Pedro de Alvarado, el segundo español más destacado en la caída de Tenochtitlán y, posteriormente, conquistador de las tierras altas guatemaltecas. Los perdedores, Cortés y Alvarado, pedían clemencia y bautismo, y reconocían que eran los «vasallos naturales» de Carlos V, representado por los tlaxcalas, una curiosa manera de invertir la imposición, por par-

te de los conquistadores, del sometimiento natural de los indígenas.[63] Previendo la posible reacción negativa de Cortés ante su papel en la obra, los tlaxcalas situaban al frente del ejército de la Nueva España al virrey, don Antonio de Mendoza, con quien Cortés se enfrentó en 1539 (lo cual provocó que Cortés partiese de vuelta a España aquel mismo año).[64]

(1) Todos los papeles de la obra estaban representados por tlaxcalas. Había miles de guerreros tlaxcalas que tomaron Jerusalén, al igual que dieciocho años antes eran miles los que habían tomado Tenochtitlán. Y mientras los tlaxcalas que fingían ser soldados de los ejércitos europeos vestían todos los mismos uniformes anodinos, los tlaxcalas del ejército de Nueva España exhibían los abigarrados trajes tradicionales de los guerreros de la ciudad-Estado, complementados con los cascos de plumas, con «su más rico plumaje, emblemas y escudos», según los describió un observador franciscano. El escenario de la obra era la impresionante nueva plaza de Tlaxcala, cuyas dimensiones equivalían a la suma de cuatro campos de fútbol. Sus edificios, todavía en construcción, constituían parte del complejo decorado. Un aspecto importante del contexto político de la fiesta era la antigua rivalidad de los tlaxcalas con los mexicas, pues la obra se representaba en parte para parodiar un espectáculo similar escenificado cuatro meses antes en Ciudad de México, centrado en una imaginaria «Conquista [española] de Rodas», que era una velada reconquista mexica de México.[65] La «Conquista de Jerusalén» era, por tanto, una creación tlaxcala que pretendía ensalzar los triunfos recientes de Tlaxcala y su estatus actual de importante *altepetl*, o ciudad-Estado de México central, si no la más importante.

La celebración del Corpus Christi de 1539, considerada «el acontecimiento teatral más espectacular y complejo» de su época, es un ejemplo significativo del género.[66] Pero no era, en absoluto, la única fiesta de México en el siglo XVI, ni por supuesto de la América española colonial. En todas las colonias de Mesoamérica y los Andes, las comunidades indígenas representaban obras teatrales, danzas y parodias de batallas. Muchas perduran todavía hoy. Todas basaban sus tramas complejas en una mezcla de representaciones rituales indígenas tradicionales y diversos elementos de la tradición teatral española. El efecto, si no la finalidad, de tales festivales era reconstruir la conquista no como un momento histórico de derrota y trauma, sino como un fenómeno que trascendía cualquier momento histórico concreto y era trascendido, a su vez, por esa comunidad indígena local. Los festivales no eran conmemoraciones de algo perdido, sino celebraciones de la supervivencia comunitaria, la integridad patriótica, y la vitalidad cultural.[67] Así pues, los festivales de la reconquista representan el primero de siete indicadores de la vitalidad indígena, tanto en la era de la conquista como en la etapa posterior.

(2) El segundo indicador está constituido por otras expresiones de la negación o inversión indígena de la derrota. Un corpus extraordinariamente amplio de fuentes, que ilustra este fenómeno en lo que se refiere a Mesoamérica, pertenece al género designado por los investigadores como «título». El título era una historia comunitaria que promovía los intereses locales, sobre todo en relación con la propiedad de la tierra, habitualmente los de la dinastía local o las familias nobles dominantes. Tales documentos se redactaban alfabéticamente, en las lenguas indígenas, en toda Mesoamérica durante el período colonial, pero sobre todo en el siglo XVIII, cuando aumentaron las presiones de la tierra como consecuencia del crecimiento demográfico parejo de españoles e indígenas. Los títulos de la última fase del período colonial se basaban en fuentes anteriores, tanto escritas como orales, que representaban la continuidad de las historias anteriores a la conquista y a menudo contenían crónicas de la invasión española.[68] Las crónicas mayas de la conquista que figuran en los títulos de Yucatán revelan que no había una única visión indígena homogénea de aquel acontecimiento; las perspectivas estaban determinadas, en gran medida, por las diferencias de clase, familia y región. La mayoría de la élite maya, sin embargo, tendía a infravalorar la significación de la conquista, al recalcar la continuidad de estatus, lugar de residencia y ocupación de los tiempos anteriores a la conquista. Los mayas situaban la invasión española, así como la violencia y las epidemias que provocó, en el contexto general de los ciclos históricos de calamidades y recuperación, relegando así la conquista al estatus de mero accidente pasajero en su larga experiencia local.[69]

Otro ejemplo de la diversidad de las reacciones indígenas ante la conquista lo encontramos en el valle de Oaxaca, en el sur de México. En la última década del siglo XVII, se libró una disputa por la tierra entre dos comunidades indígenas del valle, una nahua y la otra mixteca. En los tribunales, ambas presentaron títulos para defender sus respectivas causas, y cada una de ellos contenía una breve crónica de la conquista. La versión nahua de los acontecimientos de la década de 1520 afirmaba que los guerreros nahuas habían venido a Oaxaca desde Mé-

xico central en respuesta a una súplica de los zapotecas, que necesitaban ayuda para defenderse de los mixtecas caníbales. Cortés aprobó la misión, pero cuando él llegó a Oaxaca tras la victoria nahua, los nahuas y él discutieron y se enfrentaron en combate. Los nahuas ganaron también esta batalla, y después de esta «conquista originaria», se asentaron en el valle en la tierra que se les concedió.

En cambio, la versión mixteca aseguraba que Cortés llegó primero al valle, donde fue recibido por los mixtecas, que concedieron a los españoles parte de la tierra para que se asentasen en ella. Los problemas comenzaron cuando Cortés regresó con un grupo de nahuas, que comenzaron a pelear y fueron derrotados por los mixtecas. Con la mediación de Cortés, los mixtecas permitieron gentilmente que los nahuas se asentasen en el valle. Sorprendentemente, los lindes de la tierra no eran menos generosos en el título mixteca que en la versión nahua.

En ambas versiones, las identidades comunitarias —o micropatrióticas— locales son primordiales. No se acepta la división colonial de los pueblos entre españoles e «indios», ni tampoco la idea de que la conquista fue una iniciativa española o un triunfo principalmente español. La derrota indígena no sólo se niega, sino que se invierte. Incluso la frase «derrota indígena» carece de sentido desde una perspectiva comunitaria que considera a todos los foráneos más o menos del mismo modo, ya sean españoles, mixtecas, nahuas o zapotecas, o incluso miembros del mismo grupo lingüístico que viven en otra ciudad.[70]

El tercer indicador de vitalidad indígena durante la conquista era el papel desempeñado por los indígenas como aliados en las campañas que siguieron a las principales guerras de invasión. Aunque a largo plazo las campañas solían derivar (no siempre era así) en la expansión del régimen colonial español, a corto plazo constituían, por lo general, un modo de explotación indígena de la presencia española para favorecer sus propios intereses regionales. Por ejemplo, los ejércitos de guerreros nahuas que desarrollaron campañas bélicas en lo que hoy es México septentrional, meridional, Yucatán, Guatemala y Honduras contribuyeron a crear el reino colonial de Nueva España y estaban bajo las órdenes de capitanes españoles. Pero la gran mayoría de los combatientes era hablante de nahuatl que dependía de sus propios oficiales. Muchos permanecieron como colonos en las nuevas ciudades coloniales, como Oaxaca, Santiago (Guatemala), Mérida y Campeche, y su cultura y lengua definieron un rasgo permanente de esas regiones. Como simboliza la toponimia de las tierras altas guatemaltecas todavía hoy, el nahuatl

adquirió el estatus de *lingua franca* en Nueva España. En muchos aspectos, las campañas eran una continuación del expansionismo mexica que había avanzado casi sin obstáculos desde un siglo antes de la invasión española.[71]

Un ejemplo ligeramente distinto es la expansión maya chontal a finales del siglo XVI durante el reinado de Paxbolonacha. Su identidad colonial simultánea era don Pablo Paxbolon, gobernador de la región. A pesar de que el primer contacto importante de los mayas chontales con los españoles data ya de 1525, hasta mediados del siglo XVI la región no se incorporó plenamente a la colonia española más cercana, Yucatán. Desde la década de 1560, y de forma continuada hasta su muerte, en 1614, Paxbolon participó en las campañas contra las comunidades mayas vecinas que todavía no se habían incorporado a la colonia o que habían eludido el control colonial. La presencia española en la mayoría de estas expediciones era mínima o inexistente. A pesar de que Paxbolon tenía autorización de Mérida para rodear a los refugiados e «idólatras», un título maya chontal escrito durante su régimen registraba tales campañas antes y después de la invasión española, lo cual indica que las campañas coloniales sólo fueron una continuación de las antiguas redadas de esclavización.[72]

El expansionismo de Paxbolon era un fenómeno muy local, pero también lo eran todos los casos de actividad militar indígena después de la invasión española, desde las campañas nahuas posteriores a la caída del imperio mexica, hasta las de los guerreros andinos durante varias décadas después de la captura y ejecución de Atahualpa. Las circunstancias locales producían variaciones regionales, pero el modelo general muestra la existencia de una notable actividad militar indígena durante la conquista y después del supuesto final de ésta, y no siempre dirigida contra los españoles, sino a menudo orientada a defender los intereses indígenas locales.

El historiador Charles Gibson, en su influyente estudio sobre la Tlaxcala colonial, señala que había veces en que «los indios aceptaban un aspecto de la colonización española con el fin de propiciar su rechazo de otro».[73] Esta situación se refleja en el papel que suelen desempeñar las élites indígenas, cuya colaboración parcial y compleja en la conquista y en la política colonial representa el cuarto indicador antidevastación. En el nivel más alto de liderazgo indígena, el de los emperadores mexicas e incas, tal colaboración sólo servía para ganar tiempo. Pero en vida de Moctezuma y Atahualpa, siquiera cautivos, sus políti-

cas de colaboración y apaciguamiento servían para salvar vidas indígenas y evitar la declaración de guerra. El Moctezuma del mito —inventado por los franciscanos y los tlatelolcas y perpetuado por los historiadores modernos, desde Prescott hasta Tuchman— no era un colaborador artero. Pero el Moctezuma real fue el dirigente más hábil del imperio mexica; Fernández-Armesto lo describe como el más dinámico, el más agresivo, el más seguro de sí mismo, el que aventajó a todos sus predecesores con campañas bélicas en un territorio de más de 400.000 km², campañas que continuaron después de que Cortés hubiera establecido su residencia en Tenochtitlán. Cortés aseguraba haber capturado a Moctezuma poco después de llegar a la ciudad, pero parece claro, por las descripciones de las actividades del emperador en otras fuentes españolas e indígenas, que su detención se produjo al cabo de varios meses. Entretanto, el dirigente mexica lanzó una red de confusión en torno a los españoles, cuya inseguridad les llevó a cometer la desastrosa huida sanguinaria de Tenochtitlán, pues no sabían si les esperaba la sumisión, arteros engaños o una hostilidad abierta.[74] La captura de Atahualpa fue más inmediata, pero incluso durante su cautiverio conspiró y planificó estrategias para, durante un tiempo, refrenar a los españoles y utilizarlos con el fin de ganar su propia guerra contra su hermano.

El elevado estatus de Moctezuma y Atahualpa, a largo plazo, los hacía inapropiados para ser dirigentes títeres y los condenó a la muerte a manos de los españoles. En cambio, otros dirigentes nativos menores pudieron negociar una salida para escapar del cautiverio y la ejecución, o incluso para evitar el encarcelamiento y ser consolidados en su cargo por las autoridades coloniales. Don Pablo Paxbolon es un buen ejemplo de dirigente que logró mantener el estatus dual durante todo su reinado/régimen, en parte porque su pequeño reino era de escaso interés para los españoles. Por el contrario, el reino de Manco Inca Yupanqui resultaba muy atractivo para los españoles, que pronto se rebelaron contra su estatus dual. Además de ser inca (que significa «emperador») por derecho sucesorio, Manco fue reafirmado por los españoles en el cargo de regente de Perú en 1534 y supuestamente debía actuar como títere del régimen colonial (véase la figura 15). Pero en 1536 las condiciones del compromiso se habían vuelto excesivamente onerosas, y el abuso de la familia y los criados de Inca por parte de los Pizarro y sus aliados se había vuelto intolerable. Manco huyó de la capital de Cuzco, formó un ejército y asedió la ciudad durante un año hasta que al fin se retiró a los Andes, donde perduró hasta 1572 un reino inca indepen-

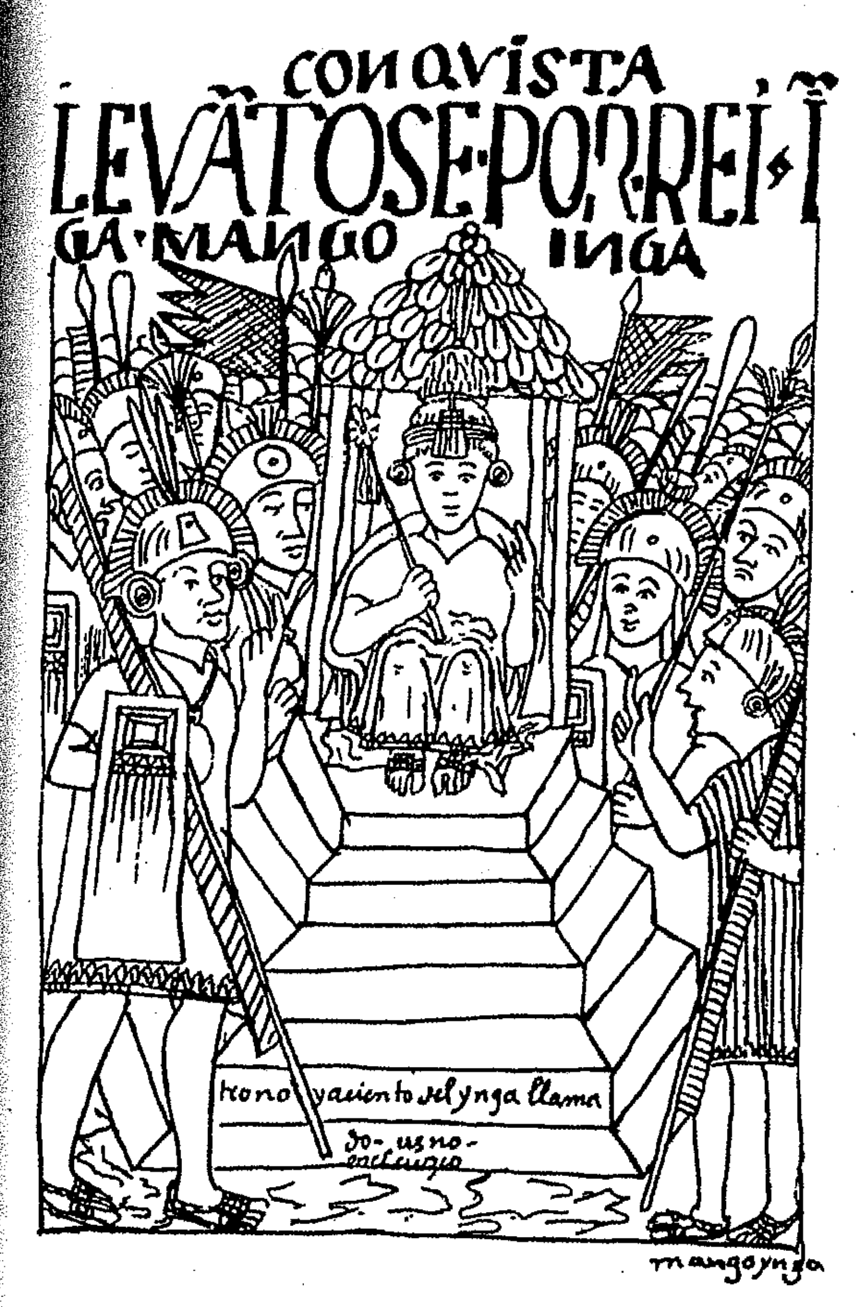


FIGURA 15. «Manco Inca, educado como rey inca», en *Nueva corónica y buen gobierno*, de don Felipe Huaman Poma de Ayala (1615).

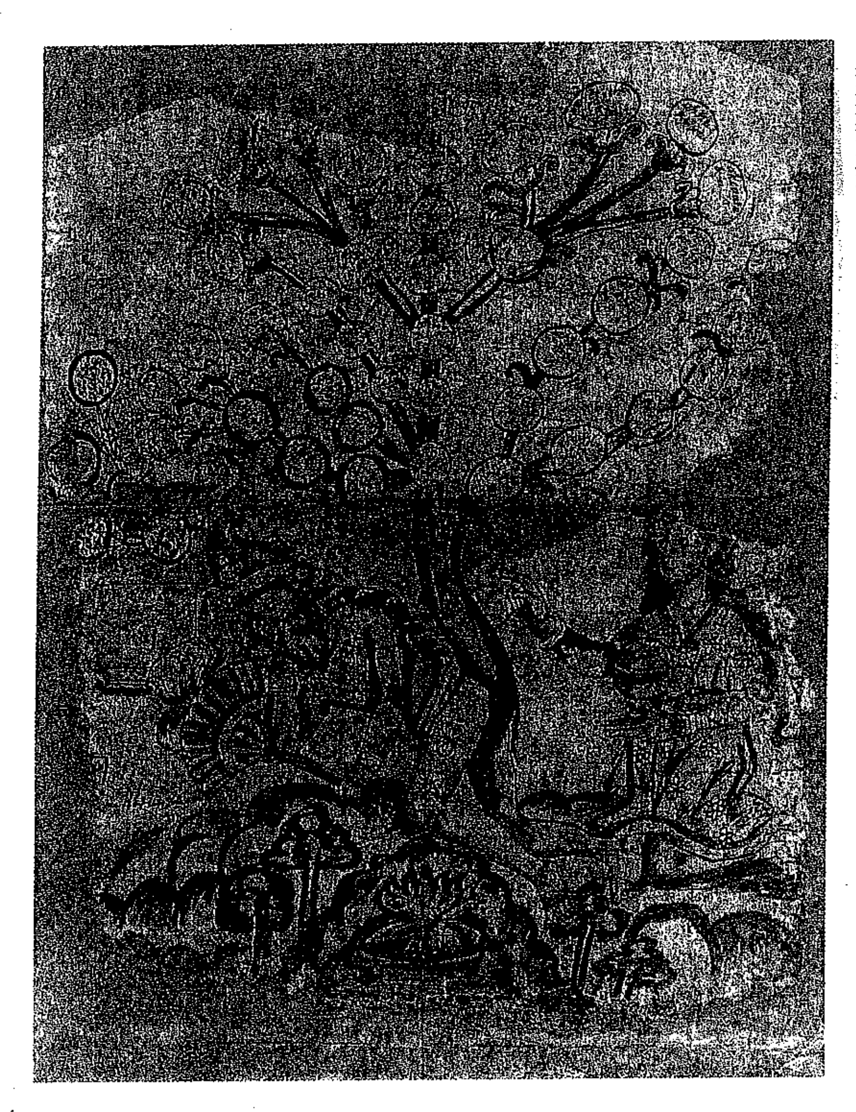


FIGURA 16. «El árbol genealógico de la dinastía Xiu», probablemente de Gaspar Antonio Chi (c. 1557), actualizado por don Juan Xiu (c. 1685).

diente. Entretanto, en 1560, fue designado inca el hijo de Manco, Titu Cusi, que posteriormente, ya bautizado, negoció un acercamiento a los españoles. Aunque su hermano, Tupac Amaru, y otros miembros de la familia fueron ejecutados en 1572 por su rebeldía, Titu Cusi, sus descendientes y otros miembros de la nobleza inca lograron mantener un estatus económico y político considerable dentro del Perú colonial durante siglos.[75]

La supervivencia de los incas fue paralela, en muchos aspectos, a la perpetuación del estatus de los parientes y descendientes de Moctezuma. Aunque carecían de la influencia política de la preconquista, su relevancia social y económica local se vio reafirmada con la concesión de títulos y honores de la corona española.[76] Asimismo, las familias mayas más nobles, tras arduas negociaciones prolongadas durante varios años, lograron preservar, en la mayoría de los casos, un estatus de dirigentes comunitarios locales a cambio de la aceptación de la autoridad política española en el nivel regional. El gobernador español de Yucatán se convirtió en el *halach uinic* (dirigente provincial), pero los nobles de dinastías como la de los Cocom, los Pech y los Xiu siguieron siendo *batabob* (dirigentes locales o gobernadores de la ciudad) durante los tres siglos siguientes.

Los Xiu se contaban entre las familias nobles más poderosas de Yucatán antes y después de la conquista.[77] La figura 16 ilustra, a través de un árbol genealógico, la continuidad de la legitimidad histórica de la dinastía Xiu durante la conquista. La pareja fundadora semimítica supuestamente vivió varios siglos antes de la conquista, y los individuos mencionados corresponden a los siglos XV-XVII. El árbol, dibujado a mediados del siglo XVI por Gaspar Antonio Chi, y actualizado un siglo después por otro miembro de una rama de la familia, muestra una compleja mezcla de elementos culturales mayas, nahuas y españoles. La imagen refleja la síntesis entre cambio y continuidad, compromiso y supervivencia, que marcó la adaptación de la élite indígena al régimen colonial.

La mayoría de los nobles Xiu mencionados en la figura 16 tenía el cargo de *batabob*, lo cual refleja el auge de la comunidad municipal indígena entre los siglos XVI y XVIII, que constituye el quinto indicador de la vitalidad indígena después de la invasión. Uno de los mecanismos de adaptación indígenas al régimen colonial, que propició la edad de oro de la ciudad indígena, fue la rápida adopción del cabildo español, esto es, la autoridad municipal. Los españoles delegaron la elección del ca-

bildo, así como sus cargos y funciones, en las ciudades indígenas ya desde el comienzo del período colonial, o al menos así lo creían. En realidad, las élites indígenas sólo constituían en apariencia los cabildos de estilo español. Sus «elecciones», si se celebraban, eran un mero paripé que ocultaba las maniobras y los ciclos de poder tradicionales entre facciones. Adoptaron los títulos españoles como alcalde (juez) y regidor (funcionario municipal), pero el número, la jerarquía y los cargos de los funcionarios se basaban en las tradiciones locales, y muchos cabildos contenían funcionarios con títulos de la preconquista. En algunos casos, los gobernadores indígenas eran elegidos por los españoles, pero lo más común era que continuasen gobernando de forma vitalicia, igual que antes de la conquista, incluso con sus títulos precoloniales, y transfiriesen sus cargos a sus hijos.[78]

Los españoles consideraban los cabildos como un producto del colonialismo, mientras que los indígenas adoptaron ese marco a modo de cambio superficial y pronto pasaron a considerarlo como una institución local, más que colonial. Esta doble percepción es otro ejemplo de doble identidad malinterpretada, en el cual tanto españoles como indígenas consideraban que el mismo concepto o modo de actuar pertenecía a su propia cultura. En este sentido, la adopción de elementos culturales hispánicos por parte de los indígenas no supuso una pérdida o decadencia cultural, sino adaptabilidad y vitalidad (sexto indicador de la vitalidad cultural indígena después de la conquista). Los indígenas tendían a ver los préstamos —ya fueran palabras, conceptos, modos de contar, de culto, de construcción de edificios, de planificación urbana— no como elementos foráneos, sino como parte de las prácticas y costumbres comunitarias. No los consideraban españoles, ni indígenas, sino locales. Y esto era así gracias a la integración y prosperidad de las comunidades municipales semiautónomas. Al final del período colonial, en la mayor parte de Hispanoamérica había escasos elementos culturales indígenas que (según señala James Lockart) «pudieran definirse como completamente europeos o indígenas en su origen. Las formas estables que surgieron con el tiempo se basaban en ambos antecedentes, pues fusionaron muchos elementos que desde el principio eran similares con otros ahora entrelazados e integrados, de modo que identificar cuáles pertenecían a qué antecedente es una tarea en gran medida imposible, o incluso no pertinente».[79]

Al igual que la violencia y el drama de la invasión española dieron paso al cambio cultural gradual, también la tragedia inmediata de la reducción demográfica indígena propició nuevas oportunidades de diverso tipo a largo plazo. El cronista andino Huaman Poma advirtió en 1615 que los indios corrían peligro de extinción y, en términos demográficos, un siglo después de que los españoles iniciasen sus conquistas por el continente americano, esto casi parecía una posibilidad real. El brusco declive de la población americana indígena, que se inició en 1492 y continuó hasta bien entrado el siglo XVII, ha sido descrito como un holocausto. En términos de frecuencia absoluta y velocidad de reducción demográfica —una pérdida de unos 40 millones de personas en un siglo— es probablemente el mayor desastre demográfico de la historia humana.[80]

Pero la reducción no fue un holocausto entendido como el producto de una campaña genocida o un intento deliberado de exterminar a la población. Los colonos españoles dependían de las comunidades indígenas para construir y sostener sus colonias con tributos, productos y mano de obra. Los funcionarios coloniales estaban sumamente preocupados por la tragedia demográfica de la colonización del Caribe, donde los pueblos indígenas de la mayoría de las islas se extinguieron en pocas décadas. La preocupación aumentó ante la evidente mortalidad masiva en el continente durante las invasiones españolas, o incluso antes. Lo que no comprendían los españoles era hasta qué punto la enfermedad era responsable de este desastre. Los argumentos de una minoría (Bartolomé de las Casas sigue siendo el más representativo), según los cuales la brutalidad colonial era la principal causa de la aparente extinción de los indígenas, constituyeron una seria preocupación para la corona. En consecuencia, se aprobaron periódicamente edictos pensados para proteger a los indígenas de los excesos coloniales. Su efecto fue limitado, pero reflejaba el hecho importante de que los españoles necesitaban la supervivencia y proliferación de los pueblos indígenas americanos, aunque sólo fuera para explotarlos.

La combinación del declive demográfico y la dependencia colonial española respecto de una población indígena en recesión —y posteriormente en crecimiento muy lento— brindó nuevas oportunidades a los supervivientes. Algunas oportunidades eran de tipo político. La relativa estabilidad de la élite dirigente de Yucatán, y de los pocos ejemplos de familias advenedizas que adquirieron poder gracias a aquella situación, no tiene parangón en ningún otro lugar de Hispanoamérica. En la región de Riobamba de la Quito colonial, por ejemplo, la élite preinca y las familias supervivientes de la nobleza inca se disputaban el poder en el crisol de la conquista y el régimen colonial. La situación fue

hábilmente manipulada por los Duchisela, una familia que, pese a su preeminencia en la zona, antes de la conquista nunca había sido una dinastía de dirigentes. Esta familia recibió con los brazos abiertos a la expedición española de Sebastián de Benalcázar y en compensación se le otorgó un señorío local. Hacia la década de 1570 consiguió la gobernación de la ciudad. Durante los dos siglos siguientes los Duchisela reafirmaron considerablemente su poder político en la región, amasaron una fortuna familiar gracias a su rico patrimonio de terratenientes, y lograron inventar la legitimidad histórica de su dinastía.[81]

La fortuna de la familia Duchisela tenía su origen en la tierra, y a comienzos del siglo XVII su patriarca, don Juan, junto con su esposa, doña Isabel Carrillo, eran propietarios de casi un millar de hectáreas de tierra. De hecho, la tierra era otro de los ámbitos que brindaban nuevas oportunidades a los indígenas después de la conquista. Al contrario de lo que se suele pensar, los españoles no llegaron a América para adquirir tierras. El objetivo de los conquistadores era recibir una encomienda, es decir, una concesión de tributos y mano de obra indígena, pero no tierra. La presión que ejercían los españoles sobre las comunidades indígenas para que cedieran o vendieran la tierra no fue notable hasta una etapa posterior del período colonial. En el siglo XVI los indígenas disponían de muchas más tierras que antes de la conquista. Y con la llegada de las herramientas de acero y hierro, y nuevos tipos de cultivos y animales domésticos, se desarrollaron también nuevos modos de trabajo agrícola.[82]

Sin duda alguna, en el siglo XVI los pueblos de América sufrieron el envite de las epidemias letales y las onerosas exigencias del período colonial. Pero no decayeron en un estado de depresión e inactividad a causa de la conquista, sino que buscaron nuevas vías para mantener sus hábitos tradicionales y aumentar su calidad de vida, aun a pesar de los cambios e inconvenientes de la colonización. Además, el declive demográfico no supuso la decadencia de la cultura indígena en ningún sentido. Las culturas autóctonas evolucionaron de forma más rápida y radical durante el período colonial, como consecuencia del contacto con la cultura española y la necesidad de adaptarse a las nuevas tecnologías, exigencias y métodos. Pero, como han observado los historiadores de la Baja Edad Media, la merma periódica de la población a causa de plagas y epidemias no provocó la pérdida de la cultura.

El mito de la devastación indígena suele pasar por alto todos estos aspectos, pues subsume en la «nada» la compleja vitalidad de las culturas y sociedades indígenas durante la conquista y en la etapa posterior.[83] Como señala Inga Clendinnen, el relato mítico o «convencional del retorno de los dioses y autócratas amedrentados, de un mundo exótico paralizado por su encuentro con la Europa, pese a su coherencia y su carácter inevitable, a la luz de los datos, es como el avance del Eliza por los témpanos de hielo: simple oscilación entre hundimientos puntuales unidos por saltos desesperados hacia adelante».[84] En el siguiente capítulo se analizan dichos saltos —sobre todo la idea de la superioridad española— y se demuestra que la capa de hielo en realidad era bastante fina.

Capítulo 7

Monos y hombres
El mito de la superioridad

Invictísimo y muy católico Señor: Dios Nuestro Señor la vida y muy real persona y potentísimo estado de vuestra majestad conserve y aumente, con acrecentamiento de muchos más reinos y señoríos, como su real corazón desea.

HERNÁN CORTÉS (1521)

Conquistador, ya no queda tiempo, debo rendir pleitesía.
Aunque vine a mofarme, ahora parto arrepentido.

PROCOL HARUM (1972)

Cortés: «Absurdo e insensato son términos
que inventamos, para las costumbres que difieren de las nuestras:
pues todos sus hábitos son fruto de la Naturaleza,
pero nosotros, con el Arte, desenseñamos lo que la Naturaleza enseña».

JOHN DRYDEN,
The Conquest of Granada by the Spaniards (1672)

¿Por qué la historia de la conquista española está tan dominada por los mitos? Según el antropólogo Samuel Wilson, intentamos distanciarnos de la historia del contacto y la conquista por la tragedia que contiene. «Es más seguro desde el punto de vista político y menos gravoso en el plano emocional —sugiere Wilson— desdibujar la historia en el mito y confinarla ahí.» Esta tesis permite explicar no sólo la perpetuidad de los mitos de la conquista, sino también su desarrollo en el período de

la conquista. No debe sorprendernos que estos mitos perduren hasta bien entrado el siglo XXI; después de todo, como apunta Wilson, todavía vivimos en «el período de contacto».[1]

En el período colonial, los españoles procuraban constreñir la historia, engalanándola con el tropo tal vez más simple que se ha inventado para explicar la conducta humana, las diferencias entre pueblos y el desenlace de los acontecimientos históricos: el mito de la superioridad. Los cronistas coloniales y los historiadores modernos que se basaban en aquéllos recurrían a este argumento simple y circular: los españoles conquistaron a los indígenas porque eran superiores, y eran superiores porque conquistaron a los indígenas.

En su manifestación extrema, la inferioridad indígena se expresaba en términos que negaban a los indígenas su humanidad. Suele citarse, en este sentido, el comentario de Juan Ginés de Sepúlveda, porque sugiere esta imagen con gran naturalidad. El jurista y filósofo español declaró sin ambages que los indígenas a duras penas merecían el nombre de seres humanos.[2] Aunque esta opinión ha desprestigiado a Sepúlveda, sólo expresa de modo más franco y directo lo que pensaba la mayoría de los españoles y otros europeos de la época. Dos siglos después, por ejemplo, el ilustrado y anticolonialista francés Denis Diderot caracterizaba a los exploradores españoles como «un puñado de hombres rodeados por una gran multitud de indígenas». Cuando el antropólogo Michel-Rolph Trouillot cita esta frase, subraya las palabras *hombres* e *indígenas* para recalcar el contraste.[3]

Esta oposición entre hombres e indígenas, entre civilización y barbarie, entre el desarrollo y el mundo primitivo, se manifiesta en muchos otros textos, aparte de las fuentes coloniales o contemporáneas. Las opiniones más extremas sobre los méritos relativos de la civilización introducida con la conquista española se manifestaron en el debate público, sumamente politizado, del quinto centenario en torno a Colón y su legado. Michael Berliner declaró en *Los Angeles Times* que «la civilización occidental representa al hombre en el mejor sentido de la palabra», y debe ser homenajeada (a través de la celebración del quinto centenario) «porque es la cultura objetivamente superior». La contraposición que establece Berliner entre una América precolombina indígena y bárbara («poco habitada, desaprovechada, subdesarrollada», pero atormentada por «inacabables guerras sanguinarias») y una Europa occidental que encarnaba las virtudes de la civilización («razón, ciencia, independencia, individualismo, ambición, logro productivo») es una

versión del tropo que utilizaron los europeos durante siglos para justificar la explotación de los americanos indígenas y la esclavitud de los africanos occidentales.[4]

Hace relativamente poco tiempo, ciertos historiadores profesionales expresaban todavía opiniones similares.[5] Aunque en los medios académicos el lenguaje de la civilización frente a la barbarie se manifiesta ahora de modo más sutil y encubierto, afloran aún las palabras «superior» y «superioridad» en los textos y debates actuales sobre la conquista. Este capítulo aborda el mito de la superioridad a partir del análisis de dos series de cinco explicaciones relativas a la conquista. La primera serie comprende las explicaciones míticas, basadas en las tergiversaciones y malentendidos descritos en este libro. La segunda está constituida por las explicaciones antimíticas de la conquista.

Poco después de presenciar la captura de Atahualpa en Cajamarca, Gaspar Marquina comentó a su padre en una carta que aquel logro se debía a un milagro de Dios, porque sus fuerzas nunca se lo habrían permitido en condiciones normales.[6] Atribuir a la intervención divina un desenlace que sorprendía o dejaba perplejos a los españoles era una opción fácil a la que solían recurrir los conquistadores. Pedrarias de Ávila, mientras era gobernador de la colonia de Tierra Firme, cuya capital era la ciudad de Panamá, insinuó en una carta remitida al rey en 1525 que tanto él como los indígenas compartían la opinión de que las epidemias habían sido providenciales. Y precisaba que más de 400.000 personas se habían convertido al catolicismo por propia voluntad, porque en una aldea donde los indios intentaron quemar una cruz de madera, todos murieron a causa de una epidemia de peste, milagro que instó a los demás indios de la región a bautizarse y solicitar cruces.[7]

A veces se citaban milagros concretos, como cuando se relacionaba el asedio de la ciudad inca de Cuzco en 1537 con la aparición de la Virgen María o de Santiago apóstol a lomos de su caballo blanco. En realidad, las primeras crónicas del asedio, de autoría tanto española como andina —Antonio de Herrera, Titu Cusi, Cristóbal de Molina, Garcilaso de la Vega, y fray Martín de Murúa—, consideran la intervención de Santiago y la Virgen como un factor importante, si no el decisivo, del desenlace.[8] En otras ocasiones, las referencias a Dios por

parte de autores del siglo XVI —a su voluntad, bendición o intervención— parecen tan integradas en el lenguaje de la época que pueden entenderse como fórmulas hechas que encubren otras explicaciones e ideas más complejas.

La cuestión más evidente que plantea la explicación de la conquista como un milagro es *¿por qué* intervino Dios a favor de los españoles? La respuesta era decepcionante por su extrema simplicidad: sus esfuerzos fueron recompensados por Dios. Sahagún señala que ocurrieron muchos milagros durante la conquista de aquellas tierras; así lo dice en 1585, en su revisión del libro XII del *Códice florentino*, pues en opinión del fraile aquel texto no recalcaba suficientemente la importancia de factores como la providencia. Ya antes de Sahagún, Bartolomé de las Casas y Motolinía habían defendido también que la conquista era la respuesta a la orden divina de llevar el cristianismo a los indígenas. En general, los franciscanos y dominicos se esforzaron en promover la evangelización en América no sólo en nombre de Dios, sino también como finalidad y justificación de toda la conquista.[9]

El mensaje fue transferido con facilidad al ámbito seglar. Los conquistadores como Cortés decían que eran agentes de la providencia, y los cronistas como Oviedo y Gómara construyeron la historia de la conquista en torno a la idea de que el proyecto divino consistía en unir el mundo bajo el amparo del cristianismo y la monarquía española. En un discurso pronunciado en Tlaxcala para arengar a los españoles en el asedio de la capital mexica, Cortés, según informó posteriormente al rey, recurrió a esa idea para presentar la conquista como una «guerra justa». Señaló que, en primer lugar, luchaban contra un pueblo bárbaro para expandir la fe; en segundo lugar, para servir al rey; en tercer lugar, para proteger la vida de los españoles; y, por último, muchos de los indígenas eran aliados y estaban dispuestos a colaborar.[10] Esta perspectiva justificaba y explicaba la necesidad de permanecer unidos y apoyarse mutuamente. La conquista tenía «motivos» porque era una misión civilizadora contra los bárbaros. Y triunfó gracias a la intervención de la voluntad divina, así como al hábito español de «ganar».[11] Cortés comentó en otra ocasión que, dado que los españoles llevaban la bandera y la cruz en nombre de la fe y el servicio al rey, Dios les dio la victoria y lograron matar a muchas personas.[12]

Los conquistadores como Marquina, Ávila y Cortés han atribuido en ocasiones los acontecimientos a la voluntad divina. Pero su idea de la intervención española en América, así como del modo en que se realizaba tal intervención, estaba influida por una cultura que situaba la explicación de «la conquista como milagro» en el contexto ideológico de la visión de España como pueblo elegido. Según Gómara, los españoles son dignos de encomio en todas las partes del mundo, gracias a todas sus exploraciones, conquistas y conversiones de «idólatras». Debían dar gracias a Dios por concederles el poder y la gloria.[13] La idea de la superioridad española era siempre transparente, incluso cuando se atribuía la conquista a los milagros.

La segunda explicación mítica culpa a los indígenas de su propia derrota. Combina la idea de que la resistencia indígena se vio obstaculizada o impedida por la creencia de que los españoles eran (o podrían haber sido) dioses, con la responsabilidad de los emperadores mexicas e incas en la consecuente decadencia de sus imperios. Se pone de relieve la superioridad hispánica a través del contraste entre los líderes indígenas y españoles —cuanto más se condenaba a Moctezuma como cobarde y timorato, según lo describe Sepúlveda, más noble y valiente parecía Cortés—, y de la implicación de que la apariencia, la capacidad y las acciones de los conquistadores indujeron a los indígenas a confundirlos con dioses.

La tercera explicación mitológica deriva de la visión de las culturas indígenas como incapaces de hacer frente a la invasión española. Una vez más, la inferioridad indígena sirve para alimentar el mito de la superioridad española. Una de las primeras ideas europeas sobre los americanos indígenas era la creencia de que carecían de cultura «auténtica», o de que sus culturas eran endebles a causa de la ingenuidad o la corrupción moral. Tales ideas dieron lugar también a explicaciones sobre el desenlace de la conquista. No es extraño que resultasen convincentes para los españoles de la época, pero lo curioso es que se contemplen todavía en ciertos libros de historia contemporáneos. Por ejemplo, J. H. Elliott, el destacado historiador británico especializado en España y su imperio, sostiene que el armamento español no explica, por sí solo, la conquista.

> La superioridad debía de ser más que meramente técnica, y quizá obedecía, en última instancia, a la mayor seguridad y aplomo de la civilización que generaron los conquistadores. En el imperio inca hallaron una civilización que había iniciado ya el declive, tras una época de esplendor; en el imperio azteca, por otro lado, se enfrentaron a una civilización todavía joven y en pleno proceso de evolución. Así pues, cada

uno de estos imperios se vio sorprendido cuando menos capaz era de ofrecer resistencia efectiva; ambos carecían de seguridad en sí mismos y en su capacidad de supervivencia en un universo dirigido por deidades implacables, y vivían constantemente al límite de la destrucción. El conquistador, ávido de fama y riqueza, sumamente seguro de su capacidad de obtenerlas, se plantó ante el umbral de un mundo fatalista resignado a sucumbir; y en el nombre de la cruz lo conquistó.[14]

Este párrafo contiene gran parte de la mitología de la conquista: ésta se logra gracias a unos pocos hombres excepcionales, ávidos de riqueza; los imperios indígenas se destruyen en poco tiempo; y los españoles disfrutan de una doble «superioridad», por su desarrollo tecnológico y su civilización. Elliott no culpa explícitamente a la religión indígena, pero se sobreentiende la idea cuando alude al «mundo fatalista», una versión moderna de la «superstición» que atribuían a los indígenas los españoles de la era colonial. Como ya señaló el gobernador de Yucatán, Santiago Méndez, a comienzos de la década de 1840, en las mentes «indias» superstición y credulidad iban de la mano.[15]

En 1949, el dibujante belga Hergé captó con gran agudeza las actitudes intemporales hacia los indígenas en su libro *El templo del sol*, la aventura de Tintín en que el reportero heroico viaja a Perú. En un plano, los prisioneros son Tintín y sus amigos (atados a las estacas en la figura 17, pág. 196), pero en otro plano son los indígenas quienes viven presos de su cultura estática y primitiva.[16] El recurso de Tintín a su conocimiento del eclipse inminente resulta cómico, pero la recepción de la escena en Europa sólo es posible porque se basa en la presuposición de la superioridad occidental y la superstición indígena.

Los primeros viajes de Tintín describían un mundo colonial de europeos civilizados e indígenas bárbaros, mientras que sus libros finales y sus revisiones de la obra más antigua presentaban un mundo poscolonial caracterizado por el neocolonialismo. Las aventuras de Tintín han sido una de las lecturas favoritas de varias generaciones de chicos europeos, y de no pocos adultos; se cuenta por decenas de millones el número de ejemplares vendidos en todo el mundo.[17] La legitimidad figurativa de *Tintín* radica en su amplia difusión, pero se reafirma también en el hecho de que las fuentes menos cómicas, desde los historiadores populares hasta los investigadores más eminentes, han seguido defendiendo una visión de la cultura indígena no muy alejada de la que retrata Hergé.[18]

Michael Wood, por ejemplo, insinúa que los mexicas aceptaron su derrota porque «la política azteca era, indudablemente, un orden moral con una espiritualidad profunda y atormentada». Le Clézio va más lejos aún cuando afirma que «los mayas, los totonacs y los mexicas eran tribus profundamente religiosas, completamente sometidas al orden de los dioses y al régimen de sus reyes-sacerdotes».[19] Charles Dibble, confundido por el *Códice florentino* en el que trabajó durante décadas, explicaba la conquista de México, en gran medida, desde la perspectiva cultural mexica, que caracterizaba como «regida por los augurios» e «impregnada de fatalismo resignado»; los mexicas aceptaban con resignación la aparente «ineficacia de la religión y la magia indígenas» y la suposición de que Cortés era Quetzalcoatl.[20]

Benjamin Keen, en su célebre manual de historia latinoamericana, también compara a las civilizaciones europea e indígena americana para explicar el éxito de la conquista. «Los españoles eran hombres renacentistas, con una visión del mundo esencialmente laica, mientras que los indios tenían una cosmovisión mucho más arcaica, en la que el ritual y la magia desempeñaban una función importante.» Jacques Soustelle, en su clásico estudio sobre los mexicas, publicado originariamente en francés hace medio siglo, defendía la misma tesis. La civilización mexica, según Soustelle, «decayó sobre todo porque su concepción religiosa y legítima de la guerra la paralizaba; a causa de su inadecuación material o la rigidez de su mentalidad, la civilización fue derrotada». Se establece, por tanto, una contraposición entre una civilización progresista y otra tradicional. Por muy complejo que parezca el razonamiento, el tropo de la civilización y la barbarie subyace en el fondo.[21]

Una de las definiciones más antiguas de la diferencia entre civilización y barbarie es la escritura. La cuarta explicación mitológica de la conquista presupone una superioridad española en el lenguaje, la escritura y la lectura de «signos». El comentario de Colón, aparentemente extraordinario, de que iba a llevar a unos muchachos caribeños a España «para que aprendieran a hablar» resuena todavía en las palabras de Le Clézio cuando afirma que la conquista de México «se logró gracias a la principal arma de Colón, su capacidad de hablar». Colón y Le Clézio no contraponen lo mudo a lo vocal, sino la comunicación superior a la inferior. Así pues, a pesar de la afirmación de Todorov de que «se ha pasado por alto hasta ahora» la explicación de la conquista como derrota indígena «a través de los signos», el mito de la capacidad comunicativa superior de los europeos está profundamente arraigado y sigue



FIGURA 17. Fragmento de Hergé, *Las aventuras de Tintín: El templo del sol*, 1949; Barcelona, Juventud, 1969, pág. 58 (© de la versión inglesa Hergé/Moulinsart 1962).

vivo.[22] Las célebres palabras de Antonio de Nebrija en la introducción a la primera gramática española publicada, «siempre la lengua fue compañera del imperio», suelen citarse en parte por el simbolismo de la entrega del libro a la reina Isabel en 1492.[23] Pero se citan también porque sirven de eslogan para la tesis de que los españoles poseían lo que Samuel Purchas denominó «la ventaja de la letra». Purchas, autor británico de comienzos del siglo XVII, señaló que la escritura suponía, para quienes la dominaban, una ventaja moral y tecnológica. Los adeptos actuales de esta idea han abandonado su dimensión moral (convirtiéndola casi en simpatía anticolonial por los pueblos indígenas), pero se aferran todavía al aspecto tecnológico.[24]

El frontispicio de la primera edición de la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo (figura 18) retrata a Cortés a la izquierda, bajo un signo que contiene la inscripción *manu* (en latín «a mano», es decir, «con la escritura»), y un fraile a la derecha bajo la palabra *ore* («por la palabra»). Me parece que el fraile mercedario que halló y editó el manuscrito de Díaz, si diseñó realmente el frontispicio, pretendía señalar que el papel de conversión de los frailes era tan importante como el de Cortés y los conquistadores. La significación simbólica de las imágenes es su reflejo de las visiones contrapuestas de los españoles sobre la conquista, su justificación, su importancia y la explicación de la victoria. Se exageraría el simbolismo si se definiese la conquista como «una conquista del lenguaje y una conquista a través del lenguaje».[25] El lenguaje fue importante en la conquista, pero intentar explicar ésta en función de los signos, el lenguaje o la escritura se aproxima excesivamente a la rotunda defensa, por parte de Sepúlveda, de lo que Purchas ha denominado la «ventaja de la letra». Los indios, según Sepúlveda, eran hombrecillos en los que se manifestaban escasos rasgos de humanidad, individuos que no sólo carecían de cultura, sino que ni siquiera sabían escribir.[26]

La última explicación mitológica tiene su origen en la idea de que el armamento español explica en sí la conquista, algo que ni siquiera creían los conquistadores. Si bien es cierto que las armas cumplen un papel decisivo en el desenlace de la conquista, la versión extrema de este planteamiento, según la cual el armamento lo explica todo, se ha convertido en una manifestación moderna del viejo mito de la superioridad. A medida que pasaba de moda la supuesta superioridad de la civilización, la idea de la superioridad tecnológica se consideró una alternativa políticamente aceptable.



FIGURA 18. Frontispicio de la primera edición de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1632), de Bernal Díaz.

Las primeras manifestaciones de esta perspectiva en las cartas de Cortés al rey y en la crónica de Díaz tienden a mezclar la idea de las diferencias armamentísticas con otras explicaciones basadas, más claramente, en la mitología de la conquista. Posteriormente, Ilarione da Bergamo comprendió, gracias a sus viajes por México en la década de 1760, que el momento crucial de la intervención divina en la campaña de Cortés fue el descubrimiento de «salitre» en la boca del volcán Orizaba, con la cual se podía fabricar pólvora. «Porque si no hubieran tenido pólvora», apunta Ilarione,

> para cargar los cañones y hacer frente al tremendo número de indios que se resistían al avance español por su país, y (según la historia) casi oscurecían el cielo con la inmensa calidad de las flechas lanzadas contra los agresores, no habrían podido diezmarlos tanto. [...] Los desdichados indios tenían toda la razón al sostener que los españoles manipulaban los relámpagos cuando oían el ruido y veían el fuego de la artillería y, al instante, incontables hombres de sus filas caían muertos.[27]

Hay versiones recientes de la idea colonial de que el armamento español superior derrotó a los indígenas supersticiosos. Carlos Fuentes sostiene que, tanto en México como en los Andes, dos factores contribuyeron a derrotar a la nación india: el mito y el armamento.[28] Pero las versiones modernas de la explicación suelen centrarse en los aspectos militares, lo cual acaba siendo pernicioso, porque resulta fácil expresarlo en términos materiales, más que humanos. El uso del vocablo «superioridad» para valorar la conquista es, por tanto, sólo inocuo en apariencia.[29]

Los historiadores que han utilizado el término «superioridad» no consideran bárbaros a los indígenas. El término tiende a emplearse en el contexto de debates neutrales sobre los detalles militares de una determinada fase de la conquista. Pero el énfasis en la llamada superioridad militar es *potencialmente* pernicioso, porque puede interpretarse como un resurgimiento del mito de la superioridad. Los sitios web dedicados a la conquista suelen explicarla por el armamento europeo, pero normalmente se cataloga a los indígenas como seres primitivos o poco inteligentes por no haber inventado tales armas. Las armas de fuego y el acero se destacan como los factores clave, pero todavía se describe a los indígenas, sobre todo a su cabeza de turco, Moctezuma, como «supersticiosos y débiles».[30]

Cuando el factor de las armas se aísla de su contexto y se destaca como la única o la principal ventaja de los españoles, toda la conquista se reduce al enfrentamiento entre armamentos superiores e inferiores. Pero bajo ese conflicto subyace otro enfrentamiento, bastante más problemático, entre civilización y barbarie. Si se recalca la relevancia de las armas, las ideas o la intervención de Dios, si se sobreentiende que los españoles eran superiores a los americanos indígenas, no se aporta gran cosa para comprender mejor la conquista.

En este apartado final del capítulo mencionaré cinco factores que, en conjunto, explican mejor el desenlace de la conquista. Ninguna de estas explicaciones es completamente original; no he encontrado la llave perdida de la caja de Pandora que contiene las explicaciones infalibles de la conquista. Pero las cinco —sobre todo las tres primeras— están bien evidenciadas, bien documentadas, y pueden rastrearse fácilmente en los textos históricos.

Los conquistadores tenían dos grandes aliados, sin los cuales la conquista no habría sido posible. Uno era la enfermedad. Durante diez milenios los americanos habían permanecido aislados del resto del mundo. La mayor densidad de población del Viejo Mundo, junto a la mayor variedad de animales domésticos de los que provenían enfermedades como la viruela, el sarampión y la gripe, provocó que los europeos y africanos llegasen al Nuevo Mundo con infinidad de gérmenes patógenos mortíferos. Estos gérmenes habían matado a parte de la población europea y africana, pero en estos continentes se habían desarrollado niveles de inmunidad relativamente elevados en comparación con los americanos indígenas, que morían masivamente y en muy poco tiempo. Durante el siglo y medio siguiente al primer viaje de Colón, la población indígena americana se redujo en un 90 %.[31]

Las repentinas epidemias tuvieron una repercusión inmediata en la invasión de los imperios mexica e inca. Cuando Prescott atribuyó la caída de Tenochtitlán a «causas más poderosas que las de origen humano» no se equivocaba. La capital mexica no cayó por la fuerza de las armas españolas, sino por las plagas y enfermedades. El asedio de la ciudad isleña impidió el suministro alimentario, pero a medida que acusaban el efecto del hambre, los defensores sucumbieron a la plaga o a la enfermedad. La viruela fue, probablemente, el principal culpable. Cuando los españoles y sus aliados nahuas penetraron en la ciudad devastada,

hallaron infinidad de cadáveres y moribundos cubiertos de pústulas inequívocas. El cronista franciscano Sahagún señaló posteriormente que las calles estaban tan abarrotadas de cadáveres y enfermos, que los españoles caminaban sobre los cuerpos.[32]

Las enfermedades avanzaron por el continente americano más rápido que los europeos y africanos portadores de los gérmenes. El sucesor de Moctezuma, Cuitlahuac, murió de viruela durante el asedio de Tenochtitlán, pero el emperador inca Huayna Capac, al igual que su sucesor, murió de enfermedad antes de que Pizarro y sus colegas llegasen al imperio. Se suscitó entonces un conflicto por la sucesión; los dos hijos supervivientes de Huayna Capac, Atahualpa y Huascar, intentaron compartir el poder, pero el orden se disolvió en una guerra civil que Pizarro pudo manipular en su propio beneficio.[33]

A comienzos del siglo XVI, los dos grandes imperios indígenas no eran las únicas regiones asoladas por las enfermedades del Viejo Mundo. Es improbable que algún rincón de América quedase indemne. El virus que mató a Huayna Capac a finales de la década de 1520 probablemente era una continuación de la gran epidemia que llegó al Caribe en 1518. Fue propagado a México por la expedición de Narváez de 1519, así como con el avance de los españoles y africanos liderados por Cortés y Alvarado por todo México central y meridional hasta Guatemala, desde donde se desplazó rápidamente a América central a comienzos de la década de 1520, antes de atravesar Sudamérica. A esta epidemia de viruela, que mató a millones de americanos indígenas, siguió otra de sarampión, que en la década de 1530 recorrió Mesoamérica y los Andes. Las sucesivas oleadas de enfermedad penetraron hasta Norteamérica, donde diezmaron la zona del bajo Mississippi, densamente poblada, y el suroeste hasta la Amazonia, donde las grandes ciudades perdieron gran parte de sus habitantes o quedaron completamente despobladas. Aunque la enfermedad propició y aceleró la conquista de los nahuas, mayas y andinos, impidió la invasión en regiones como el bajo Mississippi y el Amazonas. La escasez de población resultaba poco atractiva para las expediciones, y hasta tiempos más recientes no se igualaron los niveles demográficos de los antiguos imperios indígenas.[34]

El segundo gran aliado de los conquistadores era la desunión indígena, que se manifestaba de formas diversas. La identidad indígena americana estaba sumamente restringida al ámbito local; los pueblos indígenas se consideraban miembros de comunidades concretas o ciudades-Estado,

y raras veces se identificaban como miembros de grupos étnicos más amplios, ni como nada equiparable a la categoría de «indios» o «indígenas». La naturaleza de la identidad indígena originó, por tanto, una desunión propiciada también por los invasores. Los aliados indígenas de la causa española fueron esenciales para la conquista, y casi siempre superaban con mucho el número de españoles y africanos de cada expedición. Su presencia evitó la debacle de las compañías españolas y propició su victoria en las guerras de conquista. Como reconoció el propio Cortés en un raro momento de ingenuidad, uno de los factores favorables de la conquista española fue que muchos indígenas eran aliados y colaboraban.[35] Otros dos ejemplos de cómo la desunión indígena servía a la causa española eran la función de los intérpretes indígenas y la cooperación de algunos caciques, a menudo debida a su deseo de fortalecer sus propias comunidades y dinastías, en detrimento de las vecinas.

El tercer factor que ayuda a explicar el desenlace de la conquista es el armamento. Se han destacado a menudo las cinco ventajas de que supuestamente disfrutaban los españoles: armas de fuego, acero, caballos, perros de guerra y destrezas tácticas necesarias para sacar el máximo rendimiento de los medios disponibles. Pero tales ventajas se desvanecieron durante la conquista, pues los indígenas no conquistados adquirieron la misma tecnología; por ejemplo, los araucanos utilizaban picas y caballos.[36] Además, la supuesta ventaja táctica del arsenal español solía estar lejos de las posibilidades reales de aplicación en América. Cabe suponer que la limitada aplicabilidad de las armas de fuego y los caballos requería mejorar las técnicas de uso.[37] Con todo, parece claro que las armas de fuego, los caballos y los mastines fueron un factor menor en la conquista.

Los caballos y los perros escaseaban durante todo el período de la conquista y, además, durante la batalla, sólo podían utilizarse en determinadas circunstancias: los caballos en un terreno abierto, y los perros en zonas cerradas, preferentemente contra individuos inermes. La insistencia del conquistador Vargas Machuca en la importancia de los perros se basaba en su opinión de que, si bien los indios temían al caballo y al arcabuz, lo que les producía pánico era el perro. Sin embargo, el supuesto carácter asustadizo de los «indios» era fruto de la imaginación de los invasores. Otro autor colonial, Herrera, describe cómo un perro destripa a un jefe indígena desarmado en La Española en 1502, pero en los ocho volúmenes de su historia de la conquista no ofrece ninguna otra prueba de la utilización militar de los perros.[38]

Los conquistadores valoraban mucho los caballos, que se vendían a precios muy elevados durante las campañas. Pero esto no obedecía a sus supuestas ventajas militares contra los guerreros indígenas. Hasta cierto punto los caballos eran valorados porque las expediciones recorrían largas distancias por terrenos difíciles, pero sólo eran un medio de transporte rápido si todos los miembros de la expedición disponían de caballo. Los caballos se valoraban, principalmente, porque eran símbolo de estatus. Eran un recurso escaso, resultaban caros y disponer de uno confería una categoría especial, con la que era posible obtener una cuota mayor en el botín. En la fundición de los metales preciosos obtenidos con las conquistas, como sucedía en el caso de Cajamarca en 1533, se concedían mayores cuotas a los hombres con caballo. Pero a pesar de esta relevancia social, en los combates hasta el propio Francisco Pizarro prefería prescindir del caballo.[39]

Las armas de fuego eran también de uso limitado. Los cañones escaseaban en América, y sin caminos ni ríos navegables no resultaba fácil transportarlos. Muchos de los territorios donde combatían los españoles eran tropicales o subtropicales, y con el clima húmedo la pólvora no servía. Otras armas de fuego, como los arcabuces, cuyos cañones poco manejables hacían necesario el uso de trípodes, tampoco abundaban y requerían pólvora seca. Vargas Machuca era partidario de que los españoles utilizasen arcabuces en América, pero su detallada exposición de cómo evitar el deterioro del arma, la humedad o la descarga prematura o accidental probablemente disuadía a los conquistadores.[40] El mosquete, más fiable y rápido en la descarga, no se inventó hasta varias décadas después de que Cortés y Pizarro invadiesen el continente americano. Los europeos tampoco habían desarrollado todavía las técnicas de descarga cerrada, en las que los soldados formaban varias hileras para garantizar el fuego continuo, pues no se disponía de armas de fuego suficientes en las compañías para aplicar bien dicha técnica. Los españoles que tenían armas de fuego podían disparar un solo tiro; luego elegían entre dar la vuelta al arma para utilizarla a modo de garrote, o bien prescindir de ella y sustituirla por la espada.[41]

La única arma de eficacia incuestionable era la espada de acero. Por sí sola valía más que un caballo, un arcabuz y un mastín juntos. Con la espada de acero, más larga y menos frágil que las armas de obsidiana de los guerreros mesoamericanos, y también más larga y afilada que las macanas y hachas de punta de cobre andinas, un español podía luchar durante horas y sufrir sólo heridas o contusiones leves, al tiempo que

mataba a muchos indígenas. Las espadas españolas tenían la longitud precisa para alcanzar a un enemigo que careciese de un arma similar. Pizarro prefería combatir a pie para manejar mejor la espada. Entre los autores que describen batallas en las que la espada provocó tremendas masacres en las fuerzas indígenas se cuentan Cieza de León, Cortés, Díaz, Gómara, Jerez, Oviedo y Baños, Zárate y otros. El historiador militar John Guilmartin resume con perspicacia este aspecto: «Si bien la supremacía española en el combate no se puede atribuir a un solo factor, parece claro que los restantes elementos de la superioridad española surtieron efecto en el marco de un modelo táctico marcado por la eficacia en el manejo de las armas blancas».[42]

Esta trilogía de factores —enfermedad, desunión indígena y acero español— explica gran parte del triunfo de la conquista. Si hubiera faltado cualquiera de ellos, la probabilidad de fracaso de las expediciones de Cortés, Pizarro y otros habría sido muy elevada. Como ha observado Clendinnen a propósito de la guerra hispano-mexica, tanto los españoles como los indígenas sabían que la conquista era «un enfrentamiento muy reñido», valoración extensiva también a toda la conquista.[43] El fracaso de las expediciones era más frecuente que la victoria. Piénsese, por ejemplo, en la suerte de ciertas expediciones españolas, como los primeros intentos de Montejo de conquistar Yucatán, las primeras campañas por la sierra septentrional de Oaxaca, o el viaje de Pizarro-Orellana a la Amazonia.[44] Los españoles tenían un índice de mortalidad elevado a causa de las heridas mortales, el hambre y la enfermedad, entre otros factores, y algunos supervivientes regresaban a España o a enclaves coloniales dispersos por las costas y las islas. Una y otra vez, los españoles evitaban el desastre total gracias a las armas de acero, que les permitían resistir el tiempo necesario hasta que los aliados indígenas les salvaban la vida, mientras la siguiente epidemia mermaba de nuevo las defensas de la población autóctona.

Un cuarto factor desempeñó también un papel importante: la cultura de la guerra. Por ejemplo, los mexicas se vieron obstaculizados por ciertas convenciones de batalla que los españoles ignoraban. Los métodos bélicos mexicas enfatizaban las ceremonias previas a la batalla, que eliminaban la posibilidad del ataque por sorpresa, así como la captura de los españoles para su ejecución ritual, en lugar de la muerte instantánea.[45] A los conquistadores les irritaba el aparente desdén indígena por la vida humana, manifestado en complejos rituales de «sacrificios» humanos. Pero desde la perspectiva mexica, los españoles eran quienes faltaban al respeto al masacrar masivamente a los indígenas, al asesinar a los no combatientes y al matar a distancia.[46] La pompa y boato con que los mexicas —y hasta cierto punto todos los mesoamericanos— trataban la vida humana muestra un profundo respeto, en contraste con las prácticas españolas, que parecen indiscriminadas y poco ritualizadas.

Pero la cultura de la guerra debe analizarse junto con otros factores explicativos, por diversos motivos. En primer lugar, es sólo un aspecto del combate que se libró durante las invasiones españolas de Mesoamérica. Tanto los españoles como los indígenas incurrían a veces en la matanza de individuos no combatientes, el asesinato masivo, la muerte a distancia (los indígenas empleaban las flechas) y exhibiciones rituales de violencia pública y ejecuciones ritualizadas, como cuando los españoles quemaban vivos a los señores indígenas en las plazas. En segundo lugar, este aspecto es aplicable a la mayoría de los mexicas, pero algo menos a otros mesoamericanos como los mixtecas o mayas, y muy poco a los andinos y otros indígenas americanos.[47] En tercer lugar, el contexto general de este aspecto relativo a los diversos métodos bélicos no es la diferencia cultural entre españoles e indígenas, como suele presentarse, sino las circunstancias de la guerra. Los indígenas combatían en su propio territorio; los españoles, no. Éstos sólo podían perder la vida, lo cual puede parecer la totalidad; Cortés dijo al rey que los conquistadores subsistieron en parte porque tenían que proteger sus vidas.[48] Pero los americanos indígenas se resistían a perder sus familias y hogares y, por tanto, eran más proclives al compromiso, a adaptarse a los invasores, a buscar vías para evitar la guerra prolongada o a gran escala. Aunque Dibble describe la concepción «estacional» de la guerra —«había un tiempo para plantar, otro para cosechar y otro para combatir»— como un rasgo típico de la cultura mexica, se trataba de un aspecto práctico de todos los americanos indígenas, y lo habría sido también de los españoles, si hubieran luchado en su propio territorio.[49]

Por último, la conquista española sólo puede entenderse plenamente si se sitúa en el contexto general de la era de expansión. No se trata de un proceso histórico fruto de la superioridad española, ni de la superioridad europea occidental, sino de un fenómeno complejo en la historia del mundo, que trasciende los detalles concretos de la conquista española en América. Si nos centramos únicamente en el siglo siguiente a los viajes de Colón, vemos a los guerreros mexicas e incas como perdedores, a los africanos occidentales como esclavos, y a los españo-

les como señores de un vasto imperio mundial. Pero la era de la expansión comenzó con el auge de los imperios fuera de Europa, con la expansión de los mexicas por Mesoamérica y la dominación inca de los Andes, y en África occidental con el desarrollo del imperio de Songhay a partir de las cenizas del de Mali. En Europa, los otomanos y moscovitas construyeron un imperio antes que los españoles, al igual que los portugueses, que se adelantaron a sus vecinos en la búsqueda de una ruta marítima hacia el extremo oriente asiático. Y después del siglo XVI, el imperio español se vio gradualmente eclipsado por las redes comerciales y coloniales de los holandeses, ingleses y franceses.[50]

Si se observa la historia humana a lo largo de varios miles de años, la conquista española es un mero episodio en la globalización del acceso a los recursos de producción alimentaria. Los cultivos y los animales de algunos entornos y regiones del Viejo Mundo tenían un mayor potencial alimentario, lo cual confería a los pueblos de esa zona cierta supremacía sobre los de otras regiones. Pero al final, a través de encuentros desiguales entre culturas, tales ventajas se transfirieron a regiones anteriormente desfavorecidas.

En el caso de la introducción de alimentos europeos en el mundo indígena americano, la propagación paralela de enfermedades del Viejo Mundo propició que el encuentro fuera desigual; además, el colonialismo impidió el acceso de los indígenas a los nuevos recursos. Este proceso es demasiado amplio y complejo para reducirlo a una mera «superioridad» de un grupo sobre otro. Se trata también de un proceso incompleto. Todavía vivimos inmersos en el largo período de encuentros desiguales y una progresiva globalización de los recursos.[51]

Epílogo

La traición de Cuauhtémoc

El que ha sido capturado es el cazón don Hernando [Cuauhtémoc]. Y don Pedro [Tetlepanquetzal]. ¡Es cierto! Están colgados de una gran ceiba. Nos hemos manchado de sangre en aquel juncal.

«La canción del pez»
(canción azteca de finales del siglo XVI)

La conducta equívoca de Paxbolonacha durante aquellos días aciagos no suscita admiración, y si cumplió alguna función en la sórdida tragedia que culminó con la muerte de Cuauhtémoc, merece una severa condena.

FRANCE SCHOLES y RALPH ROYS (1948)

Cuauhtémoc, y no Cortés, ha triunfado póstumamente en la historia como un símbolo importante del nacionalismo mexicano.

THOMAS BENJAMIN (2000)

Al final, cuando se hubieran ido los invasores, él volvería a nacer, limpio de la corrupción de la muerte y el sacrilegio, para gobernar un nuevo reino sobre las cenizas del antiguo. La historia, sin embargo, ya no sería la misma.

GANANATH OBEYESEKERE (1992)

Corría el año 1525. Era una madrugada, relativamente fresca todavía, del Mardi Gras, el último martes de febrero.

El lugar era Itzamkanac, también llamado Acalan por los hablantes de nahuatl, topónimo que significa «el lugar de las canoas».[1] La canoa era el principal medio de transporte en aquella localidad, situada en la confluencia de los ríos posteriormente llamados Caribe y San Pedro en español, que forman en aquel punto la Candelaria. Itzamkanac se encontraba a unos 80 kilómetros de la costa del Golfo en línea recta, distancia algo mayor en canoa desde la Candelaria. La frontera invisible entre Guatemala y el estado mexicano de Campeche se encuentra 30 kilómetros al sur del lugar, hoy inhabitado y selvático, donde prosperaba el pueblo de Itzamkanac.

En 1525 varios miles de mayas vivían en aquella ciudad. Era la capital del reino de los mactun (como se denominaban en su lengua), que conocemos habitualmente con el nombre de mayas chontales, topónimo derivado del vocablo nahuatl que significa «extranjero». Los extranjeros estaban muy presentes en la mente de los mayas mactun aquella mañana de Mardi Gras. Durante las dos semanas anteriores, habían llegado a la ciudad unos 200 españoles, varios centenares de africanos y al menos 3.000 nahuas, que superaban en número a los oriundos del lugar. Los visitantes no habían llegado en canoa, sino abriéndose camino por tierra desde Tenochtitlán (en proceso de reconstrucción, por aquel entonces, como capital colonial de México). Algunos miembros de la expedición han pasado a la historia: el propio líder de la expedición, Cortés, junto con doña Marina o La Malinche, su intérprete y madre de Martín, hijo también del capitán, y Bernal Díaz, que alcanzaría celebridad histórica por su crónica de la conquista. También estaba presente Cuauhtémoc, emperador mexica superviviente y entonces jefe títere en vigilancia permanente. En lugar de dejar a Cuauhtémoc en Tenochtitlán, donde habría fomentado la revuelta, Cortés había llevado consigo al emperador, junto con los dirigentes de las otras ciudades importantes que habían formado parte del imperio mexica.

Itzamkanac no era el destino último de los visitantes —que se dirigían a Honduras—, pero cuando éstos llegaron al lugar, necesitaban descansar y reponer provisiones después de la tensa travesía del río San Pedro Mártir y los pantanos que formaban la frontera occidental de Mactun. No había hostilidades, ni conquista en el sentido convencional, pero la presencia de aquellos invitados inesperados no era del agrado de los mayas. Cuando la expedición avanzaba por los poblados fronterizos de Mactun, el rey, Paxbolonacha, había enviado a su hijo para que comunicase a Cortés que él había muerto y que sería mejor que los extranjeros abandonasen pronto el territorio mactun. Parece una estratagema poco inteligente, pero Paxbolonacha sólo pretendía ganar tiempo y preparar una bienvenida que, sin duda, mermaría los recursos de su reino, pero acortaría también —pensaba el rey— la visita de los extranjeros.

Por si no bastase con la explotación extrema de los recursos de aquel reino, durante las tres semanas transcurridas desde el inicio de la visita Cortés abusó de la hospitalidad y elevó considerablemente el nivel de tensión en Itzamkanac. Al cabo de cinco días los visitantes se fueron, pero dejaron tras de sí un recuerdo del lado más oscuro de la presencia española en América: el cadáver de Cuauhtémoc, decapitado, colgado de un árbol por los pies.

Las circunstancias de la muerte de Cuauhtémoc han quedado plasmadas en crónicas que relatan la historia desde perspectivas diferentes. Las versiones españolas de Cortés y Gómara son bastante similares entre sí, pero difieren un poco de la de Díaz. A estas tres se añade la crónica de un noble nahua, don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, descendiente de Coanacoch, jefe de Texcoco que formó parte de la expedición y fue uno de los señores ejecutados en Itzamkanac. La versión de Ixtlilxóchitl, escrita en el siglo siguiente, se basaba en parte en la tradición oral de Texcoco. Y por último está la propia versión de los mayas mactum, escrita en maya chontal.[2]

A partir de las diversas fuentes, relataré la muerte de Cuauhtémoc en cuatro fases, relacionando las perspectivas de estas versiones con los siete mitos de la conquista. La primera fase es el viaje español al territorio mactun; la segunda es la estancia de la expedición en Itzamkanac; la tercera es el descubrimiento de una supuesta trama; y la cuarta es el violento desenlace, ocurrido en la madrugada del Mardi Gras.

El punto de partida de las versiones españolas es el comienzo del viaje desde Tenochtitlán. La narración de Cortés forma parte de la misiva que conocemos como su «quinta carta» al rey, que se inicia con la partida de la nueva capital colonial en octubre de 1524. La estancia en Itzamkanac es, por tanto, un mero episodio del largo y difícil viaje de México a Honduras, y se desarrolla gradualmente, a medida que la expedición avanza por el territorio mactun. Los españoles y sus aliados se abastecieron de los recursos locales, a pesar de lo cual, según Cortés, el pueblo era muy cordial y confiado. Gómara retrata también a los indí-

genas como individuos complacientes, impresionados al ver cómo los españoles construían un puente en la garganta del río San Pedro Mártir. Según la versión de Díaz, la hospitalidad indígena oculta cierto resentimiento, y varios españoles son asesinados, de modo que cuando la expedición llega a Itzamkanac está muy necesitada de provisiones.

Cortés y Gómara comentan el ardid de la supuesta muerte de Paxbolonacha, y ambos sostienen que Cortés no le dio credibilidad, pues convenció al hijo del rey de que trajese a su padre hasta la pequeña localidad donde los miembros de la expedición habían pasado la semana. Llega Paxbolonacha, se disculpa avergonzado (según Gómara), y conduce a Cortés y a su vasta compañía hasta Itzamkanac. Allí el cacique maya les ofrece abundantes provisiones, e incluso algo de oro y mujeres, según Cortés, a pesar de que él asegura que no pidió nada. Gómara calcula que el número de mujeres rondaba la veintena, y añade que los españoles comieron todo lo que quisieron durante su estancia en la localidad.

Díaz no menciona ninguno de esos aspectos, sino que describe de un modo totalmente diferente el episodio, a su juicio vergonzoso por el saqueo y esclavización que cometieron los españoles (frente a la mentira que supuestamente avergonzaba al rey maya). A cambio de la ayuda maya mactun durante la siguiente fase de la expedición al reino maya itzá de Petén, en el norte de Guatemala, Cortés acuerda enviar un grupo de asalto de 80 españoles (entre los que se contaba el propio Díaz) a una región fronteriza que se había rebelado recientemente contra la autoridad mactun. El asalto beneficia a los señores mayas de Itzamkanac y sirve para avituallar a la compañía de Cortés.

En la versión de Cortés, el episodio de Cuauhtémoc comienza tarde, el lunes 27 de febrero de 1525 por la noche, cuando un ciudadano «honrado» de Tenochtitlán —es decir, un espía mexica que trabajaba para Cortés—, llamado Mexicalcingo, se acerca a la tienda de Cortés (tercera fase de la historia). El espía informa al líder español sobre una trama que están urdiendo los señores cautivos de las tres principales ciudades del valle de México: Cuauhtémoc de Tenochtitlán, Coanacoch de Texcoco, y Tetlepanquetzal de Tacuba. El informe es una representación muy teatral, pues Mexicalcingo explica a Cortés sus averiguaciones con ayuda de un dibujo que traza en un tipo de papel que se utilizaba por aquellas tierras, papel que —según la descripción de Gómara— contenía glifos y nombres de los señores que conspiraban para matarlo. El supuesto plan era sencillo, pues consistía en matar a

Cortés y a toda su compañía, y enviar mensajeros a Tenochtitlán para instar a los indígenas a que mataran a todos los españoles de la ciudad. El siguiente paso era reconquistar el resto del imperio y matar a todos los invasores. La descripción de Gómara es casi idéntica a la de Cortés. En la versión de Díaz aparecen dos informantes mexicas —a quienes identifica por sus apodos españoles de *Tapia* y *Juan Velásquez*— y la trama es más simple; consiste en matar a los españoles de la expedición, en lugar de reclamar todo el imperio.

Según las crónicas de Cortés y Gómara, en la fase final de la historia, el líder español avanza rápidamente, detiene a los tres señores, los interroga por separado, y recurre al viejo truco de decir a cada uno que los demás ya han confesado, hasta que revelan la verdad. Se descubre que Cuauhtémoc y Tetlepanquetzal son los presuntos cabecillas de la trama. Cortés comenta que los dos fueron ejecutados. Gómara señala que los tres fueron juzgados por Cortés y condenados a muerte de inmediato. Curiosamente, el tercer cacique no es Coanacoch, sino un tal Tlacatlec, variante repetida por Herrera, aunque la ilustración de su *Historia general* representa a una víctima condenada a las galeras (véase la figura 19, pág. 213). Los otros cabecillas fueron liberados, con la amenaza de castigo en caso de reincidencia, circunstancia que Cortés consideraba sumamente improbable, pues los veía muy amedrentados; atribuían a los poderes mágicos y la omnisciencia de Cortés el descubrimiento de la trama.[3] Ese supuesto poder mágico era la brújula y carta de navegación de Cortés, quien aseguraba que los señores indígenas lo consideraban como una suerte de bola de cristal capaz de revelarles todas las cosas, creencia que él mismo fomentaba, según declara en sus textos. Gómara concede también credibilidad a esta historia, así como al miedo y credulidad de los caciques indígenas, incluido el propio Paxbolonacha.

Como suele suceder en las crónicas de Cortés y Gómara, la versión del líder español siempre procura justificar sus actos, mientras que la del biógrafo va un poco más allá y ensalza a Cortés como audaz, inteligente y justo. El ahorcamiento de los tres caciques se interpreta como un gesto de clemencia, porque lo que esperaban los indígenas era morir en la hoguera. Díaz se muestra mucho menos caritativo con su ex capitán. Según su versión, no hay siquiera un simulacro de juicio, sino un mero interrogatorio en el que sólo se descubre que Cuauhtémoc y Tetlepanquetzal habían expresado su descontento en una conversación con los nahuas, en lugar de urdir una revuelta. Pero sin ninguna otra

prueba, Cortés ordena la ejecución inmediata de dos de los caciques, según Díaz.

Para llevar el agua a su molino, Díaz atribuye a Cuauhtémoc un discurso final condenatorio: «¡Oh capitán Malinche! Días había que yo tenía entendido e había conocido tus falsas palabras, que esta muerte me habías de dar, pues yo no me la di cuando te entraste en mi ciudad de México; ¿por qué me matas sin justicia? Dios te lo demande». Díaz continúa con un discurso propio dirigido al lector, donde confiesa su afecto personal hacia Cuauhtémoc, y añade que la muerte de los señores indígenas era inmerecida: «Y fue esta muerte que les dieron injustamente dada, y pareció mal a todos los que íbamos aquella jornada». Díaz vuelve una y otra vez sobre la maldición de despedida de Cuauhtémoc. Describe a Cortés como un ser tan atormentado por la mala conciencia de haber ordenado la ejecución del emperador, que no pudo dormir, y «de noche no reposaba de pensar en ello, y salíase de la cama donde dormía a pasear en una sala adonde había ídolos, que era aposento principal de aquel pueblezuelo, adonde tenía otros ídolos, y descuidóse y cayó más de dos estados abajo y se descalabró la cabeza».[4] Al caerse de una pirámide en pijama, el gran conquistador se salva por poco de una muerte ignominiosa. De este modo se venga Cuauhtémoc.

¿En qué sentido difieren las versiones del noble nahua y los mayas mactun de las crónicas españolas? La versión de Ixtlilxóchitl es similar a la de Díaz, aunque más proclive a los presuntos conspiradores, y se centra en una única defensa de los señores condenados. Las dos primeras fases del relato están truncadas en la versión texcoco, pues la historia principal comienza el lunes por la tarde, cuando los españoles y los guerreros nahua celebran la festividad de carnestolendas (que dura tres días, desde el lunes hasta el Mardi Gras). Los tres reyes nahua se enzarzan en una conversación agradable, bromeando (o divirtiéndose) unos con otros. Se animan al conocer el (falso) rumor de que Cortés ha decidido liderar la expedición de regreso a México y «bromean» con la discusión de cuál de los tres líderes —y cuál de las respectivas ciudades— dominará el valle después del regreso a sus tierras.

Según la versión de Ixtlilxóchitl, el descubrimiento de la trama lo inicia Cortés, que envía a su espía mexica para que averigüe de qué hablan los señores nahuas. El espía le dice la verdad, pero Cortés no se conforma con eso, pues entrevé la posibilidad de inventar una estratagema indígena como pretexto para ejecutar a los conspiradores reales y erradicar así a todos los señores naturales. Al amanecer, Cortés ejecuta a los seño-

Bibliothecæ Colbertinæ.

HISTORIA GENERAL DE LOS HECHOS DE LOS CASTELLANOS EN LAS ISLAS I TIERRA FIRME DEL MAR OCEANO ESCRITA POR ANTONIO DE HERRERA CORONISTA MAIOR DE SV MD DE LAS INDIAS Y SV CORONISTA DE CASTILLA. DECADA TERZERA

En Madrid en la emplenta Real. 1601.

FIGURA 19. Portada del tercer volumen de la *Historia general de los hechos de los castellanos* (1615), de Antonio de Herrera. En las ilustraciones se representa, entre otras escenas, la ejecución de Cuauhtémoc.

res uno a uno, y no sólo a los tres reyes, sino también a otros ocho presuntos conspiradores. El último ahorcado es Coanacoch. Cuando el hermano del cacique de Texcoco comienza a formar a sus guerreros como respuesta, Cortés reduce a Coanacoch. Pero, según comenta Ixtlilxóchitl, su antepasado real murió de todas formas unos días después.[5]

Los mayas mactun no aparecen ni en la versión española ni en la nahua, pero en cambio constituyen el núcleo de su propia crónica del incidente. Esta historia, escrita en la lengua maya chontal a comienzos del siglo XVII, forma parte de la historia de la comunidad elaborada durante el siglo anterior en nahuatl y chontal. Como cabía esperar, esta versión maya no se inicia con la salida de la expedición desde Tenochtitlán, sino con la llegada de los españoles a los confines del territorio mactun. La reacción maya ante la presencia española no es la bienvenida lisonjera descrita por Cortés y Gómara, ni tampoco la hostilidad inicial y posterior hospitalidad renuente que relata Díaz. La historia se centra en el intento de Paxbolonacha de guardar las apariencias al obligar a Cortés a que vaya a verle (al igual que Moctezuma atrajo a Cortés seis años antes). Cortés no cede, sino que presiona al rey maya mactun para que abandone inmediatamente Itzamkanac y se reúna con el español en una ciudad más pequeña donde le espera. Cuando Paxbolonacha comprende que la expedición sólo pasará por su reino, decide que será conveniente que Cortés se marche, pero entretanto ofrece su hospitalidad a los españoles. En la segunda fase del relato, la estancia de la expedición en Itzamkanac, la narración maya se reduce a una sola frase: «Y permanecieron allí veinte días».

En ese punto, la crónica maya chontal menciona que Cuauhtémoc acompañaba a los españoles. Describe el acontecimiento posterior del siguiente modo:

> Y sucedió que él [Cuauhtémoc] dijo al cacique [*ahau*] Paxbolonacha: «Mi señor, estos hombres castellanos un día le darán muchos disgustos y matarán a su pueblo. En mi opinión deberíamos matarlos, pues yo llevo muchos oficiales y los de usted son también muchos». Esto es lo que dijo Cuauhtémoc a Paxbolonacha, jefe del pueblo de Mactun, quien, al oír este discurso de Cuauhtémoc, respondió que primero debía pensar sobre lo que le convenía hacer, en relación con su discurso. Y tras sopesar despacio sus palabras, observó que los hombres castellanos se comportaban bien, que no habían matado ni maltratado a un solo hombre, y que sólo deseaban que se les ofreciese miel, pavos, maíz y diversos frutos, día tras día. Después concluyó: «No puedo mostrar dos caras, dos corazones, a los hombres castellanos». Pero Cuauhtémoc, el cacique de México, continuó presionándolo, porque deseaba matar a los hombres castellanos. En consecuencia, Paxbolonacha dijo al Capitán del Valle [Cortés]: «Mi señor Capitán del Valle, este jefe Cuauhtémoc que está con usted, procure que no se rebele y lo traicione, pues en tres o cuatro ocasiones me ha hablado de que quería matarlo a usted». Al oír estas palabras, el Capitán del Valle lo capturó [a Cuauhtémoc] y lo mandó encadenar. Estuvo encadenado durante tres días. Después lo bautizaron. No se sabe qué nombre de pila le dieron; algunos dicen que lo llamaron don Juan y otros don Hernando. Después de bautizarlo, lo decapitaron y lo colgaron de una ceiba ante el templo pagano [*otot ciçin*, el hogar del diablo] en Yaxdzan.[6]

La crónica maya parece bastante verosímil, porque carece de estereotipos. Los protagonistas no se dividen entre nobles y malvados, entre valientes y débiles, entre civilizados y salvajes. Tampoco se emiten juicios morales sobre los acontecimientos relatados. Sin duda, la narración maya defiende una posición política partidaria, al igual que la española y la nahua, pero tal defensa se plasma en aspectos más sutiles.

¿Quién es el protagonista principal de esta tragedia, el personaje en el que se centra la historia? En las crónicas españolas, es Cortés quien descubre o inventa la trama y organiza una rápida detención, seguida de juicio y ejecución. El grado de control que tiene Cortés sobre su expedición y el desenlace de los acontecimientos lo define como uno de los «hombres excepcionales» míticos. Las acciones de Cortés no eran tan excepcionales. Al igual que otros conquistadores, seguía pautas predecibles de conducta y se amoldaba a los procedimientos típicos de la conquista. Uno de ellos era la captura de los dirigentes locales; posteriormente se exigía un rescate a cambio de su libertad, se les liberaba y se les ponía al frente de su territorio como caciques títeres, o bien se les ejecutaba. Cuanto más elevada era la jerarquía del dirigente, menores eran sus probabilidades de sobrevivir tras el cautiverio. Las circunstancias de la muerte de Cuauhtémoc, Coanacoch y Tetlepanquetzal, así como las acciones de Cortés —tanto si inventó él la trama, como si respondía a los informes de los espías o se basaba en un chivatazo de Paxbolonacha—, responden al procedimiento característico de la conquista.

El incidente de Itzamkanac revela también la falsedad de la imagen que representa a los conquistadores como soldados enviados por el rey,

parte de un ejército español que invade y conquista con escasas ayudas y contra un enemigo mucho más multitudinario. Como suele suceder en las crónicas españolas, el relato de la expedición que pasó por el reino maya mactun infravalora el papel de los aliados nahuas e ignora, casi por completo, la relevancia de los esclavos y ayudantes africanos. Sin embargo, el descontento de los guerreros nahuas, independientemente de la forma que adopte, pone de relieve que los guerreros y porteadores nahuas superaban en número a los españoles, en una proporción aproximada de quince a uno. De este modo, la expedición intimidaba más a los dirigentes locales como Paxbolonacha, pero también requería la plena cooperación de los líderes nahuas. Las expediciones de la conquista española eran compañías privadas con fines lucrativos, dependientes de los africanos, a quienes solían comprar, y de los guerreros y porteadores indígenas, que eran reclutados a través de alianzas con las élites indígenas. El contexto crucial de la ejecución de Cuauhtémoc, su motivación principal, era la presencia y significación de una gran fuerza de aliados indígenas. Cortés no podía creer la presunta trama de Cuauhtémoc, porque en la expedición había muchos guerreros nahuas.

Los acontecimientos de Itzamkanac, ocurridos cuatro años después de 1521, la fecha en que tradicionalmente se fija la conquista de México, ponen de relieve que la conquista era un asunto mucho más complejo y prolongado de lo que sugiere el mito de la completitud. Cortés dirigió largas expediciones de exploración y conquista. El objetivo principal de su viaje a Honduras era castigar a Cristóbal de Olid, un capitán rebelde de su compañía, pero también aspiraba a explorar la región comprendida entre México y Honduras. De hecho, aquella expedición fue la primera vez que los europeos pisaron Itzamkanac. Cuatro años después de la caída de Tenochtitlán la mayoría de Mesoamérica todavía estaba sin descubrir para los europeos, y lo mismo cabe decir de los Andes cuatro años después de la ejecución de Atahualpa. El dominio español del principal núcleo de la conquista, Tenochtitlán, era endeble, lo cual constituía un motivo de preocupación para Cortés, según señala Gómara, debido a la posibilidad de que los conspiradores supieran que los españoles asentados en la capital eran muy poco numerosos, con un escaso conocimiento del territorio mexicano, una precaria experiencia bélica, y bastante pendencieros.

Durante aquellos días de carnaval de 1525, en Itzamkanac se establecía comunicación más allá de las barreras lingüísticas, pues Cortés recurría a Malinche para entender a sus espías e interrogar a los dirigentes nahuas detenidos, y Cuauhtémoc, por su parte, transmitía también sus mensajes a través de Malinche. Los conquistadores aseguraban que la comunicación no era un problema, dado que los intérpretes les permitían transmitir sus mensajes religiosos y políticos a los señores indígenas. Según la versión chontal, Paxbolonacha conversa tanto con Cuauhtémoc como con Cortés. Los diálogos parecen claros dentro del contexto de cada crónica individual.

Pero la claridad se pierde cuando se comparan los textos. En última instancia, no podemos saber si hubo una conspiración real, quién la conocía o la inventó, de quién fue la iniciativa de catalizar el incidente, ni si Paxbolonacha desempeñó un papel crucial o marginal en los acontecimientos. ¿Quién traicionó a Cuauhtémoc? ¿Mexicalcingo, Paxbolonacha o Cortés? Todo el asunto puede entenderse como una trágica maraña de malentendidos. Si bien, por una parte, los conquistadores perpetuaron el mito de la comunicación verbal, los investigadores modernos sostienen que la conquista se caracterizó por las barreras comunicativas del lenguaje, la interpretación, las ideas preconcebidas y los programas inflexibles, rasgos que determinaron su desenlace. Pero los acontecimientos que rodean la muerte de Cuauhtémoc ilustran el hecho de que la traducción exacta entre el español y las lenguas indígenas era menos importante que las intenciones e intereses de la comunicación, objetivos que todos los protagonistas de Itzamkanac lograron transmitir, lo cual supuso la muerte de los dirigentes nahuas, el incómodo alivio del rey maya, y la conciencia atormentada de Cortés.

Al reflejar los mitos de la debilidad indígena y la fortaleza española, las crónicas de Cortés y Gómara sobre los acontecimientos de Itzamkanac están repletas de estereotipos acerca de los «indios». Los conquistadores eran embusteros, maquinadores, indignos de confianza y, pese a todo, eran también crédulos, supersticiosos y se amedrentaban fácilmente. El rey maya y su hijo mienten cuando aluden a la falsa muerte del padre, mientras que los señores nahuas conspiran durante días. A los mayas les impresiona tanto la construcción del puente (por orden de los españoles, pero con mano de obra africana y nahua, sin duda) que se convencen de que para los conquistadores nada es imposible, según Gómara. Los nahuas y los mayas están seguros de que Cortés es capaz de «ver cosas» en su brújula, desde el camino que conduce a la siguiente ciudad hasta los detalles de la conspiración en su contra. La admiración de los españoles por su propia tecnología (rasgo precursor del énfasis de los historiadores actuales en la «superioridad» tecnológica

española) y la supuesta superstición indígena forman una combinación poderosa en la mente del conquistador.

Pero las acciones de los señores nahuas y mayas demostraron que estaban lejos de ser los indígenas asustados, fatalistas y traumatizados del mito de la devastación. Aunque la descripción de Díaz sobre los rumores de descontento es más plausible que la conspiración a gran escala imaginada por Cortés y Gómara, el lector se queda con la impresión de que Cuauhtémoc y los nobles nahuas aliados eran capaces de buscar vías para mejorar sus circunstancias; llegaron incluso a organizar una resistencia armada como la de Manco Inca en Perú a partir de 1536. Por lo que respecta a Paxbolonacha, sus acciones y decisiones se basaban en lo que consideraba más beneficioso para los intereses de su propio estatus, la estabilidad de su posición dinástica, la seguridad de Itzamkanac y sus habitantes, y la integridad general de su reino. Desde la perspectiva de los españoles y de los señores ejecutados, los acontecimientos de Itzamkanac fueron un episodio de la conquista. Desde la perspectiva maya mactun, fue una manipulación diplomática que, de no haber existido, habría provocado una tragedia local.[7]

Las crónicas de Cortés y Gómara indican que Cortés dejó a Paxbolonacha temblando a sus pies. Pero Díaz lo retrata como un individuo que llega a un acuerdo muy sensato, ofrece guías y porteadores a cambio de que los españoles y los nahuas arriesguen la vida en una expedición punitiva hasta los confines del territorio mactun. Y en la versión de los mayas, Paxbolonacha controla el resultado final del incidente; decide si se produce o no la sublevación contra los españoles. La crónica maya tiene una intención política ligada a una circunstancia colonial posterior, la de demostrar la lealtad de Paxbolonacha ante los españoles, pero se formula en términos que defienden la integridad personal y política del dirigente maya.

Todos los elementos de la vitalidad cultural indígena durante la conquista están presentes aquí: la percepción de la conquista como obra, en cierto sentido, de los señores indígenas; el recurso a las alianzas políticas y militares con los españoles para reforzar los intereses locales; la colaboración compleja y parcial de la élite; la prosperidad de las comunidades municipales indígenas en la época colonial (simbolizada aquí en el relato maya mactun, escrito con signos alfabéticos pero en nahuatl y maya). Como en gran parte de la historia de la conquista, el asunto de Itzamkanac parece un solo acontecimiento, pero en realidad es un suceso poliédrico, distinto en función de la perspectiva y los intereses. A la vez refuerza y destruye los mitos de la conquista. Y si intentamos averiguar lo que ocurrió «realmente», estamos a merced de las crónicas escritas conservadas, con todo lo ricas y diversas que son.

Los mitos que rodean la muerte de Cuauhtémoc, como los restantes mitos de la conquista, son metáforas de todo lo que ocurrió, y todo lo que se dice que ocurrió, durante la invasión española de América. Si los detalles de un acontecimiento pasado pueden entenderse como «metáforas históricas de una realidad mítica»,[8] entonces los acontecimientos analizados en este libro son metáforas míticas de la realidad histórica, es decir, la realidad percibida por los conquistadores y reconstruida reiteradamente a lo largo de los siglos por los españoles coloniales y los historiadores occidentales que han estudiado el colonialismo. He intentado ofrecer una perspectiva diferente, formada a partir de la lectura cruzada de múltiples fuentes; una perspectiva que, pese a sus filtros y sesgos, se acerca más a la verdad del mundo de la conquista española.[9]

Si los mitos dramatizan el mundo humano y su pasado «en una constelación de metáforas poderosas», nuestro propósito como lectores de historia es explorar tales metáforas, indagar los motivos, métodos y pautas de conducta humana. Ahora bien, en caso de que el término «propósito» se considere demasiado servicial, podemos quizá buscar en Bernal Díaz una explicación más simple de la lectura expuesta aquí: la historia es, a fin de cuentas, un relato curioso que requiere una meticulosa ponderación de todos sus elementos.[10]

Créditos

Fig. 1. Harris, *Voyages and Travels* (1744 [1705]), vol. 2, pág. 114. Reproducido con autorización de la John Carter Brown Library de la Brown University.

Fig. 2. Reproducido con autorización del Museo Nacional de Arte, Ciudad de México.

Figs. 3 y 4. Reproducido con autorización de la John Carter Brown Library de la Brown University.

Fig. 5. Reproducido con autorización de la John Carter Brown Library de la Brown University.

Fig. 6. Reproducido con autorización de la Jay I. Kislak Foundation Inc.

Fig. 7. Volumen 3, libro XII, folio 58v de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*; reproducido con autorización del Archivo General de la Nación, Ciudad de México.

Fig. 8. Lámina 58 de fray Diego de Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*; reproducido con autorización de la Biblioteca Nacional, Madrid.

Fig. 9. Reproducido con autorización del Banco Nacional de México.

Fig. 10. Harris, *Voyages and Travels* (1744 [1705]), vol. 2 (1748), pág. 97. Reproducido con autorización de la John Carter Brown Library de la Brown University.

Fig. 11. Del volumen 3, libro XII, folio 26r de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*; reproducido con autorización del Archivo General de la Nación, Ciudad de México.

Fig. 12. Reproducido con autorización de la John Carter Brown Library de la Brown University.

Fig. 13. Reproducido con autorización de la Smithsonian Institution.

Fig. 14. Reproducido con autorización de la John Carter Brown Library de la Brown University.

Fig. 15. Reproducido con autorización de la Biblioteca Real, Copenhague; pág. 400 de la edición impresa de Adorno y Murra, y en la página web de la Biblioteca Real (www.kb.dk/elib/mss/poma).

Fig. 16. Reproducido con autorización de la Tozzer Library de la Harvard College Library, Harvard University.

Fig. 17. Pág. 58 de Hergé, *El templo del sol*; reproducido en el original con autorización de Moulinsart S. A.

Fig. 18. Reproducido con autorización de la John Carter Brown Library de la Brown University.

Fig. 19. Reproducido con autorización de la John Carter Brown Library de la Brown University.

Notas

Agradecimientos

1. Como ilustra detalladamente Juan de Tovar en su *Historia de la benida de los Yndios*, f. 85, manuscrito en JCBL, Códice Ind 2, texto del siglo XVI.

2. Motolinía escribió en 1541 que la región donde se buscaban las Siete Ciudades era donde llegaron Álvar Núñez Cabeza de Vaca y sus compañeros supervivientes en un viaje de 700 leguas tras siete años de cautividad; Adorno y Pautz, *Cabeza de Vaca,* 2000, II, págs. 30-31, 361, 428; III, págs. 128, 142, 370-372. El siete mítico aparece también en otras zonas del mundo atlántico que se creó con la expansión europea; por ejemplo, los holandeses seleccionaron «siete de los marineros más intrépidos y capaces» para explorar Groenlandia en la década de 1630; los siete escribieron un diario de viaje y adquirieron un estatus semimítico en las historias europeas de exploradores (Churchill, *Voyages and Travels*, 1704, II, págs. 413-430).

Introducción

1. Las citas de Díaz, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1632) provienen de la edición de Alianza Editorial para el V Centenario, a cargo de Carmelo Sáenz de Santa María. Se conserva un ejemplar de la primera edición de la obra en la JCBL (que también he podido consultar en la edición de Madrid de 1795). Las referencias citadas aquí corresponden a *Historia,* 1632 [1570], f. 65r.

2. Díaz, *ibid.*

3. Cortés, carta de 1520; *Cartas de relación*, Madrid, Historia 16, 1985. Puede encontrarse un análisis de la inadecuación de las descripciones que ofrece Díaz sobre Tenochtitlán en Mund, *Les rapports complexes*, 2001, págs. 57-74.

4. Durante siglos, los historiadores han empleado las teorías dominantes de análisis histórico —desde el progresismo de la Ilustración hasta el marxismo— como instrumentos de trabajo. Pero en las últimas décadas los investigadores posmodernos y de otras corrientes han sostenido, cada vez con mayor firmeza, que tales instrumentos no son válidos. Como apunta el profesor de filosofía Behan McCullagh, puede resultar sorprendente comprender que no podemos eludir la apabullante ubicuidad de la subjetividad (*Truth*, 1998, pág. 307, 1).

5. Esto equivale a una contraposición directa de dos historicidades, un contraste «entre lo que ocurrió y lo que se dice que ocurrió», como lo define el antropólogo Michel-Rolph Trouillot en su obra *Silencing the Past*, 1995, pág. 106; sus «dos historicidades» se comentan también en las págs. 29 y 118.

6. Una vez más, véase Trouillot, *Silencing the Past*, 1995; «condiciones de producción» y «lo que se dice que ocurrió» son frases suyas (págs. 25 y 106).

7. En el siglo XIX, «mito» equivalía generalmente a «ficción» o «invención», y éste es el sentido en que empleo el término aquí; a comienzos del siglo XX los investigadores describían historias que eran «verdaderas» desde la perspectiva de las culturas que creaban y valoraban las tradiciones sagradas. Hace cuarenta años, Mircea Eliade, el célebre investigador francés del mito y la religión, advirtió la coexistencia de los dos significados de «mito», circunstancia que hacía «algo equívoco» su uso (*Mito y realidad*, 2002 [1963]). Tal constatación sigue siendo válida también en la actualidad. Entre los ejemplos de uso reciente de ambos significados cabe citar la obra de Karl Taube, *Aztec and Maya myths* (1993), que relata la mitología de la creación, el antiguo sistema caléndrico, y las historias de los dioses, y el clásico de Stephen Steinberg *The Ethnic Myth* (2001 [1981]), que caracteriza como una tergiversación dominante y popular la idea de que los destinos individuales y colectivos en Estados Unidos durante el siglo XX se han visto determinados por la identidad étnica y sus valores culturales. Un ejemplo de libro reciente que sostiene que un mito en un sentido (el mito americano semificticio o distorsionado de la «victoria del Oeste») se convirtió en un mito en el otro sentido (una preciada tradición de historia e identidad americana) es Prats, *Invisible natives*, 2002.

8. Doniger, *The implied spider*, 1998, págs. 2-3; Eliade, *Myth and reality*, 1963, págs. 147-157.

9. Veyne, *Greeks*, 1988, pág. 22; Tedlock, *Popol Vuh*, 1985, pág. 64; ambos citados en Hill Boone, *Stories in red and black*, 2000, pág. 15. Véase también Bricker, *The Indian Christ, the Indian King*, 1981, págs. 3-4, y Salomon, «Testimonies», 1999, págs. 51-57.

10. Paráfrasis de Jenkins, *Re-thinking History*, 1991, pág. 32, cuyas palabras son «ficciones útiles».

11. «Alguna verdad sobre el mundo» y «la categoría de ficción» son frases tomadas de McCullagh, *Truth*, 1998, pág. 5 y Trouillot, *Silencing the Past*, 1995, pág. 6, respectivamente.

12. El comentario de Valle Inclán es una frase conocida; lo hallé citado por primera vez en la traducción inglesa de los ensayos de Vargas Llosa: *Essays*, 1996, pág. 325.

13. Prescott, *Conquest of Mexico*, 1909 [1843], pág. 3.

14. «Vacío» es el término que emplea el autor francés J. M. G. Le Clézio; *Mexican Dream*, 1993, pág. 176.

CAPÍTULO 1

1. Ambas citas provienen de Elliott, *The Old World and the New*, 1970, pág. 10; Gómara, citado también en Fernández-Armesto, *Columbus*, 1991, pág. 185, y citado en Florescano, *Memory*, 1994, pág. 80; la cita de Gómara que encabeza el capítulo proviene de Gómara, *Cortés*, 1964 [1552], pág. 4. Al trabajar con el texto de Gómara consulté también una copia manuscrita de los primeros 81 capítulos escrita a comienzos del siglo XVII por el noble nahua Chimalpahin, pero no difería significativamente de la edición de 1552 (según confirma David Tavárez, comunicación personal; el manuscrito se encuentra en la JCBL, códice Sp 63).

2. En este libro empleo la palabra «descubrimiento» para referirme al descubrimiento europeo de América; «contacto» alude al mismo proceso, el contacto inicial entre europeos e indígenas americanos; y «conquista» designa toda la serie de conquistas españolas en América. Espero que el lector acepte esta elección terminológica que pretende evitar la controversia y las connotaciones ligadas a «el descubrimiento» y otras expresiones similares (véase Foner, «Our Monumental Mistakes», 1999, por ejemplo) y otras torpes formulaciones alternativas.

3. Ambos citados también en Elliott, *The Old World and the New*, 1970, pág. 1.

4. Hanke, *Aristotle*, 1959, pág. 11; Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 4.

5. Visita del autor al National Air and Space Museum, Washington, D.C., enero de 2001; «Where Next, Columbus?», www.nasm.edu/galleries/gal209. La exposición se clasifica como «temporal», pero continúa abierta desde 1992. La relevancia de Colón en este museo indica que el «primer viaje [del genovés] es todavía la metáfora más poderosa del descubrimiento», como apunta Dor-Ner (*Columbus*, 1991, pág. 1; también citado en Frederick, «Colonizing Columbus», 2001, pág. 1).

6. Citado en Trouillot, *Silencing the Past*, 1995, pág. 82.

7. Prescott, *Conquest of Mexico*, 1909 [1843], pág. 3.

8. Citas procedentes, respectivamente, de Keen, *Latin America*, 1996, pág. 71; Diamond, *Guns, Germs, and Steel*, 1997, pág. 91; Elliott, *Imperial Spain*,

1963, pág. 51; introducción de Cohen a Zárate, *Perú*, 1981[1555], pág. 15; Markham, *Discovery of Peru*, 1872, pág. xiii; Schwartz, *Victors and vanquished*, 2000, pág. 1; Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty», 1991, pág. 12. Hay muchos otros ejemplos de utilización de los términos «puñado» y de «aventureros» por parte de investigadores de diversas disciplinas, si bien se trata de una asociación refleja; un ejemplo del primero es Dibble, *Conquest*, 1978, pág. 7; y del segundo, Harris, *Aztecs, Moors, and Christians*, 2000, pág. 117. Entre los ejemplos de fuentes anteriores, cabe citar, además de Markham (*ibid.*), Henty, *By Right of Conquest*, 1890, pág. ii (también citado en Cowher, «A handful of adventurers?», 2001, pág. 13).

9. La crónica de Jerez se publicó originariamente como Jerez, *Verdadera relación*, 1985 [1534]; trad. ingl. en Markham, *Discovery of Peru*, 1872, págs. 1-74; cita en pág. 1; también citado en Seed, «Failing to Marvel», 1991, pág. 15. Vargas Machuca, en la última década del siglo XVI, loaba el triunfo de los conquistadores españoles, superados en número por los indígenas en una proporción de quinientos frente a uno, como una victoria contra todo pronóstico, comparable a las hazañas de los antiguos griegos y romanos (*Milicia y descripción*, 1599, págs. 25v-26v).

10. Citas procedentes, respectivamente, de Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty», 1991, pág. 12; Fernández-Armesto, «Aztec' auguries», 1992, pág. 287; Wachtel, «The Indian», 1984, pág. 210, también citado en Guilmartin, «The Cutting Edge», 1991, pág. 42. Hay muchos otros ejemplos de la misma cuestión; es el caso de Dibble, *Conquest*, 1978, pág. 7; Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 53; Keen, *Latin America*, 1996, pág. 71.

11. Femández-Armesto, «Aztec' Auguries», 1992, pág. 287; «la cuestión no ha perdido vigencia con el tiempo», Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty», 1991, pág. 12.

12. La obra pictórica se reproduce de modos diversos en otros lugares (véase Ades, *Art in Latin America*, 1989, pág. 33, por ejemplo) y el original se encuentra en el Museo Nacional de Arte, Ciudad de México.

13. Scott, *1492*, 1992.

14. Berry y Razaf, «Christopher Columbus», 1936. Agradezco a Barry Kernfeld (comunicación personal) que me haya aportado la fecha en que Razaf escribió estas letras. Se reproducen aquí con autorización.

15. Fernández-Armesto, *Columbus*, 1991, pág. 53; Berry and Razaf, «Christopher Columbus», 1936.

16. Scott, *1492*, 1992.

17. Russell, *Inventing the Flat Earth*, 1991; Irving, *Columbus*, 1981 [1828], pág. 48; Morison, *Columbus*, 1942; Fernández-Armesto, *Columbus*, 1991, pág. 54; Boller, *Not So!*, 1995, págs. 3-6.

18. Eco, *Serendipities*, 1998, pág. 4.

19. Eco, *Serendipities*, 1998, pág. 7.

20. Winius, *Portugal*, 1995, pág. 1. La idea de que la figura de Colón ha quedado envuelta en mitos y tergiversaciones es un lugar común en gran parte de la bibliografía sobre el navegante, desde obras antiguas como Goodrich, *Columbus*, 1874 (por ejemplo, pág. 177), hasta clásicos de la década de 1940 como Morison, *Columbus*, 1942, y Madariaga, *Columbus*, 1949, o publicaciones del V Centenario como Fernández-Armesto, *Columbus*, 1991 (por ejemplo, págs. vii-x); Wilford, *Columbus*, 1991 (por ejemplo, págs. 247-265); Bushman, *America Discovers Columbus*, 1992 (por ejemplo, págs. 8-14); Davidson, *Columbus*, 1997 (por ejemplo, págs. 467-482). Una breve revisión de la historiografía de Colón hasta comienzos de la década de 1980 puede encontrarse en Crosby, «The Columbian Voyages», 1993.

21. Fernández-Armesto, *Columbus*, 1991, pág. 21.

22. Paráfrasis de Femández-Armesto, *Columbus*, 1991, pág. 21.

23. Fernández-Armesto, *Before Columbus*, 1987, págs. 151-185; «Medieval Atlantic Exploration», 1995, págs. 43-44.

24. Fernández-Armesto, *Before Columbus*, 1987, págs. 185-202; «Medieval Atlantic Exploration», 1995, págs. 44, 65; Keen, *Latin America*, 1996, pág. 56.

25. Fernández-Armesto, *Before Columbus*, 1987, págs. 203-222; «Medieval Atlantic Exploration», 1995, págs. 44-53; Verlinden, «European Participation», 1995, págs. 71-77.

26. Radulet, «Vasco da Gama», 1995, págs. 133-134.

27. Fernández-Armesto, *Columbus*, 1991, págs. 43-65; Radulet, «Vasco da Gama», 1995, págs. 134-135; Pinheiro Marques, «Triumph», 1995, págs. 363-368. Sobre el V Centenario de Vasco da Gama, véase Fox, «No Room for Romantics», 2001.

28. Como gran parte de la mitología de Colón, este aspecto se ha señalado a menudo (desde Goodrich, *Columbus*, 1874, págs. 113-142, hasta Wilson, *Emperor's Giraffe*, 1999, pág. 32), pero parece situarse al margen de la imagen mítica de Colón. Véase también Frederick, «Colonizing Columbus», 2001.

29. Fernández-Armesto, *Columbus*, 1991, págs. 186-187; Dutra, «The Discovery of Brazil», 1995, págs. 147-148; Pinheiro Marques, «Triumph», 1995, pág. 371; Keen, *Latin America*, 1996, pág. 62.

30. Pinheiro Marques, «Triumph», 1995, pág. 372, por ejemplo.

31. Citado por Fernández-Armesto, *Columbus*, 1991, pág. 187. El contraste entre los dos hombres en la Sala Azul de la Casa Blanca, en forma de bustos esculpidos en 1815, es significativo en más niveles de los que capta la mayoría de los visitantes del lugar (visita del autor en enero de 2001; véase www.whitehouse.gov/history/whtour/blue).

32. Fernández-Armesto, *Columbus*, 1991, pág. 185; Gómara atribuye posteriormente cierto mérito a Colón; *Cortés*, 1964 [1552], pág. 334.

33. Elliott, *The Old World and the New*, 1970, págs. 11-12. Por ejemplo, en la dedicatoria a Cortés publicada en Francisco Cervantes de Salazar, *Diálo-*

go de la dignidad del hombre, 1772 [1564?], pág. 2, Cervantes atribuye a Cortés el título de «Descubridor i Conquistador de la Nueva España». Sobre la concepción de la historia española de Lope de Vega y la relación de dicho planteamiento con el contexto de la literatura cortés, véase Wright, *Pilgrimage to Patronage*, 2001.

34. No está claro si los restos mortales de Colón se encuentran en Santo Domingo, la Habana o Sevilla, o si una parte está en dichas ciudades y otra en Génova (Trouillot, *Silencing the Past*, 1995, pág. 179, n. 21; Giardini, *Columbus*, 1967, pág. 72). Como observa Trouillot (*Silencing the Past*, 1995, pág. 122), Colón era un personaje demasiado europeo como para servir de símbolo de una Latinoamérica independiente.

35. Por ejemplo, los caballeros de Colón, una hermandad católica americano-irlandesa, fue fundada en 1881 (Trouillot, *Silencing the Past*, 1995, pág. 123). Para un estudio detallado de la invención del mito de Colón en el siglo XIX, véase Bushman, *America Discovers Columbus*, 1992, págs. 81-190.

36. Trouillot, *Silencing the Past*, 1995, págs. 123-140; Bushman, *America Discovers Columbus*, 1992, págs. 152-190. El busto de Colón de 1815 que se conserva en la Casa Blanca se expuso en un lugar destacado de la Sala Azul a comienzos de la década de 1990; www.whitehouse.gov/history/whtour/blue. Un estudio fascinante sobre el debate del V Centenario (continuación de Bushman, *America Discovers Columbus*, 1992) es el de Summerhill y Williams, *Sinking Columbus*, 2000. Se aprecia todavía un eco del debate en los planes y discusiones relativos al V Centenario de Vasco da Gama (Fox, «No Room for Romantics», 2001).

37. Florescano, *Memory*, 1994, pág. 65.

38. Pueden encontrarse ejemplos de probanzas y cartas similares en Icaza, *Diccionario*, 1923; Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976. El contexto de desarrollo de este género es la *reconquista*, la prolongada guerra entre los reinos cristiano e islámico en la Península Ibérica desde el año 711 hasta 1492, así como la conquista castellana de las islas Canarias a finales del siglo XIV y en el siglo XV. Sobre el desarrollo paralelo de un género relacionado, el *requerimiento*, véase Seed, «The Requirement», 1995.

39. Las cartas de Cortés (*Cartas*, 1983) se prohibieron en 1527, el libro de Gómara (*Cortés*, 1964 [1552]) en 1553; Pagden, *Fall of Natural Man*, 1982, pág. 58; Elliott, «Cortés», 1989, pág. 41; Florescano, *Memory*, 1994, pág. 97.

40. Zamora, *Reading Columbus*, 1993, págs. 5, 9-20.

41. Las cartas de Díaz al rey fechadas en 1552 y 1558 pueden encontrarse, en trad. ingl., en Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, págs. 73-82; las citas corresponden a las págs. 79 y 82.

42. Gómara, *Cortés*, 1964, pág. xxi; Díaz, *Historia*, 1955 [1570].

43. Citado en Florescano, *Memory*, 1994, pág. 92. El investigador belga Sabine Mund sostiene que Díaz actuaba motivado, en gran medida, por lo que oyó en la ciudad española de Valladolid en 1550-1551, cuando se libró un debate, hoy famoso, sobre la naturaleza de los «indios», en el que el fraile dominico Bartolomé de Las Casas denunció las prácticas del conquistador; en respuesta a las críticas, Díaz intentó defender y promover no sólo su propia trayectoria, sino la empresa de la conquista en su totalidad (*Les rapports complexes*, 2001, págs. 89-99).

44. Florescano, *Memory*, 1994, pág. 67.

45. Florescano, *Memory*, 1994, pág. 77. Como se indica más adelante, la ideología imperial española puede situarse también en el contexto más amplio de la ideología imperial europea, que ayuda a explicar el impulso decimonónico concedido a la glorificación de los conquistadores.

46. Elliott, «Cortés», 1989, pág. 39.

47. Se han publicado numerosos análisis de esta bibliografía y de la evangelización franciscana en América; véase, por ejemplo, Klor de Alva, Nicholson, y Quiñones-Keber, *Sahagún*, 1988; Rabasa, *Inventing America*, 1993, págs. 151-164; Chuchiak, «The Indian Inquisition», 2000; y Francis, «la conquista espiritual», 2000.

48. La carta se publicó en trad. ingl. en Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, págs. 220-247, citas en págs. 246 y 247. Otro franciscano, Gerónimo de Mendieta, ensalzó también a Cortés en su *Historia eclesiástica indiana* de 1596; Rabasa, *Inventing America*, 1993, págs. 157-158.

49. Cline, «Revisionist Conquest History», 1988, pág. 93.

50. Cline, «Revisionist Conquest History», 1988.

51. Elliott, «Cortés», 1989, págs. 39-41. La comparación con César no sería la última; véase Alcalá, *César y Cortés*, 1950.

52. Gómara, *Cortés*, 1964 [1552]; Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 120.

53. Díaz, *Historia*, 1955 [1570].

54. Lasso de la Vega, *Cortés valeroso*, 1588, 4r y otros.

55. Por ejemplo, el fraile italiano Ilarione da Bergamo, en el relato de sus viajes por México escrito en 1770, remite explícitamente a sus lectores a «las cartas de Cristóbal Colón y otros capitanes conquistadores» (Ilarione da Bergamo, *Daily Life*, 2000 [1770], pág. 69).

56. Florescano, *Memory*, 1994, pág. 96. Mignolo, *Local Histories*, 2000, pág. x, sostiene que sólo se publicaron «discursos hegemónicos» en el período colonial, y se suprimieron voces alternativas como Huaman Poma, *Nueva corónica*, 1980 [1615].

57. Prescott, *Conquest of Mexico*, 1909 [1843]; Gómara, *Cortés*, 1964 [1552], pág. xvii; Díaz, *Historia* [1570].

58. Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty», 1991, págs. 12-13.

59. La obra de Prescott ha inspirado también una categoría de novela histórica centrada en la conquista de México, que ha ampliado aún más la dimensión popular de esta imagen mitológica de la conquista; es el caso de Fal-

kenhorst, *With Cortez in Mexico: A Historical Romance*, 1892, y Marshall, *Cortez and Marina*, 1963.

60. Véase la cita de Goodrich al comienzo de este capítulo (Goodrich, *Columbus*, 1874, pág. 89; también citado por Frederick, «Colonizing Columbus», 2001, pág. 10). E. H. Carr observó hace cuarenta años que «la teoría histórica de los grandes hombres [...] ha pasado de moda en los últimos años, aunque todavía reaparece ocasionalmente» (*What Is History?*, 1961, pág. 53); no obstante, dos décadas después seguía vigente para un historiador como Eric Wolf, que criticó dicha visión en su libro *Europe*, 1982.

61. Thomas, *Conquest*, 1995; Hill Boone, *Stories*, 2000, pág. 5, defiende una tesis similar. Para un análisis crítico de la visión de Thomas acerca de las culturas indígenas, véase Nicholson, «Hugh Thomas's *Conquest*», 2000. No pretendo restar importancia al libro de Thomas, sino sólo situarlo historiográficamente; recurro a él en varias partes de este libro, para ilustrar los siete mitos y sus respectivos antimitos. Hay libros sobre la conquista de México que adoptan los mitos de la conquista de modos un tanto perniciosos, como el de Marks, *Cortes*, 1993, pero la obra de Thomas (*Conquest*, 1995) no pertenece a dicho grupo.

62. Incluso en el México revolucionario, cuando se revisó la reputación de Cortés, se mantuvo el principio de los «grandes hombres» de la conquista, la historia de un puñado de héroes y seres malvados; por ejemplo, en un mural de Diego Rivera que se conserva en el Palacio Nacional de Ciudad de México, Cortés aparece retratado como el malvado, y Las Casas como héroe (también reproducido en Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 178). Asimismo, el autor francés Le Clézio, cuyo libro sobre la conquista contiene versiones modernas de casi todos los siete mitos, perpetúa el mito de los hombres excepcionales al invertir el tropo de Sepúlveda del Cortés audaz y el timorato Moctezuma para contraponer «las palabras arteras y amenazadoras de [Cortés] y el discurso mágico y angustiado del rey mexicano» (*Mexican Dream*, 1993, pág. 22). La actitud moderna hacia Cortés es polémica y ambigua; el ataque de Eulalia Guzmán contra el conquistador (*Relaciones*, 1958) ha traído aparejados numerosos textos en defensa de Cortés, entre los que se incluye uno muy breve de Manuel Alcalá, donde recordaba a los lectores una comparación favorable del «cortesísimo Cortés» con Julio César, presentada en un trabajo anterior del mismo autor (*César* y *Cortés*, 1950; Cortés, *Cartas*, 1983, pág. ix [el ensayo de Alcalá data de 1960]).

63. Pagden (en Cortés, *Letters*, 1986, pág. 461) y Elliott, «Cortés», 1989, pág. 41, sugieren que Cervantes de Salazar dio origen al mito; véase también Amor y Vásquez («Apostilla», 1961). Las versiones originarias del hundimiento se encuentran en Díaz, *Conquista*, 1570, y Cortés, *Cartas*, 1522. El mito se ha repetido hasta la saciedad; véase, por ejemplo, Bricker, *The Indian Christ*, 1981, pág. 16; pero recientemente han comenzado a aparecer signos de decadencia (por ejemplo, Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 56; Schwartz, *Victors and Vanquished*, 2000, pág. 43; Burkholder y Johnson, *Colonial Latin America*, 2001, pág. 45). He podido enriquecer mis conocimientos en este punto gracias a las conversaciones que he mantenido con Jack Crowley.

64. Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 56, caracteriza el hundimiento de los barcos de Cortés como una de las decisiones más «asombrosas». Aunque el propio Cortés explica (*Cartas*, 1522) que el hundimiento es una medida temporal para disuadir a los adeptos de Velázquez de una posible deserción, Todorov sigue el mito generado en el período colonial, según el cual la intención de Cortés era impedir el regreso de los hombres. Puede encontrarse una sucinta manifestación del mito en plena época colonial en la condena de 520 páginas, escrita por Juan de Solórzano, sobre los almirantes que se rindieron sin ofrecer resistencia ante los holandeses en 1628, con toda su flota de plata; Solórzano declara en las anotaciones del informe en latín que Cortés hundió sus naves (no las quemó; *naves perforarunt*) para obligar a (todos) sus hombres a combatir, en lugar de huir, precedente que emplea Solórzano para respaldar su tesis de la «cobardía» de los almirantes (JCBL, Códice Sp 26, pág. f. 91r; sobre la otra obra de Solórzano, véase Muldoon, *The Americas*, 1994).

65. Chamberlain, *Conquest and Colonization*, 1948, págs. 38-40; Restall, *Maya Conquistador*, 1998, pág. 8. En la misma categoría de acción se situaba la matanza de caballos de Antonio de Berrio en una de sus expediciones por la cuenca del Orinoco (Naipaul, *El Dorado*, 1969, pág. 18).

66. Gibson, *Spain in America*, 1966, pág. 29.

67. Respectivamente, Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty», 1991, pág. 19; Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 99; Le Clézio, *Mexican Dream*, 1993, págs. 7, 8. La especulación sobre si la conquista de México podría haberse producido sin Cortés, o si éste habría perecido durante la guerra de 1519-1521, como estuvo a punto de suceder en varias ocasiones, se desarrolla de manera magistral en Ross Hassig, «Immolation», 1999. La labor de Hassig en este artículo consiste en imaginar una versión radicalmente diferente de la historia de México sin Cortés, pero leyendo entre líneas se observa que Hassig es demasiado perspicaz como para no detectar la enorme similitud del razonamiento negativo secundario (es decir, la reafirmación del modelo originario), con una conquista española liderada por Alvarado o algún otro capitán de Cortés.

68. En este punto he recibido una enorme aportación de Grant Jones a través del correo electrónico.

69. Cortés, *Cartas*, «Primera carta de relación» (1519), pág. 61; véase también Schwartz, *Victors and Vanquished*, 2000, págs. 75-76.

70. El único asentamiento permanente era Salamanca de Bacalar, fundado en 1544, y pronto conocido simplemente como Bacalar. Clencinnen, *Ambivalent Conquests*, 1987, págs. 21, 31; Jones, *Maya Resistance*, 1989, págs. 41-45; Restall, *Maya Conquistador*, 1998, págs. 8, 181. Mi referencia a las ciudades no

construidas corresponde sólo a esta fase inicial de las campañas de conquista, los españoles recalcaban la importancia de la vida urbana y comenzaron a construir capitales de provincia en cuanto pudieron.

71. Cortés, *Cartas*, «Primera carta de relación» (1519), págs. 60-61; véase también Schwartz, *Victors and Vanquished*, 2000, pág. 75.

72. Se han establecido comparaciones entre Cortés y Maquiavelo, que sugieren, en la línea del mito de los hombres excepcionales, que Cortés era el arquetipo maquiavélico (véase, por ejemplo, Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 116; Fuentes, *Buried Mirror*, 1992, pág. 129; Pastor, *Armature of Conquest*, 1992, págs. 82-83). No obstante, la falta de pruebas de influencia directa (como reconocen Todorov, Fuentes y Pastor) indica que los dos hombres eran productos de su tiempo y actuaban de acuerdo con ideas que eran moneda común; si Cortés era maquiavélico, entonces Maquiavelo era «el hermano mayor de [*todos*] los conquistadores» (palabras de Fuentes, la cursiva es mía). En la misma línea, Elliott ha mostrado que el uso de ciertas referencias literarias, por parte de Cortés, en sus cartas al rey, referencias interpretadas a menudo como «expresión de originalidad y erudición», eran casi tópicos en la época, o incluso clichés («Cortés», 1989, pág. 31). El estudio de Pastor sobre las cartas de Cortés es sumamente perspicaz; revela que emplea la «ficción» para representar la «rebelión como servicio» y al «rebelde como conquistador modélico», pero su interés especial por Cortés pierde de vista el contexto general, la cultura del conquistador, y el punto esencial de que Cortés no era un innovador, sino que se guiaba por los procedimientos estándar; es decir, no era una excepción, sino que formaba parte del modelo (*Armature of Conquest*, 1992, págs. 50-100, cita en pág. 63).

73. Restall, *Maya Conquistador*, 1998, pág. 8.

74. Lockhart, *Cajamarca*, 1972, págs. 5-6, 67.

75. Lockhart, *Cajamarca*, 1972, págs. 6, 15-16; carta publicada en trad. ingl. en Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, págs. 54-56, cita en pág. 55.

76. Prescott, *Conquest of Peru*, 1847, II, págs. 153-154; Millar, *A Crossbowman's Story*, 1955 pág. xiii; Wallace, *Michael Wood's Conquistadors*, 2000; y Wood, *Conquistadors*, 2000, págs. 187-229.

77. Wood, *Conquistadors*, 2000, pág. 229; cuando Wood comenta que al fin y al cabo Orellana era y siguió siendo un conquistador, no le falta razón, pero en un sentido mucho más mundano de lo que se reconoce habitualmente.

78. Las citas son de Fuentes, *Buried Mirror*, 1992, pág. 83; Bitterli, *Cultures in Conflict*, 1989, pág. 75; y Georg Friederici (citado por Bitterli a partir de una obra suya publicada en alemán en 1925). Una explicación concisa del submito de la «sed de oro» aparece en la obra teatral de Alfred Furman, de 1930, titulada *Atahualpa: The Last of the Incas*, en la que un conquistador exclama que «Pizarro is insane / His constant thought is gold: his lexicon / Holds that word only» (Smith, «Conquest of Peru», 2001, pág. 15). Un intento temprano, parcialmente logrado, de situar el tema y el mito de la «sed de oro» en un contexto cultural es Picón-Salas, *A Cultural History*, 1966, págs. 32-34). La obra de Shaffer de 1964 sobre la conquista de Perú muestra a Pizarro interesado por la fama, no por el oro (Shaffer, *Royal Hunt*, 1969; Smith, «Conquest of Peru», 2001, pág. 24). Pero el estereotipo perdura; cuando los dos españoles de *La ruta hacia El Dorado* encaran la muerte, uno pregunta al otro: «¿Te arrepientes de algo?». La respuesta es: «Nunca he tenido suficiente oro» (Bergeron y Paul, *El Dorado*, 2000).

79. Como señala Lockhart, en Lockhart y Otte, *Letters and people*, 1976, pág. 19.

80. Díaz, *Historia*, 1570; Restall, *Maya Conquistador*, 1998, págs. 7, 180-181.

81. Colón, *Los cuatro viajes*, 1492-1496; Fernández-Armesto, *Columbus*, 1991, págs. 106, 165.

82. Juan Díaz, *Littera mandata*, 1520; Gómara, *Cortés*, 1964 [1552], pág. 57; Díaz, *Historia*, 1570; Thomas, *Conquest*, 1995, págs. 93, 99, 152, 167, 308; Karttunen, «Interpreters», 2000, pág. 217.

83. Restall, «Gaspar Antonio Chi», 2002.

84. Este tipo de violencia era utilizado por los cristianos durante la Reconquista; uno de los numerosos ejemplos de este tipo es la tortura pública de los moros durante el asedio de Valencia por el Cid en el siglo X (Nelson, «El Cid», 2001, pág. 23). Aunque algunos conquistadores adquirieron fama por su crueldad y violencia gratuita, las hazañas que suelen citarse como prueba de sus excesos son, casi siempre, procedimientos normales. Por ejemplo, en una breve carta de 1533 que describe los primeros acontecimientos de la conquista de Perú, Hernando Pizarro alude a tres momentos en que los andinos fueron torturados, motivo por el cual su editor del siglo XIX, sir Clements Markham, lo calificó de «odioso», «implacable» y «rufián» (*Discovery of Peru*, 1872, págs. xiii, xiv, 120; carta de Pizarro en págs. 113-127). Al margen de si los adjetivos de Whether Markham estaban o no justificados, el autor pierde de vista la cuestión de que la tortura era una técnica de interrogatorio convencional, y de que la tortura pública de los cautivos era esencial en la estrategia de despliegue de la violencia.

85. Durante el asedio de Cuzco de 1536, Francisco Pizarro ordenó la amputación de la mano derecha de 200 prisioneros andinos, y posteriormente de otros 400 (Himmerich y Valencia, «Siege of Cuzco», 1998, pág. 414; Herrera en Cieza de León, *Perú*, 1550; véase también Herrera, *Historia General*, 1601/1615). En 1550, Pedro de Valdivia señala que se ordenó cortar las manos y narices de doscientos araucanos por su contumacia (citado en Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 148). Un incidente de amputación de manos de araucanos se comenta también en Vargas Machuca, *Milicia y descripción*, 1599, 5r. Al parecer, Soto amputó la mano a quince príncipes de Florida, al igual que Cortés hizo lo propio con los «espías» nahuas (Ogilby, *America*, 1670, págs. 81 y 84).

86. La matanza de las mujeres incas, así como la tortura con fuego y perros, se utilizó durante el asedio de Cuzco (Himmerich y Valencia, «Siege of Cuzco», 1998, pág. 414). Cortés alude a una acción similar de 1519 (*Cartas*, 1519). Una práctica comúnmente asociada con la Inquisición pero a menudo utilizada como técnica de despliegue de violencia por parte de los conquistadores consistía en quemar vivos en la hoguera a los señores indígenas; un ejemplo infame es la quema de los reyes mayas quiché por orden de Alvarado en 1524 (Recinos, *Memorial*, 1950, pág. 125; Kramer, *Encomienda Politics*, 1994, pág. 32).

87. Ogilby, *America*, 1670, pág. 83.

88. Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty», 1991, pág. 28. Se recogen pruebas arqueológicas de que las matanzas de Cholula fueron una masacre deliberada y planificada y, por tanto, un nuevo ejemplo de violencia gratuita rutinaria por parte de los conquistadores, en Peterson y Green, «Massacre at Cholula», 1987; agradezco a Blanca Maldonado que me proporcionase la referencia de este artículo.

89. Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 56. Todorov sigue al cronista jesuita José de Acosta, que escribió en 1590 que la captura de Moctezuma fue una hazaña que sorprendió al mundo (*Historia natural y moral de las Indias*, 1987 [1590]).

90. Guilmartin, «The Cutting Edge», 1991, pág. 56; Seed, «Failing to Marvel», 1991; Burkholder y Johnson, *Colonial Latin America*, 2001, págs. 52-53.

91. Lockhart, *Cajamarca*, 1972, pág. 23; Lockhart y Schwartz, *Early Latin America*, 1983, pág. 84.

92. Cieza de León, *Perú*, 1550. Kris Lane me puso sobre la pista de este incidente.

93. Fernández-Armesto, *Columbus*, 1991, pág. 104.

94. Alvarado, *Conquista de Guatemala*, 1525; Whitehead, *Lords of the Tiger Spirit*, 1988, págs. 27-29, 73-75; Fernández-Armesto, *Columbus*, 1991, pág. 106; Avellaneda, *Conquerors*, 1995, págs. 120, 133. Un ejemplo especialmente truculento por sus detalles, pero no por su carácter inusual, fue el trato propinado por Nuño de Guzmán al Cazonci, el rey tarascano. En una ilustración de los procedimientos seis y siete de la conquista, el Cazonci fue sometido a una prolongada tortura, junto con otros miembros de su familia, antes de ser ejecutado ritualmente en público (Las Casas, *Devastación*, 1552; Krippner-Martínez, *Rereading the Conquest*, 2001, págs. 21-44).

95. Carta publicada en trad. ingl. en Lockhart, *Cajamarca*, 1972, págs. 461-463 y Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, págs. 4-7.

96. Las islas Canarias (1478-1496), Granada (1482-1492), Nápoles (1497-1503), Melilla (1497), Orán y Argel (1509-1510), Navarra (1511-1514), y en América, La Española (1495-1496), Puerto Rico (1508), Jamaica (1509), Cuba (1511), y Panamá y sus alrededores (1512-1517); Fernández-Armesto, «Aztec' auguries», 1992, pág. 301.

Capítulo 2

1. Scott, *1492*, 1992.

2. Entre los ejemplos recientes de esta interpretación, y las fuentes de las frases citadas arriba, cabe citar a Elliott, «Cortés», 1989, págs. 31, 35; Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty», 1991, pág. 17; Fuentes, *Buried Mirror*, 1992, pág. 128; Keen, *Latin America*, 1996, págs. 65-71; y Foster, *Mexico*, 1997, págs. 45, 46. Algunos investigadores eluden la trampa; véase, por ejemplo, Hassig, «Immolation», 1999. No es extraño que la interpretación aparezca frecuentemente en las fuentes más antiguas (por ejemplo, véase Helps, *Cortés*, 1894, I, pág. 227; también citado por Cowher, «A Handful of Adventurers?», 2001, pág. 2). Una variante del tema es la descripción convencional de Bernal Díaz como «soldado de a pie» (Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty», 1991, pág. 15; Altman, Cline, y Pescador, *Greater Mexico*, 2002, pág. 94), «un soldado con intereses de soldado» (Schwartz, *Victors and Vanquished*, 2000, pág. 42). Atribuir tal etiqueta a Díaz resulta muy equívoco, no sólo por motivos ligados al «mito del ejército del rey» que desarrollo en este capítulo, sino porque era el equivalente social de Cortés (sólo que relacionado con Velázquez y por tanto ligado a la red de sumisión «equivocada»; véase Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, pág. 72).

3. Jerez, *Verdadera relación*, 1985 [1534], pág. 60; Markham, *Discovery of Peru*, 1872, pág. 2; también citado en Seed, «Failing to Marcel», 1991, pág. 15.

4. Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty», 1991, pág. 17; Cortés, *Cartas*, 1519-1526, pág. 32; *Cartas*, 1519-1526, pág. 50. Asimismo, Pedro de Alvarado, el capitán de Cortés que lideró la invasión española de Guatemala en 1524 y escribió cartas desde allí a Cortés, alude a los «hombres de a pie», no a soldados. Pero Sedley Mackie, en su edición de 1924 de las cartas, glosa la expresión como «soldados de infantería» (Alvarado, *Conquest of Guatemala*, 1924 [1525]).

5. El manuscrito de 1557 está en la JCBL, Códice Sp 3.

6. ARH, Sig. B. n° 68; Landa, *Relación*, 1566, pág. 29; Restall y Chuchiak, *The Friar and the Maya*, s.f.

7. Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, págs. 3, 15.

8. Díaz, *Historia*, 1955 [1570], pág. xxviii. Bernardo de Vargas Machuca, en la última década del siglo XVI, también utilizaba el término *soldado*, aunque solía distinguir entre «conquistadores» (líderes y hombres de alto estatus social, como él) y «soldados» (el resto) (*Milicia y descripción*, 1599).

9. Ilarione da Bergamo, *Daily Life*, 2000 [1770], pág. 96.

10. Véanse, por ejemplo, las imágenes de Milanich y Milbrath, *First Encounters*, 1989, págs. 8, 34; y Grafton, *New World*, 1992, pág. 64.

11. La ironía de este frontispicio es que el «diccionario» era una colección de resúmenes de probanzas, redactados por conquistadores que claramente no eran soldados profesionales; Icaza, *Diccionario*, 1923; Prescott, *Conquest of Mexico*, 1909 [1843]; 1847.

12. Mi resumen de la revolución militar se basa en Parker, *Military Revolution*, 1996, con el complemento adicional de Guilmartin, «Logistics of Warfare at Sea», 1993, y Carol Reardon, comunicación personal.

13. Guilmartin, «Logistics of Warfare at Sea», 1993, pág. 110, por ejemplo, aunque también señala (págs. 117, 127) que las actividades de conquista españolas en América producían ingresos en lingotes de oro y plata, con los cuales se financiaba el desarrollo crucial de las capacidades militares de España en Europa. La falta de organización central en las expediciones de los siglos XVI y XVII se pone de manifiesto en los intentos del último período colonial de realizar conquistas planificadas y organizadas, como los planes de 1750 para la conquista del río Colorado, región que se inspeccionó en detalle para la planificación de la invasión (BL, ms Add 17569, fs. 162-168).

14. Vargas Machuca, *Milicia y descripción*, 1599; Parker, *Military Revolution*, 1996, pág. 120.

15. Klein, «Free Colored Militia», 1966; Sánchez, «African Freedmen, 1994; Lane, *Pillaging the Empire*, 1998, págs. 49-53, 69, 107, 126, 167; Restall, «Black Conquistadors», 2000, págs. 196-199; Vinson, «Race and Badge», 2000.

16. Guilmartin, «The Cutting Edge», 1991, pág. 56.

17. Lockhart, *Cajamarca*, 1972, pág. 23; Guilmartin, «The Cutting Edge», 1991, pág. 67.

18. Guilmartin, «Logistics of Warfare at Sea», 1993, págs. 110, 119.

19. JCBL, Códice Sp 3, fs. 2r-4r. Véase el capítulo 7 para un breve análisis de la función de los caballos en la conquista.

20. Traducción a partir de la transcripción de Lockhart, *Cajamarca*, 1972, pág. 462, pero basada también en *Cajamarca*, 1972, págs. 459-460, y en Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, pág. 5.

21. Lockhart, *Cajamarca*, 1972, pág. 330; Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, pág. 4.

22. Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, pág. 3.

23. Las cartas de conquistadores reproducidas en Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, ilustran bien los diversos tamaños de las encomiendas; por ejemplo, Melchor Verdugo alude, en una carta remitida a su madre en 1536, a su concesión de «ocho o diez mil vasallos» (pág. 45), es decir, andinos indígenas del área de Trujillo, mientras que Bartolomé García lamentaba que su encomienda de Paraguay, recibida en 1556, sólo tuviese «dieciséis indios»» (pág. 49).

24. La carta de Pedrarias de Ávila se publicó en Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, págs. 9- 14, cita en pág. 12. Para un análisis detallado de cómo organizaron Pizarro y sus parientes la compañía que invadió Perú, véase Varón Gabai, *Pizarro*, 1997, págs. 10-69. Las compañías de la conquista española eran precursores más pequeños y menos institucionalizados de las compañías británica y holandesa de las indias orientales y occidentales, que fueron el sistema de colonialismo de Norteamérica y Oriente asiático. El sistema de financiación privada, junto con las licencias reales que no garantizaban recompensas monetarias directas, sino títulos, era todavía la norma en la década de 1690, cuando don Martín de Ursúa y Arizmendi recibió una licencia real para planificar, financiar y ejecutar la conquista de Petén (Guatemala septentrional) (Jones, *Conquest*, 1998, págs. 118-124).

25. Avellaneda, *Conquerors*, 1995, págs. 91-95.

26. Lockhart, *Cajamarca*, 1972, pág. 38. Para un análisis más detallado de los cargos de pregonero y gaitero, en el contexto de la tendencia a que fueran desempeñados por africanos en Hispanoamérica, véase el capítulo 3, más adelante. Este panorama (tabla 1) podría completarse incluyendo otras fuentes sobre la propiedad de caballos y esclavos, y sobre la jerarquía social (probablemente el 10 % de los 168 estaba constituido por verdaderos plebeyos y quizás el 20 % pertenecía a la baja nobleza, definida en sentido amplio).

27. AGI, *México*, 3048, págs. 18-24, 76-81; Cogolludo, *Historia*, 1688 [1654] e *Historia*, 1957 [1654], 2, capítulos I, V; Chamberlain, *Conquest and Colonization*, 1948, págs. 32-33; Kicza, *Patterns*, s.f., cap. 7.

28. Lockhart, *Cajamarca*, 1972, pág. 26; Avellaneda, *Conquerors*, 1995, págs. 61-63. Como he señalado anteriormente, las mujeres españolas no eran conquistadoras; aunque había mujeres en muchas expediciones a partir de la década de 1530 (a Colombia, por ejemplo; *op. cit.*, págs. 68-70), el reparto de funciones de cada sexo en la época de la conquista era tal que una mujer vasca que deseaba participar, la célebre Catalina de Erauso, tuvo que recurrir a un disfraz de hombre para llevar una vida de conquistador en Perú (Erauso, *Historia de la monja alférez*, 1985 [1626]).

29. En defensa de la idea de que esta impresión no alcanza el nivel de mito, véase el comentario de Lockhart (*Cajamarca*, 1972, pág. 41) sobre la injusta reputación de iletrados de los conquistadores de Perú, que cita la introducción de Cohen a la crónica de Zárate (*Perú*, 1981 [1555], págs. 9, 15).

30. Avellaneda, *Conquerors*, 1995, págs. 72, 74.

31. Lockhart, *Cajamarca*, 1972, págs. 72, 135. De los diez líderes de la célebre expedición de Perú de 1532-1534, incluidos los cuatro hermanos Pizarro, cuatro sabían leer y escribir, tres eran semianalfabetos (sabían firmar), y tres eran analfabetos (*op. cit.*, págs. 121-207).

32. Avellaneda, *Conquerors*, 1995, págs. 31-36, 62.

33. Gómara, *Cortés*, 1964 [1552], pág. 19; Thomas, *Conquest*, 1995, págs. 116-

117. Bernal Díaz describe la toma de decisiones como un proceso público y polémico; *Historia*, 1570.

34. Díaz, *Historia*, 1570; Thomas, *Conquest*, 1995, págs. 117, 133-134; 671, n.34. Velázquez conquistó Cuba bajo las órdenes del hijo de Colón, don Diego Colón, que era el principal oficial español en las colonias por aquella época (Gómara, *Cortés*, 1552).

35. Gómara, *Cortés*, 1552; Díaz, *Historia*, 1570, págs. 46-56; Thomas, *Conquest*, 1995, págs. 134, 141.

36. Gómara, *Cortés*, 1552; Díaz, *Historia*, 1570; Thomas, *Conquest*, 1995, págs. 215-221, 338-354.

37. Thomas, *Conquest*, 1995, págs. 573, 584.

38. ARH, Sig. B. nº 68; Landa, *Relación*, 1982 [1566], pág. 22; Restall y Chuchiak, *The Friar and the Maya*, s.f.

39. ARH, Sig. B. nº 68; Landa, *Relación*, 1982 [1566], págs. 24-25; Restall y Chuchiak, *The Friar and the Maya*, s.f.

40. AGI, *México*, 3048, págs. 21-22. Montejo no era el único conquistador financiado por su mujer; en la última década del siglo XVII, Ursúa, el gobernador yucateca antes mencionado, financió la conquista de los mayas itzas del norte de Guatemala en parte con la fortuna de su opulenta esposa, doña Juana Bolio (Jones, *Conquest*, 1998, pág. 121).

41. Chamberlain, *Conquest and Colonization*, 1948; Clendinnen, *Ambivalent Conquests*, 1987, págs. 20-29; Restall, *Maya Conquistador*, 1998, págs. 8-11; Thomas, *Conquest*, 1995, pág. 595.

42. Alonso de Ávila, como Montejo, pero a diferencia de muchos que sobrevivieron a las dos primeras invasiones de Yucatán, recibió una encomienda en México. Todavía se encontraba en Ciudad de México en 1539 cuando contribuyó a organizar el gran festival de celebración de las conquistas españolas (Harris, *Aztecs, Moors, and Christians*, 2000, pág. 124). En 1566 sus dos hijos fueron decapitados por su participación en la conspiración para coronar a don Martín Cortés como rey de México (*ibid.*, pág. 148).

43. Gómara, *Cortés*, 1552; Thomas, *Conquest*, 1995, pág. 577.

44. La utilización de sus parientes, por parte de Alvarado, no era inusual en tiempos de la conquista; Francisco Pizarro llevó a sus tres hermanos a Perú y todos desempeñaron funciones importantes en la conquista (Lockhart, *Cajamarca*, 1972; Varón Gabai, *Pizarro*, 1997), mientras que Alonso de Cerrato, sucesor de Alvarado en Guatemala a mediados del siglo XVI, amplió la influencia familiar hasta tal punto, que Bernal Díaz lamentó, en una carta remitida al rey en 1552, que todavía estaban esperando a Cerrato para conceder encomiendas a dos primos suyos, un sobrino y un nieto, y que ignoraban cuándo llegaría otro cargamento de Cerratos para poder entregar indios (carta traducida en Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, págs. 73-80, cita en pág. 75).

45. Alvarado, *Conquista de Guatemala*, 1525; Recinos, *Memorial*, 1950 [1605], págs. 124-138; Bricker, *The Indian Christ*, 1981, págs. 29-42; Kramer, *Encomienda Politics*, 1994, págs. 25-46.

46. Kramer, *Encomienda Politics*, 1994, págs. 42-46, 101. En realidad, Alvarado solía ausentarse de Guatemala, y regresó a México y España a finales de la década de 1520.

47. Ni siquiera su expedición peruana fue el final de los esfuerzos de conquista de Alvarado; a finales de la década de 1530 volvió a España y adquirió una licencia para descubrir y conquistar las islas del Pacífico, y se asoció con el virrey Mendoza de Nueva España en una expedición de 1539 que Cortés esperaba controlar (Harris, *Aztecs, Moors, and Christians*, 2000, pág. 136).

48. Zárate, *Historia*, 1555; *Perú*, 1555; Lockhart, *Cajamarca*, 1972, pág. 15; Kramer, *Encomienda Politics*, 1994, págs. 106-107, 120. Véase en el capítulo 3 un ejemplo de conquistador negro, Juan Valiente, que acompañó a Alvarado desde Guatemala y acabó en Chile.

Capítulo 3

1. En palabras de Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty», 1991, pág.12, Lanyon observa que la «historia popular» ha contemplado durante mucho tiempo el mito de la conquista europea de México como una empresa fácil, al igual que el mito de la conquista europea de Australia, en parte por «nuestra incapacidad de comprender la diversidad de los no europeos» (*Malinche's Conquest*, 1999, pág. 103).

2. Los españoles solían comparar a sus propios héroes triunfadores, pese a las circunstancias desfavorables, con los antiguos griegos y romanos; en 1631 el gran jurista español Juan de Solórzano sostenía, en su condena de 520 páginas de los oficiales que se rindieron y entregaron la flota de plata de 1628 a los piratas holandeses, que Alejandro, Cortés, Pizarro, y otros, junto con algunos soldados bien disciplinados, vencieron a incontables adversarios (Solórzano, *Discurso* y *alegación en derecho*, en JCBL, Códice Sp 26, fs. 7r, 76).

3. Otra categoría de «conquistadores invisibles» es, potencialmente, la de las mujeres. Un trío de conquistadoras femeninas suele mencionarse en la bibliografía histórica. La más conocida es Inés Suárez, que viajó a Venezuela y Perú en busca de su marido; cuando descubrió que éste había muerto, se unió a la expedición de Pedro de Valdivia con rumbo a Chile, donde fue su amante y parece que combatió contra los araucanos. El segundo personaje es doña Isabel de Guevara, que acompañó a su marido en la expedición de la década de 1550 a Río de la Plata; el intento de fundar una colonia fue un desastre, y Guevara acabó asumiendo funciones militares en los combates. La tercera es Catalina de Erauso, la llamada «monja alférez», que escribió una célebre crónica de sus ex-

periencias como conquistadora a comienzos del siglo XVII en Perú. Sin embargo, las dos primeras de estas mujeres se hicieron conquistadoras por casualidad, y la tercera se disfrazó de hombre, renunciando así a su estatus de «conquistadora». Las tres eran mujeres muy poco comunes; no representan la punta del iceberg en la misma medida que los conquistadores negros individuales. Sobre estas tres mujeres, véase Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, págs. 14-17; Fuentes, *Buried Mirror*, 1992, págs. 138-139; Erauso, *Historia de la monja alférez*, 1985 [1626]; y Velasco, *Lieutenant Nun*, 2000. Cesco aborda también el tema, «Invisible Conquistador», 2001, págs. 11-12; y Cowher, «A Handful of Adventurers?», 2001, págs. 17-18. Thomas, *Who's Who*, 2000, págs. 400-401, menciona a quince «conquistadoras» entre los 2.200 españoles que llegaron en las diversas expediciones a México central en 1519-1521, de las cuales sólo cinco o seis participaron en los combates. Asimismo, algunas mujeres participaron en la colonización española de ciertas partes de California en la década de 1770, pero no hay pruebas de que estas colonas asumiesen funciones militares (Bouvier, *Women and the Conquest of California*, 2001, págs. 54-79).

4. Ilarione da Bergamo, *Daily Life*, 2000 [1770], págs. 95-96.

5. Alvarado, *Conquista de Guatemala*, 1525.

6. Prescott, *Conquest of Mexico*, 1994 [1843], pág. 580; según observa Fernández-Armesto en su introducción a esta edición (pág. xxvii).

7. Traducciones del autor (con la colaboración de Bierhorst), a partir del texto nahuatl publicado en Bierhorst, *Cantares Mexicanos*, 1985, págs. 318-323; textos analizados también por Harris, *Aztecs, Moors, and Christians*, 2000, págs. 108-109. La alusión a los cuernos que pone Cortés a Cuauhtémoc se basa en el hecho de que el español tuvo posteriormente un hijo con Tecuichpo, bautizada como doña Isabel, ex novia de Cuauhtémoc.

8. *In ye huel patiohuay in Tenochtitlan*; Bierhorst, *Cantares Mexicanos*, 1985, pág. 322.

9. Cortés, *Cartas*, 1519; Gómara, *Cortés*, 1964 [1552], págs. 97-123; Díaz, *Historia*, 1963 [1570], págs. 140-188; Schwartz, *Victors and Vanquished*, 2000, págs. 100-15.

10. Prescott, *Conquest of Mexico*, 1994 [1843], pág. 581; Gómara, *Cortés*, 1964 [1552], pág. 138; Hassig, *Mexico*, 1994, págs. 101-102; también citado en Reese, «Myth of Superiority», 2001, pág. 19.

11. Cortés, *Cartas*, 1519, págs. 69-70. Asimismo, Lasso de la Vega, en su oda épica a Cortés, reconocía que los españoles derrotaron a los mexicas con ciento cincuenta mil aliados indígenas, pero atribuye a Cortés el mérito de disciplinar a los aliados en el ejercicio de la guerra (*Cortés valeroso*, 1588, preliminares pág. 7r).

12. Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 57.

13. Carta de 1560, escrita en nahuatl, publicada en varios lugares, pero he utilizado la traducción de Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, págs. 165-172, citas en pág. 168.

14. Alvarado, *Conquista de Guatemala*, 1525; Kramer, *Encomienda Politics*, 1994, págs. 25-99.

15. Chamberlain, *Conquest and Colonization*, 1948; Clendinnen, *Ambivalent Conquests*, 1987; Restall, *Maya World*, 1997; *Maya Conquistador*, 1998. Otro ejemplo mesoamericano de diversos grupos indígenas que interpretan la guerra como un conflicto local, no como una guerra entre indígenas y españoles, pues hay indígenas en los dos bandos, es la conquista de Oaxaca; véanse Sousa y Terraciano, «Original Conquest», s.f., y sobre la conquista de la sierra norte de Oaxaca, mucho más prolongada, véase Chance, *Conquest*, 1989, págs. 16-30.

16. Prescott, *Conquest of Peru*, 1847; Lockhart, *Cajamarca*, 1972. Burkholder y Johnson, *Colonial Latin America*, 2001, págs. 50-58, también presentan un excelente resumen de la conquista de Perú.

17. Himmerich y Valencia, «Siege of Cuzco», 1998, págs. 414-415.

18. Gómara, *Cortés*, 1552.

19. Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, pág. 168. El contexto de esta cita es el autobombo ostensible huejotzincano, pero su presencia en la guerra en el bando español es innegable.

20. La crónica de Calkini traducida del maya yucateca al inglés puede encontrarse en Restall, *Maya Conquistador*, 1998, págs. 86-103; sobre el acontecimiento comentado anteriormente, véanse págs. 3-4, 85, 87, 89-90.

21. Las campañas españolas para conquistar Petén desde las tierras altas guatemaltecas recurrían a los mayas como trabajadores y arqueros, y la campaña de conquista desde Yucatán dependía de los escuadrones de muleros, arrieros, porteadores y guerreros mayas yucatecas, hasta el punto de que Oxkutzcab sufrió una severa reducción de su población masculina (Jones, *Conquest*, 1998, págs. 134-136, 143-144, 219, 258, 263). Los precedentes de las expediciones militares mayas a la zona se remontan al siglo anterior: los mayas chontales, bajo las órdenes de don Pablo Paxbolon, habían emprendido una larga serie de asaltos (AGI, *México*, págs. 97, 138, 2.999; Restall, *Maya Conquistador*, 1998, págs. 53-76; Scholes y Roys, *Maya-Chontal Indians*, 1948, págs. 142-290); y el gobernador maya yucateca de Oxkutzcab recibió en 1624 el encargo de liderar a 150 arqueros desde su propia ciudad en un asalto punitivo a la zona sur de la colonia, aún no conquistada (Jones, *Conquest*, 1998, pág. 48).

22. Carta de 1527 publicada en la traducción de Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, págs. 39-43, cita en pág. 42.

23. Ambas fiestas se describen en Díaz, *Historia*, 1955 [1570], págs. 460, 504; y se comentan sucintamente en Harris, *Aztecs, Moors, and Christians*, 2000, pág. 118.

24. La fiesta se describe en Díaz, *Historia*, 1955 [1570], pág. 545; y se analiza en Harris, *Aztecs, Moors, and Christians*, 2000, págs. 123-131. Sobre los

negros de Ciudad de México en las primeras décadas del régimen colonial, incluida la revuelta de 1537, véase Palmer, *Slaves*, 1976, págs. 44-55, 134-143 y Altman, «Spanish Society», 1991, págs. 436-440.

25. Gran parte del material presentado en el resto de este capítulo se publicó originariamente en un formato diferente en Restall, «Black Conquistadors», 2000, que contiene la biografía de Valiente en forma de tabla.

26. Boyd-Bowman, «Negro Slaves», 1969, págs. 135, 150-151; Sater, «Black Experience», 1974, págs. 16-17. Valiente y su mujer tuvieron al menos un hijo, que heredó la encomienda de su padre.

27. Según se indica en una carta de 1541 escrita por Alonso Valiente, publicada en Boyd-Bowman, «Negro Slaves», 1969, págs. 135, 150.

28. Bowser, *African Slave*, 1974, págs. 4-5; Palmer, *Slaves*, 1976, págs. 7-13; Aguirre Beltrán, *Población Negra*, 1989 [1946], págs. 17-19, 33-80; Thomas, *Slave Trade*, 1997, pág. 92. Las estimaciones sobre el número de esclavos que fueron trasladados a la América española del siglo XVI oscilan entre 75.000 y 120.000. Asimismo, también varía el cálculo del número total de africanos trasladados a la otra orilla del Atlántico como esclavos. Un estudio exhaustivo sobre el tráfico de esclavos por el Atlántico puede encontrarse en Thomas, *Slave Trade*, 1997; Berlin, *Many Thousands Gone*, 1998; y Klein, *Atlantic Slave Trade*, 1999.

29. AGI, *México* 204, fs. 1-2; Icaza, *Diccionario*, 1923, I, pág. 98; Aguirre Beltrán, *Población Negra*, 1989 [1946], págs. 16-17; Gerhard, «A Black Conquistador», 1978, págs. 451-455; Alegría, *Juan Garrido*, 1990; Thomas, *Slave Trade*, 1997, págs. 91, 95; *Who's Who*, 2000, págs. 60-61.

30. Carta citada en Alegría, *Juan Garrido*, 1990, pág. 49.

31. Sobre las tendencias en los nombres asignados a los negros, véase Boyd-Bowman, «Negro Slaves», 1969, págs. 138-150; Lockhart, *Spanish Peru*, 1994, págs. 193-224; Landers, *Black Society*, 1999, págs. 116-123; Restall, *The Black Middle*, s.f.

32. AGI, *México* 204, f. 1; facsímil y transcripción también en Alegría, *Juan Garrido*, 1990, págs. 6, 127-138. Cortés posteriormente reconocía el papel de Garrido, pero afirmaba que se hizo bajo sus órdenes.

33. Durán, *Historia*, 1581; Gómara, *Cortés*, 1964 [1552], págs. 204-205, 238, 397; Cook, *Born to Die*, 1998, págs. 63-65, 68. Los españoles culpaban también a los africanos por la introducción del sarampión en Colombia; Francis, *Population, Disease*, 2002, págs. 1-2.

34. Díaz, *Historia*, 1570, pág. 55. Un juez comentó en 1529 su sorpresa al conocer el elevado precio de los esclavos africanos en Ciudad de México, pero en la misma frase señalaba que había enviado cuatrocientos esclavos negros a las minas de oro, lo cual indica que no escaseaban los africanos, sino que la demanda era superior a la oferta (carta del juez en Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, págs. 194-202, cita en pág. 198).

35. Aguirre Beltrán, *Población Negra*, 1989 [1946], pág. 19; Alegría, *Juan Garrido*, 1990, pág. 117; Díaz, *Historia*, 1570, pág. 55; Icaza, *Diccionario*, 1923, I, pág. 129; Thomas, *Who's Who*, 2000, pág. 155. Además de Juan Garrido, otros seis negros libres solicitaron solares en la nueva Ciudad de México en la década de 1520 (Altman, «Spanish Society», 1991, pág. 439).

36. Durán, *History*, 1994 [1581], pág. 510; Lockhart, *We People Here*, 1993, págs. 80-81 (el texto nahuatl limita la descripción a los invasores con *ocolochtic*, «pelo muy rizado»).

37. Las dos ilustraciones relevantes de Durán son las láminas 57 y 58 en Durán, *Historia*, 1994; ilustración similar en el *Códice Azcatitlán* (MS 59-64, Collection Aubin, París).

38. Prescott, *Conquest of Mexico*, 1994 [1843], pág. 637; Gerhard, «A Black Conquistador», 1978, pág. 458. Otros ejemplos de campañas españolas por el norte, en las cuales se conservan numerosos indicios de la presencia multitudinaria de africanos, son las lideradas por Francisco de Ibarra en la década de 1520; Lucas Vásquez de Ayllón en 1526 (a las Carolinas; muchos de los negros estaban allí cuando los españoles supervivientes regresaron a Santo Domingo); las expediciones de Hernando de Soto a Florida en 1537, Tristan de Luna y Arellano en 1559-1562, y Menéndez de Avilés en 1565; y los viajes del famoso negro Esteban en 1528-1536 y 1539, el primero con Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Aguirre Beltrán, *Población Negra*, 1989 [1946], pág. 20; Cook, *Born to Die*, 1998, págs. 116-119, 159; Landers, *Black Society*, 1999, págs. 12-15; Hoffman, *Florida's Frontiers*, 2002, págs. 39-42; Thomas, *Slave Trade*, 1997, 103; Wright, «Negro Companions», 1902, págs. 221-228; Adorno y Pautz, *Cabeza de Vaca*, 2000, I; II, págs. 414-422.

39. Aguirre Beltrán, *Población Negra*, 1989 [1946], pág. 20; Lutz, *Santiago*, 1994, págs. 7, 83; Herrera, «People of Santiago», 1997, págs. 254, 261.

40. Numerosos conquistadores negros que lucharon con Montejo demostraron su valor no sólo al adquirir experiencia de combate contra los formidables mayas, sino también al aprender su lengua; hacia 1540 al menos uno podía servir de intérprete. AGI, *México* 2999, 2, f. 180; Landa, *Relación*, 1982 [1566], pág. 23; Restall y Chuchiak, *The Friar and the Maya*, s.f.; Konetzke, *Colección de documentos*, 1953, I, págs. 511-512; Aguirre Beltrán, *Población Negra*, 1989 [1946], págs. 19-20, 22; Wright, «Negro Companions», 1902, pág. 220; BL, Rare MS 17, pág. 569, f. 181.

41. Además de los ejemplos de la tabla 3 —Pedro Fulupo en Costa Rica y Juan Bardales en Panamá y Honduras— existen indicios de la participación de negros en la conquista de Panamá liderada por Pedrarias, las expediciones de Vasco Núñez de Balboa, la compañía de Gil González de 1522-1523, así como las campañas posteriores de Costa Rica. Meléndez y Duncan, *El Negro*, 1972, págs. 24-25; Thomas, *Slave Trade*, 1997, pág. 95.

42. Lockhart, *Cajamarca*, 1972, págs. 36, 96-102, 380, 421, 447.

43. Cieza de León, *Perú*, 1998 [1550], págs. 68, 109, 116, 305, 310, 311, 327, 332, 333, 336, 429, 430, 465 (Perú); 433, 434, 437, 438, 439, 442 (Chile).

44. Bowser, *African Slave*, 1974, págs. 5, 7; Lockhart, *Cajamarca*, 1972, pág. 193; Thomas, *Slave Trade*, 1997, pág. 103; Himmerich y Valencia, «Siege of Cuzco», 1998, págs. 387-418. La afirmación de Himmerich de que había sólo «un puñado de esclavos africanos» en Cuzco en 1536 es, posiblemente, una infravaloración que contribuye a perpetuar el mito (pág. 390).

45. Cook y Cook en Cieza de León, *Perú*, 1998, pág. 8; Thomas, *Slave Trade*, 1997, págs. 96, 102; Avellaneda, *Conquerors*, 1995, págs. 63-66, 160-161; Oviedo y Baños, *Historia*, 1967 [1723], págs. 347, 390, 394, 438-439.

46. Gerhard, «A Black Conquistador», 1978, pág. 452; Boyd-Bowman, «Negro Slaves», 1969, pág. 151.

47. Bowser, *African Slave*, 1974, págs. 4-5, 11. Un mercader que escribía desde Panamá a sus contratistas de Sevilla en 1526 mencionaba que se estaba cumpliendo lentamente una autorización para importar 500 africanos sin impuestos a Perú (todavía poco conocido y no conquistado) (carta en Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, págs. 17-24).

48. Vásquez de Espinosa, *Compendium*, 1942 [1620], págs. 743-744; Sater, «Black Experience», 1974, pág. 17.

49. Herrera, «People of Santiago», 1997, pág. 254.

50. AGI, *México* 2999, 2, f. 180.

51. Bowser, *African Slave*, 1974, pág. 7; Thomas, *Slave Trade*, 1997, pág. 103.

52. Rout, *African Experience*, 1969, págs. 13-17; Lovejoy, *Transformations in Slavery*, 1983, págs. 15-18, 23-43; Aguirre Beltrán, *Población Negra*, 1989 [1946], págs. 180-194.

53. Ambos citados en Diouf, *Servants of Allah*, 1998, págs. 146, 148.

54. Vásquez de Espinosa, *Compendium*, 1942 [1620], pág. 743.

55. Lockhart, *Cajamarca*, 1972, págs. 380, 384; Lane, «Captivity and Redemption», 2000, pág. 231; Cieza de León, *Perú*, 1998 [1550], pág. 248; Altman, «Spanish Society», 1991, pág. 439. Véase también la tabla 3.

56. Un quinto hombre, Cristóbal Varela, podía tener quizá antepasados africanos; Vásquez de Espinosa, *Compendium*, 1942 [1620], págs. 743-744; Sater, «Black Experience», 1974, págs. 16-17.

57. Lockhart, *Cajamarca*, 1972, pág. 51.

58. Vásquez de Espinosa, *Compendium*, 1942 [1620], pág. 744.

CAPÍTULO 4

1. Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, pág. 56; Simmons, *Last Conquistador*, 1991, pág. 188.

2. He seguido la traducción de Dunn y Kelley citada en Zamora, *Reading Columbus*, 1993, pág. 156; la he cotejado con el texto original de Varela, también citado por Zamora.

3. Fernández-Armesto, *Columbus*, 1991, págs. 39, 94, 95 (fragmento citado); Zamora, *Reading Columbus*, 1993, pág. 155.

4. Millar, *A Crossbowman's Story*, 1955; Prescott, *Conquest of Peru*, 1847, II, págs. 143-159; Simmons, *Last Conquistador*, 1991, págs. 3-6, 84-85, 178-192.

5. Citado por Clendinnen, *Ambivalent Conquests*, 1987, pág. 28.

6. Cortés, *Cartas*, 1985 [1519], «Segunda carta de relación», pág. 82-83.

7. Florescano, *Memory*, 1994, págs. 67-81; Muldoon, *The Americas*, 1994; Pagden, *Spanish Imperialism*, 1990, págs. 13-63; *European Encounters*, 1993, págs. 17-87; *Lords of all the World*, 1995, págs. 11-62.

8. Juan López Palacios Rubios, eminente jurista castellano, escribió en 1512 que la guerra por la parte cristiana estaba justificada, puesto que se había transmitido a los indígenas la verdad, luego rechazada, de que Dios autorizó al papa a otorgar a la corona española la soberanía de la población indígena. Esta opinión se codificó en el *Requerimiento*. Véase Pagden, *Spanish Imperialism*, 1990, págs. 15-17; *Lords of all the World*, 1995, pág. 91; Seed, «The Requirement», 1995, págs. 72, 92.

9. Seed, «The Requirement», 1995, pág. 81.

10. El cronista franciscano del siglo XVII fray Francisco de Cárdenas y Valencia, en su *Relación historial* (manuscrito en BL, Egerton, 1791, f.14v).

11. Restall, *Maya Conquistador*, 1998, págs. 13-15.

12. Tozzer, *Landa's Relación*, 1941, pág. 53; Chamberlain, *Conquest and Colonization*, 1948, pág. 168.

13. Citado en Benjamin, *La Revolución*, 2000, pág. 15.

14. Rabasa, *Inventing America*, 1993, págs. 125-179; Benjamin, *La Revolución*, 2000, págs. 15-17,120; Gallo, *Cuauhtémoc*, 1978 [1873].

15. Las declaraciones de personajes políticos e historiadores acerca de las fechas límite de la conquista son demasiado numerosas para citarlas en su totalidad; muchas se mencionan y citan en varios puntos de este y otros capítulos posteriores. Véase un ejemplo decimonónico en Pagden, *Spanish Imperialism*, 1990, págs. 129-130. Una técnica común consiste en datar las conquistas concretas en los años en que se fundaron las capitales regionales, y reducir toda la conquista a medio siglo, desde 1492 hasta la fundación de Santiago de Chile en 1541 (Descola, *The Conquistadors*, 1957, pág. 316). Debido a la naturaleza de su género, los manuales (sobre todo los más antiguos) tienden a simplificar la cronología de la conquista, perpetuando el mito de la completitud: «En 1535, la conquista de Perú era ya total» (Hordern y otros, *Conquest of North America*, 1971, pág. 125). Aunque los historiadores indígenas durante el período colonial sostenían la perspectiva contraria (la conquista no fue un hito asociado a ningún año concreto; véase Restall, *Maya Conquistador*, 1998,

por ejemplo), existen indicios de que los historiadores autóctonos del siglo XX adoptaron una variante de la perspectiva colonial española. Por ejemplo, el colombiano indígena Manuel Quintín Lame afirmó en 1939 que 1492 representaba el comienzo de la explotación colonial, aunque los españoles no comenzaron a conquistar aquella región hasta la década de 1530 (Rappaport, *Cumbe Reborn,* 1994, págs. 161-165).

16. Prescott, *Conquest of Mexico*, 1994 [1843], pág. 589. El tema reaparece también en estudios más recientes; un buen ejemplo, porque su obra es muy distinta de la de Prescott, es la afirmación de Padgen de que la conquista fue «un asunto relativamente sencillo en el plano tecnológico»; los conquistadores «se toparon con pocas dificultades», y su empresa «progresó [...] con rapidez apabullante» (*Spanish Imperialism*, 1990, pág. 13). Un manual muy reciente, en cambio, recalca el carácter prolongado de la conquista española: Altman, Cline, y Pescador, *Greater Mexico*, 2002, págs. 73-74.

17. Cortés, *Cartas*, 1522.

18. Krippner-Martínez, «The Politics of Conquest», 1990, págs. 182-185; *Rereading the Conquest*, 2001, págs. 9-21; Pollard, *Tariacuri's Legacy*, 1993, pág. 1; Maldonado, «Cultural Diversity», 2001, pág. 25.

19. Schroeder, *Native Resistance*, 1998, pág. xvii.

20. Stern, *Huamanga*, 1993. Sin embargo, según el mito de la completitud, una obra teatral de Alfred Furman escrita en 1930 podría titularse *Atahualpa: the last of the Incas* (Smith, «Conquest of Peru», 2001, pág. 14).

21. Otro ejemplo está en las tierras altas guatemaltecas, supuestamente conquistadas por Alvarado con gran rapidez en 1524 (véase Alvarado, por ejemplo; *Conquista de Guatemala*, 1525); pero, como ha mostrado Kramer (*Encomienda Politics*, 1994), las guerras de la conquista duraron al menos hasta 1530, y la violencia y los disturbios persistieron hasta la década de 1540 en las zonas centrales de las tierras altas, y muchas décadas más en otras regiones (véase también Recinos, *Memorial*, 1950; Lutz, *Santiago*, 1994; Herrera, «People of Santiago», 1997).

22. Villagutierre, *Historia de la Conquista*, 1701, págs. 20-21.

23. Respectivamente: Landers, *Black Society*, 1999, págs. 11-15; Hoffman, *Florida's Frontiers*, 2002, págs. 1-62; Verdesio, *Forgotten Conquests*, 2001, págs. 39-72; Simmons, *Last Conquistador*, 1991; Knaut, *Pueblo Revolt*, 1995; MacLeod, «Some Thoughts», 1998, pág. 131; Gallup-Díaz, «Tribalize the Darién», 2002; Villagutierre, *Historia de la Conquista*, 1701; y Jones, *Conquest*, 1998.

24. Verdesio, *Forgotten Conquests*, 2001, pág. 151.

25. Fernández-Armesto, «Aztec' Auguries», 1992, pág. 304; Dumond, *Machete and the Cross*, 1997; Edelman, «A Central American Genocide», 1998; Deeds, «Legacies of Resistance», 2000. El cronista inglés del siglo XVII John Ogilby situaba la historia de Cortés en un contexto más amplio que ponía de relieve los fracasos españoles, de forma más evidente que en las crónicas hispánicas; «Aunque varias expediciones españolas a América en un principio no tuvieron éxito, volvieron a intentarlo» (*America*, 1670, pág. 81).

26. Susan Schroeder, «Introducción» en Schroeder, *Native Resistance*, 1998, pág. xiii. Para más detalles sobre las revueltas en la Hispanoamérica colonial, véase Taylor, *Drinking, Homicide*, 1979; Katz, «Rural Uprisings», 1988; Jones, *Maya Resistance*, 1989; Stern, *Huamanga*, 1993; Knaut, *Pueblo Revolt*, 1995; Deeds, «Legacies», 2000; Verdesio, *Forgotten Conquests*, 2001; y los ensayos de Schroeder, *Native Resistance*, 1998.

27. En palabras de un estudioso de este tema, Murdo Macleod, tendemos a «buscar la moneda perdida bajo la farola» («Some Thoughts», 1998, pág. 138).

28. Seed, «The Requirement», 1995, págs. 84-87.

29. Lockhart, *The Nahuas*, 1992; Stern, *Huamanga*, 1993; Restall, *Maya World*, 1997; Terraciano, *The Mixtecs Writing and Culture*, 2001; Andrien, *Andean Worlds*, 2001.

30. Ricard, *La Conquête Spirituelle*, 1933.

31. La bibliografía sobre este tema es muy amplia, pero un buen punto de partida son dos excelentes colecciones de ensayos, Griffiths y Cervantes, *Spiritual Encounters*, 1999, y Schwaller, *The Church*, 2000. Una de las monografías más completas y prestigiosas en este ámbito es Burkhart, *Slippery Earth*, 1989. Los trabajos más recientes sobre la conquista espiritual en los mayas yucatecas y los muiscas de Colombia son, respectivamente, Chuchiak, «The Indian Inquisition», 2000; y Francis, «la conquista espiritual», 2000. Sobre las imágenes religiosas y la conquista espiritual en México, véase Gruzinski, *Images at War*, 2001, págs. 22-214.

32. Francis, «la conquista espiritual», 2000, pág. 99.

33. Restall, «Heirs to the Hieroglyphs», 1997.

34. Burns, *Poverty of Progress*, 1980. Hoy el gobierno mexicano reconoce 56 grupos étnicos indígenas distintos dentro de la república (Bonfil Batalla, *México Profundo*, 1996, pág. 20; Maldonado, «Cultural Diversity», 2001, pág. 38).

35. La publicación más reciente de este análisis es Lockhart, *Of Things*, 1999, págs. 98-119, cita en pág. 99.

CAPÍTULO 5

1. Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Alianza, 1989 [1570], pág. 241; Gómara, *Cortés*, 1964 [1552], pág. 139; Cortés, *Cartas*, 1985 [1519], «Segunda carta de relación», pág. 115; Harris, *Navigantum*, 1748, pág. 97. El jesuita José de Acosta, en su *Historia natural y moral de las Indias*, 1987 [1590], apunta que los dos se saludan muy cortésmente, y añade un comentario de Cortés, seguramente imaginado por él, don-

de dice que Moctezuma no estaba tan apesadumbrado, pues el español no había llegado allí para arrebatarle su reino o reducir su autoridad.

2. Lockhart, *We People Here*, 1993, págs. 116-117. Una interpretación del encuentro, muy leída en su tiempo, que llevaba la supuesta sumisión de Moctezuma hacia Cortés hasta extremos absurdos, véase Padden, *Hummingbird*, 1970, págs. 130-132; esta interpretación sostiene que, ante los dos «superhombres» que se acercaban, al emperador «le temblaron las piernas, quería huir, pero todo el imperio tenía la mirada puesta en él» (véase el capítulo 6, donde se analiza el contexto mitológico general que subyace a tal interpretación).

3. Técnica no restringida a las películas antiguas; se utiliza en la película de Bergeron y Paul, *La ruta hacia El Dorado* (2000).

4. Díaz, *Historia*, 1570; Gómara, *Cortés*, 1964 [1552], pág. 140; Lockhart, *We People Here*, 1993, pág. 118.

5. Véase el epílogo para más información sobre los mayas chontales, incluidas algunas citas relevantes, y también para conocer las circunstancias en las que Malinche regresó a aquel reino indígena.

6. Una encomienda era una concesión de mano de obra y tributos indígenas (véase el capítulo 2). El nombre de Jaramillo se registra a veces como Juan Xaramillo de Salvatierra. Estos párrafos míos sobre Malinche se basan en las numerosas referencias a la intérprete que aparecen en Díaz, *Historia*, 1955 [1570]; y la excelente biografía de Karttunen, publicada en dos versiones (*Between Worlds*, 1994, págs. 1-23; y «Rethinking Malinche», 1997). También se inspiran en Cypess, *La Malinche*, 1991; y Lanyon, *Malinche's Conquest*, 1999. Para un retrato peculiar de Malinche, donde se novelan muchos mitos y estereotipos de la conquista, véase Marshall, *Cortez and Marina*, 1963.

7. Todorov, *Conquest*, 1984, págs. 33, 98-123.

8. Lanyon, *Malinche's Conquest*, 1999, págs. 17-22.

9. Karttunen, «Rethinking Malinche», 1997, pág. 295. La leyenda de La Llorona ha adoptado distintas formas a lo largo de los siglos; unas incorporan la mitología de Malinche, y otras no. Un ejemplo de este último grupo es una canción popular que relata la trágica historia de una mujer que llora; esta canción, cuyo origen se sitúa en el período colonial o quizá en el siglo XIX, goza de gran popularidad desde hace tiempo (una grabación reciente es Downs, «La Llorona», 1998).

10. Salas, *Soldaderas*, 1990, pág. 14; Cypess, *La Malinche*, 1991, págs. 41-152; Karttunen, «Rethinking Malinche», 1997, págs. 296-298; Lanyon, *Malinche's Conquest*, 1999, págs. 187-202.

11. Karttunen, «Rethinking Malinche», 1997, págs. 295-296.

12. Díaz, *Historia*, 1989 [1570], págs. 87-93.

13. Citado por Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 98, que no identifica su fuente y yo no he logrado localizar el fragmento en los textos primarios.

14. Gómara, *Cortés*, 1964 [1552], pág. 57.

15. En este punto, agradezco la aportación de Cesco, «Invisible Conquistador», 2001, pág. 22.

16. Cortés, *Cartas*, 1985 [1519], «Segunda carta de relación», págs. 116-117. Colón a veces hace lo mismo; por ejemplo, en su relato del tercer viaje, tras su encuentro con los indígenas de la costa venezolana, afirma que indagó mucho sobre ellos en diversos aspectos, pero no menciona a ningún intérprete (*Cuatro viajes*, [1498-1500], pág. 215). Esta comunicación imaginaria se refleja literalmente en el frontispicio de uno de los primeros textos históricos para niños publicados en Estados Unidos; el aguafuerte, titulado «Primera entrevista de Colón con los indígenas de América», muestra a Colón, vestido como un caballero del siglo XVIII, dando la mano a un indígena americano y conversando con él (reproducido en Bushman, *America Discovers Columbus*, 1992, pág. 101).

17. Greenblatt, *Marvelous Possessions*, 1991, pág. 98.

18. Existen muchas versiones del Requerimiento, como apunta Seed («The Requirement», 1995, pág. 69).

19. Las Casas hace este comentario en el libro III, capítulo 58 de su *Historia de las Indias*, 1971 [1559], pág. 196; citado, por ejemplo, en Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 149; Greenblatt, *Marvelous Possessions*, 1991, pág. 98; y Seed, «The Requirement», 1995, pág. 71.

20. Con respecto al primer viaje de Colón: *Cuatro viajes*, 1492-1493; Fernández-Armesto, *Columbus*, 1991, pág. 106. El nombre del médico era Chanca (Columbus, *Cuatro viajes*, 1496). Agradezco la aportación de Vincent, «Use of Signs», 2001, que apunta una docena de ejemplos donde Colón o Chanca mencionan a los intérpretes.

21. Greenblatt, *Marvelous Possessions*, 1991, pág. 105.

22. Lockhart, *Cajamarca*, 1972, págs. 6, 448-453; Varón Gabai, *Pizarro*, 1997, págs. 169-170; Karttunen, «Interpreters Snatched from the Shore», 2000, pág. 217.

23. Karttunen, *Between Worlds*, 1994, págs. 84-114, 308; Restall, *Maya Conquistador*, 1998, págs. 144-150; «Gaspar Antonio Chi», 2001.

24. Citado por Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 32.

25. La frase citada es de Karttunen (*Between Worlds*, 1994, pág. xi). También citado por Vincent, «Use of Signs», 2001, pág. 2. Véase también Karttunen, «Interpreters Snatched from the Shore», 2000, que sirve como breve introducción a parte del material y argumentos de *Between Worlds*, 1994. Para un análisis de los intentos ingleses de establecer comunicación con los pueblos indígenas de Norteamérica, véase Axtell, *Natives and Newcomers*, 2000, págs. 46-75. Para un tratamiento de este tema en el siglo XX en Yucatán y Colombia, respectivamente, véase Sullivan, *Unfinished Conversations*, 1989; y Rappaport, *Cumbe Reborn*, 1994, págs. 97-100, 170-71.

26. «Ignorancia»; citado en Zamora, *Reading Columbus*, 1993, pág. 84.

27. Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 33; Zamora, *Reading Columbus*, 1993, pág. 158; Greenblatt, *Marvelous Possessions*, 1991, págs. 89-90.

28. Todorov, *Conquest*, 1984, págs. 97-123; Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty», 1991, págs. 18-36.

29. Elliott, *The Old World and the New*, 1970.

30. Le Clézio, *Mexican Dream*, 1993, págs. 12, 16, 17.

31. Schwartz, *Victor's and Vanquished*, 2000, pág. 41.

32. Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 160; Greenblatt, *Marvelous Possessions*, 1991, págs. 11-12. Para una defensa de la posición de Todorov sobre el analfabetismo y la insistencia en que la distinción de este autor «entre comunidades semianalfabetas y otras plenamente alfabetizadas no es muy relevante, como tampoco lo son algunas de sus fuentes españolas», véase Anthony Pagden, «Prólogo» a Todorov, *Conquest*, 1999 [1984], pág. XI. Aun aceptando esta puntualización de Pagden, sostengo que debido al predominio de los viejos mitos en la percepción actual de la conquista, la distinción de Todorov se aproxima demasiado a los tropos colonialistas de la superioridad y, por lo tanto, a la larga los refrenda, a pesar de que la intención de Todorov es justamente la contraria.

33. Diamond, *Guns, Germs, and Steel*, 1997, págs. 78-79.

34. Diamond, *Guns, Germs, and Steel*, 1997, págs. 80, 215-216, 238.

35. Diamond, *Guns, Germs, and Steel*, 1997, pág. 80.

36. La cita de Lévi-Strauss, así como las referencias de Aquino, Las Casas y Aristóteles, proviene de Seed, «Failing to Marvel», 1991, pág. 8.

37. Seed, «Failing to Marvel», 1991, págs. 16-21.

38. Seed, «Failing to Marvel», 1991, págs. 22-26. Véase también el papel del fallo comunicativo en la obra y película de los años sesenta de Shaffer, *The Royal Hunt of the Sun*, 1969; y el análisis de Chang-Rodríguez, «Cultural resistance», 1994, en el contexto de otras historias, sobre todo una obra boliviana de 1957. Smith, «Conquest of Peru», 2001, compara la obra de Shaffer con la adaptación de Sheridan de 1800 de Von Kotzebue, *Pizarro: A Tragedy in Five Acts* y otras obras teatrales antiguas que pretendían «mejorar los hechos» (pág. 1).

39. Cieza de León, *Peru*, 1998 [1550], págs. 211-212.

40. Por ejemplo, las crónicas de Pedro Pizarro y Hernando Pizarro (parcialmente transcritas en Prescott, *Conquest of Peru*, 1847, II, págs. 475-477; algunos fragmentos de la de Hernando, de 1533, se han publicado en trad. ingl. en Markham, *Discovery of Peru*, 1872, págs. 113-127) y la crónica de Huaman Poma, resumida en Seed, «Failing to Marvel», 1991, págs. 27-29; Huaman Poma, *Nueva Corónica*, 1980 [1615], págs. 353-357. La crónica posterior del británico John Ogilby (*America*, 1670, págs. 96-98) se inspira muy de cerca en la de Jerez.

41. Seed, «Failing to Marvel», 1991, pág. 13; aunque en un trabajo posterior Seed sugiere que el Requerimiento no se leyó hasta más adelante, cuando Pizarro llegó a Cuzco («The Requirement», 1995, pág. 98). En efecto pudo haber sido así, según señaló Juan de Solórzano en su gran tratado jurídico sobre la conquista, *De Indiarum Jure* (1629-1639), donde declara que el rey envió el Requerimiento a Pizarro en 1533 (Muldoon, *The Americas*, 1994, pág. 136).

42. Hanke, *Spanish Struggle for Justice*, 1949, págs. 33-34, también citado en Seed, «Failing to Marvel», 1991, pág. 13.

43. Citado en Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 148.

44. Seed, «The Requirement», 1995, págs. 75-85.

45. Un ejemplo de que el absurdo del Requerimiento formaba parte de su función puede verse en la crónica de Alvarado sobre la invasión de Guatemala de 1524, escrita como un par de cartas remitidas a Cortés. Alvarado comenta al inicio de la primera carta que, cuando todavía le faltaban tres días de viaje, envió mensajeros mayas a las tierras altas guatemaltecas con un resumen del Requerimiento. Este acto tenía una doble intención: demostrar a Cortés y a los oficiales de la corona que había seguido el procedimiento adecuado, e intimidar a los mayas con un aviso de la invasión inminente (Alvarado, *Conquista de Guatemala*, 1525).

46. Cortés, *Cartas*, 1985 [1520], págs. 116-117.

47. Gómara, *Cortés*, 1964 [1552], págs. 140-142.

48. Díaz, *Historia*, 1570. Disponemos también de la versión de Francisco de Flores, uno de los conquistadores de la guerra hispano-mexica, que declaró en el proceso de la *residencia* de Cortés (investigación formal sobre un mandato), que se prolongó desde finales de la década de 1520 hasta la muerte de Cortés, dos décadas después. Flores, cuya perspectiva coincidía probablemente con la mayoría de los españoles de la época, también caracterizaba el discurso de Moctezuma como la entrega total de la soberanía, y añadía que la rendición debía de haberse acordado con antelación, pues Cortés llevaba consigo un notario (según el testimonio citado en Thomas, *Conquest,* 1995, págs. 634-635).

49. Lockhart, *We People Here*, 1993, pág. 116. Un *altepetl* era aproximadamente una ciudad-Estado, que representaba la comunidad municipal y el núcleo de la identidad nahua, y oscilaba entre el tamaño de un pueblo y el de la metrópolis de México-Tenochtitlán. Los cinco dirigentes a los que alude Moctezuma en su discurso eran los cinco emperadores que lo precedieron.

50. Otros investigadores insinúan que Cortés pudo haber imaginado o inventado la rendición; véase Elliott, «Cortés», 1989, págs. 36-38; y Pagden, *Lords of all the World*, 1995, pág. 32.

51. Sahagún, *Códice florentino*, 1950-1982, libro VI; Karttunen y Lockhart, *Art of Nahuatl Speech,* 1987; las páginas 2-15 contienen un útil resumen del género; Maxwell y Hanson, *Manners of Speaking*, 1992; Kicza, «Comparison», 1992, págs. 56-57.

52. Karttunen, «Rethinking Malinche», 1997, pág. 301.

53. Vargas Machuca, *Milicia y descripción,* 1599: preliminares no numerados pág. 3. Langfur, «Reversing the frontier's advance», 2002 defiende la tesis de que la violencia era el medio primario de comunicación e intercambio cultural entre portugueses e indígenas en la frontera sureste de Brasil en el siglo XVIII.

CAPÍTULO 6

1. Huaman Poma, *Nueva Corónica,* 1980 [1615]; he manejado también una traducción no publicada de fragmentos de James Lockhart.

2. Wachtel, *Vision of the Vanquished,* 1977, pág. 30.

3. www.yale.edu/ynhti/curriculum/units/1992/2/92.02.01.x.html; León-Portilla, *Broken Spears,* 1992, pág. xxxiii; xv en la edición original de 1962. El eminente antropólogo francés Claude Lévi-Strauss ha recalcado recientemente este victimismo indígena en una reseña, publicada en *L'homme* (2001), del volumen de Sudamérica de la *Cambridge History of the Native Peoples of the Americas* (Salomon/Schwartz, 1999), donde acusa a los editores de adoptar cierta forma de revisionismo del Holocausto al enfatizar el protagonismo indígena; véase Schwartz, «Denounced», 2002, para un resumen de la crítica de Lévi-Strauss y una respuesta a la misma.

4. Sale, *Conquest of Paradise,* 1990; Berliner, «Man's Best», 1991.

5. El término «anomia» fue acuñado por el sociólogo francés Émile Durkheim en su estudio de 1897 titulado *Le Suicide* (www.britannica.com/eb/article?eu=7804); su aplicación al contexto de los indígenas americanos y la invasión europea la he visto por primera vez en Gubler Rotsman, «Acculturative Role», 1985, donde se emplea exhaustivamente, y en Taylor, *Drinking, Homicide,* 1979, pág. 144, donde se menciona fugazmente.

6. Le Clézio, *Mexican Dream,* 1993, pág. 176.

7. Whitehead, «Historical anthropology of text», 1995, pág. 56; Ralegh, *Discoverie,* 1997 [1596], págs. 178-179.

8. Whitehead, en Ralegh, *Discoverie,* 1997, págs. 91-101; Fernández-Armesto, *Before Columbus,* 1987, págs. 223-245.

9. Carta de 1493 publicada en Zamora, *Reading Columbus,* 1993, págs. 196-197, que también reproduce la otra cita (pág. 170). En la versión escrita por el hijo de Colón, el genovés parece aceptar que hay amazonas en el Caribe (Colón, *Los cuatro viajes. Testamento,* 1986 [1539]). Para una breve controversia sobre Colón y el mito del canibalismo en los indígenas caribeños, véase Sale, *Conquest of Paradise,* 1990, págs. 129-135; para una discusión más compleja del tema, véase Whitehead, *Lords of the Tiger Spirit,* 1988. Para una monografía reciente, exhaustiva y original sobre el tema de las amazonas, véase Weinbaum, *Islands of Women,* 1999.

10. Citado en Zamora, *Reading Columbus,* 1993, pág. 159.

11. Citado en Zamora, *Reading Columbus,* 1993, págs. 160, 167; véase también Todorov, *Conquest,* 1984, pág. 35.

12. Citado en Fuentes, *Buried Mirror,* 1992, pág. 125. Un siglo después todavía se describía a algunos grupos indígenas como sociedades carentes de religión; es el caso, por ejemplo, de Herrera cuando caracteriza a los chichimecos (*Historia general,* 1601, *dec.* I, pág. 10; *dec.* III, pág. 75).

13. Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias,* Madrid, Cátedra, 1992, págs. 76-77. Citado en Zamora, *Reading Columbus,* 1993, pág. 90; también citado por Arndt, «Mythic Aftermath», 2001, pág. 16.

14. Citado en Hanke, «Dawn of Conscience», 1963, pág. 87. Entre los herederos modernos de esta perspectiva cabe citar a Sale, *Conquest of Paradise,* 1990, y Carl Sauer, que sostiene que «el idilio tropical de las crónicas de Colón y Pedro Mártir era en gran medida cierto»; los indígenas «no sufrían carencias» y «vivían en paz y tranquilidad» (citado en Christensen y Christensen, *Discovery,* 1992, págs. 3-4).

15. Florescano, *Memory,* 1994, págs. 82-90, cita de Mendieta en pág. 89; Krippner-Martínez, *Rereading the Conquest,* 2001, págs. 71-106. Sobre la opinión, común en el siglo XVI, de que la brutalidad española había causado una brusca reducción demográfica en el Caribe, véase Las Casas, *Destrucción,* 1552; sobre la opinión moderna (y bastante aceptada, por lo general) de que la causa primaria era la enfermedad, véase Cook, *Born to die,* 1998. Arndt, «Mythic Aftermath», 2001, pág. 14, también comenta la supuesta maleabilidad indígena.

16. Citado en Zamora, *Reading Columbus,* 1993, pág. 167.

17. Vargas Machuca, *Milicia y descripción,* 1599, 140r; véase también pág. 125v para un fragmento sobre la proclividad indígena a la crueldad y el canibalismo. Oviedo y el dominico aparecen citados en Todorov, *Conquest,* 1984, págs. 150-151. Mund, *Les rapports complexes,* 2001, sostiene que Díaz presenta los cuatro rasgos mencionados arriba como las características principales de los mexicas como un modo de justificar la destrucción española de Tenochtitlán (véase también Díaz, *Historia,* 1570). El tema de la sodomía se analiza desde una perspectiva más amplia en Trexler, *Sex and conquest,* 1995. Sobre la percepción europea de los indígenas como seres diabólicos, véase Cervantes, *Devil in the New World,* 1994, págs. 5-39. La idea de que el colonialismo estaba justificado por la superioridad moral era, por supuesto, un concepto europeo más amplio; Charles Lemire, funcionario colonial francés en el Pacífico sur, lo describió bien en 1884 cuando afirmó: «Colonizar es moralizar; moralizar a gente que desconoce la civilización; moralizar a hombres depravados por el abuso de la civilización; no hay mejor modo de alcanzar este objetivo que la colonización» (Bullard, *Exile to Paradise,* 2000, pág. 3).

18. Certeau, *Writing of History,* 1988, pág. xxv; Zamora, *Reading Columbus,* 1993, págs. 152-155; Rabasa, *Inventing America,* 1993, págs. 23-48.

19. Citado en Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 156, de Sepúlveda, *Tratados políticos*.

20. Landa, *Relación*, 1982 [1566], págs. 5-8; Restall y Chuchiak, *The Friar and the Maya*, s.f., págs. 3-5. La importancia de los peligros del entorno humano y natural yucateca en la primera publicación europea sobre la península de Yucatán (que todavía se consideraba una isla) se recalca también en el libro de 16 páginas de Juan Díaz sobre la expedición de Grijalva (Díaz, *Littera mandata*, 1520; copia facsímil en JCBL). Sobre Guerrero y su leyenda, véase Clendinnen, *Ambivalent Conquests*, 1987, págs. 17-22; Restall, *Maya Conquistador*, 1998, pág. 7; y Vallado Fajardo, «Cristianos españoles e indios yucatecos», 2000.

21. Ellingson, *Noble Savage*, 2001. A diferencia del mito sobre el mito, Rousseau no creó el concepto del salvaje noble, como demuestra Ellingson.

22. La letra es de Tim Rice y, en la banda sonora de Elton John para la película, cantan John y Randy Newman (Rice y John, *El Dorado*, 2000; Bergeron y Paul, *El Dorado*, 2000).

23. Obeyesekere, *Apotheosis*, 1992.

24. Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 75; Inclán, «Plucking the feathered serpent», 2001, pág. 1.

25. Las tres traducciones figuran en Zamora, *Reading Columbus*, 1993, págs. 45, 192, 16, respectivamente (la última es la carta a Santángel). Cohen traduce también *cielo* como «sky» (Colón, *Four Voyages*, 1969, pág. 118); también citado por Inclán, «Plucking the feathered serpent», 2001, pág. 5.

26. Zamora, *Reading Columbus*, 1993, pág. 201, n.8.

27. Bitterli, *Cultures in conflict*, 1989, págs. 72-73, 25-26; las fuentes que cita son el *Códice florentino* y Wachtel, *Vision of the Vanquished*, 1977, ambas comentadas más adelante. Otro ejemplo del extremo arraigo del mito de la apoteosis es Le Clézio, que sostiene que los indígenas confundieron con dioses a los españoles desde el principio, y que su estatus divino se reafirmó con las victorias militares y la avidez de oro (*Mexican dream*, 1993, págs. 3, 10, 12, 14); el término nahuatl que designaba el oro era *teocuitlatl*, combinación de los vocablos «dios» y «extrusión o excremento»; pero véase más abajo mi comentario sobre los significados de *teotl*, «dios». Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 81, reconoce que los mayas no confundieron a los españoles con dioses, pero sostiene que esto se debe a que tenían escritura, un argumento falaz, pues los mexicas también tenían escritura, y no se aporta ninguna prueba de que la falta de escritura deba conducir necesariamente a la credulidad en esa materia.

28. Gómara, *Cortés*, 1964 [1552], págs. 50, 137, 58, 130, 133, 128. Sobre la masacre de Cholulas, véase Pagden en Cortés, *Cartas*, 1986, págs. 465-466, n.27; Peterson y Green, «Massacre at Cholula», 1987.

29. Lockhart, *Nahuatl As Written*, 2001, pág. 234.

30. Díaz, *Historia*, 1570. Otro ejemplo se cita en Todorov, *Conquest*, 1984, págs. 88-89.

31. Díaz, *Historia*, 1955 [1570], pág. 65.

32. Elliott, «Cortés», 1989, págs. 37-38.

33. Citado en Thomas, *Conquest*, 1995, pág. 111.

34. Elliott, «Cortés», 1989, pág. 36. Al igual que otros franciscanos que lo precedieron, el cronista y misionero jesuita José de Acosta presenta en su *Historia natural y moral de las Indias* de 1590 los diversos aspectos míticos de la invasión española, como prueba de la influencia de Dios en la conquista. Sin embargo, de acuerdo con otras fuentes anteriores, Acosta se limita a describir la identidad de Quetzalcoatl como un «gran señor de la antigüedad» destinado a regresar con su estatus de dios, y apenas comenta nada sobre la apoteosis de Cortés y otros españoles (*Historia natural y moral de las Indias*, 1987 [1590]).

35. Lockhart, *We People Here*, 1993, págs. 13, 27; Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty», 1991, pág. 16; Kicza, «Indian and Spanish Accounts», 1992, pág. 60. La mejor versión del libro XII, presentada en español, nahuatl e inglés, es la de Lockhart, *We People Here*, 1993, págs. 48-255. Para una meticulosa valoración del *Códice* en el contexto de otras fuentes sobre la conquista de México, véase Brooks, «Construction of an Arrest», 1995.

36. Thomas, *Conquest*, 1995, págs. 41-44; Bitterli, *Cultures in Conflict*, 1989, págs. 72-73; Kicza, «Indian and Spanish Accounts», 1992, págs. 59, 62. En la crónica publicada en 1590, poco después de su muerte, Acosta presenta los augurios como «designios» divinos, pero describe la aparición de presagios similares en el Antiguo Testamento y reconoce que algunos quizá no se produjeron exactamente como se suelen describir (*Historia natural y moral de las Indias*, 1987 [1590]). Para un sucinto análisis y explicación de los augurios, véase Fernández-Armesto, «Aztec' Auguries», 1992. Para una caracterización crédula de los mismos, véase León-Portilla, *Broken Spears*, 1992, págs. 3-12; Todorov, *Conquest*, 1984, págs. 63-75; y Wolf, *Sons of the Shaking Earth*, 1959, pág. 169. Un planteamiento escéptico puede encontrarse en Schwartz, *Victors and vanquished*, 2000, págs. 29-39; Hassig, *Aztec Warfare*, pág. 1988, págs. 219-233; Gillespie, *Aztec Kings*, 1989, cap. 6. Carrasco, *Quetzalcoatl*, 2000, págs. 236-240, oscila hábilmente entre las dos posiciones.

37. Lockhart, *We People Here*, 1993, pág. 235; Thomas, *Conquest*, 1995, pág. 185; Inclán, «Plucking the Feathered Serpent», 2001, págs. 2-3, 5-15, 22-23, a quien agradezco que me haya dado a conocer muchas de las fuentes comentadas en este apartado del capítulo. Para un análisis sobre la posición de Lockhart, y la defensa más fuerte que conozco de que la historia de «Cortés como encarnación de Quetzalcoatl» se difundió bastante durante la conquista, véase Carrasco, *Quetzalcoatl*, 2000, págs. 210-240; también Gruzinski, *Conquest of Mexico*, 1993, pág. 76. El antropólogo H. B. Nicholson es proclive a aceptar la historia como real, pero en su revisión de los indicios en «The Return of Quetzalcoatl», 2001, concluye que sólo puede entenderse «como una seria hipótesis de trabajo» (pág. 15); véase también sus *Topiltzin Quetzalcoatl*, 2001.

El mito se presenta como un hecho histórico en numerosas obras de historia (sobre todo publicaciones antiguas, manuales, lectores y obras de historia popular); véase, por ejemplo, Wolf, *Sons of the Shaking Earth*, 1959, pág. 169; Padden, *Hummingbird and the Hawk*, 1970, págs. 116-132, Hordern y otros, *Conquest of North America*, 1971, pág. 59; Christensen y Christensen, *Discovery*, 1992, pág. 53; Keen, *Latin America*, 1996, pág. 65 (aunque su posición es más ambigua en *Aztec Image*, 1971, págs. 51, 186, 483); y Baldwin, *Legends of the Plumed Serpent*, 1998, págs. 90-103. Un sitio web de la Library of Congress sobre «Mexico: The Spanish Conquest», breve resumen que contiene numerosos errores y mitos presentados como hechos, sugiere que el principal motivo de la victoria española fue la creencia de Moctezuma de que Cortés era el «dios blanco Quetzalcoatl» (http://Icweb2.loc.gov/cgi-bin/query/r?frd/cstdy:@field(DOCID+mx0013)). En un artículo reciente de la *Chronicle of Higher Education*, se alude al mito incondicionalmente como una «creencia extendida entre los historiadores» (Lloyd, «The Scholar», 2002). Sobre la tesis de que los puntos flacos del mito de «Cortés como Quetzalcoatl» supusieron que Moctezuma pensase que Cortés era otro dios nahua, Tezcatlipoca, véase Wasserman, «Montezuma's passivity», 1983. Sobre la figura de Quetzalcoatl como dios y héroe cultural mítico en los tiempos de la preconquista, véase Florescano, *The Myth of Quetzalcoatl*, 1999; y Carrasco, *Quetzalcoatl*, 2000, págs. 11-204.

38. Tuchman, *March of Folly*, 1984, págs. 11-14; Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 119. Hay muchos otros ejemplos de esta visión de Moctezuma en obras publicadas; por ejemplo, Wolf, *Sons of the Shaking Earth*, 1959, págs. 155-156.

39. Le Clézio, *Mexican dream*, 1993, pág. 10.

40. Recinos, *Memorial*, 1950, pág. 126 traduce la frase como «Los señores los tomaron por dioses» (el original maya original figura en la línea 26 de una página reproducida en facsímil en la pág. 125). Kramer se basa en esta glosa y sostiene que «los cronistas indígenas, pese a todo, reconocen que temían a los extranjeros y que los señores los confundían con dioses» (*Encomienda Politics*, 1994, pág. 32).

41. Como muestra Kramer en su análisis de la conquista (*Encomienda Politics*, 1994, págs. 25-125); su aceptación de la frase anterior sobre la apoteosis es una excepción de la tendencia general de la autora a evitar las trampas de los mitos de la conquista. Véase también la versión maya en Recinos (*Memorial*, 1950, págs. 124-140) y la de Alvarado en sus dos cartas a Cortés (Alvarado, *Conquista de Guatemala*, 1924 [1525]; también publicada en Fuentes, *The Conquistadors*, 1963, págs. 184-196).

42. Todorov, *Conquest*, 1984, págs. 93-96; Krippner-Martínez, *Rereading the Conquest*, 2001, págs. 16 (citas), 9-69, 109-149 (el estudio crítico de la conquista, su historiografía, y la *Relación*); la cita de Prescott que encabeza este capítulo.

43. Cieza de León, *Peru*, 1998 [1550], págs. 217, 313, las dos únicas menciones del apodo de Viracocha en toda la historia de la conquista de Cieza de León. En otro volumen de sus textos, Cieza de León alude, con claro escepticismo, a la relación entre los españoles y Viracocha (Harris, «Coming of the White People», 1995, pág. 13).

44. Sarmiento citado por Harris, «Coming of the White People», 1995, pág. 13.

45. Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, 1987 [1590]; y glosa de Harris en «Coming of the White People», 1995, pág. 13.

46. Harris, «Coming of the White People», 1995, pág. 13.

47. Silverblatt, *Moon, Sun, and Witches*, 1987, págs. 177-178.

48. Citado por Wachtel, *Vision of the Vanquished*, 1977, pág. 22; y Bitterli, *Cultures in Conflict*, 1989, pág. 26. Titu Cusi se hizo inca tras la muerte de su hermano en 1561, y dirigió un reino inca independiente en los Andes hasta su muerte en 1571; la política de Titu Cusi hacia la colonia española de Perú fue hostil hasta 1567, cuando se firmó un tratado por el cual los incas conservaban su autonomía si aceptaban, nominalmente, la soberanía española (Andrien, *Andean worlds*, 2001, págs. 197-198).

49. La interpretación de las palabras de Titu Cusi se complica por el hecho de que él dictó su crónica en quechua a un fraile agustino, Marcos García, que después la tradujo al español, según observa Wachtel, aunque su interpretación del material es proclive al mito de la apoteosis (*Vision of the Vanquished*, 1977, pág. 227, n.54).

50. Zárate, *Peru*, 1981 [1555], pág. 103.

51. El gobernador yucateca era Santiago Méndez (Méndez, *Report*, 1921 [1861], pág. 185). La cita del «terror» es la de Bitterli (*Cultures in Conflict*, 1989, pág. 26). Una variación interesante del mito de la apoteosis en los Andes aparece en Shaffer, *Royal Hunt of the Sun*, donde Pizarro se presenta como un dios para confundir y sorprender a Atahualpa. Shaffer elude algunos mitos de la conquista, pero no éste; su inca es presa de la estrategia de Pizarro (Shaffer, *Royal Hunt*, 1969; Smith, «Conquest of Peru», 2001, pág. 25). Paralelamente a la continuidad moderna del mito del siglo XVI sobre la devastación indígena, se da también la continuidad de la concepción colonial de que los «indios» eran demasiado poco civilizados como para construir las antiguas ciudades americanas, hoy en ruinas. Un defensor de esta postura, Graham Hancock, es especialmente dañino por el modo en que recupera las perspectivas coloniales en un modelo supuestamente revisionista; señala, por ejemplo, sobre «los impasibles indios aymara que caminaban despacio por las estrechas calles adoquinadas y se sentaban plácidamente en la plaza soleada. ¿Eran descendientes de los que construyeron Tiahuanaco, como apuntan los estudiosos? ¿O tenían razón las leyendas? ¿Acaso aquella ciudad fue obra de extranjeros con poderes divinos que se establecieron allí hace mucho tiempo?» (*Fingerprints of the Gods*, 1995, pág. 71).

52. Ilarione da Bergamo, *Daily Life*, 2000 [1770], pág. 96.

53. Lockhart, *The Nahuas*, 1992, págs. 270-272; Restall, *Maya World*, 1997, pág. 181. El mito del jinete sigue vivo, por supuesto; Le Clézio, citando a Díaz, señala que los «indios» creyeron en él «durante mucho tiempo» (*Mexican Dream*, 1993, pág. 6).

54. Esto era según Cortés, *Cartas*, 1986 [1526], págs. 364-365; y Gómara, *Cortés*, 1964 [1552], págs. 353-354.

55. López Austin, *Places of Mist*, 1997, págs. 23, 209-214. Clendinnen ha defendido convincentemente que los complejos rituales mexicas de ejecución o sacrificio humano estaban pensados para alcanzar el control sobre un fenómeno del que los mexicas eran especialmente conscientes , la mortalidad humana (*Aztecs*, 1991, págs. 87-152). Véase también Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty», 1991, y, sobre varias concepciones mesoamericanas de la muerte, López Austin, *Places of Mist*, 1997, págs. 166-169, 186-188, 194.

56. Carrasco, *Quetzalcoatl*, 2000, págs. 28-39.

57. Inclán, «Plucking the Feathered Serpent», 2001, págs. 3, 25, 28.

58. Jemingham, *Fall of Mexico*, 1775; Cowher, «A Handful of Adventurers?», 2001, págs. 20-21. Agradezco a Iris Cowher que me informase sobre esta fuente y su relevancia en este punto. Cowher comenta también una fuente alemana de 1800, publicada en inglés en 1811, que describe a los conquistadores como individuos motivados por la codicia y el fanatismo religioso, y la conquista de México como un cuento infantil con una moraleja muy adecuada; el título del libro es *Cortez, or The Conquest of Mexico: As Related by a Father to His Children and Designed for the Instruction of Youth* (Campe, *Cortez*, 1811). Un ejemplo paralelo es la obra teatral alemana de August van Koztebue, adaptada por Sheridan en 1800 como *Pizarro: A Tragedy in Five Acts*, cuyo acto final es la muerte de Pizarro y el triunfo de Atahualpa (Smith, «Conquest of Peru», 2001, pág. 12). La Armada Invencible de 1588 era una vasta flota española que debía encabezar la invasión de Inglaterra pero fue destruida por un temporal antes de que un solo soldado pudiera desembarcar en tierra firme (véase la historia clásica de Mattingly, *Armada*, 1959; un estudio más reciente es el de Martin y Parker, *Spanish Armada*, 1988).

59. Sahlins, «Individual Experience», 1982, págs. 289-290; *Islands of History*, 1985, págs. 74, 154; «Cosmologies», 1988, págs. 441-442; *How «Natives» Think*, 1995.

60. Obeyesekere, *Apotheosis*, 1992, pág. 123; el análisis de Todorov aparece también en págs. 16-19.

61. Obeyesekere, *Apotheosis*, 1992, págs. 91 y otras; Hassig, en *Time, History*, 2001, pág. 156, defiende un punto de vista similar en un análisis sobre los mexicas.

62. Motolinía, *Historia*, 1979 [1541], *trat.* 1, cap. 15; Harris, *Aztecs, Moors, and Christians*, 2000, págs. 132-147.

63. Según observa Harris en *Aztecs, Moors, and Christians*, 2000, pág. 144.

64. Harris, *Aztecs, Moors, and Christians*, 2000, pág. 137. Otra dimensión del desdén de Cortés en la obra es el hecho de que el gobernador de Tlaxcala en 1539 era don Luis Xicotencatl, sobrino del Axayacatzin Xicotencatl que lideró la resistencia contra Cortés en 1519; posteriormente se sumó a regañadientes a la causa aliada en 1521; y aquel mismo año, en Texcoco, Cortés ordenó ejecutarlo por considerar que no cooperaba lo suficiente (Gómara, *Cortés*, 1964 [1552], págs. 100-116; Gibson, *Tlaxcala*, 1952, págs. 98-100; Thomas, *Conquest*, 1995, págs. 490-491; Harris, *Aztecs, Moors, and Christians*, 2000, pág. 139).

65. Los actores eran tlaxcalas salvo en el caso de un ejército indígena caribeño de ficción, derrotado en medio de la obra en el intento de tomar Jerusalén. Estos actores eran otomíes, lo cual refleja la aguda visión tlaxcala de la historia caribeña colonial y su percepción de los indígenas otomíes como una categoría diferente (diferencia que podría describirse por su grado de sedentarismo, inferior en el caso de los otomíes). Harris, *Aztecs, Moors, and Christians*, 2000, págs. 140-141, 136, 135.

66. Harris, *Aztecs, Moors, and Christians*, 2000, pág. 134.

67. Bricker, *The Indian Christ*, 1981, págs. 129-154; Hill, *Colonial Cakchiquels*, 1992, págs. 1-8; Cohen, «Danza de la Pluma», 1993; Rappaport, *Cumbe Reborn*, 1994, págs. 145-166; Restan, *Maya Conquistador*, 1998, págs. 46, 193-194, n.53; Harris, *Aztecs, Moors, and Christians*, 2000.

68. Véase Restall, «Heirs to the Hieroglyphs», 1997, que contiene una bibliografía exhaustiva sobre los títulos, un aspecto sobre el que se sigue investigando en la actualidad. Estos datos completan nuestro conocimiento sobre la concepción indígena de la conquista, antes descrita; véase Colón y otros, *Testamento y título*, 1999.

69. Restall, *Maya Conquistador*, 1998.

70. La única descripción y análisis de estos títulos es Sousa y Terraciano, «Original Conquest», 2003; véase también Terraciano, *The Mixtecs*, 2001, págs. 336-338.

71. Fernández-Armesto en Prescott, *Conquest of Mexico*, 1994, pág. xxx; Hassig, *Aztec warfare*, 1988; Hill, *Colonial Cakchiquels*, 1992; Dakin y Lutz, *Nuestro pesar*, 1996.

72. AGI, *México* 97; 138; 2.999; Restall, *Maya Conquistador*, 1998, págs. 53-76; Scholes y Roys, *Maya-Chontal Indians*, 1948, págs. 142-290. El reino maya chontal y su título se analiza más adelante, en el epílogo, en el marco de los acontecimientos de 1525, cuando el abuelo, predecesor y tocayo de don Pablo Paxbolon, Paxbolonacha, fue rey. Los chontales no eran los únicos mayas que asaltaron, en calidad de agentes coloniales, la inmensa zona, aún no conquistada, comprendida entre las provincias españolas de Yucatán septentrional y el sur de Guatemala. Como se señalaba en el capítulo 3, en 1624 el gobernador maya de Oxkutzcab (ciudad maya yucateca) recibió el encargo de liderar a 150

guerreros en una expedición punitiva hacia el sur, mientras las campañas españolas hacia la región de Petén, en el norte de Guatemala, que llegaron desde las tierras altas del mismo país y Yucatán en la década 1690, recurrían masivamente a la colaboración de arqueros mayas de Mopán y Yucatán (Jones, *Conquest*, 1998, págs. 48, 134-136, 258, 263).

73. Gibson, *Tlaxcala*, 1952, pág. 191; citado también por Harris, *Aztecs, Moors, and Christians*, 2000, pág. 139.

74. Fernández-Armesto, «Aztec' Auguries», 1992, pág. 298; Prescott, *Conquest of Mexico*, 1994, pág. xxix; Hassig, *Aztec Warfare*, 1988; Brooks, «Construction of an Arrest», 1995.

75. Cieza de León, *Peru*, 1998 [1550], págs. 447-466; Sarmiento, *History of the Incas*, 1907 [1572], págs. 258-261; Prescott, *Conquest of Peru*, 1847, II: caps. 1-3; Wachtel, *Vision of the Vanquished*, 1977, págs. 169-184; Himmerich y Valencia, «Siege of Cuzco», 1998; Wood, *Conquistadors*, 2000, págs. 155-185.

76. Así se pone de manifiesto en una serie fascinante de documentos de 1530-1620, principalmente peticiones dirigidas al rey por parte de la realeza mexica y otros nobles, conservada en AGI y publicada en Pérez-Rocha y Tena, *La nobleza indígena*, 2000. Entre las fuentes complementarias figuran los registros de los procesos judiciales relativos a las tierras y los privilegios nobles de doña Isabel Moctezuma, la hija del emperador, en las décadas de 1540 a 1560, publicados en Pérez-Rocha, *Privilegios en lucha*, 1998. Los descendientes de doña Isabel recibieron pensiones del gobierno hasta 1934, y en 2000 iniciaron una campaña legal para reivindicar la devolución de sus pensiones (Lloyd, «The Scholar», 2002).

77. Eran miembros destacados de lo que he denominado la «docena dinástica» de Yucatán; Restall, «People of the Patio», 2001, págs. 351-358, 366-368. La colección de documentos conocida como los «papeles de los Xiu», de los cuales se reproduce una parte en la figura 16, se ha publicado recientemente por primera vez en Quezada y Okoshi, *Papeles de los Xiu*, 2001.

78. Sobre este argumento desarrollado a partir de pruebas mayas, véase Restall, *Maya World*, 1997, págs. 51-83; sobre el tratamiento de los cabildos indígenas en otras regiones, véase Spalding, *Huarochirí*, 1984, págs. 216-226, Haskett, *Indigenous Rulers*, 1991; Stern, *Peru's Indian Peoples*, 1993, págs. 92-96; y Terraciano, *The Mixtecs*, 2001, págs. 182-197.

79. Lockhart, *Of Things*, 1999, pág. 98. Véase también Restall, «Interculturation», 1998, págs. 141-162.

80. Cook, *Born to Die*, 1998. Obsérvese que hay notables discrepancias sobre el tamaño de las poblaciones indígenas en la América antigua, pues las estimaciones del siglo XVI sobre las pérdidas oscilan bastante en torno a una cifra media de 40 millones. Pero incluso si rondase los 25 millones, la pérdida de vidas humanas sería superior a la de la peste negra europea, por ejemplo.

81. Véase Powers, «Battle of Wills», 1998, págs. 183-213.

82. Para lecturas sobre este asunto con respecto a México central y Yucatán, por ejemplo, véase Harvey, *Land and Politics*, 1991; Lockhart, *The Nahuas*, 1992, págs. 141-202; Horn, *Postconquest Coyoacan*, 1997, págs. 111-165; y Restall, *Maya World*, 1997, págs. 169-225.

83. «Nothingness» es el término que emplea Le Clézio (*Mexican Dream*, 1993, pág. 5).

84. Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty», 1991, pág. 19.

CAPÍTULO 7

1. Wilson, *Emperor's Giraffe*, 1999, págs. 5, 7.

2. Citado en Fuentes, *Buried Mirror*, 1992, pág. 126. Sepúlveda no era el único europeo del siglo XVI que comparaba a los indígenas con animales; Villegagnon comentó en una carta dirigida a Calvin que los tupinamba de Brazil lo golpearon como «gente salvaje y desaforada, carente de toda cortesía y humanidad», como «bestias de semblante inhumano» (citado en Greenblatt, *Marvelous Possessions*, 1991, pág. 154, n.13).

3. Trouillot, *Silencing the Past*, 1995, pág. 82. Tanto Trouillot como yo citamos a Diderot un poco fuera de contexto; para un análisis detallado de las ideas de Diderot sobre la colonización, la naturaleza de los americanos indígenas y el contacto entre indígenas y europeos véase Pagden, *European Encounters*, 1993, págs. 141-188.

4. El V Centenario dio lugar a manifestaciones extremas de antiguos puntos de vista en ambos bandos del debate; el vicealcalde de Pasadena, a propósito de la controversia sobre un desfile del Día de Colón en dicha ciudad californiana, tildó al descendiente directo de Colón que había sido designado para presidir el desfile de «símbolo de la codicia, la esclavitud, la violación y el genocidio». George Black, entonces director de asuntos exteriores del diario *Nation*, condenó «la petulante presuposición de supremacía cultural blanca» que recorría «el espectro político principal» y subyacía a las «celebraciones oficiales de Colón» (Black, «1492», 1991; Berliner, «Man's Best», 1991). Dos magníficos análisis del V Centenario, uno breve y el otro más largo, son Trouillot, *Silencing the Past*, 1995, págs. 108-140; y Summerhill y Williams, *Sinking Columbus*, 2000.

5. Han transcurrido unas cuantas décadas desde que el eminente historiador británico Hugh Trevor-Roper resumió la historia no europea como «los bandazos infructuosos de tribus bárbaras en lugares pintorescos, pero irrelevantes, del globo», en su obra *The Rise of Christian Europe*, publicada en Estados Unidos en 1974; citado por Parenti, *History as Mystery*, 1999, pág. xiv.

6. Carta de Marquina, también citada en los capítulos 1 y 2, figura en Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, págs. 4-7; esta cita proviene de la pág. 5; también en Lockhart, *Cajamarca*, 1972, pág. 462.

7. La carta de Ávila figura en Lockhart y Otte, *Letters and People*, 1976, págs. 9-14; esta cita proviene de la pág. 11.

8. Como observan Himmerich y Valencia en «Siege of Cuzco», 1998, págs. 398-399, 416-417; véase también Herrera, *Historia General*, 1615, *década* VI, págs. 52-59. Santiago supuestamente se apareció también a los españoles durante la guerra contra los mexicas (según Bernal Díaz, citado en Fernández-Armesto, «Aztec' auguries», 1992, pág. 302). Lasso de la Vega describió la vida de Cortés como una de las «historias milagrosas» (*Cortés valeroso*, 1588, pág. 6v).

9. Cline, «Revisionist Conquest History», 1988; cita de Sahagún en pág. 97; copia manuscrita de Bartolomé de las Casas, *Historia general de las Indias*, archivada en JCBL como Códice Sp 4, fragmentos relevantes en *Cs.* 31-35; Fernández-Armesto, «Aztec' Auguries», 1992, pág. 296; Villagutierre, *Historia*, 1701, pág. 21.

10. Cortés, *Cartas*, 1986 [1522], pág. 166.

11. La frase proviene de la versión del discurso que ofrece Gómara (*Cortés*, 1964 [1552], págs. 240-241), citado al comienzo de este capítulo y también por Reese, «Myth of Superiority», 2001, pág. 1.

12. Citado por Florescano, *Memory*, 1994, pág. 78.

13. Citado por Florescano, *Memory*, 1994, pág. 80. La explicación del «milagro» aparece también ocasionalmente en algunas historias modernas; Elliott, *Imperial Spain*, 1963, pág. 63, por ejemplo, afirma que el imperio español en América «se constituyó de manera triunfante y casi milagrosa». Otra variante del tema se manifiesta en la frase de Cunninghame Graham, «los conquistadores (después de Dios) debían su conquista a los caballos» (*Horses of the Conquest*, 1949, pág. 12).

14. Elliott, *Imperial Spain*, 1963, pág. 66; Reese, «Myth of Superiority», 2001, pág. 6, me señaló la importancia de este fragmento. La contraposición de Elliott entre «confianza» y «fatalismo» recuerda a la explicación de Vargas Machuca sobre la victoria española, fenómeno que atribuye al contraste entre el espíritu de fortaleza interior de los españoles, que excluía todo atisbo de cobardía, y la debilidad de espíritu y falta de determinación indígena (*Milicia y descripción*, 1599, 18v-20r).

15. Méndez, *Report on the Indians*, 1921 [1861], pág. 185.

16. Hergé, *El templo del sol*, 1991 [1946-1947].

17. Peeters, *Tintin*, 1992. *El templo del sol* se publicó originariamente en los años 1946-1947 por entregas en la revista belga *Tintin* bajo el título *Le Temple du Soleil*; y luego se publicó como libro, algo abreviado; es una continuación de la historia iniciada en *Las siete bolas de cristal*, cuyas primeras entregas se publicaron en *Le Soir* en 1943. La fuente de Hergé sobre la civilización andina eran Charles Wiener, *Perou et Bolivie*, publicado en 1880 (Peeters, *Tintin*, 1992, págs. 79-83).

18. La visión de un autor inglés sobre este hecho puede encontrarse en Wright, *Stolen Continents*, 1992, págs. 5-10.

19. Wood, *Conquistadors*, 2000, pág. 100; Le Clézio, *Mexican Dream*, 1993, págs. 9-10. Obsérvese que los pueblos mencionados no eran «tribus» ni estaban dirigidos por «reyes-sacerdotes». Como corresponde a una película de dibujos animados, *La ruta hacia El Dorado* evoca sutilmente el tema de la credulidad y la superstición indígena; uno de los españoles describe El Dorado como «una ciudad de mamones» (Bergeron y Paul, *El Dorado*, 2000).

20. Dibble, *The Conquest*, 1978, págs. 10-23.

21. Keen, *Latin America*, 1996, pág. 72; Soustelle, *Daily Life*, 1964, pág. 218.

22. Cita de Colón en Zamora, *Reading Columbus*, 1993, pág. 159; Le Clézio, *Mexican Dream*, 1993, pág. 34; Todorov, *Conquest*, 1984, págs. 61, 62. Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty», 1991, destruye el análisis de Todorov sobre Cortés. Véase también Fernández-Armesto, «Aztec' auguries», 1992, pág. 303.

23. Entre muchos otros usos similares, cabe citar a Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 123; Greenblatt, *Marvelous Possessions*, 1991, pág. 145; y Seed, «Failing to Marvel», 1991, pág. 11.

24. La cita de Purchas se reproduce y analiza en Greenblatt, *Marvelous Possessions*, 1991, págs. 9-11 (y también se reproduce en Reese, «Myth of Superiority», 2001, pág. 10). Véase también Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 80; Diamond, *Guns, Germs and Steel*, 1997, págs. 78-80. Sowell, *Conquests and Cultures*, 1998, pág. 251, insinúa también que la escritura es un factor que contribuye a explicar la conquista.

25. Frase de Seed sacada de contexto (pues la autora no menciona el frontispicio de Díaz), «Failing to Marvel», 1991, pág. 12. El frontispicio se reproduce en Schwartz, *Victors and Vanquished*, 2000, pág. 19, pero sin comentario adicional.

26. Citado en Seed, «Failing to Marvel», 1991, págs. 17-18.

27. Ilarione da Bergamo, *Daily Life*, 2000 [1770], pág. 96.

28. Fuentes, *Buried Mirror*, 1992, pág. 119.

29. Estas frases típicas son «la superioridad española con respecto a las armas», «la superioridad militar española», la «confianza [andina] en las armas de contusión [...] explica en gran parte la superioridad española», «el armamento claramente superior de los españoles», etc. (Todorov, *Conquest*, 1984, pág. 61; Guilmartin, «The Cutting Edge», 1991, págs. 42, 52; Diamond, *Guns, Germs, and Steel*, 1997, pág. 76; véase también Himmerich y Valencia, «Siege of Cuzco», 1998, pág. 411).

30. La cita proviene de uno de los numerosos ejemplos de este enfoque que aparecen en Internet; por ejemplo, www.bergen.org/AAST/projects/Cortes/cortes.html

31. El estudio originario de este fenómeno es Crosby, *Columbian Exchange*, 1972. Una breve explicación accessible está en Diamond, *Guns, Germs and Steel*, 1997, págs. 195-214. El mejor estudio reciente del impacto de la enfermedad durante la conquista es Cook, *Born to Die*, 1998.

32. Observación sobre Prescott realizada por Fernández-Armesto en Prescott, *Conquest of Mexico*, 1994, pág. xxviii; Cook, *Born to Die*, 1998, págs. 63-70; cita en pág. 67, referida a la *Historia General* de Sahagún.

33. Cook, *Born to Die*, 1998, págs. 72-82.

34. Whitehead, «Ancient Amerindian Polities», 1994; Cook, *Born to Die*, 1998, págs. 82-94, 131-132, 148-149, 154-155, 189-190, 209; Diamond, *Guns, Germs, and Steel*, 1997, págs. 211-212; Wood, *Conquistadors*, 2000, págs. 199, 217-227; Mann, «1491», 2002.

35. Según se cita arriba; Cortés, *Cartas*, 1522.

36. Guilmartin, «The Cutting Edge», 1991, pág. 61. Incluso durante el asedio de Tenochtitlán de 1521, los guerreros mexicas utilizaron ballestas obtenidas tras obligar a los prisioneros españoles a que les enseñasen a manejarlas (Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty», 1991, pág. 26, que cita a Díaz y Durán).

37. Según sostiene Himmerich y Valencia en su estudio sobre el «Siege of Cuzco», 1998.

38. Vargas Machuca, *Milicia y descripción*, 1599, págs. 50v-5u; Herrera, *Historia General*, 1601, dec. 1, pág. 162.

39. Guilmartin, «The Cutting Edge», 1991, pág. 53; obsérvese que Guilmartin (págs. 53-55) recalca más que yo la importancia de los caballos. Un ejemplo en que los españoles aprovechan una rara oportunidad para utilizar los caballos en el campo de batalla puede encontrarse en Alvarado, *Conquista de Guatemala*, 1525. Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty», 1991, págs. 29-30, sostiene que los mexicas concedían a los caballos el mismo respeto que a los guerreros, pero no sostiene que fuesen de gran utilidad para los españoles. Una curiosa oda al papel de los caballos en la conquista, donde se alude a la vulnerabilidad de los caballos españoles a los cólicos, lombrices y diversas enfermedades propias de la América tropical, véase Graham, *Horses of the Conquest*, 1949.

40. Vargas Machuca, *Milicia y descripción*, 1599, 60v-62r.

41. La tesis de que esto es válido para la conquista de Perú, pero no para la de México, se defiende en Guilmartin, «The Cutting Edge», 1991, págs. 57, 68, n.62.

42. Cieza de León, *Peru*, 1998 [1550]; Cortés, *Cartas*, 1519-1526; Díaz, *Historia*, 1570; Gómara, *Cortés*, 1964 [1552]; Jerez, *Verdadera relación*, 1985 [1534]; Oviedo y Baños, *Historia*, 1967 [1723]; Zárate, *Historia*, 1555 y *Perú*, 1981 [1555]; Guilmartin, «The Cutting Edge», 1991, pág. 53.

43. Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty», 1991, pág. 24. Según Felipe Fernández-Armesto, la conquista de México fue un choque entre dos sociedades guerreras, equiparables en su grado de agresividad, dinamismo y seguridad en sus propias fuerzas, de modo que el resultado fue un conflicto muy equilibrado («Aztec' Auguries», 1992, pág. 288).

44. Restall, *Maya Conquistador*, 1998, págs. 5-18; Chance, *Conquest of the Sierra*, 1989, págs. 16-30. Entre otros ejemplos de expediciones fallidas cabe citar la búsqueda de Gonzalo Jiménez de Quesada de la ciudad mítica de El Dorado y las tres expediciones de su sobrino político, Antonio de Berrio (Picón-Salas, *Cultural History*, 1966, págs. 35-36; Naipaul, *Loss of El Dorado*, 1969, págs. 18-20).

45. Como observa Keen, *Latin America*, 1996, pág. 72. Véase también Hassig, *Aztec Warfare*, 1988.

46. Clendinnen, «Fierce and Unnatural Cruelty», 1991; *Aztecs*, 1991, págs. 87-152, 259-273.

47. Aunque debemos apuntar que Himmerich sostiene que el asedio inca de Cuzco en los años 1536-1537 fracasó en parte porque «los incas parecían aferrarse casi por completo a las artes bélicas tradicionales» («Siege of Cuzco», 1998, pág. 403).

48. Según hemos citado anteriormente; Cortés, *Cartas*, 1522, pág. 166.

49. Dibble, *The Conquest*, 1978, pág. 24.

50. Fernández-Armesto, «Aztec' Auguries», 1992, pág. 305; Adas, *Islamic and European Expansion*, 1993; Hassig, *Aztec Warfare*, 1988.

51. Este resumen se basa aproximadamente en una tesis que tiene su formulación clásica en Crosby, *The Columbian exchange*, 1972, y que se plasma en otros trabajos más recientes, como Diamond, *Guns, Germs, and Steel*, 1997; y Fernández-Armesto, *Civilizations*, 2000. Otra variante de la misma tesis, expresada en términos de «capital humano» y «capital cultural», pero que continúa favoreciendo el entorno sobre la «raza», es Sowell, *Conquests and Cultures*, 1998, págs. 329-379. Un libro clásico de antropología que tiene relevancia aquí porque hace hincapié en las condiciones ecológicas, más que en la superioridad racial o cultural, como factores determinantes de la conducta humana es Harris, *Caníbales y reyes*, 1997 [1977]. Un estudio más reciente sobre las diferencias entre civilizaciones que también evita los viejos modelos de la «superioridad» e intenta, en cambio, explicar las diferencias con la teoría del juego es Wright, *Nonzero*, 2000.

EPÍLOGO

1. O Canoetown. Bernal Díaz la denomina *Acala* y *Gueyacala*, que es *Huey Acalan* y significa «Gran Acalan»; *Historia*, 1955 [1570], págs. 466-471.

2. En lo que respecta a Cortés y Gómara he seguido las traducciones de Pagden y Simpson publicadas en Cortés, *Letters*, 1986 [1526], págs. 362-368;

y Gómara, *Cortés*, 1964 [1552], págs. 352-357, respectivamente, aunque he podido consultar también una copia del manuscrito de 1540 de la carta de Cortés archivada en la JCBL como Códice Sp 2. En el caso de Díaz me baso en *Historia*, 1632 [1570], 200r-201r; véase también *Historia*, 1955 [1570], págs. 469-470. En el caso de Ixtlilxóchitl, véase Ixtlilxóchitl, *Obras*, 1891-1892. Para la versión de los mayas mactun he utilizado mi propia versión del maya chontal, anteriormente publicada en Restall, *Maya Conquistador*, 1998, págs. 62-64. Se presenta también un resumen del incidente, basado en estas mismas fuentes, en Scholes y Roys, *Maya-Chontal Indians*, 1948, págs. 112-122. También he consultado otra fuente española colonial, la *Historia General* de Antonio de Herrera, de 1601/1615, pero dado que se inspira demasiado en las crónicas de Cortés y Gómara, no constituye una versión independiente (1601, *dec.* III, pág. 287).

3. Cortés, *Cartas*, 1526.

4. Díaz, *Historia*, 1955 [1570], pág. 470. Herrera no llega a criticar a Cortés, pero ensalza a Cuauhtémoc por ser «un hombre valiente» y defiende su presunta conspiración (*Historia General*, 1601, *dec.* III: pág. 287). El franciscano López de Cogolludo utiliza a Díaz y Herrera como base de su crónica, y señala las diferencias entre los dos (1688, págs. 48-52). En las versiones posteriores del incidente escritas en el período colonial, sobre todo las elaboradas a partir de diversas fuentes para lectores no españoles, como el gran compendio *Voyages and Travels* de John Harris, se elimina por completo el contexto maya: «Todas sus grandes conquistas [las de Cortés], sin embargo, no le procuraban descanso y tranquilidad; pues a veces estaba en peligro por las intrigas de los *indios*, que ansiaban recuperar el país y expulsar o destruir a los *españoles*. Y para poner fin a tales artimañas, se vio obligado, en 1527, a ahorcar a *Guatimozin*, y a otros dos príncipes *indios*, a quienes había sorprendido en una conspiración contra él» (Harris, *Navigantum*, 1748, vol. 2, pág. 134).

5. La perspectiva de Ixtlilxóchitl es la que adopta Eduardo Gallo en su biografía de Cuauhtémoc publicada en 1873 como parte de su influyente colección *Hombres ilustres mexicanos* (Gallo, *Cuauhtémoc*, 1978 [1873]; agradezco a William Pencak que me proporcionase un ejemplar). También se adoptó como parte del intento mexicano de Porfirio de apropiarse del pasado «azteca» con el fin de constituir la identidad nacional; los tres reyes, Cuauhtémoc, Coanacoch, y Tetlepanquetzal, están todos inmortalizados en el Monumento a Cuauhtémoc de 1887, en Ciudad de México (observación personal del autor; Gallo, *Cuauhtémoc*, 1978 [1873], págs. 84-85; Benjamin, *La Revolución*, 2000, págs. 1, 120).

6. Restall, *Maya Conquistador*, 1998, págs. 63-64. La frase maya, *tzepci u lukub*, significa literalmente «lo degollaron», pero el pasaje muestra que se describe toda la decapitación. En este punto difiere del ahorcamiento de las fuentes españolas y la ilustración de la portada del sexto volumen de Herrera

(véase la figura 19). Es posible que colgasen al emperador después de degollarlo y exhibir su cabeza. O bien (como he sugerido anteriormente) lo decapitaron y luego lo colgaron por los pies, según se muestra en un dibujo de la ejecución que forma parte de un manuscrito pictórico del siglo XVI, el *Mapa de Tepechpan* (Morley 1937-1938, I, pág. 15; Scholes y Roys, *Maya-Chontal Indians*, 1948, pág. 116; Gallo, *Cuauhtémoc*, 1978 [1873], pág. 68). A pesar de la afirmación maya de que Cuauhtémoc fue bautizado la mañana de su muerte, otras fuentes confirman que fue bautizado años antes en Tenochtitlán, con el nombre de Hernando —el mismo nombre de pila de Cortés— (véase la cita de las canciones al comienzo de este epílogo); en realidad, sería extraño que Cuauhtémoc *no* hubiera sido bautizado poco después de la caída de la ciudad en 1521 y *no* hubiera recibido, por su estatus de máximo dirigente mexica, el nombre del español de máximo rango.

7. Los historiadores Scholes y Roys, hace más de medio siglo, cuando lo esperable era juzgar a los protagonistas del pasado, «condenaron» severamente la «conducta equívoca» de Paxbolonacha, aunque posteriormente reconocieron que, si bien sus acciones no se caracterizaban por la valentía, eran «realistas y sensatas» (*Maya-Chontal Indians*, 1948, págs. 119, 121).

8. Según señala Sahlins a propósito de «los incidentes de la vida y muerte de Cook en Hawai» (*Historical Metaphors*, 1981, pág. 11).

9. Parafraseando a Fernández-Armesto, al percibir un «indicio de verdad», yo he pretendido «expresarla por los demás» (*Truth*, 1999, pág. 229).

10. La frase de la «constelación», de Richard Slotkin, aparece citada por Amado, «Mythic Origins», 2000, pág. 784; Díaz, *Historia*, 1955 [1570], págs. 160, xxxv.

Bibliografía

FUENTES ARCHIVÍSTICAS PRINCIPALES Y SUS ABREVIATURAS

AGI Archivo General de las Indias, Sevilla, España
ARH Biblioteca de la Academia Real de la Historia de Madrid, Madrid, España
BL British Library, Londres, Reino Unido
JCBL John Carter Brown Library, Providence, Isla de Rodas

FUENTES PRINCIPALES Y SECUNDARIAS

Acosta, José de, *Natural and Moral History of the Indies* (1590), edición a cargo de Jane E. Mangan, Durham, Duke University Press, 2002 (ed. cast.: *Historia natural y moral de las Indias*, Madrid, Dastin, 2003).

Adas, Michael (comp.), *Islamic and European Expansion: The Forging of a Global Order*, Filadelfia, Temple University Press, 1993.

Ades, Dawn, *Art in Latin America: The Modern Era, 1820-1980*, Londres, The South Bank Centre, 1989 (trad. cast.: *Arte iberoamericano*, Madrid, Turner, 1989).

Adorno, Rolena y Patrick Charles Pautz, *Alvar Núñez Cabeza de Vaca: His Account, His Life, and the Expedition of Panfilo de Narváez*, 3 vols., Lincoln, University of Nebraska Press, 2000.

Aguirre Beltrán, Gonzalo, *La población negra de México: estudio etnohistórico* (1946), Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

Alcalá, Manuel, *César y Cortés*, Ciudad de México, Jus, 1950.

Alegría, Ricardo E., *Juan Garrido, el conquistador negro en las Antillas,*

Florida, México y California, c.1503-1540, San Juan, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y El Caribe, 1990.
Altman, Ida, «Spanish Society in México City After the Conquest», *Hispanic American Historical Review*, vol. 71, n° 3, 1991, págs. 413-445.
Altman, Ida, Sarah Cline y Juan Javier Pescador, *The Early History of Greater Mexico*, Upper Saddle River, N.J., Prentice Hall, 2002.
Alvarado, Pedro de, *An Account of the Conquest of Guatemala in 1524 [1525]*, edición a cargo de Sedley J. Mackie, Nueva York, The Cortés Society, 1924.
Amado, Janaína, «Mythic Origins: Caramuru and the Founding of Brazil», *Hispanic American Historial Review*, vol. 80, n° 4, noviembre de 2000, págs. 783-811.
Amor y Vázquez, José, «Apostilla a la "quema de naves" por Cortés», *Hispanic Review*, n° 39, 1961, págs. 45-52.
Andrien, Kenneth J., *Andean Worlds: Indigenous History, Culture, and Consciousness Under Spanish Rule, 1532-1825*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2001.
Avellaneda, José Ignacio, *The Conquerors of the New Kingdom of Granada*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1995.
Axtell, James, *Natives and Newcomers: The Cultural Origins of North America*, Nueva York, Oxford University Press, 2000.
Baldwin, Neil, *Legends of the Plumed Serpent: Biography of a Mexican God*, Nueva York, Public Affairs, 1998 (trad. cast.: *Leyendas de la serpiente emplumada: biografía de un dios mexicano*, Barcelona, Plaza y Janés, 1999).
Benjamin, Thomas, *La Revolución: Mexico's Great Revolution as Memory, Myth, and History*, Austin, University of Texas Press, 2000.
Berlin, Ira, *Many Thousands Gone: The First Two Centuries of Slavery in North America*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University, 1998.
Berliner, Michael S., «Man's Best Came with Columbus», *Los Angeles Times*, 30 de diciembre de 1991.
Bierhorst, John (comp.), *Cantares Mexicanos: Songs of the Aztecs*, Stanford, Stanford University Press, 1985.
Bitterli, Urs, *Cultures in Conflict: Encounters Between European and Non-European Cultures, 1492-1800*, Stanford, Stanford University Press, 1989.
Black, George, «1492 and the Burden of the White Man», *Los Angeles Times*, 9 de julio de 1991.
Boller, Paul F., Jr., *Not So! Popular Myths About America from Columbus to Clinton*, Nueva York, Oxford University Press, 1995.

Bonfil Batalla, Gustavo, *México Profundo: Reclaiming a Civilization*, Austin, University of Texas Press, 1996.
Bouvier, Virginia M., *Women and the Conquest of California, 1542-1840: Codes of Silence*, Tucson, University of Arizona Press, 2001.
Boyd-Bowman, Peter, «Negro Slaves in Early Colonial Mexico», *The Americas*, vol. 26, n° 2, 1969, págs. 134-151.
Bowser, Frederick P., *The African Slave in Colonial Peru, 1524-1650*, Stanford, Stanford University Press, 1974.
Bricker, Victoria R., *The Indian Christ, the Indian King: The Historical Substrate of Maya Myth and Ritual*, Austin, University of Texas Press, 1981.
Brooks, Francis J., «Motecuzoma Xocoyotl, Hernán Cortés, and Bernal Díaz del Castillo: The Construction of an Arrest», *Hispanic American Historical Review*, vol. 75, n° 2, 1995, págs. 149-183.
Bullard, Alice, *Exile to Paradise: Savagery and Civilization in Paris and the South Pacific, 1790-1900*, Stanford, Stanford University Press, 2000.
Burkhart, Louise M., *The Slippery Earth: Nahua-Christian Moral Dialogue in Sixteenth-Century Mexico*, Tucson, University of Arizona Press, 1989.
Burkholder, Mark y Lyman Johnson, *Colonial Latin America*, 4ª ed., Nueva York, Oxford University Press, 2001.
Burns, E. Bradford, *The Poverty of Progress: Latin America in the Nineteenth Century*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1980.
Bushman, Claudia L., *America Discovers Columbus: How an Italian Explorer Became An American Hero*, Hanover, N.H., University Press of New England, 1992.
Campe, Joachim Heinrich, *Cortez, or The Conquest of Mexico: As Related by a Father to His Children and Designed for the Instruction of Youth* (1800), Londres, Cradock and Joy, 1811.
Carr, E. H., *What Is History?*, Londres, Macmillan, 1961 (trad. cast.: *¿Qué es la historia?*, Barcelona, Ariel, 2003).
Carrasco, David, *Quetzalcoatl and the Irony of Empire: Myths and Prophesies in the Aztec Tradition*, edición revisada, Boulder, University Press of Colorado, 2000.
Carrillo y Ancona, Crescencio, *Catecismo de historia y de geografía de Yucatán*, Mérida, Yuc., Librería Católica, 1880.
Casas, fray Bartolomé de las, *History of the Indies* (1559), Nueva York, Harper and Row, 1971 (ed. cast.: *Historia de las Indias*, México, FCE, 1981).
——, *The Devastation of the Indies: A Brief Account* (1552), Baltimore,

Johns Hopkins University Press, 1992 (ed. cast.: *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Barcelona, Ediciones 29, 2004).
Castellano, Juan de, *Las elegías de varones ilustres de Indias*, Madrid, 1589, (copia en JCBL).
Certeau, Michel de, *The Writing of History*, Nueva York, Columbia University Press, 1988.
Cervantes, Fernando, *The Devil in the New World: The Impact of Diabolism in New Spain*, New Haven, Yale University Press, 1994 (trad. cast.: *El diablo en el Nuevo Mundo: el impacto del diabolismo a través de la colonización de Hispanoamérica*, Barcelona, Herder, 1997).
Cervantes de Salazar, Francisco, *Diálogo de la dignidad del hombre* (1564?), en *Obras*, Madrid, Antonio de Sancha, 1772 (copia en JCBL).
Chamberlain, Robert S., *The Conquest and Colonization of Yucatán*, Washington, D.C., Carnegie Institution, 1948.
Chance, John K., *Conquest of the Sierra: Spaniards and Indians in Colonial Oaxaca*, Norman, University of Oklahoma Press, 1989.
Chang-Rodríguez, Raquel, «Cultural Resistance in the Andes and Its Depiction in *Atau Wallpaj P'uchukakuyninpa Wankan* or *Tragedy of Atahualpa's Death*», en Francisco Javier Cevallos-Candau y otros (comps.), *Coded Encounters: Writing, Gender, and Ethnicity in Colonial Latin America*, Amherst, University of Massachusetts Press, 1994, págs. 115-134.
Christensen, Thomas y Carol Christensen, *The Discovery of America and Other Myths: A New World Reader*, San Francisco, Chronicle Books, 1992.
Chuchiak, John F., «The Indian Inquisition and the Extirpation of Idolatry: The Process of Punishment in the Provisorato de Indios of the Diocese of Yucatan, 1563-1812», tesis doctoral, Tulane University, 2000.
Churchill, John, *A Collection of Travels and Voyages*, 4 vols., Londres, Awnsham & John Churchill, 1704, (copia en JCBL).
Cieza de León, Pedro de, *The Discovery and Conquest of Peru* (c. 1550), edición a cargo de Alexandra Parma Cook y Noble David Cook, Durham, Duke University Press, 1998 (ed. cast.: *El descubrimiento y la conquista del Perú*, Madrid, Dastin, 2002).
Clendinnen, Inga, *Ambivalent Conquests: Maya and Spaniard in Yucatán, 1517-1570*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.
——, «"Fierce and Unnatural Cruelty": Cortés and the Conquest of Mexico», *Representations*, n° 33, invierno de 1991; reimpresión en Stephen Greenblatt (comp.), *New World Encounters*, Berkeley, University of California Press, 1993, págs. 12-47.

——, *Aztecs: an interpretation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.
Cline, S. L., «Revisionist Conquest History: Sahagún's Revised Book XII», en Jorge Klor de Alva, H. B. Nicholson y Eloise Quiñones-Keber (comps.), *The Work of Bernardino de Sahagún: Pioneer Ethnographer of Sixteenth-Century Aztec Mexico*, Austin y Albany, SUNY-Albany Institute of Mesoamerican Studies y University of Texas Press, 1988, págs. 93-106.
Cogolludo, fray Diego López de, *Historia de Yucathan* (1654), Madrid, Juan García Infanzón, 1688 (copia en JCBL).
——, *Historia de Yucatán* (1654), Ciudad de México, Academia Literaria, 1957.
Cohen, Jeffrey H., «Danza de la Pluma: Symbols of Submission and Separation in a Mexican Fiesta», *Anthropological Quarterly*, n° 66, 1993, págs. 149-158.
Colom, Alejandra y otros (comps.), *Testamento y título de los antecesores de los señores de Cagcoh (San Cristóbal Verapaz)*, Ciudad de Guatemala, Universidad del Valle de Guatemala, 1999.
Colón, Cristóbal, *The Four Voyages* (1492-1571), edición a cargo de J. M. Cohen, Londres, Penguin, 1969 (trad. cast.: *Los cuatro viajes del almirante y su testamento*, Barcelona, Planeta-DeAgostini, 2003).
Colón, Fernando, *The Life of the Admiral Christopher Columbus, By His Son Ferdinand* (1539), edición a cargo de Benjamin Keen, 2ª ed., New Brunswick, Rutgers University Press, 1992 (ed. cast.: *Historia del almirante*, Madrid, Dastin, 2003).
Cook, Noble David, *Born to Die: Disease and the New World Conquest, 1492-1650*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
Cortés, Hernán, *Cartas de relación* (1519-1526), Ciudad de México, Porrúa, 1983.
——, *Letters from Mexico* (1519-1526), edición a cargo de Anthony Pagden, New Haven, Yale University Press, 1986 (ed. cast.: *Cartas de la conquista de México*, Madrid, Grupo Axel Springer, 1986).
Crosby, Alfred, *The Columbian Exchange: Biological Consequences of 1492*, Westport, Conn., Greenwood, 1972.
——, «The Columbian Voyages and Their Historians», en Michael Adas (comp.), *Islamic and European Expansion: The Forging of a Global Order*, Filadelfia, Temple University Press, 1993, págs. 141-164.
Cypess, Sandra Messinger, *La Malinche in Mexican Literature: From History to Myth*, Austin, University of Texas Press, 1991.
Dakin, Karen y Christopher H. Lutz, *Nuestro pesar, nuestra aflicción: memorias en lengua náhuatl enviadas a Felipe II por indígenas del valle de*

Guatemala hacia 1572, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México y CIRMA, 1996.
Davidson, Miles H., *Columbus Then and Now: A Life Reexamined*, Norman, University of Oklahoma Press, 1997.
Deeds, Susan M., «Legacies of Resistance, Adaptation, and Tenacy: History of the Native Peoples of Northwest Mexico», en Richard E. W. Adams y Murdo J. MacLeod (comps.), *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas*, vol. II, *Mesoamerica*, parte 2, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.
Descola, Jean, *The Conquistadors*, Nueva York, Viking, 1957 (trad. cast.: *Los conquistadores del imperio español*, Barcelona, Juventud, 1989).
Diamond, Jared, *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies*, Nueva York, Norton, 1997 (trad. cast.: *Armas, gérmenes y acero*, Madrid, Debate, 1998).
Díaz, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, 1632 (copia en JCBL).
——, *The True History of the Conquest of New Spain* (c. 1570), edición a cargo de Alfred P. Maudslay, Londres, Hakluyt Society, 1908 (ed. cast.: *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Espasa-Calpe, 2001).
——, *Historia de la conquista de Nueva España* (c. 1570), edición a cargo de Joaquín Ramírez Cabañas, Ciudad de México, Porrúa, 1955.
——, *The Discovery and Conquest of Mexico* (c. 1570), edición a cargo de Alfred P. Maudslay, Nueva York, Farrar, Straus y Cudahy, 1956 (ed. cast.: *Descubrimiento y conquista de Méjico*, Buenos Aires, Virus).
——, *The Conquest of Mexico* (c.1570), edición a cargo de J. M. Cohen, Londres, Penguin, 1963 (ed. cast.: *La conquista de Méjico*, Madrid, Atlas, 1943).
Díaz, Juan, *Littera mandata della Insula de Cuba*, Venecia, 1520 (copia facsímil en JCBL).
Dibble, Charles E., *The Conquest Through Aztec Eyes*, Salt Lake City, University of Utah Press, Reynolds Lectures, 1978.
Diouf, Sylviane A., *Servants of Allah: African Muslims Enslaved in the Americas*, Nueva York, New York University Press, 1998.
Doniger, Wendy, *The Implied Spider: Politics and Theology in Myth*, Nueva York, Columbia University Press, 1998.
Dor-Ner, Zvi, *Columbus and the Age of Discovery*, Nueva York, William Morrow & Co., 1991.
Dumond, Don E., *The Machete and the Cross: Campesino Rebellion in Yucatan*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1997.

Durán, fray Diego de, *The History of the Indies of New Spain* (1581), edición a cargo de Doris Heyden, Norman, University of Oklahoma Press, 1994 (ed. cast.: *Historia de las Indias de Nueva España*, México, Porrúa, 1984).
Dutra, Francis A., «The Discovery of Brazil and its Immediate Aftermath», en George D. Winius (comp.), *Portugal, The Pathfinder: Journeys from the Medieval toward the Modern World, 1300-ca. 1600*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1995, págs. 145-168.
Eco, Umberto, *Serendipities: Language and Lunacy*, San Diego y Nueva York, Harcourt Brace, 1998.
Edelman, Marc, «A Central American Genocide: Rubber, Slavery, Nationalism, and the Destruction of the Guatusos-Malekus», *Comparative Studies in Society and History*, vol. 40, nº 2, abril de 1998, págs. 356-389.
Eliade, Mircea, *Myth and Reality*, Nueva York, Harper and Row, 1963 (trad. cast.: *Mito y realidad*, Barcelona, Kairós, 1999).
Ellingson, Ter, *The Myth of the Noble Savage*, Berkeley, University of California Press, 2001.
Elliott, John H., *Imperial Spain: 1469-1716*, Londres, Arnold, 1963.
——, *The Old World and the New: 1492-1650*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970.
——, «The Mental World of Hernán Cortés», en *Spain and Its World, 1500-1700*, New Haven, Yale University Press, 1989, págs. 27-41.
Erauso, Catalina de, *Lieutenant Nun: Memoir of a Basque Transvestite in the New World* (1626), edición a cargo de Michele Stepto y Gabriel Stepto, Boston, Beacon Press, 1996.
Falkenhorst, C., *With Cortez in Mexico: A Historical Romance*, Nueva York, Worthington, 1892.
Fernández-Armesto, Felipe, *Before Columbus: Exploration and Colonization from the Mediterranean to the Atlantic, 1229-1492*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1987 (trad. cast.: *Antes de Colón*, Madrid, Cátedra, 1993).
——, *Columbus*, Oxford, Oxford University Press, 1991 (trad. cast.: *Colón*, Barcelona, Crítica, 1992).
——, «"Aztec" Auguries and Memories of the Conquest of Mexico», *Renaissance Studies*, vol. 6, nº 3-4, 1992, págs. 287-305.
——, «Medieval Atlantic Exploration: The Evidence of Maps», en George D. Winius (comp.), *Portugal, The Pathfinder: Journeys from the Medieval toward the Modern World, 1300-ca. 1600*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1995, págs. 41-70.
——, *Truth: A History and a Guide for the Perplexed*, Nueva York, St. Martin's Press, 1999.

——, *Civilizations*, Londres, Macmillan, 2000 (trad. cast.: *Civilizaciones*, Madrid, Taurus, 2002).
Florescano, Enrique, *Memory, Myth, and Time in Mexico: From the Aztecs to Independence*, Austin, University of Texas Press, 1994 (ed. cast.: *Memoria mexicana*, México, FCE, 1994).
——, *The Myth of Quetzalcoatl*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1999 (ed. cast.: *El mito de Quetzalcoátl*, México, FCE, 1995).
Foner, Eric, «Our Monumental Mistakes», en *The Nation* (1999) [consulta: 8 de noviembre de 1999].
Foster, Lynn V., *A Brief History of Mexico*, Nueva York, Facts on File, Inc., 1997.
Fox, Justin, «No Room for Romantics», *Leadership*, vol. 17, n° 2, 2001 [consulta: 24 de abril de 2001].
Francis, J. Michael, «"La tierra clama por remedio": la conquista espiritual del territorio muisca», *Fronteras de la Historia*, n° 5, 2000, págs. 93-118.
——, *Population, Disease and Demographic Change, 1537-1636: The Historical Demography of Tunja*, manuscrito no publicado, 2002.
Fuentes, Carlos, *The Buried Mirror: Reflections on Spain and the New World*, Boston, Houghton Mifflin, 1992 (trad. cast.: *El espejo enterrado*, Madrid, Taurus, 1997).
Fuentes, Patricia de (comp.), *The Conquistadors: First-Person Accounts of the Conquest of Mexico*, Nueva York, Orion, 1963.
Gallo, Eduardo L., *Cuauhtémoc, último emperador de México* (1873), edición a cargo de César Macazaga Ordoño, Ciudad de México, Innovación, 1978.
Gallup-Díaz, Ignacio, «The Spanish Attempt to Tribalize the Darién, 1735-50», *Ethnohistory*, vol. 49, n° 2, primavera de 2002, págs. 281-317.
Gerhard, Peter, «A Black Conquistador in Mexico», *Hispanic American Historical Review*, vol. 58, n° 3, agosto de 1978, págs. 451-459.
Giardini, Cesare, *The Life and Times of Columbus*, Nueva York, Mondadori Editore y Curtis Books, 1967.
Gibson, Charles, *Tlaxcala in the Sixteenth Century*, New Haven, Yale University Press, 1952.
——, *Spain in America*, Nueva York, Harper Colophon, 1966.
Gillespie, Susan D., *The Aztec Kings: The Construction of Rulership in Mexica History*, Tucson, University of Arizona Press, 1989.
Goodrich, Aaron, *A History of the Character and Achievements of the So-Called Christopher Columbus*, Nueva York, Appleton & Co., 1874.
Grafton, Anthony, *New World, Ancient Texts: The Power of Tradition and the Shock of Discovery*, Cambridge, Harvard University Press, 1992.

Graham, R. B. Cunninghame, *The Horses of the Conquest* (1930), Norman, University of Oklahoma Press, 1949.
Greenblatt, Stephen, *Marvelous Possessions: The Wonder of the New World*, Chicago, University of Chicago Press, 1991.
Griffiths, Nicholas y Fernando Cervantes (comps.), *Spiritual Encounters: Interactions between Christianity and Native Religions in Colonial America*, Birmingham, UK, University of Birmingham Press, 1999.
Gruzinski, Serge, *The Conquest of Mexico: The Incorporation of Indian Societies into the Western World, 16th-18th Centuries*, Cambridge, Massachusetts, Polity Press, 1993.
——, *Images at War: Mexico from Columbus to Blade Runner (1492-2019)*, Durham, Duke University Press, 2001.
Gubler Rotsman, Ruth, «The Acculturative Role of the Church in 16th Century Yucatan (Culture Contact, Shock, Positive Ethnocentrism, Domination, Directed Change, Dysnomia, Anomie)», tesis doctoral, Los Ángeles, University of California, 1985.
Guilmartin, John F., Jr., «The Cutting Edge: An Analysis of the Spanish Invasion and Overthrow of the Inca Empire, 1532-1539», en Kenneth Andrien y Rolena Adorno (comps.), *Transatlantic Encounters: Europeans and Andeans in the Sixteenth Century*, Berkeley, University of California Press, 1991, págs. 40-69.
——, «The Logistics of Warfare at Sea in the Sixteenth Century: The Spanish Perspective», en John A. Lynn (comp.), *Feeding Mars: Logistics in Western Warfare from the Middle Ages to the Present*, Boulder, Westview, 1993.
Guzmán, Eulalia, *Relaciones de Hernán Cortés a Carlos V sobre la invasión de Anáhuac: aclaraciones y rectificaciones*, Ciudad de México, Libros Anáhuac, 1958.
Hancock, Graham, *Fingerprints of the Gods: The Evidence of the Earth's Lost Civilization*, Nueva York, Doubleday, 1995 (trad. cast.: *Las huellas de los dioses*, Barcelona, Ediciones B, 1999).
Hanke, Lewis, *The Spanish Struggle for Justice*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1949 (trad. cast.: *La lucha por la justicia en la conquista de América*, Madrid, Istmo, 1988).
——, *Aristotle and the American Indians*, Chicago, Henry Regnery Co., 1959.
——, «The Dawn of Conscience in America: Spanish Experiments and Experiences with Indians in the New World», *Proceedings of the American Philosophical Society*, vol. 107, n° 2, abril de 1963, págs. 83-92.
Harris, John, *Navigantium atque Itinerantium Bibliotheca, or, A Complete*

Collection of Voyages and Travels, 2 vols., Londres, Woodward y otros, 1744-1748 (copia de esta y otras ediciones raras en JCBL).
Harris, Marvin, *Cannibals and Kings*, Nueva York, Random House, 1977 (trad. cast.: *Caníbales y reyes*, Madrid, Alianza, 1997).
Harris, Max, *Aztecs, Moors, and Christians: Festivals of Reconquest in Mexico and Spain*, Austin, University of Texas Press, 2000.
Harris, Olivia, «The Coming of the White People: Reflections on the Mythologization of History in Latin America», *Bulletin of Latin American Research*, vol. 14, nº 1, 1995, págs. 9-24.
Harvey, H. R. (comp.), *Land and Politics in the Valley of Mexico: A Two Thousand Year Perspective*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1991.
Haskett, Robert, *Indigenous Rulers: An Ethnohistory of Town Government in Colonial Cuernavaca*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1991.
Hassig, Ross, *Aztec Warfare: Imperial Expansion and Political Control*, Norman, University of Oklahoma Press, 1988.
—, *Mexico and the Spanish Conquest*, Nueva York, Longman, 1994.
—, «The Immolation of Hernán Cortés», en Robert Cowley (comp.), *What If? The World's Foremost Military Historians Imagine What Might Have Been*, Nueva York, Putnam, 1999, págs. 121-138.
—, *Time, History, and Belief in Aztec and Colonial Mexico*, Austin, University of Texas Press, 2001.
Helps, Arthur, *The Life of Hernando Cortés*, 2 vols., Londres, George Bell and Sons, 1894.
Henty, G. A., *By Right of Conquest, or, With Cortez in Mexico*, Nueva York, A. L. Burt, 1890.
Herrera, Antonio, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano*, 8 vols., Madrid, Juan de la Cuesta, 1610-1615 (copia en JCBL).
Herrera, Robinson, «The People of Santiago: Early Colonial Guatemala, 1538-1587», tesis doctoral, Los Ángeles, University of California, 1997.
Hill, Robert M., II, *Colonial Cakchiquels: Highland Maya Adaptation to Spanish Rule, 1600-1700*, Fort Worth, Harcourt Brace, 1992.
Hill Boone, Elizabeth, *Stories in Red and Black: Pictorial Histories of the Aztecs and Mixtecs*, Austin, University of Texas Press, 2000.
Himmerich y Valencia, Robert, «The 1536 Siege of Cuzco: An Analysis of Inca and Spanish Warfare», *Colonial Latin American Historical Review*, vol. 7, nº 4, otoño de 1998, págs. 387-418.

Hoffman, Paul E., *Florida's Frontiers*, Bloomington, Indiana University Press, 2002.
Hordern, Nicholas y otros, *The Conquest of North America*, Londres, Aldus, 1971.
Horn, Rebecca, *Postconquest Coyoacan: Nahua-Spanish Relations in Central Mexico, 1519-1650*, Stanford, Stanford University Press, 1997.
Huaman Poma de Ayala, don Felipe, *Nueva corónica y buen gobierno* (1615), edición a cargo de Rolena Adorno y John Murra, Ciudad de México, Siglo Veintiuno, 1980.
Icaza, Francisco A. de, *Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de Nueva España*, 2 vols., Madrid, Biblioteca de Facsímiles Mexicanos, 1923.
Ilarione da Bergamo, Friar, *Daily Life in Colonial México: The Journey of Friar Ilarione da Bergamo, 1761-1768*, edición a cargo de Robert Ryal Miller y William J. Orr, Norman, University of Oklahoma Press, 2000.
Irving, Washington, *Life and Voyages of Christopher Columbus* (1828), edición a cargo de John Harmon McElroy, Boston, Twayne, 1981 (trad. cast.: *Vida y viajes de Cristóbal Colón*, Barcelona, Nauta Crédito, 2002).
Ixtlilxochitl, Fernando de Alva, *Obras históricas*, 2 vols., Ciudad de México, Secretaría de Fomento, 1891-1892 (publicado también por la Universidad Autónoma de México, en 1977).
Jemingham, Mrs. Edward, *The Fall of Mexico: A Poem*, Londres, J. Robson, 1775.
Jenkins, Keith, *Re-thinking History*, Londres y Nueva York, Routledge, 1991.
Jerez, Francisco de, *Verdadera relación de la conquista del Perú* (1534), Madrid, Historia 16, 1985.
Jones, Grant D., *Maya Resistance to Spanish Rule: Time and History on a Colonial Frontier*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1989.
—, *The Conquest of the Last Maya Kingdom*, Stanford, Stanford University Press, 1998.
Karttunen, Frances, *Between Worlds: Interpreters, Guides, and Survivors*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1994.
—, «Rethinking Malinche», en Susan Schroeder y otros (comps.), *Indian Women of Early Mexico*, Norman, University of Oklahoma Press, 1997, págs. 291-312.
—, «Interpreters Snatched from the Shore: The Successful and the Others», en Edward G. Gray y Norman Fiering (comps.), *The Language Encounter in the Americas, 1492-1800*, Nueva York, Berghahn Books, 2000, págs. 215-229.

——, *Nahuatl as Written: Lessons in Older Written Nahuatl*, Stanford, Stanford University Press, 2001.

Lockhart, James y Enrique Otte, *Letters and People of the Spanish Indies: The Sixteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976.

Lockhart, James y Stuart B. Schwartz, *Early Latin America: A History of Colonial Spanish America and Brazil*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983 (trad. cast.: *América latina en la Edad Moderna: una historia de la América española y el Brasil coloniales*, Tres Cantos, Akal, 1992).

López Austin, Alfredo, *Tamoanchan, Tlalocan: Places of Mist*, Niwot, University Press of Colorado, 1997 (ed. cast.: *Tamoanchan y Tlalocan*, México, FCE, 1994).

López de Gómara, Francisco, *Cortés: The Life of the Conqueror by His Secretary*, edición a cargo de Lesley Byrd Simpson, Berkeley, University of California Press, 1964 (ed. cast.: *Historia general de las Indias y vida de Hernán Cortés*, Caracas, Biblioteca, Ayacucho, 1991).

Lovejoy, Paul E., *Transformations in Slavery: A History of Slavery in Africa*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

Lutz, Christopher, *Santiago de Guatemala, 1541-1773: City, Caste and the Colonial Experience*, Norman, University of Oklahoma Press, 1994.

Macleod, Murdo J., «Some Thoughts on the Pax Colonial, Colonial Violence, and Perceptions of Both», en Susan Schroeder (comp.), *Native Resistance and the Pax Colonial in New Spain*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1998, págs. 129-142.

Madariaga, Salvador de, *Christopher Columbus* (1939), Londres, Hollis and Carter, 1949 (ed. cast.: *Cristóbal Colón*, Madrid, Espasa-Calpe, 1975).

Mann, Charles C., «1491», *The Atlantic Monthly*, marzo de 2002, págs. 41-53.

Markham, sir Clements R. (comp.), *Reports on the Discovery of Peru*, Londres, Hakluyt Society, 1872.

Marks, Richard Lee, *Cortes: The Great Adventurer and the Fate of Aztec Mexico*, Nueva York, Knopf, 1993.

Marshall, Edison, *Cortez and Marina: A Novel about the Conquest of Mexico*, Garden City, N.J., Doubleday, 1963.

Martin, Colin J. M. y Geoffrey Parker, *The Spanish Armada*, Nueva York, Norton, 1988.

Mattingly, Garrett, *The Armada*, Boston, Houghton Mifflin, 1959 (trad. cast.: *La armada invencible*, Madrid, Turner, 2004).

Maxwell, Judith M. y Craig A. Hanson, *Of the Manners of Speaking That the Old Ones Had: The Metaphors of Andrés de Olmos In the TULAL Manuscript*, Salt Lake City, University of Utah Press, 1992.

McCullagh, C. Behan, *The Truth of History*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998.

Meléndez, Carlos y Quince Duncan, *El negro en Costa Rica*, San José, Costa Rica, 1972.

Méndez, Santiago, *Report on the Indians of Yucatan* (1861), edición a cargo de Marshal H. Saville, Nueva York, Museum of the American Indian, Heye Foundation, 1921.

Mignolo, Walter D., *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*, Princeton, Princeton University Press, 2000 (trad. cast.: *Historias locales, diseños globales: colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Tres Cantos, Akal, 2003).

Milanick, Jerald T. y Susan Milbrath, *First Encounters: Spanish Explorations in the Caribbean and the United States, 1492-1570*, Gainesville, University Press of Florida, 1989.

Millar, George, *A Crossbowman's Story of the First Exploration of the Amazon*, Nueva York, Knopf, 1955 (edición estadounidense de *Orellana*, Londres, Heinemann, 1954).

Morison, Samuel Eliot, *Admiral of the Ocean Sea: A Life of Christopher Columbus*, Boston, Little, Brown and Co., 1942.

Morley, Sylvanus G., *The Inscriptions of Peten*, 5 vols., Washington, D. C., Carnegie Institution, 1937-1938.

Motolinía, fray Toribio de, *Historia de los indios de la Nueva España* (1541), edición a cargo de Edmundo O'Gorman, Ciudad de México, Porrúa, 1979.

Muldoon, James, *The Americas in the Spanish World Order: The Justification for Conquest in the Seventeenth Century*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1994.

Mund, Sabine, *Les rapports complexes de l'Historia verdadera de Bernal Díaz avec la vérité*, Bruselas, Academie Royale des Sciences D'Outre-Mer, 2001.

Naipaul, V. S., *The Loss of El Dorado*, Londres, Andre Deutsch, 1969 (trad. cast.: *La pérdida de El Dorado*, Madrid, Debate, 2001).

Nicholson, H. B., «"Hugh Thomas" *Conquest*: Observations on the Coverage of the Indigenous Cultures», en Eloise Quiñones Keber (comp.), *In Chalchihuitl in Quetzalli, Precious Greenstone Precious Quetzal Feather: Mesoamerican Studies in Honor of Doris Heyden*, Lancaster, California, Labyrinthos, 2000, págs. 129-136.

——, *Topiltzin Quetzalcoatl: The Once and Future Lord of the Toltecs*, Boulder, University Press of Colorado, 2001.

——, «The "Return of Quetzalcoatl": Did It Play a Role in the Conquest of Mexico?», panfleto, Lancaster, California, Labyrinthos, 2001.

Obeyesekere, Gananath, *The Apotheosis of Captain Cook: European Mythmaking in the Pacific*, Princeton, Princeton University Press, 1992.
Ogilby, John, *America*, Londres, 1670 (copia en JCBL).
Oviedo y Baños, José de, *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela* (1723), Caracas, Publications of the Quadricentennial, 1967.
Padden, R. C., *The Hummingbird and the Hawk: Conquest and Sovereignty in the Valley of Mexico, 1503-1541* (1967), Nueva York, Harper and Row, 1970.
Pagden, Anthony, *The Fall of Natural Man*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982 (trad. cast.: *La caída del hombre*, Madrid, Alianza, 1988).
—, *Spanish Imperialism and the Political Imagination: Studies in European and Spanish-American Social and Political Theory, 1513-1830*, New Haven, Yale University Press, 1990 (trad. cast.: *El imperialismo español y la imaginación política*, Barcelona, Planeta, 1991).
—, *European Encounters with the New World: From Renaissance to Romanticism*, New Haven, Yale University Press, 1993.
—, *Lords of All the World: Ideologies of Empire in Spain, Britain and France, c. 1500-c. 1800*, New Haven, Yale University Press, 1995 (trad. cast.: *Señores de todo el mundo: ideologías del imperio en España, Inglaterra y Francia en los siglos XVI, XVII y XVIII*, Barcelona, Península, 1997).
Palmer, Colin A., *Slaves of the White God: Blacks in Mexico, 1570-1650*, Cambridge, Harvard University Press, 1976.
Pané, fray Ramón, *An Account of the Antiquities of the Indians* (1498), edición a cargo de Juan José Arrom, Durham, Duke University Press, 1999 (versión española en *A Collection of Voyages and Travels*, vol. II, págs. 622-633, Londres, Awnsham and John Churchill; copia en JCBL).
Parenti, Michael, *History as Mystery*, San Francisco, City Lights Books, 1999.
Parker, Geoffrey, *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*, 2ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1996 (trad. cast.: *La revolución militar: innovación militar y apogeo de occidente, 1500-1800*, Madrid, Alianza, 2002).
Pastor Bodmer, Beatriz, *The Armature of Conquest: Spanish Accounts of the Discovery of America, 1492-1589*, Stanford, Stanford University Press, 1992.
Peeters, Benoît, *Tintin and the World of Hergé* (1988), Boston, Bulfinch, 1992 (trad. cast.: *Tintín y el mundo de Hergé*, Barcelona, Norma, 1993).

Pérez-Rocha, Emma, *Privilegios en lucha: la información de doña Isabel Moctezuma*, Ciudad de México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1998.
Pérez-Rocha, Emma y Rafael Tena, *La nobleza indígena del centro de México después de la conquista*, Ciudad de México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000.
Peterson, David A. y Z. D. Green, «The Spanish Arrival and the Massacre at Cholula», *Notas Mesoamericanas*, nº 10, 1987, págs. 203-223.
Picón-Salas, Mariano, *A Cultural History of Spanish America: From Conquest to Independence* (1944), Berkeley, University of California Press, 1966.
Pinheiro Marques, Alfredo, «Triumph (for da Gama) and Disgrace (for Columbus)», en George D. Winius (comp.), *Portugal, The Pathfinder: Journeys from the Medieval toward the Modern World, 1300-ca. 1600*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1995, págs. 363-372.
Pollard, Helen Perlstein, *Tariacuri's Legacy: The Prehispanic Tarascan State*, Norman, University of Oklahoma Press, 1993.
Powers, Karen Vieira, «A Battle of Wills: Inventing Chiefly Legitimacy in the Colonial North Andes», en Susan Kellogg y Matthew Restall (comps.), *Dead Giveaways: Indigenous Testaments of Colonial Mesoamerica and the Andes*, Salt Lake City, University of Utah Press, 1998, págs. 183-214.
Prats, Armando José, *Invisible Natives: Myth and Identity in the American Western*, Ithaca, Cornell University Press, 2002.
Prescott, William H., *History of the Conquest of Peru*, 2 vols., Filadelfia, Lippincott and Co., 1847 (trad. cast.: *Historia de la conquista del Perú*, Barcelona, Istmo, 1987).
—, *The Conquest of Mexico* (1843), Londres, Dent, 1909.
—, *History of the Conquest of Mexico* (1843), introducción a cargo de Felipe Fernández-Armesto, Londres, The Folio Society, 1994 (trad. cast.: *Historia de la conquista de México*, Barcelona, Istmo, 1987).
Quezada, Sergio y Tsubasa Okoshi Harada, *Papeles de los Xiu de Yaxá, Yucatán*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.
Rabasa, José, *Inventing America: Spanish Historiography and the Formation of Eurocentrism*, Norman, University of Oklahoma Press, 1993.
Radulet, Carmen M., «Vasco da Gama and His Successors», en George D. Winius (comp.), *Portugal, the Pathfinder: Journeys from the Medieval toward the Modern World, 1300-ca. 1600*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1995, págs. 133-144.

Obeyesekere, Gananath, *The Apotheosis of Captain Cook: European Mythmaking in the Pacific*, Princeton, Princeton University Press, 1992.
Ogilby, John, *America*, Londres, 1670 (copia en JCBL).
Oviedo y Baños, José de, *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela* (1723), Caracas, Publications of the Quadricentennial, 1967.
Padden, R. C., *The Hummingbird and the Hawk: Conquest and Sovereignty in the Valley of Mexico, 1503-1541* (1967), Nueva York, Harper and Row, 1970.
Pagden, Anthony, *The Fall of Natural Man*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982 (trad. cast.: *La caída del hombre*, Madrid, Alianza, 1988).
—, *Spanish Imperialism and the Political Imagination: Studies in European and Spanish-American Social and Political Theory, 1513-1830*, New Haven, Yale University Press, 1990 (trad. cast.: *El imperialismo español y la imaginación política*, Barcelona, Planeta, 1991).
—, *European Encounters with the New World: From Renaissance to Romanticism*, New Haven, Yale University Press, 1993.
—, *Lords of All the World: Ideologies of Empire in Spain, Britain and France, c. 1500-c. 1800*, New Haven, Yale University Press, 1995 (trad. cast.: *Señores de todo el mundo: ideologías del imperio en España, Inglaterra y Francia en los siglos XVI, XVII y XVIII*, Barcelona, Península, 1997).
Palmer, Colin A., *Slaves of the White God: Blacks in Mexico, 1570-1650*, Cambridge, Harvard University Press, 1976.
Pané, fray Ramón, *An Account of the Antiquities of the Indians* (1498), edición a cargo de Juan José Arrom, Durham, Duke University Press, 1999 (versión española en *A Collection of Voyages and Travels*, vol. II, págs. 622-633, Londres, Awnsham and John Churchill; copia en JCBL).
Parenti, Michael, *History as Mystery*, San Francisco, City Lights Books, 1999.
Parker, Geoffrey, *The Military Revolution: Military Innovation and the Rise of the West, 1500-1800*, 2ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1996 (trad. cast.: *La revolución militar: innovación militar y apogeo de occidente, 1500-1800*, Madrid, Alianza, 2002).
Pastor Bodmer, Beatriz, *The Armature of Conquest: Spanish Accounts of the Discovery of America, 1492-1589*, Stanford, Stanford University Press, 1992.
Peeters, Benoît, *Tintin and the World of Hergé* (1988), Boston, Bulfinch, 1992 (trad. cast.: *Tintín y el mundo de Hergé*, Barcelona, Norma, 1993).

Pérez-Rocha, Emma, *Privilegios en lucha: la información de doña Isabel Moctezuma*, Ciudad de México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1998.
Pérez-Rocha, Emma y Rafael Tena, *La nobleza indígena del centro de México después de la conquista*, Ciudad de México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2000.
Peterson, David A. y Z. D. Green, «The Spanish Arrival and the Massacre at Cholula», *Notas Mesoamericanas*, nº 10, 1987, págs. 203-223.
Picón-Salas, Mariano, *A Cultural History of Spanish America: From Conquest to Independence* (1944), Berkeley, University of California Press, 1966.
Pinheiro Marques, Alfredo, «Triumph (for da Gama) and Disgrace (for Columbus)», en George D. Winius (comp.), *Portugal, The Pathfinder: Journeys from the Medieval toward the Modern World, 1300-ca. 1600*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1995, págs. 363-372.
Pollard, Helen Perlstein, *Tariacuri's Legacy: The Prehispanic Tarascan State*, Norman, University of Oklahoma Press, 1993.
Powers, Karen Vieira, «A Battle of Wills: Inventing Chiefly Legitimacy in the Colonial North Andes», en Susan Kellogg y Matthew Restall (comps.), *Dead Giveaways: Indigenous Testaments of Colonial Mesoamerica and the Andes*, Salt Lake City, University of Utah Press, 1998, págs. 183-214.
Prats, Armando José, *Invisible Natives: Myth and Identity in the American Western*, Ithaca, Cornell University Press, 2002.
Prescott, William H., *History of the Conquest of Peru*, 2 vols., Filadelfia, Lippincott and Co., 1847 (trad. cast.: *Historia de la conquista del Perú*, Barcelona, Istmo, 1987).
—, *The Conquest of Mexico* (1843), Londres, Dent, 1909.
—, *History of the Conquest of Mexico* (1843), introducción a cargo de Felipe Fernández-Armesto, Londres, The Folio Society, 1994 (trad. cast.: *Historia de la conquista de México*, Barcelona, Istmo, 1987).
Quezada, Sergio y Tsubasa Okoshi Harada, *Papeles de los Xiu de Yaxá, Yucatán*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.
Rabasa, José, *Inventing America: Spanish Historiography and the Formation of Eurocentrism*, Norman, University of Oklahoma Press, 1993.
Radulet, Carmen M., «Vasco da Gama and His Successors», en George D. Winius (comp.), *Portugal, the Pathfinder: Journeys from the Medieval toward the Modern World, 1300-ca. 1600*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1995, págs. 133-144.

Ralegh, sir Walter, *The Discoverie of the Large, Rich, and Bewtiful Empyre of Guiana* (1596), edición a cargo de Neil L. Whitehead, Norman, University of Oklahoma Press, 1997.
Rappaport, Joanne, *Cumbe Reborn: An Andean Ethnography of History*, Chicago, Chicago University Press, 1994.
Recinos, Adrián (comp.), *Memorial de Sololá: anales de los Cakchiqueles* (1605), Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1950.
Restall, Matthew, *The Maya World: Yucatec Culture and Society, 1550-1850*, Stanford, Stanford University Press, 1997.
——, «Heirs to the Hieroglyphs: Indigenous Writing in Colonial Mesoamerica», *The Americas*, vol. 54, n° 2, octubre de 1997, págs. 239-267.
——, *Maya Conquistador*, Boston, Beacon Press, 1998.
——, «Interculturation and the Indigenous Testament in Colonial Yucatan», en Susan Kellogg y Matthew Restall (comps.), *Dead Giveaways: Indigenous Testaments of Colonial Mesoamerica and the Andes*, Salt Lake City, University of Utah Press, 1998, págs. 141-162.
——, «Black Conquistadors: Armed Africans in Early Spanish America», *The Americas*, vol. 57, n° 2, octubre 2000, págs. 171-205.
——, «The People of the Patio: Ethnohistorical Evidence of Yucatec Maya Royal Courts», en Takeshi Inomata y Stephen D. Houston (comps.), *Royal Courts of the Ancient Maya*, vol. 2, *Data and Case Studies*, Boulder, Westview, 2001, págs. 335-390.
——, «Gaspar Antonio Chi: Bridging the Conquest of Yucatán», en Kenneth J. Andrien (comps.), *The Human Tradition in Colonial Latin America*, Wilmington, Scholarly Resources, 2002, págs. 6-21.
——, *The Black Middle: Slavery, Society, and African-Maya Relations in Colonial Yucatan*, manuscrito no publicado, sin fecha.
Restall, Matthew y John F. Chuchiak, *The Friar and the Maya: Fray Diego de Landa's Relación de las Cosas de Yucatán*, manuscrito no publicado, sin fecha.
Ricard, Robert, *La «conquête spirituelle» du Mexique: Essai sur l'apostolat et les méthodes missionaires des ordres mendicants en Nouvelle Espagne de 1523-24 à 1572*, París, Université de París, 1933; publicado en inglés como *The Spiritual Conquest of Mexico*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1966 (trad. cast.: *La Conquista espiritual de México*, México, FCE, 1986).
Rout, Leslie B., Jr., *The African Experience in Spanish America*, Londres, Longman, 1969.
Russell, Jeffrey Burton, *Inventing the Flat Earth: Columbus and Modern Historians*, Nueva York, Praeger, 1991.

Sahagún, fray Bernardino de, *Florentine Codex: General History of the Things of New Spain* (1547-1579), 13 partes, Salt Lake City y Santa Fe, University of Utah Press y School of American Research, 1950-1982 (ed. cast.: *Historia general de las cosas de nueva España*, Madrid, Alianza, 1988).
Sahlins, Marshall, *Historical Metaphors and Mythical Realities: Structure in the Early History of the Sandwich Islands Kingdom*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1981.
——, «Individual Experience and Cultural Order», en William Kruskal (comp.), *The Social Sciences: Their Nature and Uses*, Chicago, Chicago University Press, 1982 (reimpresión en: Marshall Sahlins, *Culture in Practice: Selected Essays*, Nueva York, Zone Books, 2000, págs. 277-291).
——, *Islands of History*, Chicago, Chicago University Press, 1985 (trad. cast.: *Islas de historia*, Barcelona, Gedisa, 1987).
——, «Cosmologies of Capitalism: The Trans-Pacific Sector of "The World System"», *Proceedings of the British Academy*, n° 74, 1988 (reimpresión en: Marshall Sahlins, *Culture in Practice: Selected Essays*, Nueva York, Zone Books, 2000, págs. 415-469).
——, *How «Natives» Think: About Captain Cook, for Example*, Chicago, Chicago University Press, 1995.
Salas, Elizabeth, *Soldaderas in the Mexican Military: Myth and History*, Austin, University of Texas Press, 1990.
Sale, Kirkpatrick, *The Conquest of Paradise: Christopher Columbus and the Columbian Legacy*, Nueva York, Knopf, 1990.
Salomon, Frank, «Testimonies: The Making and Reading of Native South American Historical Sources», en Frank Salomon y Stuart Schwartz (comps.), *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas*, vol. 3, *South America*, Nueva York, Cambridge University Press, 1999, págs. 19-95.
Salomon, Frank y Stuart Schwartz, *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas*, vol. 3, *South America*, Nueva York, Cambridge University Press, 1999.
Sánchez, Joseph P., «African Freedmen and the *Fuero Militar*: A Historical Overview of *Pardo* and *Moreno* Militiamen in the Late Spanish Empire», *Colonial Latin American Historical Review*, vol. 3, n° 2, 1994, págs. 165-184.
Sarmiento de Gamboa, Pedro, *History of the Incas* (1572), edición a cargo de sir Clements Markham, Londres, Hakluyt Society, 1907 (ed. cast.: *Historia de los incas*, Madrid, Polifemo, 2001).

Sater, William F., «The Black Experience in Chile», en Robert B. Toplin (comp.), *Slavery and Race Relations in Latin America*, Westport, Connecticut, Greenwood, 1974, págs. 13-50.
Scholes, France V. y Ralph L. Roys, *The Maya-Chontal Indians of Acalan-Tixchel: A Contribution to the History and Ethnography of the Yucatan Peninsula*, Washington, Carnegie Institution, 1948 (reimpreso por University of Oklahoma Press, 1968).
Schroeder, Susan (comp.), *Native Resistance and the Pax Colonial in New Spain*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1998.
Schwaller, John F. (comp.), *The Church in Colonial Latin America*, Wilmington, Delaware, Scholarly Resources, 2000.
Schwartz, Stuart B., «Denounced by Lévi-Strauss», *The Americas*, vol. 59, nº 1, julio de 2002, págs. 1-8.
—— (comp.), *Victors and Vanquished: Spanish and Nahua Views of the Conquest of Mexico*, Boston, Bedford/St. Martin's, 2000.
Seed, Patricia, «"Failing to Marvel": Atahualpa's Encounter with the Word», *Latin American Research Review*, vol. 26, nº 1, invierno de 1991, págs. 7-32.
——, «The Requirement: A Protocol for Conquest», en *Ceremonies of Possession in Europe's Conquest of the New World, 1492-1640*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, págs. 69-99.
Silverblatt, Irene, *Moon, Sun, and Witches: Gender Ideologies and Class in Inca and Colonial Peru*, Princeton, Princeton University Press, 1987.
Simmons, Marc, *The Last Conquistador: Juan de Oñate and the Settling of the Far Southwest*, Norman, University of Oklahoma Press, 1991.
Sousa, Lisa M. y Kevin Terraciano, «The Original Conquest of Oaxaca: Nahua and Mixtec Accounts of the Spanish Conquest», *Ethnohistory*, vol. 50, nº 2, 2003.
Soustelle, Jacques, *The Daily Life of the Aztecs on the Eve of the Spanish Conquest* (1955), Londres, Pelican, 1964 (trad. cast.: *Los aztecas*, Barcelona, Oikos-Tau, 1980).
Sowell, Thomas, *Conquests and Cultures: An International History*, Nueva York, Basic Books, 1998.
Spalding, Karen, *Huarochirí: An Andean Society Under Inca and Spanish Rule*, Stanford, Stanford University Press, 1984.
Steinberg, Stephen, *The Ethnic Myth: Race, Ethnicity, and Class in America* (1981), Boston, Beacon Press, 2001.
Stern, Steve J., *Peru's Indian Peoples and the Challenge of Spanish Conquest: Huamanga to 1640*, 2ª ed., Madison, University of Wisconsin Press, 1993 (trad. cast.: *Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista española Humanga hasta 1640*, Madrid, Alianza, 1987).

Sullivan, Paul, *Unfinished Conversations: Mayas and Foreigners Between Two Wars*, Nueva York, Knopf, 1989.
Summerhill, Stephen J. y John Alexander Williams, *Sinking Columbus: Contested History, Cultural Politics, and Mythmaking during the Quincentenary*, Gainesville, University Press of Florida, 2000.
Taube, Karl, *Aztec and Maya Myths*, Austin, University of Texas Press, 1993.
Taylor, William B., *Drinking, Homicide, and Rebellion in Colonial Mexican Villages*, Stanford, Stanford University Press, 1979.
Tedlock, Dennis (comp.), *Popol Vuh: The Mayan Book of the Dawn of Life*, Nueva York, Simon and Schuster, 1985.
Terraciano, Kevin, *The Mixtecs of Colonial Oaxaca: Ñudzahui History, Sixteenth Through Eighteenth Centuries*, Stanford, Stanford University Press, 2001.
Thomas, Hugh, *Conquest: Montezuma, Cortés, and the Fall of Old Mexico*, Nueva York, Simon and Schuster, 1995.
——, *The Slave Trade: The Story of the Atlantic Slave Trade, 1440-1870*, Nueva York, Touchstone, 1997 (trad. cast.: *La trata de esclavos: historia del tráfico de seres humanos de 1440 a 1870*, Barcelona, Planeta, 1998).
——, *Who's Who of the Conquistadors*, Londres, Cassell, 2000 (trad. cast.: *Quién es quién de los conquistadores*, Barcelona, Salvat, 2001).
Todorov, Tzvetan, *The Conquest of America: The Question of the Other*, Nueva York, Harper and Row, 1984 (trad. cast.: *La Conquista de América: el problema del otro*, México, Siglo XXI, 2001).
——, *The Conquest of America: The Question of the Other*, reimpresión de la edición de 1984, con prefacio de Anthony Pagden, Norman, University of Oklahoma Press, 1999.
Tozzer, Alfred M., *Landa's Relación de las cosas de Yucatán*, Cambridge, Peabody Museum, Harvard University, ponencia 28, 1941.
Trexler, Richard C., *Sex and Conquest: Gendered Violence, Political Order, and the European Conquest of the Americas*, Ithaca, Cornell University Press, 1995.
Trouillot, Michel-Rolph, *Silencing the past: Power and the Production of History*, Boston, Beacon Press, 1995.
Tuchman, Barbara W., *The March of Folly: From Troy to Vietnam*, Nueva York, Ballantine, 1984.
Vallado Fajardo, Iván, «Cristianos españoles e indios yucatecos en las historias del siglo XVI y XVII», tesis de máster, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 2000.

Vargas Llosa, Mario, *Making Waves: Essays*, Nueva York, Farrar, Straus y Giroux, 1996.

Vargas Machuca, Bernardo de, *Milicia y descripción de las Indias*, Madrid, Pedro Madrigal, 1599 (copia en JCBL).

Varón Gabaia, Rafael, *Francisco Pizarro and His Brothers: The Illusion of Power in Sixteenth-Century Peru*, Norman, University of Oklahoma Press, 1997.

Vásquez de Espinosa, Antonio, *Compendium and Description of the West Indies* (c. 1620), edición a cargo de Charles Upson Clark, Washington, Smithsonian, 1942.

Velasco, Sherry, *The Lieutenant Nun: Transgenderism, Lesbian Desire, and Catalina de Erauso*, Austin, University of Texas Press, 2000.

Verdesio, Gustavo, *Forgotten Conquests: Rereading New World History from the Margins*, Filadelfia, Temple University Press, 2001.

Verlinden, Charles, «European Participation in the Portuguese Discovery Era», en George D. Winius (comp.), *Portugal, The Pathfinder: Journeys from the Medieval toward the Modern World, 1300-ca. 1600*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1995, págs. 71-80.

Veyne, Paul, *Did the Greeks Believe in Their Myths? An Essay on Constitutive Imagination*, Chicago, University of Chicago Press, 1988.

Villagutierre Soto-Mayor, Juan, *Historia de la conquista de la provincia de Itza, reducción y progresos de la de el Lacandon, y otras naciones de indios bárbaros, de la mediación de el Reyno de Guatimala, a las provincias de Yucatán, en la América septentrional*, Madrid, 1701 (copia en JCBL).

Vinson, Ben, III, «Race and Badge: Free-Colored Soldiers in the Colonial Mexican Militia», *The Americas*, vol. 56, n° 4, abril de 2000, págs. 471-496.

Wachtel, Nathan, *The Vision of the Vanquished: The Spanish Conquest of Peru Through Indian Eyes, 1530-1570*, Hassocks, UK, Harvester Press, 1977 (ed. fr.: *La vision des vaincus. Les Indiens du Pérou devant la conquête espagnol 1530-1570*, París, Gallimard, 1971).

——, «The Indian and the Spanish Conquest», en *Cambridge History of Latin America*, vol. 1, *Colonial Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.

Wasserman, Martin, «Montezuma's Passivity: An Alternative View Without Postconquest Distortions of a Myth», *The Masterkey*, vol. 57, n° 3, julio-septiembre de 1983, págs. 85-93.

Weinbaum, Batya, *Islands of Women and Amazons: Representations and Realities*, Austin, University of Texas Press, 1999.

Whitehead, Neil L., *Lords of the Tiger Spirit: A History of the Caribs in Colonial Venezuela and Guyana, 1498-1820*, Dordrecht, Holanda, Foris, 1988.

——, «The Ancient Amerindian Polities of the Amazon, the Orinoco, and the Atlantic Coast: A Preliminary Analysis of Their Passage from Antiquity to Extinction», en Anna Roosevelt (comp.), *Amazonian Indians from Prehistory to the Present: Anthropological Perspectives*, Tucson, University of Arizona Press, 1994, págs. 33-54.

——, «The Historical Anthropology of Text: The Interpretation of Ralegh's *Discoverie of Guiana*», en *Current Anthropology*, vol. 36, n° 1, febrero de 1995, págs. 53-74.

Wilford, John Noble, *The Mysterious History of Columbus*, Nueva York, Knopf, 1991.

Wilson, Samuel M., *The Emperor's Giraffe and Other Stories of Cultures in Contact*, Boulder, Westview, 1999.

Winius, George D. (comp.), *Portugal, The Pathfinder: Journeys from the Medieval toward the Modern World, 1300-ca. 1600*, Madison, Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1995.

Wolf, Eric R., *Sons of the Shaking Earth*, Chicago, University of Chicago Press, 1959.

——, *Europe and the People Without History*, Berkeley, University of California Press, 1982.

Wood, Michael, *Conquistadors*, Berkeley y Londres, University of California Press y la BBC, 2000.

Wright, Elizabeth R., *Pilgrimage to Patronage: Lope de Vega and the Court of Philip III, 1598-1621*, Lewisburg, Bucknell University Press, 2001.

Wright, R. R., «Negro Companions of the Spanish Explorers», *American Anthropologist*, vol. 4, n° 2, 1902, págs. 217-228.

Wright, Robert, *Nonzero: The Logic of Human Destiny*, Nueva York, Pantheon, 2000.

Wright, Ronald, *Stolen Continents: The Americas Through Indian Eyes Since 1492*, Boston, Houghton Mifflin, 1992 (trad. cast.: *Continentes robados*, Madrid, Anaya y Mario Muchnik, 1994).

Zamora, Margarita, *Reading Columbus*, Berkeley, University of California Press, 1993.

Zárate, Agustín de, *Historia del descubrimiento y conquista del Perú*, Antwerp, Martin Nucio, 1555 (copia en JCBL).

——, *The Discovery and Conquest of Peru* (1555), edición a cargo de J. M. Cohen, Londres, Folio Society, 1981.

Recursos en otros formatos
(Cómics, grabaciones, películas, televisión, páginas web)

Bergeron, Eric "Bibo" y Don Paul (directores), *La ruta hacia El Dorado*, Dreamworks Pictures, 2000.

Berry, Leon "Chu" y Andy Razaf, «Christopher Columbus», 1936; letras reproducidas con permiso, tal cual fueron citadas en la grabación de Dinah Washington de 1957, en *The Essential Dinah Washington*, Verve 314 512 905-2, 1997, y otras recopilaciones.

Broker, Gary y Keith Reid, «Conquistador», 1972; letras reproducidas tal cual fueron grabadas por Procol Harum, en *Live*, Chrysalis 1.004, 1972, y *Portfolio*, Chrysalis 1.638, 1988.

Downs, Lila, «La Llorona», 1998. Dominio público, la grabación citada por Downs aparece en *La Sandunga*, puesta a la venta en Estados Unidos en AME/Tolemia 640014-4083-2, 1999.

Hergé, *The Adventures of Tintin: Prisoners of the Sun* (1946-1947), Londres, Methuen, 1962 (trad. cast.: *El templo del sol*, Barcelona, Juventud, 1993).

Jones, Kelly, «Mr. Writer», 2001; letras reproducidas tal cual fueron grabadas por Stereophonics en *Just Enough Education to Perform*, V2 Records 63881-27092-2, 2001.

<http://lcweb2.loc.gov/cgi-bin/query/r?frd/cstdy:@field(DOCID+mx0013)>.

Scott, Ridley (director), *1492: La conquista del paraíso*, Paramount Pictures, 1992.

Shaffer, Peter, *The Royal Hunt of the Sun* (1964); versión cinematográfica de la obra de teatro de 1964, Royal Films, 1969.

Rice, Tim y Elton John, *Elton John's The Road to El Dorado*, Dreamworks Records 0044-50219-2, 2000.

Wallace, David (director), *Michael Wood's Conquistadors*, serie de televisión en cuatro partes, MayaVision y la BBC, 2000.

<http://www.bergen.org/AAST/projects/Cortes/cortes.html>.

<http://www.britannica.com/eb/article?eu=7804>.

<http://www.nasm.edu/galleries/gal209>.

<http://www.whitehouse.gov/history/whtour/blue>.

<http://www.yale.edu/ynhti/curriculum/units/1992/2/92.02.01.x.html>.

Trabajos escritos para el Pennsylvania State University History Seminar 569 (primavera de 2001)

Arndt, Bobbie L., «Destruction, Silence and Oblivion: The Mythic Aftermath of the Fall of Mexico», 2001.

Cesco, Valentina, «The Myth of the Invisible Conquistador: Account of an Eclipse», 2001.

Cowher, Iris, «A Handful of Adventurers? The Myth of the King's Army in the Conquest of the New World», 2001.

Frederick, Jason, «Colonizing Columbus: Mythmaking and the Admiral of the Ocean Sea», 2001.

Inclán, María de la Luz, «Plucking the Feathered Serpent: The Debunking of Cortés' Incarnation as the Returning Quetzalcóatl», 2001.

Maldonado, Blanca, «Cultural Diversity, Contact, and Change: Debunking the Myths of Completion of the Conquest and Subsequent Native Anomie in the Americas», 2001.

Nelson, Zachary, «El Cid and the Mexica Reconquista», 2001.

Reese, Christine, «The Myth of Superiority in the Conquest of Mexico», 2001.

Smith, Michael, «See Those Hideous Men That Rush Upon Us': Dramatic Interpretations of the Conquest of Peru», 2001.

Vincent, Leah, «"We Understood Them So Little": The Use of Signs and Interpreters in the Conquest of Latin America, 1492-1520», 2001.

Índice analítico y de nombres

Los números en cursiva corresponden a las ilustraciones; los que aparecen en negrita indican las páginas donde se trata más a fondo el tema de la entrada.

Acalan, *véase* Itzamkanac
Acéfalos, 154
Acosta, José de, 170, 234n89, 247n1, 255n34, 255n36
Acton, Lord, 113
Adán y Eva, 156
África:
  costa occidental y central de, 34-35, 92-93, 94
  norte, 57, 102
Africanos occidentales y centrales:
  conquistadores negros, 18, 19-20, 21, 31, 38, 66, 76, 77, **81-82**, 200-201, 205, 208, 216, 243n40
  en el México del siglo XVI, 92, 241n24, 242n34, 243n35
  rebeldes, 91-92, 103, 118
Aguilar, Gerónimo de, 53, 54, 127-130, 133
Aguirre, Lope de, 100
Ahuitzotl (emperador mexica), 146
Álamo, 81
Alcalá, Manuel, 260n62
Alejandro Magno, 43, 239n2
Alfabetización:
  de los conquistadores, 71-72, 140-141, 149, 237n29-31
  de los indígenas, 71, 141
  mito sobre, 71-72, 138-142, 197, 254n27
Aliados, indígenas americanos, 20, 31, 38, 52, 54, 66, 75, 76, **81-90**, 105, 115, 141, 178, 202, 208, 216
Aliaga, Jerónimo de, 99
Almagro, hijo de Diego de, 50, 77-79, 93, 100
Alvarado, Diego de, 100
Alvarado, don Alonso de, 61
Alvarado, Pedro de, 55, 62, 74, *77-78*, 86, 92, 97-99, 100, 168, 172, 175, 201, 234n86, 240n5, 246n21
  cartas a Cortés, 82, 235n4, 251n45
Amadís, 19
Amazonas, 155, 252n9
Amazonia, 50-51, 110, 201, 204
América, denominación de, 36
América central, 99, 201
  indígenas de, 54, 88, 117
Andalucía, 71
Andes, 50, 79, 86, 99, 100, 115-116, 119, 135, 154, 176, 180, 216
  indígenas de, 86-87, 100, 118-121, 140, 152, 169, 179, 186, 194-195, 200, 204, 233n85, 236n23
Anomia, 153, 174
Apoteosis de los europeos, *18*, 141, 146, **161-175**, 193, 254n27, 255n37, 256n40-41
Aquino, Tomás de, 141
Araucanos, 92-94, 103-105, 117, 202, 233n85

Arawaks, 155
Arcos y flechas, 89, 96, 103, 199, 204, 241n21, 259-260n72
ballestas, 264n36
Argentinos, 117, 121
Aristóteles, 141
Armada Invencible (de 1588), 173, 258n58
Armamento, 199, 202-205, 263n29. *Véanse también* Arcos y flechas; Armas de fuego; Cañones; Espadas de acero; Instrumentos y armas de hierro; Perros, guerra española
Armas de fuego, 55, 64, 89, 157, 164, 199-200, 202-204
Arqueros, *véase* Arcos y flechas
Asia (oriente asiático):
colonialismo en, 237n24
ruta marítima a, 32, 35-36, 108, 110, 206
Astrolabio, 157-158
Asunción, 62
Atahualpa, inca, 86-87, 100, 169, 193, 201
captura y muerte, 55-57, 60, 67-68, 81, 87, 99, 115, 136, 152, 171, 178-180, 191, 216, 257n51
incidente antes de la captura, 123, 139-145, 148
Australia, conquista de, 239n1
Autorizaciones de conquista, 47-52, 72-76, 108-113, 239n47
Ávila, Alonso de, 76, 238n42
Axayacatl (emperador mexica), 146
Aymaras, 257n51
Azcapotzalco, 75, 89-90
Azores, 34
Aztecas, *véase* Mexica

Babilonia, 175
Bacalar, 231-232n70
Baja California, 43, 98
Balboa, Vasco Núñez de, 243n41
Baltimore, 37
Barcos, 32, 65, 70, 74, 143, 158, *159*
carabelas, 33
de esclavos, 94
galeones, 62-64
naufragios, 109, 129, 160
quema o hundimiento, 46-48, 231n64
Bardales, Juan, 101, 102, 243n41
Beltrán, Juan, 101, 102-106
Benalcázar, Sebastián de, 55, *63*, 109, 186
Benavente, conde de, 175
Benjamin, Thomas, 207
Bergamo, Ilarione da, 62, 82, 171, 199, 299n55
Berliner, Michael, 153, 190
Berrio, Antonio de, 265n44
Berry, Leon «Chu», 31
Betanzos, fray Domingo de, 152
Betanzos, Juan de, 138, 149
Bitterli, Urs, 164
Bogotá, 72
Bolio, doña Juana, 238n40
Boston, 37
Brasil, 35, 36, 252n53, 261n2
Británicos, 94, 173-174, 237n24
Buenos Aires, 116
Bulas papales, 35
Buonamico, Lázaro, 26

Caballos, 55, 67, 68, 69, 96, 97, 104, 115, 202-203, 237n26, 262n13
en caballería, 62-64, 91, *128*
mito del jinete, 165, 172, 258n53, 264n39
Cabeza de Vaca, Álvar Núñez, 161n1, 243n38
Cabildos, *véase* Ciudades y villas de la América española
Cabo de Buena Esperanza, 26, 35, 36
Cabo Verde, islas de, 34
Cabral, Pedro Álvares, 35-36
Cajamarca, 41, 52, 55-56, 60, 62, 66-67, 71, 76, 99, 100, 104, 136, 139-142, 191, 202
Cakchiquel, mayas, 77, 86, 169
California, 51, 239n2
Calkini, 81, 88
Calusas, 123
Calvin, 261n2
Campeche:

ciudad, 178
Estado, 208
Canarias, Islas, 34, 64, 110, 228n38, 234n36
Canche, Napot, 81
Candelaria, río, 208
Canibalismo, 154, 157, 158, 161, 177, 252n9, 253n17
Canoabo, 56
Cañones, 55, *61*, *63*, 203
Capuchinos, orden religiosa de los, 82
Carabelas, *véase* Barcos
Caracas, 102
Cárdenas y Valencia, Francisco, 245n10
Caribe, 50, 155
colonias del, 37, 48, 64, 71, 72
conquista del, 34-35, 48, 56, 59, 77-78, 79, 95-96, 99, 143, 185
indígenas del, 52-57, 88, 96, 132, 135-136, 143-144, 155-158, 163-164, 197, 201, 252n9, 259n65
Caribe, río, 208
Carlos V, 64, 69, 74-75, 143, 147, 174-176. *Véase también* Rey, de España
Carolina del Sur, 54, 243n38
Carr, E. H., 230n60
Carrasco, David, 255n36-37
Carrillo, doña Isabel, 186
Carrillo y Ancona, obispo Crescencio, 116
Casa Blanca, 277n31, 228n36
Castellanos, Juan de, 103
Castilla, 33, 35, 36, 56, 64, 71, 94. *Véase también* España
Cazonci (emperador tarascano), 151, 169, 234n94
Cempoala y cempoalas, 111, 165
Cerrato, Alonso de, 238n44
Cervantes de Salazar, Francisco, 43, 47, 227-228n33
César, Julio, 43, 229n51, 230n62
Chanca, doctor, 249n20
Charrúas, 117
Chi, Gaspar Antonio, 54, 136, 183
Chiapas, 77
Chibchas, 120
Chicago, 37
Chichimecos, 91
Chicora, Francisco de, 54
Chile, 57, 78, 93, 99, 100-106, 117, 239n3
Chimalpahin, 225n1
Chocó, 117
Cholula, 55, 164, 234n88
Cieza de León, Pedro de, 99, 142, 169, 204, 256-257n43
Ciudad de México, 38, 43, 86, 90-91, 96, 115, 130-133, *198*, 208-209, 230n62, 238n42, 241-242n24, 242-243n34-35, 266n5. *Véase también* Tenochtitlán (alias Mexico-Tenochtitlán)
Ciudades y villas de la América española, 21, 231n70
cabildos, 48, 184
fundación de, 47-49
Clendinnen, Inga, 137, 187, 204, 258n55
Cline, Sarah, 43
Coanacoch (rey de Texcoco), 209, 210, 214, 215, 266n5
Coatzacoalcos, 90
Cocom:
dinastía maya, 183
Nachi, 116
Códice Florentino, 42, *85*, 97, 126, 127, *131*, 132, 146-149, 165-168, 192, 195
Cogolludo, fray Diego López de, 266n4
Colombia, 68-72, 73, 102, 120
Colón, Cristóbal, *30*, 39, 44, 53, 55-56, 59, 73, 108-110, 135, 136-137, 149, 153-158, 195, 200
caballeros de, 228n35
contexto portugués y breve biografía, 32-37
conversión religiosa, 26, 42, 119-120, 129, 135, 145, 156, 166, 191-193, 199, 215, 266n6. *Véanse también* Cristianismo; Dominicos (orden religiosa); Franciscanos (orden religiosa)
ideas actuales sobre, 25, 26, 27-34, 37, 62, 107, 132, 153, 174, 190, 249n16, 252n9, 261n4
textos de, 33, 36-37, 39-40, 107, 110, 137, 160-164, 229n55, 249n16

Colón, don Diego (hijo de Colón), 238n34
Colorado, río, 236n13
Conquista espiritual, 120-121. *Véanse también* Cristianismo; Sacerdotes
Cook, capitán James, 174, 267n8
Córdoba, 17
Corona:
  censura, 39, 41
  política colonial, 156, 245n8, 251n45
Corpus Christi, 176
Correa, Juan, *124-125*
Cortés, don Martín:
  conspiración y muerte de, 238n42
  infancia, 208
Cortés, Hernán, 26, 40, 43, 47, 64, 97, 113, *124, 128, 162, 198, 213*, 262n8
  apoteosis de, 141, 146, 161, 165-170, 173, 255n34, 255n37
  caída casi fatal, 212
  cartas al rey, 17, 39, 41, 47, 60, 71, 82, 110-114, 115, 129, 133-134, 144-146, 160, 166, 189, 192, 203, 204, 209
  conquistador arquetípico, 17, 19, 29, 37, 38, 42-47, 52, 56-57, 84-85, 91, 114, 137, 151, 173, 174, 189, 192-193, 195, 199, 207, 211, 229n48, 230n62, 232n72, 239n2, 240n11
  en Ciudad de México, 130, 176
  en España, 39, 42
  expedición a Baja California, 98
  expedición a Honduras (1524-1526), 22, 89-90, 130, 172, 208-219, 266n4
  expedición a México (1519-1521), *25*, 28-29, 42, 46-50, 54-64, 66, 73-76, 87-88, 129-130, 180, 192, 201-204, 231n64, 231n67, 233n85, 234n86, 251n48, 259n64
  primer encuentro con Moctezuma, 123-129, 130, 134, 141, 145-149, 247n1, 248n2
  relaciones sexuales, 73, 83, 129-130, 240n7
  residencia de, 251n48
Cortés, Juan, 97
Corvo, isla de, 34
Costa Rica, 243n40
Cowher, Iris, 258n58
Cozumel, 76
Cristianismo, 41, 46, 96, 120, 142, 146, 170, 258n58
  protestante, 64, 173
Cuadros de la conquista, siglo XVII, 63-64, *124-125*
Cuauhtémoc, 83, 90, 114, 133, 207, *213*, 239n2, 266n4
  captura de, 83
  muerte de, 22, 207-218, 266n4-6
Cuba, 49-50, 72-76, 87, 96, 234-235n96, 238n34
Cuitlahuac (emperador mexica), 201
Culhuacan, 87-88, 89
Custer, última posición de, 82
Cuzco, *61*, 78
  asedio de Manco, 87, 100, 116, 180, 191, 233n85, 234n86, 244n44, 265n47
  captura española de, 100, 104, 250n41

Dávila Padilla, Agustín, 151
Diablo, 169-171
Diamond, Pared, 140
Díaz del Castillo, Bernal, *63*
  crónica de la conquista, 62-63, 71, 82, 90, 126, 139, 157, 165, *198*, 199, 204, 208-214, 217-218, 238n44
  estatus social, 235n2
  motivos literarios, 19-20, 40, 219, 228n43
  sobre los festivales de la conquista, 89-91
  sobre Malinche, 129, 133, 135
  Tenochtitlán, 21-22, 223n3, 253n17
Dibble, Charles, 195, 205
Diderot, Denis, 27, 190
Dioses, 146, 171-173, 194, 224n7, 255-256n37
Doble identidad malinterpretada, 122, 148-149, 184-185
Dominicos (orden religiosa), 41-43, 97, 130, 140-143, 156-158, 192
Dor-Ner, Zvi, 225n5
Dryden, John, 189

Duchisela, don Juan, 186
Dunn, Oliver, 161
Durán, Diego, 97
Durkheim, Émile, 252n5

Eco, Humberto, 32
Ecuador, 57, 76, 78, 90, 100
Edad de los conquistadores:
  españoles, 71
  negros, 96
Edad Media, 141, 186
Edén, jardín del, 156
Eguía, Francisco de, 97
Ejércitos:
  español, 59-67, 174-177, 216
  francés, 63-64
  romano, 59
  Véanse también Aliados; Mexica
El Cid, 233n84
El Dorado, 51, 160, 265n44
Eliade, Mircea, 224n7
Elliott, J. H., 138, 193-194, 232n72, 262n13
Encomiendas, 72-78, 92, 104, 130, 136, 186, 236n23, 238n42, 238n44, 242n26
  definición, 68, 248n6
Enfermedades epidémicas, 86, 110, 119, 134, 149, 191-192, 203-204, 206, 184-186, 200-202
Erauso, Catalina de, 237n28, 239-240n3
Escalante Fontaneda, Hernando de, 123
Esclavitud y esclavos:
  africanos, 70, 75, 76, 81, 88-106, 190-191, 216, 237n25, 242n28, 242n34, 244n47
  indígenas, 53, 81-90, 113, 127, 129, 143-144, 179
  Véase también Africanos occidentales y centrales
Espadas de acero, 82, *150*, 199, 202-205
España, 32, 37, 40, 71, 72, 96, 103, 141, 166
  casa de Cortés en, 39, 42-43
  expansión imperial de, 26, 41, 42, 43, 56-57, 64-65, 140, 206
  medieval, 118-119, 228n38, 233n84
  regreso o misivas de los conquistadores a, 35, 38, 50, 54, 67-69, 73-76, 94, 104, 110, 135, 136, 176, 197, 205, 239n46-47
Española, La, 56-57, 59, 94, 96, 100, 156, 164, 202, 234n96
Estados Unidos, 37, 114, 117, 173, 224n7, 249n16
Esteban, 243n38
Ewaipanoma, 154
Exploración del espacio, 2
Extremadura, 71, 74

Felipillo (intérprete andino), 136, 142
Fernández, Juan, 102
Fernández-Armesto, Felipe, 31, 33, 180, 264n43, 267n9
Fernández de Lucena, Vasco, 34
Fernández de Lugo, don Pedro, 73
Fernández de Oviedo, *véase* Oviedo, Gonzalo Fernández de
Fernando, rey, 63, 107, 110, 147, 160
Festivales de la conquista, 89-91, 175-176, 238n42
Flamencos, 34, 71
Flores, Francisco de, 257n48
Flores, isla, 34
Florida:
  conquista, 116-117, 123, 233n85, 243n38
  descubrimiento, 96
Franceses, 26, 62, 64, 190, 206, 253n17. *Véanse también* Ejércitos; Rey
Franciscanos (orden religiosa), 41-43, 120, 136, 146, 156, 160, 167, 175, 180, 192
  literatura, 43, 44-45, 62-63, 75, 121, 166, 168-169, 229n48
  Véase también Códice Florentino
Francisco (intérprete de nahua), 54
Francisco I, 175
Fuentes, Carlos, 199, 232n72
Fulupo, Pedro, 101, 243n41
Furham, Alfred, 232n78, 246n20

Galiano, Leonor, 104
Gallo, Eduardo, 266n5
Gallo, isla, 90
García, Bartolomé, 236n23
García, fray Marcos, 257n49
García, Juan, 96, 100-101, 104-105
biografía en forma de tabla, 105
Garcilaso de la Vega, El Inca, 142-144, 191
Garrido, Juan, 81, 94-105
biografía en forma de tabla, 95
Génova, 33, 34, 71, 228n34
Gibson, Charles, 47, 179
Ginés de Sepúlveda, *véase* Sepúlveda, Juan Ginés de
Golfo de Guinea, 34
Golfo de México, 47, 48, 83, 87-88, 90, 127, 164
Gómara, Francisco López de, 26-27, 37, 39, 40, 43-46, 54, 84, 126, 127, 129, 133, 148, 164, 192, 204, 208-218
Gómez de León, 104
González, Gil, 243n41
Gonzalo (capitán mexica), 81, 88
Goodrich, Aaron, 26
Graham, Cunninghame, 262n13
Granada, 63, 110, 147, 234n96
Greenblatt, Stephen, 137, 138-140
Griegos:
antiguos, 26, 226n9, 239n2
siglo XVI, 71
Grijalva, 53-54, 74, 75, 76
Groenlandia, 223n2
Guacanagarí, 56
Guanahaní, 153
Guatemala, 40, 81, 89, 92, 104, 201, 208, 238n40, 259n72
conquista de las tierras altas, 40, 62, 76-79, 82, 84-88, 97-99, 169, 176, 178-179, 234n86, 235n4, 238n44, 246n21, 251n45
Véase también Petén
Guatusos-Malekus, 117
Guerra de México y Estados Unidos, 107-108
Guerrero, Gonzalo, 160
Guerrilla, 64-66
Guevara, doña Isabel de, 62, 239n3
Guilmartin, John, 204
Guzmán (español sacrificado), 83
Guzmán, Eulalia, 230n62
Guzmán, Nuño de, 234n94

Habana, 48, 74, 228n34
Habsburgo, dinastía, 64. *Véanse también* Carlos V; Rey, de España
Hancock, Graham, 257n51
Hanke, Lewis, 26, 143
Harris, John, 126, 266n4
Hassig, Ross, 84, 231n67
Hawai, 161, 173-174, 267n8
Hergé, 194, *196*, 262n17
Hernández de Córdoba, Francisco, 53, 133
Hernández de Puertocarrero, Alonso, 129
Herrera, Antonio de, 41, *61*, 62, 191, 202, 210-211, *213*, 266n4
Herrera, doña Beatriz de, 75
Hidalgo y Costilla, Miguel, 114
Himmerich y Valencia, Robert, 244n44, 265n47
Holandeses, 66, 173, 206, 223n1, 231n64, 237n24, 239n2
Hollywood, cine de, 29, 31-32, 127, 161, 232n78, 263n19
Holocausto, 185, 252n3
Honduras, 43, 74, 76, 90, 97, 102, 130, 243n41
Huaman Poma de Ayala, don Felipe, 151-152, *181*, 185, 229n56
Huascar Inca, 86, 171, 201
Huayna Capac Inca, 86, 171, 201
Huejotzingo y huejotzingos, 83, 85-90
Huitzilopochtli, 164-166

Ibarra, Francisco de, 243n38
Icaza, Francisco de, 63
Ideología:
española imperial, 41, 46, 108-114, 117-118, 121-122, 144, 191-200, 229n45

racista, 135, 153-154, 157-158, 174-175, 190-191
Véase también Superioridad, ideología de los españoles
Ídolos, destrucción de los, 25-26
Iglesia, Ramón, 40, 27, 28, 29, 78, 86-88, 115-116, 139-141, 151-153, 172, 206
Imperio inca, reino rebelde del siglo XVI, 180-184, 191-192, *196*, 257n48
Imprenta, 26
Indias Orientales, *véase* Asia (oriente asiático)
Indígenas americanos, 54, 117
comunidades municipales, 119, 144-145, 154-155, 176-179, 183-185, 201, 218, 251n49
concepción de la conquista, 42-43, 90, 117-119, 152, 166-167, 169-170, 174-179
culturas de los, 198-199
descenso demográfico en el siglo XVI, 152, 184-186, 199-201, 253n15, 260n80
rebelión y resistencia, 112-119, 121, 156-158, 180-184, 217-219
Véanse también Aliados; América central; Andes; Araucanos; Mayas; Mexica; Nahuas
Ingleses, 64, 66, 69, 155, 172-174, 206
Inocencio VII, papa, 34
Instrumentos y armas de hierro, 89, 186
Intérpretes, 52-54, 127-136, 139-140, 142-143, 217, 243n40, 249n16
Irlandeses, 37
Irving, Washington, 32, 37
Isabel, reina, 25, 32-35, 63, 107, 110, 112-113, 144, 155, 161, 197
Islam, 119, 144. *Véase también* Musulmanes
Italia, 64
Italianos, 34, 36, 37
Itzamkanac, 207-219
Itzcoatl (emperador mexicano), 146
Ixtlilxóchitl, don Fernando de Alva, 208-210, 214, 266n5
Jalisco, 88
Jamaica, 54
Jaramillo (alias Xaramillo de Salvatierra), 130, 248n6
Jemingham, señora de Edward, 151, 173
Jerez, Francisco de, 25, 28, 41, 59-60, 62, 67, 71, 141-143, 204
Jerusalén, 175-176
Jiménez de Quesada, Gonzalo, *61*, 71, 72, 265n44
Judíos, 25
Julián (intérprete maya), 53
Júpiter (dios), 170

Karttunen, Frances, 248n6, 249n25
Keen, Benjamin, 195
Kelley, James, 161
Kramer, Wendy, 256n40-41
Krippner-Martínez, James, 169

Landa, fray Diego de, 62, 75, 160
Lanyon, Anna, 123, 239n1
Larson, Gary, 161
Las Casas, Bartolomé de, 42, 45, 56, 114, 123, 131, 136, 141, 143, 149, 152, 158, 185, 192, 228n43, 230n62, 253n15
Lasso de la Vega, Gabriel, 43, *44*, 240n11, 262n8
Le Clézio, J. M. G., 138, 154, 168, 194, 195, 230n62, 254n27, 258n53
Lemire, Charles, 253n17
Lengua:
español, 38, 121, 126, 127, 129, 135
indígena, 134-135, 137, 143-144, 154-155
instrumento de conquista, 137-149, 195-199
italiano, 39
latín, 39, 197-199, 231n64
maya chontal, 214, 217-218
mixteca, 118-119
nahuatl, 42-43, 53, 54, 83-84, 118-119, 126, 127-132, 145-149, 170, 178-179, 208-209, 218-219
quechua, 118, 121, 142, 170-171, 257n49

yucateca maya, 53, 88, 118-119, 130, 243n40
León-Portilla, Miguel, 153
Leones y tigres, 160
Lerma, Pedro de, 100
Lescarbot, 160
Lévi-Strauss, Claude, 141, 252n3
Leyenda negra, 172-174
Lima, 38, 93, 104, 115, 136
Lisboa, 94
Llorona, La, 132, 248n9
Lockhart, James, 68, 122, 184
Lope de Vega, 37
López de Gómara, Francisco, *véase* Gómara, Francisco López de
Los Ríos, Pedro de, 50
Losada, Diego de, 100
Lugo, Luis de, 100
Luna y Arellano, Tristán de, 243n38

Mackie, Sedley, 235n4
Macleod, Murdo, 247n27
Madeira, archipiélago de, 34
Madrid, 37, 38, 39, 136
Magallanes, Hernando de, *213*
Mali, 206
Malinche (alias doña Marina), 53-54, 60, *63*, *124*, **127-136**, *131*, 147, 148-149, 208-209, 248n6
Manco Inca, 87, 100, 179-184, *181*, 218
Maquiavelo, 232n72
Marihueni, 102
Markham, sir Clements, 233n84
Marquina, Gaspar de, 56, 57, 67-68, 72, 191-193
Martinillo (alias don Martín Pizarro), 54, 136
Mártir, Pedro, 253n14
Marxismo, 224n4
Mayas, 72, 88, 120, 163, 194, 201, 205, 251n41, 254n27
Chontales, 22, 127, 172, 179, 207-219, 241n21, 259-260n72
de Mopán, 243n21, 259n72
Itzá, 116, 238n40. *Véase también* Petén
Mactun, *véase* Mayas, Chontales
Quiché, 76-78, 86, 234n86
Tzutujil, 76-78
Yucatecas, 54, 75, 86, 89, 113, 116, 117, 118, 129, 133, 160, 177, *182*, 183, 241n21, 259n72
McCullah, Behan, 224n4
Medellín (España), 73
Mediterráneo (mar y región), 34, 56-57, 91
Melchor (intérprete de maya), 54, 133
Melilla, 234n96
Mendez, Santiago, 194
Mendieta, fray Gerónimo de, 157, 229n48
Mendoza, don Antonio de, 75, 175-176, 239n47
Menéndez de Avilés, 243n38
Mercado, fray Tomás de, 138
Mercurio (dios), 170
Mérida (Yucatán), 99, 104, 113, 115, 116, 135, 178
Mesoamérica, 41, 76, 77, 114-115, 119, 154, 216
concepción mesoamericana de la historia, 117-118, 241n15, 245n15
mesoamericanos del siglo XVI, 85-86, 91-92, 119, 121, 141, 176, 204
Metales preciosos, 38, 51, 100, 202-204. *Véanse también* Oro; Plata
Metz, 64
Mexica:
concepción de la conquista, 42-43, 90, 152, 166-167, 169-170, 174-177
ejecuciones rituales, 83, 157-158, 204-205, 258n55
imperio, auge y decadencia, 28, 29, 52-53, 56-57, 64, 66, 81-93, 97-98, 105, 114-115, 136, 141, 147, 166, 168-169, 175-180, 201, 206, 240n11, 264n36
líderes, 46, 83, 88-89, 127, 129, 132, 136, 146-147, 163, 208-219, 251n49, 260n76
otros aspectos de la cultura, 133, 138-139, 146-149, 169-170, 172, 194, 196, 204-206
Véanse también Cuauhtémoc; México; Moctezuma (Xocoyotl)

México:
central, 41, 42, 43, 62, 74-79, 88, 89, 104, 116, 122, 127, 156-157, 201
conquista de, 25-26, 27-28, 38-48, 71-72, 73-74, 76-77, 82-90, 95-99, 107-108, 113, 114, 120, 135-136, 151, 167, 171-174, 196, 197-203, 216, 239n2
novelas históricas sobre la conquista, 229n59
república de, 114-115, 121, 133, 160, 172, 266n5
septentrional, 56-57, 114-115, 117-118, 128-129
valle de, 123, 164-165, 210-211
Véanse también Cortés; Mexica; Nahuas
México central, *véanse* Mexica; México, central; Nahuas
Michoacán, 87, 98, 115, 169
Millar, George, 51-52
Mississippi, 201
Mitología griega, *18*
Mixtecas, 119, 177-179, 205. *Véase también* Lengua
Moctezuma (Xocoyotl), 43, 54, 55, 97, 111, *124*, *128*, 133, 137, 164-166, 169, 179, 183, 201
chivo expiatorio, 146, 151, 167-168, 179-180, 192-193, 199-200, 230n62
el viejo (Ilhuicamina), 146
muerte, 166
primer encuentro con Cortés, 123-128, 130, 134, 141, 145-149, 214, 247n1, 248n2, 251n48
Moctezuma, doña Isabel, 260n76
Molina, Cristóbal de, 191
Monarquía, *véanse* Corona; Fernando, rey; Isabel, reina
Montejo, don Francisco de:
el joven, 76, 77, 78, 81
el sobrino, 76-77
el viejo, 47-50, 59, 71, 73-77, 88-89, 100-111, 204
los tres, 85-86
Montesinos, fray Antonio de, 156
More, sir Thomas, 156
Morelos, José María, 114
Morison, Samuel Eliot, 32, 162, 163
Moros, 90, 175, 233n84
Moscovitas, 206
Motolinía, fray Toribio de Benavente, 42, 45, 81, 111, 165-168, 175, 192, 223n2
Muiscas, 120
Mujeres conquistadoras, 237n28, 239-240n3
Mund, Sabine, 228n43
Murúa, fray Martín de, 191
Musulmanes, 103, 118-119, 147, 175-176. *Véase también* Moros

Nacionalismo, 113-115, 121
Nahuas, 54, 75, 77, 83, 85-86, 89, 91, 118, 119, 122, 127, 146, 166, 177-179, 201, 208-216, 251n49. *Véanse también* Lengua; Mexica
Nápoles, 234n96
Narváez, Pánfilo de, 101, 201
National Air and Space Museum, 27
Navarre, 234n96
Nebrija, Antonio de, 197
Nicaragua, 50, 55, 59, 67, 68, 89-90, 117-118
Nicholson, H. B., 255n37
Nueva Castilla (Perú), 59, 67
(en España), 71
Véase también Perú
Nueva España, 25, 42, 75, 88, 91, 98, 114, 115, 176, 179
Nueva Granada, *véase* Colombia
Nueva York, 37
Nuevo México, 111, 115-118

Oaxaca, 88, 178, 204, 241n15
Obeyesekere, Gananath, 173-175, 207
Obregón, José María, 27-32
Obsidiana, 203
Océano Atlántico, 29, 31-37, 38, 39, 50, 65, 74, 95, 110, 242n28
Ocupaciones profesionales:
americanos afroespañoles, 103
españoles, 68-72, 118-119

Ogilby, John, 55, 164, 246n25, 250n40
Ojeda, Alonso de, 36
Olid, Cristóbal de, 74, 90, *213*, 216
Olmedo, fray Bartolomé de, *198*
Oñate, Juan de, 109, 110
Orán, 234n96
Ordaz, Diego de, 100
Orellana, Francisco de, 50-52, 109-111, 204, 232n77
Oriente Próximo, 102, 174-175
Orinoco, 100
Orizaba, volcán, 199
Oro, 47, 48, 55, 59, 62, 67, 74, 76, 96, 103-104, 110, 111, 146, 194, 210, 236n13, 242n34, 254n27, **51-53**, 232-233n78
Orteguilla, 54
Otomanos, 91, 206
Otomís, 259n65
Ovando, Nicolás de, 96
Oviedo, Gonzalo Fernández de, 41, 143, 157, 166, 191
Oviedo y Baños, José de, 204
Oxkutzcab, 89, 241n21, 259n72

Pacífico:
costa, 50
islas, 239n47
sur, 253n17
Pagden, Anthony, 60, 246n16, 250n32
Países Bajos, 64
Palacios Rubios, Juan López, 245n8
Panamá, 50, 55, 69-72, 79, 87, 102, 117, 191, 234-235n96, 243n41, 244n47
Pánuco, 88
Papado y papas, 112, 134, 145, 245n8. *Véase también* Inocencio VII
Paraguay, 62, 236n23
Pasadena, 261n4
Pastor Bodmer, Beatriz, 232n72
Pax Colonial, 113, 117-119
Paxbolonacha:
el joven (alias don Pablo Paxbolon), 178-180, 241n21, 259n72
el viejo, 172, 207, 259n72, 267n7
Pech (dinastía maya), 86, 183
Pedrarias de Ávila, 50, 59, 67, 68, 191-193, 243n41
Peña, Pedro de la, 103
Pérez, Antonio, 100-101
Pérez, Juan, 54
Perlas, 51
Perros, guerra española, 54-55, 202, 234n86
Perú, 194
colonia de, 103-104, 116, 151, 180-184, 239n2, 257n48
conquista, 27, 44-45, 50, 59, 66, 70-71, 76-79, 81, 86-88, 89, 92, 97, 99, 100-105, 107, 135, 138-143, 151-154, 168-171, 200, 218, 233-234n84-86
Petén, 80, 115-118, 210, 237n24, 241n21, 259n72
Piratas, 66, 239n2
Pizarro, doña Francisca, 135-136
Pizarro, Francisco, 27, 50-53, 55-57, 59, 71, 77-79, 86-89, 92-93, 99, 135, 169, 171, 201, 203-204, 233n85, 251n45
conquistador arquetípico, 29, 38, 44-45, 56-57, 232n78, 239n2
encuentro con Atahualpa, 55-56, 60, *61*, 67, 87, 139-145, 148
muerte, 50
Pizarro, Gonzalo, 50-51, 110, 136, 204
Pizarro, hermanos, 102, 180, 237n31, 238n44
Pizarro, Hernando, 109, 233n84, 250n40
Pizarro, Pedro, 71, 250n40
Plata, 52-53, 55, 59, 62, 76, 104, 109, 236n13
Platón, 21-22
Poma de Ayala, *véase* Huaman Poma de Ayala, don Felipe
Ponce de León, 96, 113
Popol Vuh, 21-22
Portero, 104
Portugal, 33, 96, 118
expansión imperial, 32-37, 206, 252n53
tráfico de esclavos, 92, 93, 102
Portugués, Juan, 101
Pregoneros, 103
Presagios, 167, 171, 195, 255n36

Prescott, William, 23, 27, 45-47, 51, 62, 81, 82, 84, 115, 151, 169, 180, 200
Probanzas, 38-42, 46, 71, 236n11
Procedimientos o pautas habituales de la conquista, 31, 46-57, 72-79, 139-141, 215
Procol Harem, 189
Producción de azúcar, 34, 94
Providencia divina como explicación de la conquista, 41, 42, 82, 108, 117, 169-170, 191-193, 255n34, 262n8, 262n13
Prusianos, 173
Puebla, 93
Puerto Rico, 96, 103, 234n96
Puná, isla, 56
Purchas, Samuel, 195-199

Quechua, *véanse* Andes; Lengua
Quetzalcoatl, 146
Quintín Lame, Manuel, 245n15
Quipus, 140
Quiroga, Vasco de, 156
Quito, 50, 78, 185

Ralegh, sir Walter, 154
Ramírez, hermanos, 97
Raynal, Abbé, 26, 36
Razaf, Andy, 25, 31
Rebelión, *véase* Africanos occidentales y centrales
Reforma, 173
Rendición, mitos de la sumisión y la, 111-113, 145-149, 151-154, 161, 251n48
Repúblicas latinoamericanas, 38, 114, 121
Requerimiento, 47, 134, 143-145, 149, 158, 250-251n41-45
Revolución militar europea, 62-66, 203-204
Rey:
afromexicano, 91
de España, 38-39, 49, 42, 49, 60, 63-64, 91, 111-113, 120, 129, 133, 134, 144-147, 151, 152, 166, 175, 191-192, 250n41
de Francia, 91, 175
de Portugal, 156
Véase también Carlos V
Ricard, Robert, 120
Río de la Plata, 116, 239n2
Riobamba, 185
Rivera, Diego, 230n62
Rodas, 91, 176
Rodríguez Freyle, Juan, 72
Romanos, antiguos, 25-26, 59-60, 226n9, 239n2
Ropa, 121, 158, 176
Rorke's Drift, 81
Roys, Ralph, 207, 267n7
Ruiz, Miguel, 96, 98-101
Rusos, 107
Russell, Jeffrey Burton, 32

Saber, Carl, 253n14
Sacerdotes, 70-72, 119-121. *Véanse también* Dominicos (orden religiosa); Franciscanos (orden religiosa)
Sahagún, fray Bernardino de, 43, *85*, 97, 126, 166, 192, 201
Sahara, tráfico de esclavos, 94
Sahlins, Marshall, 173, 267n8
Salamanca:
debate de, 32
en la América española, 49
Sale, Kirkpatrick, 153
Salitre, 199
Salvaje noble, 158, 160
Sambos-Mosquitos, 117
San Bernabé, batalla de, 116
San Pedro, río, 208
San Pedro Mártir, río, 208-210
Sandoval de Medellín, Gonzalo, *213*
Santa Marta, 73
Santiago:
de Chile, 93, 114, 245n15
de Guatemala, 98, 178
Santo Domingo, 48, 228n34, 243n38
Sarmiento, Pedro de, 169
Scholes, France, 207, 267n7
Scott, Sir Ridley, 29, 32
Sedeño, Juan, 97

Seed, Patricia, 143, 250n41
Segunda Guerra Mundial, 107
Seminales, 117
Senegal, 103
Sepúlveda, Juan Ginés de, 43, 151, 158, 189-191, 193, 197, 230n62
Sevilla:
archivos de, 39
restos de Colón en, 228n34
siglo XVI, 64-65, 75-76, 95, 136, 244 n 47
Shaffer, Peter, 233n78, 250n38, 257n51
Shakoris, 54
Smith, Adam, 26, 36
Soldados, 59-60, 65-70, 216, 265n4-8
Solórzano, Juan de, 231n64, 239n2, 250n41
Songhay, imperio, 206
Soto, Hernando de, 55, 233n85, 243n38
Sotuta, 116
Soustelle, Jacques, 195
St. Barnabas, 170
St. James (Santiago), 191, 262n8
St. Paul, 43, 170
Suárez, Inés, 239n3
Sudamérica, 86, 97-98, 99, 100, 155, 201
Superioridad, ideología de los españoles, 82, 108-109, 112, 138-142, 143-144, 153, 174-175, 189-206, 215-218

Tabasco, 164
Tacuba, 210
Tainos, 135, 157. *Véanse también* Arawaks; Española, La
Tapia (espía mexica), 211
Tarascanos, 115, 169, 234n94
Tecuichpo, doña Isabel, 83, 240n7
Tehuantepec, 88
Tekax, 89
Tenochtitlán (alias Mexico-Tenochtitlán), *39*, 40, 43, 46, 55, 75, 77, 83-84, 98, 115, 127, *128*, 141, 142-149, 164, 167, 176, 200, 208-216, *213*, 251n49, 264n36
Teñidle, 164-166
Tetlepanquetzal, don Pedro (rey de Tacuba), 207, 210, 215, 266n5
Texcoco:
ciudad, 209, 210, 214, 259n64
lago, 123
Tezcatlipoca, 255-256n37
Thomas, Hugo, 46, 53
Tiahuanaco, 257n51
Tierra Firme, 191
Tintín, 193-194, *196*
Titu Cusi Yupanqui Inca, 140-143, 171, 183, 191-192, 257n48, 257n49
Títulos españoles de políticos, 35, 183
Títulos primordiales, 177-179, 259n68
Tlacatlec (señor nahua), 211
Tlaloc, 172
Tlatelolco y tlatlelolcos, 43, 166-168, 180
Tlaxcala y tlaxcalas, 81, 83-88, 165, 174-176, 180, 191, 259n64-65
Todorov, Tzvetan, 27, 55, 86, 107, 132, 136-139, 141, 161, 167-169, 195, 231n64, 250n32, 254n27
Tonatiuh, 172
Toral, Sebastián, 19, 101, 102, 103
Totonacs, 165, 195
Tovar, Juan de, 223n1
Trevor-Roper, Hugo, 261n5
Trigo, 97
Trouillot, Michel-Rolph, 190, 224n5-6
Trujillo (Perú), 236n23
Tucapel, batalla de, 93
Tuchman, Barbara, 168, 180
Tules, 117
Tumbalá, 56
Túpac Amaru (Inca), 115, 183
Tupinamba, 261n2

Ursúa y Arizmendi, don Martín de, 237n24, 238n40
Uruguay, 116-117

Valdivia, Juan de, 93
Valdivia, Juana de, 93
Valdivia, Pedro de, 233n85, 239n2
Valencia, 233n84
Valiente, Alonso, 93
Valiente, Juan, 93-106, 117, 239n48
Valladolid (España), 228-229n43

Valle-Inclán, 22
Valverde, fray Vicente, 139-144
Van der Straet, Jan (alias Stradanus), 158
Vargas Machuca, Bernardo de, 65, 149, 202, 203, 226n9, 233n85, 235n8, 253n17, 262n14
Vasallaje, 67-69, 72-79, 108, 238n44
Vasc da Gama, 35
Vásquez de Ayllón, Lucas, 54, 243n38
Vásquez de Espinosa, Antonio, 103, 105
Vaticano, 34
Vaz de Caminha, Pedro, 156
Velásquez, Juan, 211
Velázquez, don Diego, 40, 49, 72-77, 96, 111, 231n64, 238n34
Venecia, 19
Venezuela, 239n3
conquista de, 100, 101
costa, 36, 249n16
Veracruz, 48, 64
Verdad, 219, 224n4, 224n7
Verdugo, Melchor, 236n23
Vespucio, Américo, 36, 57, 155, 158, *159*
Veyne, Paul, 21
Viena, asedio de, 82
Villagutierre Soto-Mayor, Juan de, 107, 116
Villarrica, 102, 105
Villegagnon, 261n2
Violencia, despliegue de (o teatral), 54-57, 66, 100, 114, 140, 208, 233-234n84-88, 234n94, 259n64
Viracocha, 168-171, 256-257n43
Virgen María, 191
de Guadalupe, 114
Viruela, 86, 97, 200
Vivaldi, hermanos, 34
Vizcaya, 59, 67

Watchel, Nathan, 151-153
Wilson, Samuel, 189
Wolf, Eric, 230n60
Wolofs, 103
Word, Michael, 51, 195, 232n77

Xicotencatl:
Axayacatzin, 259n64
Don Luis, 259n64
Xiu (dinastía maya), 86, *182*, 183
Xochimilco, 77

Yaquis, 117
Yaruquíes, 186
Yucatán:
colonia, 54, 104, 117, 135, 178, 183, 185, 194, 238n40
conquista, 44, 49-50, 59, 63, 71-72, 74-79, 86, 88, 99, 108, 111, 113, 116, 160, 177-179, 204, 238n42
costa, 47, 53, 54, 73, 74, 254n20

Zacatula, 98
Zamora, Margarita, 137, 161, 163, 245n2
Zapotecas, 178
Zárate, Agustín de, 171, 204